

ITALO CALVINO

EL BARON RAMPANTE



de

Table of Contents

[El barón rampante](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)
[Autor](#)
[Notas](#)

Cuando tenía 12 años, Cósimo Piovasco, barón de Rondò, en un gesto de rebelión contra la tiranía familiar, se encaramó a una encina del jardín de la casa paterna. Ese mismo día, el 15 de junio de 1767, encontró a la hija de los marqueses de Ondariva y le anunció su propósito de no bajar nunca de los árboles. Desde entonces y hasta el final de su vida, Cósimo permanece fiel a una disciplina que él mismo se ha impuesto. La acción fantástica transcurre en las postrimerías del siglo XVIII y en los albores del XIX. Cósimo participa tanto en la Revolución francesa como en las invasiones napoleónicas, pero sin abandonar nunca esa distancia necesaria que le permite estar dentro y fuera de las cosas al mismo tiempo.

Italo Calvino

El barón rampante

Nuestros antepasados - 2

Título original: *Il barone rampante*

Italo Calvino, 1957

Traducción: Francesc Miravittles

Prólogo: Esther Benítez



Prólogo

De las tres fábulas de Italo Calvino que componen el ciclo *Nuestros antepasados*, acaso *El barón rampante* sea la más redonda y perfecta. Y no sólo a causa de su extensión, que duplica con creces la de los otros dos relatos, sino por su complejidad, por su entidad de obra en sí, al margen de las otras dos. Tanto el Medardo de *El vizconde demediado* como el Agilulfo de *El caballero inexistente* son ideas, símbolos, esquemas, que su autor echa a andar mundo adelante como «enxemplos morales» de una humana condición escindida, falta de identidad; mientras que el Cósimo de *El barón rampante* es todo un personaje, de los pies a la cabeza, y a su alrededor va creciendo, con el progresar de las páginas del libro, todo un mundo fascinante, articulado y coherente.

El barón rampante, la segunda cronológicamente de las novelas del ciclo (escrita en 1956-1957), surgió, confiesa el propio Calvino, como concreción de su verdadero tema narrativo: «Una persona se fija voluntariamente una difícil regla y la sigue hasta sus últimas consecuencias, ya que sin ella no sería él mismo ni para sí ni para los otros».

Y eso es lo que hace Cósimo Piovasco de Rondò, a la temprana edad de doce años, cuando el 15 de junio de 1767, rebelándose contra la tiranía familiar, se encarama a una encina del parque de la casa paterna. El impulso, en principio irracional, queda formulado en palabras y esboza sus primeras reglas ese mismo día, cuando Cósimo se encuentra con la niña de los marqueses de Ondariva, vecinos no muy amistosos de los Rondò. Y una vez explicitada la resolución, la magia del verbo se suma a la inicial cabezonada y Cósimo engrosa las filas del «sostenella y no enmendalla», pues para eso es honrado y principal...

Pero este «sostenella» del baroncito de Rondò no es mero empeño terco, ni sólo testarudez obstinada. Una vez decidido a pasar su vida sobre los árboles, el protagonista de *El barón rampante* no se desentiende del mundo que tiene a sus pies. La novela no nos habla de una huida de las relaciones humanas, de la actividad, de la política. Cósimo, en sus árboles, es más *homo faber* que sus inútiles congéneres de la nobleza dieciochesca; se niega a caminar por tierra como los demás, pero no es un misántropo, sino un hombre consagrado de continuo al bienestar de los otros —tras haberse asegurado el propio, con los deliciosos inventos que llenan los primeros capítulos del libro—, inserto en el movimiento de su época, que aspira a participar en todos y cada uno de los aspectos de la vida: desde el progreso de las técnicas a la administración local, desde la política a la vida galante. Como dice Calvino en el prólogo a la edición de *I nostri antenati* (junio de 1960):

«... El único camino para estar con los otros de verdad era estar separado de los otros, imponer tercamente a sí y a los otros esa incómoda singularidad y soledad en todas las horas y en todos los momentos de su vida, como es la vocación del poeta, del explorador, del revolucionario».

Aunque la intervención central de la novela es pura fantasía, queda ligada, sin embargo, con refinada desenvoltura a los acontecimientos históricos que sacudieron los años finales del siglo XVIII y los albores del XIX. Cósimo, que pasa en los árboles más de medio siglo — cincuenta y tres años, para ser más exactos—, participa desde su mundo vegetal en las conmociones producto de la Revolución francesa, de las invasiones napoleónicas; se entrevista con el mismísimo Napoleón en una de las páginas más brillantemente irónicas del libro, y despide desde su superior atalaya al tolstoiano príncipe Andrei, el cual le aporta —con su conciencia de hacer una cosa horrible, la guerra, por unos ideales que no sabría explicarse a sí mismo— una confirmación de que allá arriba en los árboles el barón de Rondò está haciendo algo bueno, aunque tampoco sepa a veces explicarse a sí mismo sus ideales.

El «pasatiempo privado» que para Italo Calvino había constituido la escritura de *El vizconde demediado*, asciende a categoría narrativa en *El barón rampante*. ¿Cómo nace el libro? «También en este caso —son palabras de Calvino— tenía hacía tiempo una idea en la cabeza: un muchacho que sube a un árbol; sube, ¿y qué le ocurre? Sube, y entra en otro mundo. No: sube y encuentra personajes extraordinarios. Esto es: sube, y de árbol en árbol viaja días y días, más aún, nunca vuelve a bajar, se niega a descender al suelo, pasa en los árboles toda su vida. (...) El hombre completo, que en *El vizconde demediado* yo no había aún propuesto claramente, aquí en *El barón rampante* se identificaba con quien realiza su plenitud sometándose a una ardua y reductiva disciplina voluntaria».

En el curso de la composición, al autor le ocurre algo desacostumbrado: tomar en serio a su personaje, creer en él, identificarse con él. ¿Cuánto tiene Italo Calvino de Cósimo de Rondò, es decir, de quien toma sus distancias respecto a sus semejantes, sin que esa toma de distancia excluya el compromiso? En una entrevista de hace un par de años (*Cuadernos para el Diálogo*, núm. 210, 13 de mayo de 1977, pág. 78), Calvino afirmaba: «Debo tener bastante, sí, aunque yo no programé la novela para decir eso; fue después de escribirla cuando descubrí que el personaje se me parece bastante..., porque el barón es un personaje que participa en la vida de todo el mundo, pero guarda una distancia, porque ocurre que los poetas pueden ser también revolucionarios; es una distancia necesaria que permite ver mejor las cosas, estar fuera y dentro de ellas al mismo tiempo».

Quizá la parábola del hombre trepador sea la respuesta que Calvino, salido de las filas del PCI por los años de la redacción del libro, en 1957, cuando los sucesos de Hungría, quiso dar a quienes le acusaban de hurtar el cuerpo a sus obligaciones de intelectual orgánico. En el fondo, *El barón rampante* es una afirmación de optimismo histórico, pues en la novela, según su autor, se trata sólo «de encontrar la relación justa entre la conciencia individual y el curso de la historia».

En *El barón rampante*, cuya peripecia no voy a desentrañar —cincuenta y tantos años en las copas de los árboles dan para mucho, incluyendo toda una educación sentimental—, el autor vuelve sobre el tema roussoniano de la libertad en la Naturaleza, de la bondad innata del hombre, de las excelencias del instinto; a ellas se contraponen la opresión de las instituciones creadas por la sociedad: la familia, la ley, la educación. Curiosamente la cultura, despreciada por Cósimo al principio, vuelve pronto por sus fueros. Diríase que Cósimo se siente más libre cuanto más culto sea, y se convierte por propia iniciativa en un enciclopedista, aunque arbóreo, eso sí. La cultura desempeña, pues, un papel fundamental en esa búsqueda de la plenitud que el baroncito emprende nada más trepar al primer árbol. Y, paradójicamente, el «hombre-pájaro de Ombrosa» discursará ante quienes desde abajo le escuchan sobre las virtudes de la Razón Universal y preparará un «Proyecto de Constitución de un Estado ideal fundado en los árboles», donde describe la imaginaria República de Arbórea, habitada por hombres justos. La calidad de solitario de Cósimo de Rondò se ve confirmada por el epílogo que nunca escribió para su «Proyecto de Constitución», ya que la obra quedó inacabada; «El autor, tras fundar el Estado perfecto en lo alto de los árboles y convencer a toda la humanidad de que se estableciera en ellos y viviera feliz, bajaba a habitar en la tierra, que se había quedado desierta».

Este empecinamiento del protagonista en su soledad acompañada lo ejemplifican a la perfección los dos capítulos —XVII y XVIII—, donde se narra la convivencia de Cósimo con los españoles que también habitan en los árboles en una comarca cercana a Ombrosa, Olivabassa. Para Calvino, este episodio estaba muy claro desde el principio: el contraste entre quienes se encuentran en los árboles por motivos contingentes y, desaparecidos estos motivos, descienden de ellos, y el «rampante» por vocación interna, que se queda en los árboles incluso cuando ya no hay ningún motivo externo para permanecer allí. El motivo es más hondo, claro: el ajustarse a la «difícil regla» de que hablábamos al principio de estas líneas.

La lectura de *El barón rampante*, bajo la primera impresión de facilidad, es un ejercicio difícil y rico: Calvino nos obliga a coger al vuelo sugerencias, alusiones, guiños al lector y la permanente ironía que brota de sus páginas. La peripecia se encuadra perpetuamente en un marco burlesco —son ejemplares, en este sentido, las páginas del capítulo XII en las que el terrible bandido Gian dei Brughi llora y se desespera porque sus compinches le han arrebatado el ejemplar de la *Clarisa*, de Richardson, que estaba leyendo—, pero el personaje central, saliéndose del marco de la peripecia, va configurando un retrato moral, con connotaciones culturales muy concretas: los ilustrados y jacobinos italianos de finales del siglo XVIII.

Al centrarme en Cósimo Piovasco de Rondò he dejado en la sombra a los otros personajes que se azacanan por estas páginas en torno al barón. Quizá la característica que tienen en común es la de ser todos ellos solitarios —incluso la misma Viola, el personaje femenino, enteramente pasional, caprichosa, incoherente, siempre en busca de la totalidad, del amor absoluto—: lo es Gian dei Brughi, lo es sobre todo el caballero abogado, que recuerda en muchos de sus aspectos al doctor Trelawney de *El vizconde demediado*, lo son

los padres de Cósimo, entregado cada cual a sus inocentes y absorbentes manías... Pero, a diferencia de todos ellos, el barón organizará perfectamente su soledad en lo alto de las ramas, alcanzando en su mínimo reducto una totalidad antes desconocida: «En sus solitarias vueltas por los bosques, los encuentros humanos eran, aunque escasos, tales que se imprimían en el ánimo, encuentros con gente que entre nosotros no se ve». Toda esa gente que la nobleza ombrosense *no veía*, constituye una especie de coro para las aventuras del barón, y en conjunto sus historias son un canto a la solidaridad de Cósimo con el resto de los seres de este bajo suelo... Remata la nómina de personajes el yo-narrador, el oscuro Biagio, hermano del protagonista y fiel transcriptor de su vida y milagros. Al igual que en las otras novelas del ciclo, Calvino recurre aquí a un elemento narrativo que mediante la primera persona —aproximadora y lírica— corrija la frialdad objetiva propia del narrar fabuloso; y la personalidad de este yo-narrador tiene una explicación concretísima que nos da el propio Calvino, en el prólogo ya citado: «Para *El barón rampante* tenía el problema de corregir mi impulso demasiado intenso a identificarme con el protagonista, y puse en práctica el bien conocido dispositivo Serenus Zeitblom; es decir, desde las primeras frases presenté como “yo” un personaje de carácter antitético al de Cósimo, un hermano sosegado y lleno de buen sentido». Narrador que sólo al final, en las ultimísimas frases de la novela, parece interrogarse sobre su sensatez: «Este hilo de tinta..., que corre y corre y se devana y envuelve un último racimo insensato de palabras, ideas, sueños, y se acabó».

Para cerrar esta breve invitación a adentrarse por el fabuloso mundo de Calvino, quiero traer aquí un texto del autor: la reflexión de Marco Polo en su conversación con Kublai Kan en *Las ciudades invisibles* (ed. Minotauro, Buenos Aires): «El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo ya. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno. Y hacerlo durar, y darle espacio». Cósimo Piovasco de Rondò, un ecologista *avant la lettre*, reconoció esa porción de no-infierno en el paisaje boscoso en el cual transcurrió su vida, entre el Piamonte y el mar.

ESTHER BENÍTEZ

I

Fue el 15 de junio de 1767 cuando Cósimo Piovasco de Rondò, mi hermano, se sentó por última vez entre nosotros. Lo recuerdo como si fuera hoy. Estábamos en el comedor de nuestra villa de Ombrosa, las ventanas enmarcaban las espesas ramas de la gran encina del parque. Era mediodía, y nuestra familia por tradición se sentaba a la mesa a aquella hora, a pesar de estar ya difundida entre los nobles la moda, procedente de la poco madrugadora Corte de Francia, de comer a media tarde. Recuerdo que soplaba viento del mar y las hojas se movían. Cósimo dijo: «¡He dicho que no quiero y no quiero!», y rechazó el plato de caracoles. Nunca se había visto una desobediencia tan grave.

En la cabecera estaba el barón Arminio Piovasco de Rondò, nuestro padre, con peluca sobre las orejas a lo Luis XIV, anticuada como tantas cosas suyas. Entre mi hermano y yo se sentaba el abate Fauchelafleur, limosnero de nuestra familia y preceptor de nosotros dos. Delante teníamos a la generala Corradina de Rondò, nuestra madre, y a nuestra hermana Battista, monja doméstica. En el otro extremo de la mesa, frente a nuestro padre, se sentaba, vestido a la turca, el caballero abogado Enea Silvio Carrega, administrador e hidráulico de nuestras haciendas, y tío natural nuestro, como hermano ilegítimo de nuestro padre.

Hacía pocos meses, habiendo cumplido Cósimo los doce años y yo los ocho, habíamos sido admitidos a la misma mesa que nuestros padres; o sea que yo había salido favorecido en la misma hornada que mi hermano, antes de tiempo, porque no quisieron dejarme aparte comiendo solo. Favorecido lo he dicho por decir; en realidad tanto para Cósimo como para mí había terminado la buena vida, y añorábamos las comidas en nuestra habitación, nosotros dos solos con el abate Fauchelafleur. El abate era un viejecito seco y arrugado, que tenía fama de jansenista, y en efecto, había huido del Delfinado, su tierra natal, para librarse de un proceso de la Inquisición. Pero el carácter riguroso que todos acostumbraban a elogiar de él, la severidad interior que se imponía e imponía a los demás, cedían continuamente a una fundamental vocación por la indiferencia y el dejar pasar, como si sus largas meditaciones con la mirada clavada en el vacío no hubiesen conseguido más que tedio y desgana, y en cada dificultad, incluso mínima, viese la señal de una fatalidad a la que de nada valía oponerse. Nuestras comidas en compañía del abate comenzaban tras largas oraciones, con movimientos de cuchara comedidos, rituales, silenciosos, y ay del que levantara los ojos del plato o hiciera el más leve ruido sorbiendo el

caldo...; pero al final de la sopa el abate ya estaba cansado, aburrido, miraba al vacío, daba chasquidos con la lengua a cada sorbo de vino, como si sólo las sensaciones más superficiales y efímeras consiguieran llegar hasta él; al segundo plato ya podíamos ponernos a comer con las manos, y terminábamos la comida arrojándonos corazones de pera, mientras el abate soltaba de vez en cuando uno de sus parsimoniosos: «*Ooo bien...! Ooo alors...!*».

Ahora, en cambio, en la mesa con la familia, tomaban cuerpo los rencores familiares, capítulo triste de la infancia. Nuestro padre, nuestra madre siempre allí delante, el uso de los cubiertos para el pollo, y estate derecho, y saca los codos de la mesa, ¡constantemente!, y además aquella antipática de nuestra hermana Battista. Comenzó una serie de reprimendas, de despechos, de castigos, de antojos, hasta el día en que Cósimo rechazó los caracoles y decidió separar su suerte de la nuestra.

Sólo más tarde me di cuenta de esta acumulación de resentimientos familiares; entonces tenía ocho años, todo me parecía un juego, nuestra guerra contra los mayores era la habitual de todos los chicos, no entendía que la obstinación que ponía mi hermano en ella ocultaba algo más hondo.

Nuestro padre el barón era un hombre fastidioso, la verdad, aunque no malvado; fastidioso porque su vida estaba dominada por ideas confusas, como sucede a menudo en épocas de cambio. Los tiempos agitados transmiten a muchos una necesidad de agitarse ellos también, pero totalmente al revés, o de forma desorientada: así, nuestro padre, con lo que entonces se estaba incubando, hacía alarde de pretensiones al título de duque de Ombrosa, y no pensaba más que en genealogías y sucesiones y rivalidades y alianzas con los potentados vecinos y lejanos.

Por eso en casa se vivía siempre como si estuviéramos en el ensayo general de una invitación a la Corte, no sé si a la de la emperatriz de Austria, del rey Luis, o quizá de aquellos montañeses de Turín. Nos servían un pavo, y nuestro padre observaba si lo trinchábamos y descarnábamos según todas las reglas reales, y el abate casi no lo probaba para no dejarse coger en un error, él que debía ayudar a nuestro padre en sus reprensiones. Del caballero abogado Carrega, en fin, habíamos descubierto su fondo de intenciones equívocas: hacía desaparecer muslos enteros bajo los faldones de su zamarra turca, para comérselos luego a mordiscos como le gustaba, escondido en la viña; y nosotros habríamos jurado (aunque nunca conseguimos pillarlo con las manos en la masa, de lo hábiles que eran sus movimientos) que se sentaba a la mesa con el bolsillo lleno de huesos ya descarnados, para dejarlos en el plato en lugar de los cuartos de pavo hechos desaparecer como por encanto. Nuestra madre la generala no contaba, porque usaba bruscos modos militares incluso al servirse en la mesa —«*So! Noch ein wenig! Gut!*»—, a los que nadie replicaba; pero con nosotros se comportaba, si no con etiqueta, con disciplina, y echaba una mano al barón con sus órdenes de plaza de armas —«*Sitz' ruhig! ¡Y límpiame los morros!*»—. La única que se encontraba a sus anchas era Battista, la monja doméstica, que descarnaba pollos con un ahínco extremo, fibra por fibra, con unos cuchillitos afilados que sólo tenía ella, parecidos a bisturís de cirujano. El barón, que acaso habría podido ponérsela como

ejemplo, no osaba mirarla, porque, con aquellos ojos espantados bajo las alas de la cofia almidonada, los dientes apretados en su amarilla carita de ratón, le daba miedo incluso a él. Se comprende, pues, que fuera la mesa el lugar donde salían a luz todos los antagonismos, las incompatibilidades entre nosotros, y también todas nuestras locuras e hipocresías; y que precisamente en la mesa se determinara la rebelión de Cósimo. Por esto me alargo al contarlo, puesto que, en la vida de mi hermano, ya no volveremos a encontrar ninguna mesa aparejada, podemos estar seguros.

Era también el único sitio en donde nos encontrábamos con los mayores. Durante el resto del día nuestra madre se retiraba a sus habitaciones a hacer encajes y bordados y filé, porque la generala, en realidad, sólo sabía ocuparse de estas labores tradicionalmente femeninas, y sólo con ellas se desahogaba de su pasión guerrera. Eran encajes y bordados que acostumbraban a representar mapas geográficos; y extendidos sobre cojines o tapices, nuestra madre los punteaba con alfileres y banderitas, señalando los planes de batalla de la Guerra de Sucesión, que conocía al dedillo. O bien bordaba cañones, con las distintas trayectorias que salían de la boca de fuego, y las cureñas, y los ángulos de tiro, porque era muy competente en balística, y tenía además a su disposición toda la biblioteca de su padre el general, con tratados de arte militar y tablas de tiro y atlas. Nuestra madre era una von Kurtewitz, Konradine de pila, hija del general Konrad von Kurtewitz, que veinte años antes había ocupado nuestras tierras al mando de las tropas de María Teresa de Austria. Huérfana de madre, el general se la llevaba consigo al campo; nada novelesco, viajaban bien equipados, se alojaban en los mejores castillos, con un tropel de criadas, y ella se pasaba el día haciendo encajes de bolillos; eso que cuentan, que también ella iba a las batallas, a caballo, sólo son leyendas; siempre había sido una mujercita de piel rosada y nariz respingona como la recordamos nosotros, pero le había quedado esa paterna pasión militar, quizá como protesta contra su marido.

Nuestro padre era de los pocos nobles de nuestra tierra que fueron partidarios de los imperiales en aquella guerra; acogió con los brazos abiertos al general von Kurtewitz en su feudo, puso a su disposición sus hombres, y para demostrar mejor su adhesión a la causa imperial se casó con Konradine; todo con la esperanza del Ducado, y también entonces le fue mal, como de costumbre, porque los imperiales se marcharon pronto y los genoveses lo cargaron de impuestos. Pero había ganado una buena esposa, la generala, como se la llamó después que su padre murió en la expedición a Provenza, y María Teresa le mandó un collar de oro sobre un cojín de damasco; una esposa con la que estuvo casi siempre de acuerdo, aunque ella, criada en los campamentos, no soñaba más que en ejércitos y batallas y le recriminaba no ser más que un chalán desafortunado.

Pero en el fondo los dos se habían quedado en los tiempos de las Guerras de Sucesión, ella con la artillería en la cabeza, él con los árboles genealógicos; ella soñando para nosotros sus hijos un grado en un ejército, no importa cuál, él viéndonos en cambio casados con alguna gran duquesa electora del Imperio... Aun así fueron unos padres buenísimos, pero tan distraídos que los dos tuvimos que crecer casi abandonados a nosotros mismos. ¿Fue un bien o un mal? ¿Quién puede saberlo? La vida de Cósimo fue tan fuera de lo normal

como metódica y modesta la mía, y sin embargo pasamos nuestra infancia juntos, indiferentes ambos a los resentimientos de los adultos, buscando caminos distintos de los frecuentados por la gente.

Trepábamos a los árboles (estos primeros juegos inocentes se cargan ahora en mi recuerdo de un destello de iniciación, de presagio; pero ¿quién lo pensaba, entonces?), subíamos por los torrentes saltando de roca en roca, explorábamos cuevas en la orilla del mar, nos deslizábamos por las balaustradas de mármol de las escalinatas de la villa. Por uno de estos deslizamientos se originó una de las más graves causas de discordia de Cósimo con los padres, porque fue castigado, injustamente según él, y desde entonces guardó rencor contra la familia (o la sociedad, o el mundo en general) que se manifestó luego en su decisión del 15 de junio.

A decir verdad, ya habíamos sido advertidos de no deslizarnos por la balaustrada de mármol de las escaleras, no por miedo a que nos rompiésemos un brazo o una pierna, que de esto nuestros padres no se preocuparon nunca, y fue la razón —creo yo— de que nunca nos rompiésemos nada; sino porque al crecer y aumentar de peso podíamos echar abajo las estatuas de antepasados que nuestro padre había mandado colocar sobre los pilares terminales de las balaustradas en cada tramo de escaleras. Ya una vez Cósimo había hecho caer un tatarabuelo obispo, con la mitra y todo; le castigaron, y desde entonces aprendió a frenar un instante antes de llegar al final del tramo y a saltar cuando faltaba un pelo para chocar contra la estatua. También yo aprendí eso, porque lo seguía en todo, sólo que, siempre más modesto y prudente, me apeaba a la mitad del tramo, o bien no me deslizaba seguido, sino con continuos frenazos. Un día él bajaba por la balaustrada como una flecha, ¿y quién estaba subiendo las escaleras? El abate Fauchelaflour que se iba a pasear, con el breviario abierto, pero con la mirada fija en el vacío como una gallina. ¡Si hubiera estado medio dormido como de costumbre! Pero no, se hallaba en uno de esos momentos que también le daban, de extrema atención e inquietud por todo. Ve a Cósimo, piensa: balaustrada, estatua, ahora se le echa encima, ahora me reprenden también a mí (porque a cada travesura nuestra le regañaban también a él por no saber vigilarnos), y se lanza a la balaustrada para detener a mi hermano. Cósimo da contra el abate, lo arrastra consigo por la balaustrada (era un viejecito todo piel y huesos), no puede frenar, choca con más fuerza contra la estatua de nuestro antepasado Cacciaguerra Piovasco, cruzado en Tierra Santa, y se precipitan todos al pie de las escaleras; el cruzado hecho añicos (era de yeso), el abate y él. Hubo reprimendas hasta nunca acabar, azotes, deberes de castigo, encierros a pan y sopa fría. Y Cósimo, que se sentía inocente porque la culpa no había sido suya, sino del abate, salió con aquella invectiva feroz: «¡Yo me río de todos vuestros antepasados, señor padre!», que ya anunciaba su vocación de rebelde.

Nuestra hermana, en el fondo, lo mismo. También ella, si bien vivía en el aislamiento que le había impuesto nuestro padre, tras la historia del marquesito De la Mela, siempre había sido de espíritu rebelde y solitario. Qué fue lo que pasó aquella vez con el marquesito, nunca se supo del todo. Hijo de una familia enemiga nuestra, ¿cómo se pudo introducir en casa? ¿Y para qué? Para seducir, o mejor, para violar a nuestra hermana, se dijo en el largo

litigio que mantuvieron después las dos familias. En realidad, nunca conseguimos imaginarnos a aquel bobalicón pecoso como un seductor, y menos aún con nuestra hermana, desde luego más fuerte que él, y famosa por echar pulsos incluso con los mozos de cuadra. Y además, ¿por qué fue él quien gritó? Y los criados que acudieron con nuestro padre, ¿por qué lo hallaron con los pantalones hechos pedazos, destrozados como por las garras de una tigresa? Los De la Mela nunca quisieron admitir que su hijo hubiese atentado contra el honor de Battista ni consintieron el matrimonio. Así nuestra hermana acabó sepultada en casa, con los hábitos de monja, aún sin haber hecho votos ni siquiera de terciaria, dada su dudosa vocación.

Su ánimo pérfido se expansionaba sobre todo con la cocina. Era excelente cocinando, ya que no le faltaba ni prontitud ni fantasía, cualidades principales para una cocinera, pero donde ella ponía las manos no se sabía qué sorpresas podían llegarnos luego a la mesa; una vez preparó unas tostadas con paté, la verdad es que exquisitas, de hígado de ratón, y no nos lo dijo hasta que las hubimos comido y encontrado buenas; por no hablar de las patas de saltamontes, las de atrás, duras y dentelladas, puestas en mosaico sobre un pastel; y los rabitos de cerdo, asados como si hubiesen sido rosquillas; y aquella vez que dio a cocer un puercoespín entero, con todas las púas, quién sabe por qué, desde luego sólo para impresionarnos cuando levantaron el cubreplatos, porque ni ella, que siempre comía todas las cosas raras que preparaba, lo quiso probar, aun cuando era un puercoespín cachorro, rosado, sin duda tierno. En realidad, gran parte de esta horrenda cocina era ingeniada sólo por su aspecto, más que por el placer de hacernos saborear junto a ella manjares con unos sabores horripilantes. Estos platos de Battista eran unas obras de delicada orfebrería animal o vegetal: coliflores con orejas de liebre puestas sobre un anillo de pelos de liebre; o una cabeza de cerdo de cuya boca salía, como si sacara la lengua, una langosta roja, y la langosta entre las pinzas sujetaba la lengua del cerdo como si se la hubiese arrancado. Luego los caracoles: había conseguido decapitar no sé cuántos caracoles, y las cabezas, aquellas cabezas de caballitos tan viscosas, las había clavado, creo que con mondadientes, sobre unas pastas de hojaldre, y parecían, cuando llegaron a la mesa, una bandada de minúsculos cisnes. Y más aún que la vista de aquellas chucherías impresionaba pensar en todo el empeño que sin duda Battista había puesto al prepararlas, imaginar sus manos sutiles mientras desmembraban aquellos cuerpecitos de animales.

El modo en que los caracoles excitaban la macabra fantasía de nuestra hermana nos empujó, a mi hermano y a mí, a una rebelión, que era, al mismo tiempo, de solidaridad con los pobres animales atormentados, de desagrado por el sabor de los caracoles cocidos y de exasperación por todos y todo, hasta el punto que no hay que sorprenderse que a partir de ese momento madurase Cósimo su gesto y todo lo que le siguió.

Habíamos urdido un plan. Cuando el caballero abogado traía a casa un cesto lleno de caracoles comestibles, los metían en un tonel de la bodega, para que ayunaran, y comiendo sólo salvado se purgasen. Al desplazar la tapa de tablas de este tonel aparecía una especie de infierno, en el que los caracoles subían por las duelas con una lentitud que ya era un presagio de agonía, entre restos de salvado, estrías de opaca baba agrumada y coloreados

excrementos, recuerdo de los buenos tiempos de las hierbas al aire libre. Algunos estaban fuera del caparazón, con la cabeza extendida y los cuernos separados, otros encogidos, dejando asomar solamente desconfiadas antenas, otros de tertulia como comadres, otros adormecidos y encerrados, otros muertos, vueltos al revés. Para salvarlos del encuentro con aquella siniestra cocinera, y para salvarnos a nosotros de sus opíparas comidas, practicamos un agujero en el fondo del tonel, y desde allí trazamos con briznas de hierba picada y miel, un camino lo más escondido posible, detrás de barriles y aparejos de la bodega, para incitar a los caracoles a la fuga, hasta un ventanuco que daba a un bancal inculto y lleno de maleza.

Al día siguiente, cuando bajamos a la bodega a examinar los efectos de nuestro plan, a la luz de una vela inspeccionamos las paredes y los corredores. «¡Aquí hay uno! ¡Aquí otro! ¡Mira éste hasta dónde ha llegado!». Ya una hilera de caracoles sin grandes claros recorría el suelo y las paredes, del tonel al ventanuco, siguiendo nuestra pista. «¡Rápido, caracoles! ¡Deprisa, escapad!», no pudimos contenernos de decirles, viendo los animalillos andar lentamente, no sin desviarse en inútiles rodeos por las desconchadas paredes de la bodega, atraídos por ocasionales depósitos y mohos y grumos; pero la bodega estaba oscura, abarrotada, accidentada; esperábamos que nadie pudiera descubrirlos, que todos tuvieran tiempo de escapar.

En cambio, aquel alma sin paz de nuestra hermana Battista de noche recorría toda la casa a la caza de ratones, sosteniendo un candelabro, y con la escopeta bajo el brazo. Aquella noche pasó por la bodega, y la luz del candelabro iluminó un caracol perdido en el techo, con la estela de baba argéntea. Retumbó un disparo. Todos en las camas nos sobresaltamos, pero enseguida volvimos a hundir la cabeza en la almohada, acostumbrados como estábamos a las cacerías nocturnas de la monja doméstica. Pero Battista, destruido el caracol y desplomado un trozo de revoque con aquel escopetazo irrazonable, comenzó a gritar con su vocecilla estridente: «¡Socorro! ¡Se escapan todos! ¡Socorro!». Acudieron los criados medio desnudos, nuestro padre armado con un sable, el abate sin peluca, y el caballero abogado, aún antes de entender nada, por miedo a incordios, escapó al campo y se fue a dormir a un pajar.

Al claror de las antorchas todos se pusieron a dar caza a los caracoles por la bodega, aunque a nadie le importaran gran cosa, pero ahora ya estaban despiertos y no querían admitir, por el amor propio de siempre, que se habían molestado para nada. Descubrieron el agujero en el tonel y comprendieron enseguida que habíamos sido nosotros. Nuestro padre vino a calentarnos a la cama, con el látigo del cochero. Acabamos recubiertos de estrías violetas en la espalda, las nalgas y las piernas, encerrados en un triste cuartucho a modo de prisión.

Nos tuvieron allí tres días, a pan, agua, ensalada y sopa fría (que, por suerte, nos gustaba). Después, la primera comida en familia, como si nada hubiese ocurrido, todos de maravilla, aquel mediodía del 15 de junio; ¿y qué había preparado nuestra hermana Battista, encargada de la cocina? Sopa de caracoles y guiso de caracoles. Cósimo no quiso tocar ni siquiera un caparazón. «¡Comed u os volvemos a encerrar de inmediato en el

cuartucho!». Yo cedí, y empecé a tragarme los moluscos. (Fue un poco una bajeza por mi parte, que hizo que mi hermano se sintiera más solo, por lo que en su abandonarnos había también una protesta contra mí, que lo había decepcionado; pero sólo tenía ocho años, y además ¿de qué sirve comparar mi fuerza de voluntad, o mejor, la que podía tener de niño con la obstinación sobrehumana que marcó la vida de mi hermano?).

—¿Y eso? —dijo nuestro padre a Cósimo.

—¡No y no! —dijo Cósimo, y rechazó el plato.

—¡Fuera de esta mesa!

Pero Cósimo ya nos había vuelto las espaldas y estaba saliendo del comedor.

—¿Adónde vas?

Lo veíamos por la puerta de cristales mientras cogía su tricornio y su espadín en el vestíbulo.

—¡Lo sé yo! —y corrió hacia el jardín.

Al cabo de un momento, por las ventanas, vimos que trepaba por la encina. Iba vestido y acicalado con gran pulcritud, tal como nuestro padre quería que viniese a la mesa, pese a sus doce años: cabellos empolvados con lazo en la coleta, tricornio, corbata de encaje, frac verde con colas, calzones de color malva, espadín, y polainas altas de piel blanca hasta medio muslo, única concesión a una forma de vestir más acorde con nuestra vida campestre. (Yo, como *sólo* tenía ocho años, estaba dispensado de los polvos en los cabellos, salvo en las ocasiones de gala, y del espadín, que en cambio me habría gustado llevar). Así que subía por el nudoso árbol, moviendo brazos y piernas por las ramas con la seguridad y rapidez que se debían a la larga práctica llevada a cabo conjuntamente.

Ya he dicho que en los árboles pasábamos horas y horas, y no por algún motivo provechoso como hacen tantos chicos, que suben a ellos sólo para buscar fruta o nidos de pájaros, sino por el placer de salvar salientes del tronco y horcaduras, y llegar lo más arriba posible, y encontrar sitios adecuados donde entretenernos mirando el mundo allá abajo, y poder gastar bromas a quien pasara por debajo. Consideré pues natural que el primer pensamiento de Cósimo, en aquel injusto ensañarse contra él, hubiese sido el de trepar a la encina, árbol que nos era familiar, y que teniendo las ramas a la altura de las ventanas del comedor, imponía su actitud desdeñosa y ofendida a la vista de toda la familia.

—*Vorsicht! Vorsicht!* Pobre, ¡se va a caer! —exclamó ansiosa nuestra madre, que nos habría visto de buena gana a la carga bajo los cañonazos, en tanto que se inquietaba por todos nuestros juegos.

Cósimo subió hasta la horquilla de una gruesa rama en donde podía estar cómodo, y se sentó allí, con las piernas que le colgaban, cruzado de brazos con las manos bajo los sobacos, la cabeza hundida entre los hombros, el tricornio calado sobre la frente.

Nuestro padre se asomó al antepecho.

—¡Cuando te canses de estar ahí ya cambiarás de idea! —le gritó.

—Nunca cambiaré de idea —dijo mi hermano desde la rama.

—¡Ya verás, en cuanto bajes!

—¡No bajaré nunca más!

Y mantuvo su palabra.

II

Cósimo estaba en la encina. Las ramas se agitaban, altos puentes sobre la tierra. Soplaban un viento ligero; hacía sol. El sol se filtraba entre las hojas, y nosotros, para ver a Cósimo, teníamos que hacer pantalla con la mano. Cósimo miraba el mundo desde el árbol: todo, visto desde allá arriba, era distinto, y eso ya era una diversión. La avenida tenía una perspectiva bien diferente, y los parterres, las hortensias, las camelias, la mesita de hierro para tomar el café en el jardín. Más allá las copas de los árboles se hacían menos espesas y la huerta descendía en pequeños campos escalonados, sostenidos por muros de piedras; detrás estaba oscurecido por los olivares, y, más allá, asomaban los tejados de la población de Ombrosa, de ladrillos descoloridos y pizarra, y se distinguían las vergas de los navíos, allí donde debía de estar el puerto. Al fondo se extendía el mar, con el horizonte alto, y un lento velero lo atravesaba.

El barón y la generala, después del café, salían ahora al jardín. Miraban un rosal, simulaban no apercibirse de Cósimo. Iban del brazo, pero enseguida se separaban para discutir y gesticular. Yo, en cambio, llegué hasta la encina, como jugando por mi cuenta, aunque en realidad trataba de llamar la atención de Cósimo; pero él me guardaba rencor y continuaba mirando a lo lejos. Cesé en mi empeño, y me acurruqué detrás de un banco para poder seguir observándolo sin ser visto.

Mi hermano estaba como de vigía. Miraba a todas partes, y nada importaba. Entre los limoneros pasaba una mujer con un cesto. Subía un arriero por la cuesta, cogido a la cola de la mula. No se vieron entre sí; la mujer, al ruido de los cascos, se volvió y se asomó al camino, pero no llegó a tiempo. Entonces se puso a cantar, pero el arriero pasaba ya la vuelta, aguzó el oído, chasqueó el látigo y dijo a la mula: «¡Aah!». Todo acabó aquí. Cósimo veía, esto y aquello.

Por la avenida pasó el abate Fauchelafleur con el breviario abierto. Cósimo cogió algo desde la rama y se lo dejó caer a la cabeza; no distinguí qué era, quizá una pequeña araña, o un trozo de corteza; no lo recogió. Con el espadín Cósimo se puso a hurgar en un agujero del tronco. Salió una avispa irritada, la echó agitando el tricornio y siguió su vuelo con la mirada hasta una calabacera, donde se escondió. Veloz como siempre, el caballero abogado salió de la casa, tomó las escalerillas del jardín y se perdió entre las hileras de la viña; Cósimo, para ver adónde iba, trepó a otra rama. Allí, entre el follaje, se oyó un aleteo, y alzó el vuelo un mirlo. Cósimo se enojó porque había estado allá arriba todo aquel tiempo y no

se había dado cuenta de su presencia. Estuvo mirando a contraluz si había otros. No, no había ninguno.

La encina estaba cerca de un olmo; las dos copas casi se tocaban. Una rama del olmo pasaba a medio metro por encima de una rama del otro árbol; le fue fácil a mi hermano dar el paso y conquistar así la cima del olmo, que no habíamos explorado nunca, pues era de horcadura alta y difícil de alcanzar desde el suelo. Ya en el olmo, buscando siempre una rama que pasara muy cerca de las ramas de otro árbol, se pasaba a un algarrobo, y luego a una morera. Así era como veía avanzar a Cósimo de una rama a otra, caminando suspendido sobre el jardín.

Algunas ramas de la gran morera llegaban hasta la tapia de nuestra villa y la sobrepasaban; del otro lado estaba el jardín de los de Ondariva. Aunque éramos vecinos, no sabíamos nada de los marqueses de Ondariva y nobles de Ombrosa, porque al disfrutar ellos de ciertos derechos feudales sobre los que nuestro padre se jactaba de tener pretensiones, un odio recíproco dividía a las dos familias, así como una tapia alta que parecía el muro de un castillo dividía nuestras villas, no sé si mandado erigir por nuestro padre o por el marqués. Añádase a esto el celo con que los Ondariva rodeaban su jardín, poblado, por lo que se decía, de especies de plantas nunca vistas. Y en efecto, el abuelo de los actuales marqueses, discípulo de Linneo, había removido toda la extensa parentela que la familia tenía en las cortes de Francia e Inglaterra, para hacerse enviar las más preciadas rarezas botánicas de las colonias, y durante años los navíos habían desembarcado en Ombrosa sacos de semillas, haces de esquejes, arbustos en macetas, e incluso árboles enteros, con enormes envoltorios de panes de tierra en torno a las raíces; hasta que en aquel jardín crecieron —decían— una mezcla de selvas de la India y de América, si no de Nueva Holanda.

Todo lo que podíamos ver nosotros eran las hojas oscuras de una planta recién importada de las colonias americanas, la *magnolia*, que asomaban por el borde de la tapia, y de cuyas ramas negras brotaban unas carnosas flores blancas. Desde nuestra morera Cósimo saltó a lo alto de la tapia, dio algunos pasos manteniendo el equilibrio y luego, sosteniéndose con las manos se descolgó al otro lado, donde estaban las hojas y las flores de la magnolia. Desapareció de mi vista; y lo que ahora diré, como muchas de las cosas de este relato de su vida, me las refirió él mismo después, o bien las obtuve de testimonios dispersos y conjeturas.

Cósimo estaba en la magnolia. Aunque de ramas compactas, este árbol era practicable para un muchacho experto en toda clase de árboles como mi hermano; y las ramas resistían su peso, aun cuando eran no muy gruesas y de una madera tan blanda que Cósimo las pelaba con la punta de sus zapatos, abriendo blancas heridas en el negro de la corteza; y envolvía al muchacho en un fresco perfume de hojas, cuando el viento las movía, y el verdear de sus caras ora era opaco, ora brillante.

Pero era todo el jardín lo que olía, y si Cósimo todavía no lograba recorrerlo con la vista, tan irregularmente denso era, ya lo exploraba con el olfato, y trataba de distinguir los distintos aromas, que ya conocía de cuando, traídos por el viento, llegaban hasta nuestro

jardín y nos parecían una sola cosa junto con el secreto de aquella villa. Luego miraba la fronda y veía hojas nuevas, algunas grandes y brillantes como si corriese por ellas un velo de agua, otras minúsculas y pinadas, y troncos lisos o con escamas.

Había un gran silencio. Sólo se elevó un vuelo de pequeñísimos mosquiteros, gritando. Y se oyó una vocecita que cantaba: «*Oh, la la la! La ba-lan-çoire...*». Cósimo miró abajo. Colgado de la rama de un gran árbol cercano se balanceaba un columpio, con una niña sentada de unos diez años.

Era una niña rubia, con un alto peinado un poco ridículo para una nena, un vestido azul también de persona mayor, cuya falda, ahora levantada por el columpio, se veía rebosante de encajes. La niña miraba con los ojos entornados y la nariz levantada, como por una costumbre de hacerse la señora, y comía una manzana a mordiscos, doblando la cabeza cada vez hacia la mano con la que tenía al mismo tiempo que sostener la manzana y agarrarse a la cuerda del columpio, y se daba impulso golpeando con la punta de los zapatitos en el suelo cada vez que el columpio estaba en el punto más bajo de su recorrido, y arrojaba de la boca los trocitos de piel de manzana mordisqueada, y cantaba: «*Oh, la la la! La ba-lan-çoire...*», como una muchachita a quien ya no le importara en absoluto ni el columpio, ni las canciones, ni tampoco (aunque quizá algo más) la manzana, y tuviera ya otros pensamientos en la cabeza.

Cósimo, desde lo alto de la magnolia, se había descolgado hasta la horcadura más baja, y ahora estaba con los pies puestos, uno aquí y otro allá, en dos horquillas y los codos apoyados en una rama frente a él como en un antepecho. Los vuelos del columpio le traían a la niña justo delante de sus ojos.

Ella estaba distraída y no se había dado cuenta de su presencia. De pronto lo vio allí, de pie en el árbol, con tricornio y polainas. «¡Oh!», dijo.

La manzana se le cayó de la mano y rodó al pie de la magnolia. Cósimo desenvainó el espadín, se inclinó desde la última rama, alcanzó la manzana con la punta del espadín, la ensartó y se la ofreció a la niña que mientras tanto había hecho un recorrido completo del columpio y estaba de nuevo allí.

—Cójala, no se ha ensuciado, sólo está un poco aplastada por un lado.

La niña rubia ya se había arrepentido de haber demostrado tanta sorpresa por aquel muchachito desconocido que había aparecido allí en la magnolia, y había recobrado su aire afectado con la nariz hacia arriba.

—¿Sois un ladrón? —dijo.

—¿Un ladrón? —dijo Cósimo, ofendido; después, pensándolo mejor, la idea le gustó—. Pues sí —dijo, y se caló el tricornio sobre la frente—. ¿Algo en contra?

—¿Y qué habéis venido a robar?

Cósimo miró la manzana que había ensartado en la punta del espadín, y le vino a la cabeza que tenía hambre, que casi no había probado bocado en la mesa.

—Esta manzana —dijo, y empezó a mondarla con la hoja del espadín, que tenía, a pesar de las prohibiciones familiares, muy afilada.

—Entonces sois un ladrón de fruta —dijo la muchacha.

Mi hermano pensó en las bandas de chicos pobres de Ombrosa, que saltaban muros y setos y saqueaban los huertos, una clase de muchachos a los que se le había enseñado a despreciar y rehuir, y por primera vez pensó en cuán libre y envidiable tenía que ser aquella vida. Sí, tal vez podía convertirse en uno de ellos, y vivir así, de ahora en adelante. «Sí», dijo. Había cortado a tajadas la manzana y se puso a mastigarla.

La muchachita rubia soltó una carcajada que duró lo que un vuelo del columpio, arriba y abajo.

—¡Qué va! ¡A los chicos que roban fruta yo los conozco! ¡Todos son amigos míos! ¡Y éstos van descalzos, en mangas de camisa, despeinados, y no con polainas y peluca!

Mi hermano se puso rojo como la piel de la manzana. Que se burlaran de él no sólo por la peluca empolvada, que no le importaba nada, sino por las polainas, que le importaban muchísimo, y que se le considerase de aspecto inferior a un ladrón de fruta, a aquella ralea despreciada hasta un momento antes, y sobre todo el descubrir que aquella damita que hacía de dueña del jardín de los de Ondariva era amiga de todos los ladrones de fruta pero no amiga suya, todas estas cosas juntas lo llenaron de rabia, vergüenza y celos.

—*Oh, la la la...* ¡Con polainas y peluquín! —canturreaba la niña en el columpio.

Él tuvo un arranque de orgullo.

—¡No soy un ladrón de esos que conocéis! —gritó—. ¡No soy lo que se llama un ladrón! Lo decía para no asustaros, porque si supierais quién soy de verdad, os moriríais de miedo: ¡soy un bandido! ¡Un terrible bandido!

La muchachita seguía columpiándose hasta sus mismas narices, se habría dicho que quería llegar a rozarlo con la punta de los pies.

—¡Qué va! ¿Y dónde está la escopeta? ¡Todos los bandidos llevan escopeta! ¡O espingarda! ¡Yo los he visto! ¡A nosotros nos han parado cinco veces la carroza, en los viajes del castillo hasta aquí!

—¡Pero el jefe no! ¡Yo soy el jefe! ¡El jefe de los bandidos no lleva escopeta! ¡Sólo lleva espada! —y mostró su espadín.

La muchachita se encogió de hombros.

—El jefe de los bandidos —explicó— es uno que se llama Gian dei Brughi y viene siempre a traernos regalos, por Navidad y Pascua.

—¡Ah! —exclamó Cósimo de Rondò, alcanzado por una oleada de partidismo familiar—. ¡Entonces tiene razón mi padre, cuando dice que el marqués de Ondariva es el protector de todo el bandidaje y contrabando de la zona!

La niña pasó cerca del suelo, en lugar de darse impulso frenó en seco, y saltó. El columpio vacío tembló en el aire.

—¡Bajad enseguida de ahí! ¡Cómo os habéis permitido entrar en nuestro territorio! —dijo, apuntando al chico con el índice embravecida.

—¡No he entrado y no bajaré! —dijo Cósimo con un calor parecido—. Nunca he puesto los pies en vuestro territorio, ¡y no los pondría ni por todo el oro del mundo!

La muchachita entonces, con mucha tranquilidad, cogió un abanico que estaba sobre una butaca de mimbre, y aunque no hacía mucho calor, se abanicó paseando arriba y abajo.

—Ahora —dijo con toda tranquilidad—, llamaré a los criados y haré que os cojan y golpeen. ¡Así aprenderéis a no entrometeros en nuestra finca!

Cambiaba siempre de tono, esta niña, y mi hermano quedaba desconcertado cada vez que ocurría.

—¿Donde yo estoy no es territorio y no es vuestro! —declaró Cósimo, y le entraba la tentación de añadir: «¡Y además soy el duque de Ombrosa y soy el señor de todo el territorio!», pero se contuvo, porque no le gustaba repetir las cosas que siempre decía su padre, ahora que se había escapado de la mesa tras la disputa con él; no le gustaba y no le parecía justo, también porque aquellas pretensiones al Ducado siempre le habían parecido manías; ¿a qué venía ponerse también él, Cósimo, ahora, a fanfarronear de duque? Pero no quería echarse atrás y continuó con lo que le venía en gana—. Esto no es vuestro —repitió—, porque vuestro es el suelo, y si pusiera un pie en él entonces sería un entrometido. Pero aquí arriba no, y voy por donde quiero.

—Sí, entonces todo es tuyo, ahí arriba...

—¡Claro! Territorio personal mío, aquí arriba —e hizo un vago ademán hacia las ramas, las hojas a contraluz, el cielo—. En las ramas de los árboles todo es territorio mío. Di que vengan a cogerme, ¡a ver si lo consiguen!

Ahora, tras tantas fanfarronadas, se esperaba que le tomara el pelo quién sabe cómo. En cambio, imprevisiblemente, se mostró interesada.

—¿Ah, sí? ¿Y hasta dónde llega este territorio tuyo?

—Hasta donde se consigue llegar andando sobre los árboles, por acá, por allá, tras la tapia, al olivar, hasta la colina, al otro lado de la colina, al bosque, a las tierras del obispo...

—¿Incluso hasta Francia?

—Hasta Polonia y Sajonia —dijo Cósimo, que de geografía sólo sabía los nombres oídos a nuestra madre cuando hablaba de las Guerras de Sucesión—. Pero yo no soy egoísta como tú. A mi territorio te invito.

Ahora habían pasado a tutearse los dos, pero era ella la que había empezado.

—¿Y el columpio de quién es? —dijo ella, y se sentó en él, con el abanico abierto en una mano.

—El columpio es tuyo —estableció Cósimo—, pero como está atado a esta rama, depende de mí. Conque, si estás en él, mientras tocas el suelo con los pies, estás en tu territorio, pero si te levantas por el aire estás en el mío.

Ella se dio impulso y voló, las manos cogidas a las cuerdas. Cósimo de la magnolia saltó a la gruesa rama que sostenía el columpio, y desde allí agarró las cuerdas y se puso a balancearla. El columpio subía cada vez más.

—¿Tienes miedo?

—Yo no. ¿Cómo te llamas?

—Cósimo... ¿Y tú?

—Violante, pero me llaman Viola.

—A mí me llaman Mino, porque Cósimo es nombre de viejos.

—No me gusta.

—¿Cósimo?

—No, Mino.

—Ah... Puedes llamarme Cósimo.

—¡Ni por asomo! Oye, tú, tenemos que hacer un pacto.

—¿Qué dices? —respondió él, que seguía quedando mal siempre.

—Digo que yo puedo subir a tu territorio y soy un huésped sagrado, ¿de acuerdo? Entro y salgo cuando quiero. Tú, en cambio, eres sagrado e inviolable mientras estés en los árboles, en tu territorio, pero en cuanto toques el suelo de mi jardín te conviertes en mi esclavo y se te encadena.

—No, yo no bajo a tu jardín y ni siquiera al mío. Para mí todo es territorio enemigo igualmente. Vendrás aquí arriba conmigo, y vendrán tus amigos que roban fruta, quizá también mi hermano Biagio, aunque sea un poco cobarde, y formaremos un ejército siempre sobre los árboles y meteremos en razón a la tierra y sus habitantes.

—No, no, nada de eso. Déjame explicarte; las cosas están así. Tú tienes dominio sobre los árboles, ¿de acuerdo?, pero si alguna vez tocas tierra con un pie, pierdes todo tu reino y te conviertes en el último de los esclavos. ¿Lo has entendido? Incluso si se rompe una rama y te caes, ¡lo pierdes todo!

—¡No me he caído de un árbol en mi vida!

—Seguro, pero si te caes, si te caes te vuelves ceniza y el viento se te lleva.

—Déjate de cuentos. Yo no bajo al suelo porque no quiero.

—Oh, qué aburrido eres.

—No, no, juguemos. Por ejemplo, en el columpio, ¿podría estar?

—Si consigues sentarte en el columpio sin tocar tierra, sí.

Cerca del columpio de Viola había otro, colgado de la misma rama, pero levantado con un nudo en las cuerdas para que no chocasen. Cósimo desde la rama bajó deslizándose agarrado a una de las cuerdas, ejercicio en el que era muy hábil porque nuestra madre nos hacía hacer muchas pruebas de gimnasia, llegó al nudo, lo deshizo, se puso en pie sobre el columpio y para darse impulso desplazó el peso del cuerpo doblándose por las rodillas e inclinándose hacia adelante. Así subía cada vez más. Los dos columpios iban uno en un sentido y el otro en el contrario y ya llegaban a la misma altura, y se cruzaban a la mitad del recorrido.

—Pero si pruebas a sentarte y a darte impulso con los pies, llegas más arriba —insinuó Viola.

Cósimo le hizo una mueca.

—Baja a darme impulso, sé buen chico —dijo ella, sonriéndole amable.

—Pero no, si habíamos dicho que no debo bajar por ninguna razón... —y Cósimo volvía a no entender.

—Sé amable.

—No.

—¡Ja, ja! Has estado a punto de caer en la trampa. ¡Si ponías un pie en el suelo ya lo habías perdido todo! —Viola bajó del columpio y empezó a dar ligeros empujones al

columpio de Cósimo—. ¡Huy! —De pronto había agarrado el asiento del columpio en el que mi hermano tenía los pies y le había dado la vuelta. ¡Menos mal que Cósimo se sujetaba con fuerza a las cuerdas! ¡Si no, se habría desplomado al suelo como un calabacín!

—¡Traidora! —gritó, y trepó, sujetándose a las dos cuerdas, pero la subida era mucho más difícil que la bajada, sobre todo con la niña rubia que se hallaba en uno de sus momentos malignos y tiraba de las cuerdas desde abajo en todos los sentidos.

Finalmente alcanzó la rama gruesa, y se puso a horcadas sobre ella. Con la corbata de encaje se enjugó el sudor del rostro.

—¡Ja, ja! ¡No lo has conseguido!

—¡Por un pelo!

—¡Pero yo creía que eras amiga mía!

—¡Creías! —y volvió a abanicarse de nuevo.

—¡Violante! —prorrumpió en ese momento una aguda voz femenina—. ¿Con quién estás hablando?

En la escalinata blanca que llevaba a la villa había aparecido una señora: alta, delgada, con una amplísima falda; miraba con unos impertinentes. Cósimo se refugió entre las hojas, intimidado.

—Con un joven, *ma tante* —dijo la niña—, que ha nacido en la copa de un árbol y por un encantamiento no puede poner los pies en el suelo.

Cósimo, muy rojo, preguntándose si la niña hablaba así para burlarse de él delante de la tía, o para burlarse de la tía delante de él, o sólo por continuar el juego, o porque no le importaban nada ni él, ni la tía, ni el juego, se veía escrutado por los impertinentes de la dama, que se acercaba al árbol como para contemplar un extraño papagayo.

—*Uh, mais c'est un des Piovasques, ce jeune homme, je crois. Viens, Violante.*

Cósimo despedía llamas de humillación: haberlo reconocido con aquel aire natural, ni aun preguntándose por qué él estaba allí, y haber llamado enseguida a la niña, con firmeza pero sin severidad, y Viola que dócil, sin volverse siquiera, seguía la llamada de la tía; todo parecía sobreentender que él era persona que no contaba para nada, que casi no existía. Así aquella tarde extraordinaria se hundía en una nube de vergüenza.

Pero de pronto la niña hace una señal a la tía, la tía baja la cabeza, la niña le dice algo al oído. La tía vuelve a apuntar los impertinentes sobre Cósimo.

—Entonces, señorito —le dice—, ¿acepta usted tomar una taza de chocolate? Así nos conoceremos también nosotros —y echa una mirada de reojo a Viola—, en vista de que ya es amigo de la familia.

Cósimo se queda allí mirando a tía y sobrina con los ojos muy abiertos. El corazón le latía con fuerza. He aquí que era invitado por los de Ondariva y de Ombrosa, la familia más altanera de aquel lugar, y la humillación de un momento antes se transformaba en desquite y se vengaba de su padre, al ser acogido por adversarios que siempre lo habían mirado de arriba abajo, y Viola había intercedido por él, y ya lo habían aceptado oficialmente como amigo de Viola, y jugaría con ella en ese jardín distinto a todos los jardines. Todo esto sintió Cósimo, pero, al mismo tiempo, un sentimiento opuesto, o más bien confuso: un

sentimiento mezcla de timidez, orgullo, soledad, amor propio; y con este choque de sentimientos mi hermano se agarró a una rama que tenía encima, trepó, pasó a la parte más frondosa, luego a otro árbol, desapareció.

III

Fue una tarde que no acababa nunca. De vez en cuando se oía un ruido, un crujido como a menudo en los jardines, y salíamos corriendo con la esperanza de que fuese él, que se hubiera decidido a bajar. Pero qué va, vi oscilar la cima de la magnolia de las flores blancas, y Cósimo que aparecía de la otra parte de la tapia y se descolgaba.

Fui a su encuentro sobre la morera. Al verme, pareció contrariado; todavía estaba enfadado conmigo. Se sentó en una rama de la morera por encima de la mía y se puso a hacer muescas con el espadín, como si no quisiera dirigirme la palabra.

—Se sube bien por la morera —dijo, por decir algo—, antes no habíamos subido nunca...

Continuó arañando la rama con la hoja, luego dijo, agrio:

—Y qué, ¿te han gustado los caracoles?

Tendí un cesto:

—Te he traído dos higos secos, Mino, y un poco de pastel...

—¿Te han mandado *ellos*? —dijo, aún antipático, pero ya miraba el cesto tragando saliva.

—No, si supieras, ¡he tenido que escaparme a escondidas del abate! —dijo deprisa—. Querían verme estudiando toda la tarde, para que no me comunicase contigo, ¡pero el viejo se ha dormido! A mamá le preocupa que puedas caerte y querría que te buscasen, pero papá desde que ya no te ha visto en la encina dice que has bajado y te has escondido en algún rincón a pensar en tu mala acción y no hay por qué tener miedo.

—¡No he bajado nunca! —dijo mi hermano.

—¿Has estado en el jardín de los de Ondariva?

—Sí, pero siempre de un árbol a otro, ¡sin tocar tierra!

—¿Por qué? —pregunté yo; era la primera vez que le oía esa regla suya, pero la había enunciado como algo ya convenido entre nosotros, como si quisiera tranquilizarme de que no la había transgredido; de modo que no me atreví a insistir más en demanda de explicaciones.

—¿Sabes? —dijo, en lugar de responderme—, se necesitan muchos días para explorar toda la finca de los de Ondariva. Hay árboles de las selvas de América, ¡si vieras! —Luego se acordó de que conmigo estaba peleado y que por tanto no debía mostrar ningún interés en

comunicarme sus descubrimientos. Cortó, áspero—: De todas maneras no te pienso llevar... Puedes ir a pasear con Battista, de ahora en adelante, o con el caballero abogado.

—No, Mino, ¡llévame allí! —dije yo—, no tienes que tomarla conmigo por los caracoles, eran asquerosos, pero no aguantaba más oírles gritar.

Cósimo estaba atiborrándose de pastel.

—Te pondré a prueba —dijo—, debes demostrarme que estás de mi parte, no de la de ellos.

—Dime todo lo que quieres que haga.

—Tienes que conseguirme cuerdas, largas y fuertes, porque para pasar por ciertos sitios debo atarme; luego una polea, y ganchos, clavos de los grandes...

—Pero ¿qué quieres hacer? ¿Una grúa?

—Tendremos que subir muchas cosas, vamos a ver: tablas, cañas...

—¿Quieres construir una cabaña sobre un árbol! ¿Dónde?

—Si llega el caso. El lugar lo escogeremos. Mientras tanto mi paradero está allí, en aquella encina hueca. Bajaré el cesto con la cuerda y podrás meter en él todo lo que necesite.

—Pero ¿por qué? Hablas como si fueras a quedarte quién sabe cuánto escondido... ¿No crees que te perdonarán?

Se ruborizó:

—Qué más me da que me perdonen. Y además no estoy escondido: ¡no tengo miedo de nadie! Y a ti, ¿te da miedo ayudarme?

No era que no hubiese entendido que mi hermano por ahora se negaba a bajar, pero simulaba no entender para obligarlo a pronunciarse, a decir: «Sí, quiero quedarme en los árboles hasta la hora de merendar, o la puesta de sol, o la cena, o hasta que esté oscuro», algo que, en fin, señalase un límite, una proporción a su acto de protesta. En cambio no decía nada, y yo sentía un poco de miedo.

Llamaron desde abajo. Era nuestro padre que gritaba: «¡Cósimo! ¡Cósimo!», y después, persuadido de que Cósimo no debía responderle: «¡Biagio! ¡Biagio!», me llamaba a mí.

—Voy a ver qué quieren. Luego te lo vengo a contar —dije deprisa.

Este interés en informar a mi hermano, lo admito, se ajustaba a una prisa en guillármelas, por miedo a ser cogido confabulando con él en la copa de la morera y tener que compartir con él el castigo que sin duda le esperaba. Pero Cósimo no pareció leerme en el rostro esta sombra de cobardía: me dejó ir, no sin haber hecho gala con un encogimiento de hombros de su indiferencia por lo que nuestro padre podía tener que decirle.

Cuando volví todavía estaba allí; había encontrado un buen sitio para estar sentado, sobre un tronco podado, con la barbilla sobre las rodillas y los brazos estrechando las piernas.

—¡Mino! ¡Mino! —dije, trepando, sin aliento—. ¡Te han perdonado! ¡Nos esperan! La merienda está en la mesa, papá y mamá ya están sentados y nos ponen los pedazos de pastel en el plato. Porque hay un pastel de crema y chocolate, que no ha preparado Battista, ¿sabes? Battista debe de haberse encerrado en su habitación, ¡verde de bilis! Me han

acariciado la cabeza y me han dicho: «Ve y dile al pobre Mino que hacemos las paces y no hablamos más del asunto». ¡Pronto, vamos!

Cósimo mordisqueaba una hoja. No se movió.

—Oye —dijo—, trata de coger una manta, sin que te vean, y tráemela. Debe hacer frío, aquí, por la noche.

—¡Pero no querrás pasar la noche sobre los árboles!

No contestaba, la barbilla sobre las rodillas, masticaba una hoja y miraba al frente. Seguí su mirada, que terminaba en la tapia del jardín de los de Ondariva, allí donde asomaban las flores blancas de la magnolia, y más allá volaba una cometa.

Y se hizo de noche. Los criados iban y venían poniendo la mesa; en el comedor los candelabros estaban ya encendidos. Cósimo desde el árbol debía verlo todo; y el barón Arminio, vuelto hacia las sombras fuera de la ventana gritó:

—¡Si quieres quedarte ahí, te morirás de hambre!

Aquella noche por primera vez nos sentamos a cenar sin Cósimo. Él estaba a caballo de una rama alta de la encina, de lado, de suerte que sólo veíamos las piernas que colgaban. Veíamos, digo, si nos adelantábamos al antepecho y escrutábamos en la sombra, porque la habitación estaba iluminada y fuera oscuro.

Hasta el caballero abogado se sintió en el deber de asomarse y decir algo, pero como de costumbre no consiguió expresar un juicio sobre la cuestión. Dijo: «Oooh... Madera resistente. Dura cien años...», y después algunas palabras turcas, quizá el nombre de la encina; en fin, como si se estuviera hablando del árbol y no de mi hermano.

Nuestra hermana Battista, en cambio, manifestaba respecto a Cósimo una especie de envidia, como si, acostumbrada a tener la familia en vilo por sus rarezas, hubiese encontrado ahora alguien que la superaba; y seguía mordiendo las uñas (se las comía no levantando el dedo hasta la boca, sino bajándolo, con la mano al revés, el codo levantado).

A la generala le vinieron a la cabeza unos soldados de vigía en los árboles de un campamento ya no sé si en Eslavonia o Pomerania, y de cómo consiguieron, avistando a los enemigos, evitar una emboscada. Este recuerdo, repentinamente, de desalentada que estaba por ansia de madre, la llevó de nuevo a su clima militar favorito, y, como si hubiese conseguido por fin dar con la razón del comportamiento de su hijo, se tornó más tranquila y casi activa. Nadie le prestó oídos, salvo el abate Fauchelafleur, que asintió con gravedad al relato bélico y al paralelo que mi madre extraía de él, porque se habría agarrado a cualquier razonamiento con tal de encontrar natural aquello que estaba sucediendo y sacar de su cabeza responsabilidades y preocupaciones.

Después de cenar, en casa nos íbamos a dormir pronto, y no cambiamos de horario ni esa noche. Nuestros padres estaban decididos a no dar ya a Cósimo la satisfacción de hacerle caso, esperando que el cansancio, la incomodidad y el frío de la noche lo desanidaran. Cada uno subió a sus aposentos y en la fachada de la casa las velas encendidas abrían ojos de oro en el recuadro de las ventanas. ¡Qué nostalgia, qué recuerdo de calor

debía dar aquella casa tan conocida y cercana, a mi hermano que pernoctaba al raso! Me asomé a la ventana de nuestra habitación, y adiviné su sombra acurrucada en una cavidad de la encina, entre una rama y el tronco, envuelta en la manta, y —creo— atada con muchas vueltas de cuerda para no caerse.

La luna salió tarde y resplandecía sobre las ramas. En los nidos dormían los pájaros, acurrucados como él, de noche, al aire libre, cien crujidos y ruidos lejanos atravesaban el silencio del parque, y pasaba el viento. A veces llegaba un remoto bramido: el mar. Yo, desde la ventana, aguzaba el oído a esta respiración desigual, y trataba de imaginarla percibida sin el álveo familiar de la casa a la espalda, por quien se encontraba sólo a pocos metros más allá, pero únicamente confiando en sí mismo, con sólo la noche alrededor; y con el único objeto amigo al que poderse abrazar: un tronco de árbol con la corteza áspera recorrido por diminutas galerías sin fin en donde dormían las larvas.

Me metí en la cama, pero no quise apagar la vela. Tal vez aquella luz en la ventana de su habitación podía hacerle compañía. Teníamos una habitación para los dos, con dos pequeñas camas aún de niños. Miraba la suya, intacta, y la oscuridad fuera de la ventana en la que él estaba, y me revolvía entre las sábanas advirtiéndome quizá por primera vez el gusto de estar desvestido, con los pies desnudos, en una cama caliente y blanca, y como sintiendo al mismo tiempo la incomodidad de él atado allá arriba con la manta áspera, enfundadas las piernas en las polainas, sin poder darse la vuelta, con los huesos molidos. Es un sentimiento que ya no me ha abandonado desde esa noche, la conciencia de la suerte que es tener una cama: sábanas limpias, colchón blando... Con este sentimiento mis ideas, proyectadas durante tantas horas sobre la persona que era objeto de todas nuestras angustias, acudieron a encerrarse de nuevo en mí y de este modo me dormí.

IV

Yo no sé si será cierto eso que se lee en los libros, que en la antigüedad un mono que hubiese salido de Roma saltando de un árbol a otro podía llegar a España sin tocar nunca el suelo. En mis tiempos lugares tan espesos de árboles sólo había el golfo de Ombrosa, de una punta a otra, y su valle hasta la cresta de los montes; y por eso nuestra tierra era conocida por doquier.

Ahora, ya no se la reconoce, a esta comarca. Se empezó cuando vinieron los franceses, a arrasar bosques como si fueran prados que se siegan todos los años y luego vuelven a crecer. Parecía cosa de la guerra, de Napoleón, de aquella época; en cambio ya no cesó. Las lomas están tan desnudas que el mirarlas, a nosotros que las conocíamos de antes, nos causa impresión.

Entonces, dondequiera que fuésemos, siempre teníamos ramas y frondas entre nosotros y el cielo. La única zona de vegetación más baja eran los limonares, pero incluso en medio se elevaban retorcidas las higueras, que más arriba llenaban todo el cielo de los huertos, con las cúpulas de su pesado follaje, y si no eran higueras eran cerezos de oscuras frondas, o bien tiernos membrilleros, melocotoneros, almendros, jóvenes perales, pródigos ciruelos, y aún serbales, algarrobos, cuando no era una morera o un añoso nogal. Acabados los huertos, comenzaba el olivar, gris plateado, una nube deshilachada a media cuesta. Al fondo estaba el pueblo amontonado, entre el puerto más abajo y la roca arriba; y también allí, entre los tejados, un continuo despuntar de copas de árboles: acebos, plátanos, incluso robles, una vegetación más despegada y altiva que se desahogaba —con un ordenado desahogo— en la zona donde los nobles habían construido las villas y rodeado con verjas sus parques.

Sobre los olivos empezaba el bosque. Los pinos debían de haber reinado un tiempo sobre toda la comarca, porque todavía se infiltraban en llanos y matorrales, por las pendientes hasta la playa, y lo mismo los alerces. Los robles eran más frecuentes y espesos de lo que hoy parece, porque fueron la primera y más preciada víctima del hacha. Más arriba los pinos cedían a los castaños, el bosque subía por la montaña, y no se le veían límites. Éste era el universo de savia dentro del cual vivíamos nosotros, habitantes de Ombrosa, sin casi percibirlo.

El primero que paró mientes en ello fue Cósimo. Comprendió que, al ser las plantas tan espesas, podía, pasando de una rama a otra, desplazarse muchas millas, sin necesidad de

bajar nunca. A veces, un trozo de tierra desnuda lo obligaba a larguísimos rodeos, pero pronto fue experimentado en todos los itinerarios obligados y medía las distancias ya no según nuestras estimaciones, sino con siempre en la cabeza el trazado tortuoso que debía seguir sobre las ramas. Y en donde ni de un salto se llegaba a la más próxima, aprendió a usar otros recursos; pero esto lo diré más adelante; ahora estamos todavía en la madrugada en que al despertarse se encontró sobre una encina, entre el alboroto de los estorninos empapado de rocío, aterido, los huesos molidos, un hormigueo en las piernas y los brazos, y se dedicó a explorar el nuevo mundo.

Llegó al último árbol de los parques, un plátano. Allá descendía el valle bajo un cielo de coronas de nubes y humo que subía de algún tejado de pizarra, caseríos escondidos detrás de la sierra como montones de piedras; un cielo de hojas alzadas al de las higueras y los cerezos; y más bajos ciruelos y melocotoneros extendían robustas ramas; o se veía, incluso la hierba, hojita a hojita, pero no el color de la tierra, recubierta de las perezosas hojas de la calabacera o con el amacollarse de las lechugas o berzas en los semilleros; y así era a un lado y otro de la uve en que se abría el valle cual un embudo con el mar alto.

Y en este paisaje corría como una onda, no visible y ni siquiera, sino de vez en cuando, audible, pero lo que se oía basta para propagar la inquietud: un estallido de gritos agudos repentinamente, y después como unos chasquidos, y quizá también el crujido de una rama quebrada, y más gritos, pero distintos, de vozarrones enfurecidos, que iban confluyendo hacia el lugar de donde antes habían llegado los gritos agudos. Luego nada, una sensación de nulidad, como de un transcurrir, de algo que había que esperar no allí sino en otro sitio, y en efecto recomenzaba aquel conjunto de voces y ruidos, y los lugares de probable procedencia estaban, aquí o allá del valle, siempre donde se movían al viento las pequeñas hojas dentadas de los cerezos. Por eso Cósimo, con la parte de su mente que navegaba distraída —otra parte de él, en cambio, lo sabía y entendía todo por anticipado— formuló este pensamiento: las cerezas hablan.

Era hacia el cerezo más próximo, o mejor a una hilera de altos cerezos de un hermoso verde frondoso, que Cósimo se dirigía, y cargado de cerezas negras, pero mi hermano aún no tenía ojo para distinguir de inmediato entre las ramas lo que ocurría y lo que dejaba de ocurrir. Se quedó allí: antes se oía ruido y ahora no. Estaba en las ramas más bajas, y todas las cerezas que había sobre él las sentía encima, no habría sabido explicar cómo, parecían converger hacia él, parecía, en suma, un árbol con ojos en lugar de cerezas.

Cósimo alzó el rostro y una cereza demasiado madura le cayó en la frente, ¡chac! Entornó los párpados para mirar a contraluz (el sol crecía) y vio que tanto aquél como los árboles vecinos estaban llenos de chicos encaramados.

Al verse observados ya no se estuvieron callados, y con voces agudas aunque apagadas decían algo así como: «¡Míralo ahí qué guapo!», y apartando las hojas de delante, cada uno de la rama en que estaba descendió a la de abajo, hacia el muchacho con el tricornio en la cabeza. Ellos no llevaban nada en la cabeza o bien desflecados sombreros de paja, y algunos iban encapuchados con sacos; vestían desgarradas camisas y calzones; en los pies quien no iba descalzo llevaba tiras de trapo, y alguno atados al cuello tenía los zuecos, que se había

quitado para trepar; eran la gran banda de ladronzuelos de fruta, de los que Cósimo y yo nos habíamos mantenido siempre —obedientes en esto a las imposiciones familiares— muy alejados. Esa mañana, en cambio, mi hermano parecía no buscar otra cosa, aún no estando muy claro ni para él aquello que podía esperarse. Se quedó quieto y les esperó mientras bajaban señalándolo y lanzándole, agriamente, en voz baja, invectivas como: «¿Qué es lo que busca por aquí ese tipo?», y le escupían también algún hueso de cereza o le tiraban las picoteadas por los mirlos, tras haberlas hecho voltear en el aire por el rabo de hondas.

—¡Huy! —dijeron de pronto. Habían visto el espadín que le colgaba detrás—. ¿Veis lo que tiene? —y venga risas—. ¡Una palmeta!

Luego se callaron y ahogaron las risas porque estaba a punto de ocurrir algo como para volverse locos: dos de estos pequeños bribones, sin decir nada, se habían colocado en una rama justo encima de Cósimo y le dejaban caer la boca de un saco en la cabeza (uno de esos sucios sacos que les servían sin duda para meter el botín, y cuando estaban vacíos se ponían en la cabeza como capuchas que bajaban por la espalda). Enseguida mi hermano se encontraría ensacado sin entender siquiera cómo y lo podrían atar como a un melón y molerlo a palos.

Cósimo se olió el peligro, o quizá no se olió nada: se sintió chasqueado por lo del espadín y quiso desenvainarlo por pundonor. Lo blandió en alto, la hoja rozó el saco, él lo vio, y de una sacudida lo arrebató a los dos ladronzuelos y lo echó lejos.

Fue un movimiento oportuno. Los otros dijeron «¡Oh!», a un tiempo, de contrariedad y admiración, y a los dos compinches que se habían dejado coger el saco les lanzaron insultos dialectales como: «*Cuiasse! Belinúi!*».

Cósimo no tuvo tiempo de alegrarse de lo sucedido. Una furia opuesta se desencadenó abajo; ladraban, tiraban piedras, gritaban: «Esta vez no os escaparéis, ¡bastardos!, ¡ladrones!», y se alzaban puntas de horcones. Entre los ladronzuelos, sobre las ramas, hubo un agazaparse, un levantar piernas y codos. Había sido todo ese bullicio en torno a Cósimo lo que había dado la alarma a los agricultores que estaban alerta.

El ataque estaba necesariamente preparado. Cansados de dejarse robar la fruta a medida que maduraba, algunos de los pequeños propietarios y arrendatarios del valle se habían confederado; porque a la táctica de los granujillas de escalar todos juntos un huerto, saquearlo y escapar a otro sitio, y allí vuelta a empezar, sólo podía oponérsele una táctica parecida: esto es, ponerse al acecho todos juntos en una hacienda donde tarde o temprano habrían ido, y cogerlos infraganti. Ahora los perros lanzados contra ellos ladraban dando zarpazos al pie de los cerezos con las bocas erizadas de dientes, y en el aire se alzaban las horcas de heno. Tres o cuatro ladronzuelos saltaron al suelo justo a tiempo para que les pincharan en la espalda con las puntas de los tridentes y les agujerearan los fondillos de los pantalones los mordiscos de los perros, y echar a correr gritando y hundirse, con la cabeza gacha, entre las hileras de viñas. De modo que ya nadie se atrevió a bajar: estaban aterrados sobre las ramas, tanto ellos como Cósimo. Los campesinos apoyaban ya las escaleras en los cerezos y subían precedidos por las púas afiladas de los horcones.

Pasaron algunos minutos antes de que Cósimo comprendiera que estar asustado porque estaba asustada aquella banda de vagabundos no tenía sentido, como tampoco lo tenía la idea de que ellos fuesen tan avispados y él no. El que se quedaran allí como unos tontos ya era una prueba: ¿qué esperaban para escapar a los árboles de en torno? Mi hermano podía marcharse del mismo modo que había llegado hasta allí: se encasquetó el tricornio en la cabeza, buscó la rama que le había servido de puente, pasó del último cerezo a un algarrobo, del algarrobo balanceándose se dejó caer sobre un ciruelo, y así sucesivamente. Los otros, al verlo andar por las ramas como Pedro por su casa, comprendieron que debían ir detrás de él sin tardar, si no, antes de encontrar su propio camino, quién sabe cuánto habrían padecido; y lo siguieron callados, a gatas por aquel itinerario tortuoso. Él mientras tanto, subiendo por una higuera, saltaba el cercado del campo, se descargaba sobre un melocotonero, de ramas tan tiernas que había que pasar por él de uno en uno. El melocotonero sólo servía para agarrarse al tronco retorcido de un olivo que asomaba por un muro; desde el olivo con un salto se llegaba a un roble que alargaba un robusto brazo al otro lado del torrente, y podía pasarse a los árboles de allí.

Los hombres de las horcas, que ya creían en su poder a los ladrones de fruta, los vieron escapar por el aire como pájaros. Los persiguieron, corriendo con los perros ladrones, pero tuvieron que rodear el seto, luego el muro, además en aquella parte del torrente no había puentes, y para encontrar un vado perdieron tiempo y los granujas ya estaban lejos, corriendo.

Corrían como cristianos, con los pies en el suelo. Sobre las ramas sólo había quedado mi hermano.

—¿Dónde habrá ido a parar el pájaro solitario con polainas? —se preguntaban, al no verlo delante. Alzaron la mirada: estaba allí, trepando por los olivos—. ¡Eh, tú, baja de ahí, ya no nos pillan! —No bajó, saltó de fronda en fronda, de un olivo pasó a otro, desapareció de la vista entre las espesas hojas plateadas.

La pandilla de pequeños vagabundos, con los sacos por capucha y blandiendo cañas, asaltaba ahora unos cerezos en el fondo del valle. Trabajaban metódicamente, despojando una rama tras otra, cuando, en la cima del árbol más alto, encaramado con las piernas cruzadas, arrancando con dos dedos los rabos de las cerezas y metiéndolas en el tricornio puesto sobre las rodillas, ¿a quién vieron? ¡Al chico de las polainas!

«Eh, ¿de dónde sales?», le preguntaron, arrogantes. Pero se sentían incómodos porque parecía que hubiese llegado hasta allí volando.

Mi hermano cogía ahora una a una las cerezas del tricornio y se las llevaba a la boca como si fueran bombones. Luego escupía los huesos dando un resoplido, poniendo atención en no mancharse el chaleco.

—Ese finolis —dijo uno—, ¿qué pretende de nosotros? ¿Por qué se nos pone delante de las narices?

Pero estaban un poco intimidados, porque habían comprendido que en los árboles se desenvolvía mejor que todos ellos.

—Entre estos finolis —dijo otro—, de vez en cuando nace por equivocación uno como Dios manda: ya veis la Sinforosa...

Al oír este nombre misterioso, Cósimo aguzó las orejas y, sin saber por qué, enrojeció.

—¡La Sinforosa nos ha traicionado! —dijo otro.

—Pero para ser una finolis también ella era como Dios manda, y si hubiese estado aún para tocar el cuerno esta mañana no nos habrían cogido.

—También un finolis puede quedarse con nosotros, claro, si quiere ser de los nuestros.

(Cósimo comprendió que *finolis* quería decir habitante de las villas, o noble, o, en fin, persona de alta condición social).

—Oye tú —le dijo uno—, las cosas claras: si quieres estar de nuestra parte, las batidas las haces con nosotros y nos enseñas todos los trucos que sabes.

—¡Y nos dejas entrar en el huerto de tu padre! —dijo otro—. ¡A mí una vez me dispararon con sal!

Cósimo los estaba oyendo, pero como absorto en un pensamiento. Luego dijo:

—Pero decidme, ¿quién es la Sinforosa?

Entonces todos aquellos desharapados entre las frondas estallaron en carcajadas, y desternillábanse de risa, tanto que alguno por poco se cae del cerezo, y uno se echaba atrás sosteniéndose con las piernas a la rama, y otro se dejaba caer colgado de las manos, siempre riendo y chillando.

Con aquel alboroto, claro, volvieron a tener a los perseguidores pisándoles los talones. Mejor dicho, debía de estar allí mismo, aquella cuadrilla con los perros, porque se levantó un fortísimo ladrido y helos aquí a todos de nuevo con los bieldos. Sólo que esta vez, expertos por la derrota sufrida, para empezar ocuparon los árboles de alrededor y subieron por ellos con escaleras de mano, y desde allí con tridentes y rastrillos los rodearon. Abajo, los perros, con aquella desbandada de hombres por los árboles, no comprendieron enseguida por dónde emprenderla y se quedaron un poco desparramados, ladrando con el hocico al aire. De este modo los ladronzuelos pudieron lanzarse aprisa al suelo, correr cada uno por un lado, entre los perros desorientados, y si alguno de ellos se llevó un mordisco en una pantorrilla o un bastonazo o una pedrada, los más despejaron sanos y salvos.

En el árbol quedaba Cósimo. «¡Baja!», le gritaban los demás huyendo. «¿Qué haces? ¿Estás dormido? ¡Salta al suelo mientras el camino está libre!». Pero él, aguantándose con las rodillas en la rama, desenvainó el espadín. Desde los árboles cercanos los agricultores avanzaban las horcas atadas a la punta de palos para alcanzarlo, y Cósimo, esgrimiendo el espadín, las mantenía alejadas, hasta que le asestaron una en pleno pecho inmovilizándolo en el tronco.

—¡Quieto! —gritó una voz—. ¡Es el baroncito de Piovasco! Señorito, ¿qué hace ahí arriba? ¿Cómo se ha mezclado con esa gentuza?

Cósimo reconoció a Giuà de la Vasca, un colono de nuestro padre.

Los horcones se retiraron. Muchos de la cuadrilla se quitaron el sombrero. También mi hermano levantó con dos dedos el tricornio y se inclinó.

—¡Eh, vosotros, los de abajo, atad los perros! —gritaron—. ¡Ayudadle a bajar! Puede bajar, señorito, ¡pero tenga cuidado que el árbol es alto! Espere, le pondremos una escalera. Después lo acompañaré yo mismo a su casa.

—No, gracias, gracias —dijo mi hermano—. No os molestéis, conozco mi camino, ¡encontraré mi camino yo solo!

Desapareció tras el tronco y volvió a aparecer sobre otra rama, se ocultó otra vez detrás del tronco y reapareció en una rama más arriba, quedó escondido tras el tronco otra vez y se vieron sus pies en una rama aún más alta, pues encima había espesas frondas, y los pies saltaron, y ya no se vio nada.

—¿Adónde habrá ido? —se decían los hombres y no sabían dónde mirar, si arriba o abajo.

—¡Ahí!

Estaba en lo alto de otro árbol, lejos, y volvió a desaparecer.

—¡Ahí!

De nuevo estaba en lo alto de otro, ondeaba como llevado por el viento, y dio un salto.

—¡Se ha caído! ¡No! ¡Está allí!

Sólo se veía, sobre el temblar del verde, el tricornio y la coleta.

—Pero ¿qué amo tienes tú? —preguntaron a Giuà de la Vasca—. ¿Es hombre o animal salvaje? ¿O es el diablo en persona?

Giuà de la Vasca se había quedado sin habla. Se santiguó.

Se oyó el canto de Cósimo, una especie de grito modulado.

—¡Oh, la Sin-fo-ro-saaa...!

V

La Sinforosa: poco a poco, por las conversaciones de los ladronzuelos, supo Cósimo muchas cosas relativas a este personaje. Con ese nombre llamaban a una muchachita de las villas, que paseaba en un caballito blanco enano, y había trabado amistad con aquellos desharrapados, y durante un cierto tiempo los había protegido e incluso, prepotente como era, capitaneado. Corría en su caballito blanco por caminos y senderos, y cuando veía fruta madura en huertos sin vigilancia, los avisaba, y los acompañaba en sus asaltos a caballo como un oficial. Llevaba colgado del cuello un cuerno de caza; mientras ellos saqueaban almendros o perales, iba en su caballito de aquí para allí por el litoral, desde donde se dominaba la campiña, y en cuanto veía movimientos sospechosos de amos o campesinos que podían descubrir a los ladrones y caerles encima, soplabla el cuerno. A ese son, los granujas saltaban de los árboles y echaban a correr; de este modo no los pillaron nunca, mientras la niña estuvo con ellos.

Lo que había ocurrido después, era más difícil de entender: aquella «traición» que Sinforosa había cometido en contra de ellos parecía consistir en haberlos atraído a su villa a comer fruta y luego hacerlos apalear por los criados; o quizá en haber preferido a uno de ellos, un tal Bel-Loré, por lo que todavía le gastaban chanzas, y al mismo tiempo a otro, un tal Ugasso, y haberlos puesto uno en contra otro; o que precisamente aquella paliza de los criados no hubiese tenido lugar con ocasión de un robo de fruta sino de una expedición de los dos favoritos celosos, que finalmente se habían aliado contra ella; o bien se hablaba de unas tortas que ella les había prometido repetidas veces y dado al fin, pero a las que había agregado aceite de ricino, por lo que estuvieron con retortijones de tripa durante una semana. Algún episodio de éstos o parecidos a éstos o bien todos ellos juntos, habían producido la ruptura entre Sinforosa y la banda, y ellos hablaban ahora de ella con rencor, pero al mismo tiempo con añoranza.

Cósimo escuchaba estas cosas todo oídos, asintiendo como si cada detalle se fuera recomponiendo en una imagen conocida por él, y al fin se decidió a preguntar:

—Pero ¿en qué villa vive esta Sinforosa?

—Pero cómo, ¿quieres decir que no la conoces? ¡Si sois vecinos! ¡La Sinforosa de la villa de los Ondariva!

Cósimo no tenía, desde luego, necesidad de esa confirmación para estar seguro de que la amiga de los vagabundos era Viola, la niña del columpio. Era precisamente —creo yo—

porque ella le había dicho que conocía a todos los ladrones de fruta de los alrededores, por lo que se había puesto enseguida a buscar a la banda. Y desde ese momento, el anhelo que bullía en él, aunque indeterminado, se agudizó todavía más. Habría querido ora llevar a la banda a saquear los árboles de la villa de los Ondariva, ora ponerse al servicio de ella contra ellos, acaso incitándoles primero a ir a enojarla para después poderla defender, ora realizar hazañas para que indirectamente le llegasen a los oídos; y en medio de estos propósitos seguía cada vez de más mala gana a la banda, y cuando ellos bajaban de los árboles se quedaba solo y un velo de melancolía pasaba sobre su rostro, como las nubes pasan sobre el sol.

Luego, de improviso, saltaba y veloz como un gato trepaba por las ramas y corría sobre huertos y jardines, canturreando entre dientes quién sabe qué, un canturreo nervioso, casi mudo, con la mirada fija al frente que parecía que no viese nada y mantuviera el equilibrio por instinto como los gatos.

Trastornado de este modo lo vimos pasar distintas veces por las ramas de nuestro jardín. «¡Allí! ¡Allí!», estallábamos, pues aún, sea lo que fuere aquello que intentásemos hacer, estaba siempre en nuestro pensamiento, y contábamos las horas, los días que llevaba en los árboles, y nuestro padre decía: «¡Está loco! ¡Está endemoniado!», y la tomaba con el abate Fauchelafleur. «¡No hay más remedio que exorcizarlo! ¿Qué esperáis? ¡Os estoy hablando a vos, *l'Abbé*! ¿Qué hacéis ahí mano sobre mano? Tiene el demonio en el cuerpo, mi hijo, ¿entendéis?, *sacré nom de Dieu!*».

El abate parecía reanimarse de repente, la palabra «demonio» parecía despertarle una precisa concatenación de pensamientos, e iniciaba un discurso teológico muy complicado sobre cómo debía entenderse rectamente la presencia del demonio, y no se comprendía si lo que quería era contradecir a mi padre o bien hablar en general: en suma, no se pronunciaba sobre el hecho de si una relación entre el demonio y mi hermano podía estimarse posible o excluirse *a priori*.

El barón se impacientaba, el abate perdía el hilo, y estaba ya fastidiado. En nuestra madre, en cambio, el estado de ansiedad materna, de sentimiento fluido que está por encima de todo, se había consolidado, como tendía a hacer en ella de algún tiempo a esta parte todo sentimiento, en decisiones prácticas y búsquedas de instrumentos adecuados, como deben resolverse precisamente las preocupaciones de un general. Había hallado un antejo de campaña, largo, con trípode; miraba por él, y se pasaba así horas en la terraza de la villa, graduando continuamente las lentes para tener enfocado al muchacho en medio del follaje, incluso cuando habríamos jurado que estaba fuera de nuestro radio.

—¿Lo ves aún? —le preguntaba desde el jardín nuestro padre, que iba arriba y abajo entre los árboles y no conseguía divisar nunca a Cósimo, salvo cuando lo tenía encima de su cabeza.

La generala hacía un gesto afirmativo y al mismo tiempo de que estuviésemos callados, de que no la molestáramos, como si siguiera movimientos de tropas desde una altura. Estaba claro que a veces no lo veía ni remotamente, pero se había hecho la idea, quién sabe por qué, de que tenía que aparecer en ese determinado lugar y no en otro, y hacia allí

dirigía el anteojo. De vez en cuando tenía que admitir aún para sí que se había equivocado, y entonces apartaba el ojo de la lente y se ponía a examinar un mapa catastral que tenía abierto sobre las rodillas, con una mano quieta en la boca en actitud pensativa y siguiendo la otra los jeroglíficos del mapa hasta que establecía el lugar en donde su hijo debía de haber llegado, y, calculado el ángulo, apuntaba el anteojo hacia la copa de cualquier árbol en aquel mar de hojas, enfocaba lentamente las lentes, y por cómo le aparecía en los labios una trémula sonrisa comprendíamos que lo había visto, que él estaba realmente allí.

Entonces echaba mano de unas banderitas coloreadas que tenía junto al taburete, y agitaba una y luego otra con movimientos decididos, rítmicos, como mensajes en un lenguaje convencional. (Yo sentía una cierta rabia por ello, porque no sabía que nuestra madre tuviera esas banderitas y las supiese manejar, y sin duda habría estado bien que nos hubiera enseñado a jugar con ella a las banderitas, sobre todo antes, cuando los dos éramos más pequeños; pero nuestra madre no hacía nunca nada por jugar, y ahora ya no cabía esperarlo).

Debo decir que con todo su equipo de batalla, seguía siendo madre lo mismo, con el corazón encogido, y el pañuelo apretado en la mano, pero se habría dicho que hacer de generala la sosegaba, o que vivir con este temor en calidad de generala y no de simple madre le impedía sentirse desgarrada, precisamente porque era una mujercita delicada, que por única defensa tenía aquel estilo militar heredado de los von Kurtewitz.

Estaba allí, agitando una de sus banderolas mientras miraba por el anteojo, y he aquí que se le ilumina el rostro y ríe. Comprendimos que Cósimo le había contestado. De qué manera no lo sé, quizá agitando el sombrero, o sacudiendo una rama. Lo cierto es que desde entonces nuestra madre cambió, ya no tuvo el ansia de antes, y aunque su destino de madre fue tan distinto del de cualquier otra, con un hijo tan extraño y perdido para la acostumbrada vida de los afectos, esa rareza de Cósimo acabó por aceptarla antes que todos nosotros, como si ahora le recompensaran esos saludos que a partir de entonces le enviaba de vez en cuando imprevisiblemente, esos silenciosos mensajes que intercambiaban.

Lo curioso fue que nuestra madre no se hizo ninguna ilusión de que Cósimo, habiéndole mandado un saludo, se dispusiera a poner fin a su fuga y volver con nosotros. En este estado de ánimo, en cambio, vivía constantemente nuestro padre, y a cada novedad, aunque mínima, que concerniera a Cósimo se daba a fantasear: «¿Ah, sí? ¿Lo habéis visto? ¿Volverá?». Pero nuestra madre, la más alejada de él, quizá, parecía la única que conseguía aceptarlo tal como era, tal vez porque no intentaba hallar una explicación.

Pero volvamos a ese día. Detrás de nuestra madre asomó un momento la cabeza también Battista, que casi nunca se dejaba ver, y con aire suave alargaba un plato con una papilla y alzaba una cucharilla: «Cósimo... ¿Quieres?». Recibió una bofetada de su padre y regresó a casa. Quién sabe qué monstruosa bazofia había preparado. Nuestro hermano había desaparecido.

Yo me desvivía por seguirlo, sobre todo ahora que lo sabía partícipe de las hazañas de aquella banda de pequeños pordioseros, y me parecía que me hubiese abierto las puertas

de un reino nuevo, al que mirar ya no con temeroso recelo, sino con solidario entusiasmo. Iba y venía de la terraza a un desván alto desde donde podía extender la mirada sobre las copas de los árboles, y desde allí, más con el oído que con la vista, seguía los estallidos de algarada de la banda por los huertos, veía agitarse las cimas de los cerezos, asomar de vez en cuando una mano que tanteaba y arrancaba, una cabeza despeinada o encapuchada con un saco, y entre las voces oía también la de Cósimo y me preguntaba: «Pero ¿cómo se las arregla para estar ahí abajo? ¿Si hace un momento estaba aquí en el parque! ¿Ya corre más ligero que una ardilla?».

Recuerdo que estaban en los rojos ciruelos, sobre el Estanque Grande, cuando se oyó el cuerno. También yo lo oí, pero no le hice caso, al no saber qué era. ¡Pero ellos! Mi hermano me contó que se quedaron mudos, y que con la sorpresa de volver a oír el cuerno no se acordaron de que era una señal de alarma, sino que se preguntaron solamente si habían oído bien, si era de nuevo Sinforosa que andaba por los caminos con el caballito enano para advertirlos de los peligros. De pronto salieron disparados del huerto, pero no huían por huir, huían para buscarla, para alcanzarla.

Sólo Cósimo se quedó allí, con el rostro rojo como una llama. Pero en cuanto vio correr a los granujas y comprendió que iban hacia ella, empezó a pegar brincos por las ramas arriesgándose a romperse el pescuezo a cada paso.

Viola estaba en una curva de un camino que subía, parada, con una mano sosteniendo las bridas puestas sobre las crines del caballito, y la otra que empuñaba el látigo. Miraba de arriba abajo a los muchachos y se llevaba la punta del látigo a la boca, mordisqueándolo. El vestido era azul, el cuerno era dorado, colgado con una cadenita del cuello. Los chicos se habían detenido todos a un tiempo y también ellos mordisqueaban, ciruelas o dedos, o cicatrices que tenían en las manos o los brazos, o bordes de los sacos. Y poco a poco, con sus bocas mordisqueantes, casi a la fuerza para vencer un malestar, no impulsados por un verdadero sentimiento, sino más bien deseosos de que se los contradijera, empezaron a decir frases casi sin voz, que sonaban en cadencia como si trataran de cantar:

—Qué has... venido a hacer... Sinforosa... ahora vuelves... ya no eres... compañera nuestra... ah, ah, ah..., ah, traicionera...

Un susurrar en las ramas y helo aquí, desde una alta higuera asoma la cabeza Cósimo, entre hoja y hoja, jadeante. Ella, de abajo arriba, con el látigo en la boca, miraba a Cósimo y a los otros, reunidos todos en la misma mirada. Él no se contuvo; todavía con la lengua fuera soltó:

—¿Sabes que desde entonces nunca he bajado de los árboles?

Las empresas que se basan en una tenacidad interior deben ser mudas y oscuras; por poco que uno las manifieste o se vanaglorie de ellas, todo aparece fatuo, sin sentido e incluso mezquino. Así mi hermano, apenas pronunciadas esas palabras habría querido no haberlas dicho nunca, y ya no le importaba nada de nada, y le entraron incluso ganas de bajar y darlo por terminado. Tanto más cuanto que Viola se quitó lentamente el látigo de la boca y dijo, con un tono amable:

—¿Ah, sí? ¡Vaya con el mirlo blanco!

De las bocas de aquellos piojosos empezó a bramar una carcajada, antes aún de que se abrieran y estallasen en alaridos a más no poder, y Cósimo allá arriba en la higuera tuvo tal sobresalto de rabia que la higuera, siendo de madera traidora, no resistió; una rama se partió bajo sus pies. Cósimo se desplomó como una piedra.

Cayó con los brazos abiertos, no se sostuvo. A decir verdad, fue ésta la única vez, durante su estancia en los árboles de esta tierra, que no tuvo la voluntad y el instinto de agarrarse. Pero uno de los faldones de la cola del frac se enganchó en una rama baja: Cósimo se encontró colgado en el aire a cuatro palmos del suelo, cabeza abajo.

La sangre en la cabeza le parecía empujada por la misma fuerza que el rubor de vergüenza. Y el primer pensamiento al desencajar los ojos vueltos al revés y ver invertidos a los muchachos aullantes, asaltados ahora por una general furia de piruetas en la que estaban todos de manera que parecían aferrados a una tierra volcada al abismo, y a la niña rubia que volaba en su caballito empenachado, su primer pensamiento fue solamente que aquélla había sido la primera vez que había hablado de su estancia sobre los árboles y que sería también la última.

Con un brinco de los suyos se pegó a la rama y se puso a horcadas. Viola, una vez devuelta la calma a su caballito, parecía ahora no haberse fijado en nada de lo que había sucedido. Cósimo olvidó al instante su descorazonamiento. La niña se llevó el cuerno a los labios y elevó la ronca nota de alarma. Ante aquel sonido los granujas (a los que —comentó más tarde Cósimo— la presencia de Viola les metía en el cuerpo una extraña excitación, como de liebres al claro de luna) se dieron a la fuga.

Se dieron a la fuga así como por instinto, aun sabiendo que ella estaba jugando, y jugando también ellos, y corrían cuesta abajo imitando el sonido del cuerno, tras ella que galopaba sobre el caballito de las patas cortas.

E iban tan a ciegas hacia abajo, tan atropelladamente, que de vez en cuando ya no la encontraban delante. Se había desviado y alejado del camino, diseminándolos por allí. ¿Por dónde ir? Galopaba entre los olivares que bajaban al valle en un tenue degradar de prados, y buscaba el olivo en el que en ese momento estaba afanándose Cósimo, y le daba una vuelta alrededor al galope, y volvía a alejarse. Luego hela de nuevo al pie de otro olivo, mientras entre las frondas se agarraba mi hermano. Y así, siguiendo líneas retorcidas como las ramas de los olivos, descendían juntos por el valle.

Los ladronzuelos, cuando se dieron cuenta, y vieron la intriga de aquellos dos de la rama a la silla, empezaron a silbar todos juntos, con un maligno silbido de burla. Y elevando más este silbido, se alejaban hacia Porta Capperi.

La niña y mi hermano se quedaron solos en el olivar con aquel juego, pero Cósimo con desilusión notó que, desaparecida la gentuza, la alegría de Viola por aquella diversión tendía a palidecer, como si ya estuviera cediendo al fastidio. Y le entró la sospecha de que ella lo hacía todo sólo para enfurecerlos, pero al mismo tiempo también la esperanza de que ahora se comportaba deliberadamente para enfurecerlo a él: lo cierto es que siempre tenía necesidad de enfurecer a alguien para dárseles de niña bonita. (Sentimientos todos

apenas percibidos por el joven Cósimo: en realidad trepaba por aquellas ásperas cortezas sin entender nada, me imagino que como un alelado).

Al volver una loma de pronto se eleva una lluvia de piedras. La niña se protege la cabeza tras el cuello del caballito y escapa; mi hermano sobre un codo de rama, a la descubierta, queda a tiro. Pero las piedras llegan allá arriba demasiado oblicuas para hacerle daño, salvo alguna en la frente o las orejas. Silban y ríen, aquellos desatados, gritan: «Sin-fo-ro-sa es as-que-ro-sa...», y escapan.

Ahora los granujas han llegado a Porta Capperi, adornada con cascadas verdes de alcaparras que bajan por los muros. De las chozas de alrededor sale un griterío de madres. Pero éstos son niños a los que por la noche sus madres no les gritan para que vuelvan, sino porque han vuelto, porque vienen a cenar a casa, en vez de irse a buscar de comer en otro lugar. En torno a Porta Capperi, en casuchas y barracas de tablas, carromatos renqueantes, tiendas, se apiñaba la gente más pobre de Ombrosa, tan pobre que se la tenía fuera de las puertas de la ciudad y lejos de los campos, gente emigrada de tierras y países lejanos, perseguida por la carestía y la miseria que se extendía por todos los Estados. El sol se ocultaba, y mujeres despeinadas con niños al pecho soplaban en hornillos humeantes, y mendigos se tumbaban al fresco desvendando las llagas, otros jugando a los dados con gritos entrecortados. Los cofrades de la banda de la fruta se mezclaban ahora a ese humo de fritos y a esos altercados, recibían reveses de sus madres, se peleaban entre sí rodando por el polvo. Y ya sus harapos habían cogido el color de todos los otros harapos, y su alegría de pájaros enviscada en aquel conglomerado humano se deshacía en una densa sandez. Hasta tal punto que, ante la aparición de la niña rubia al galope y de Cósimo sobre los árboles de alrededor, apenas alzaron los ojos intimidados, se hicieron atrás, trataron de perderse entre la polvareda y el humo de los hornillos, como si entre ellos se hubiese levantado súbitamente un muro.

Todo eso para ellos dos fue un momento, un abrir y cerrar de ojos. Ahora Viola había dejado a sus espaldas el humo de las barracas que se mezclaba con la sombra de la noche y los chillidos de las mujeres y los niños, y corría entre los pinos de la playa.

Allí estaba el mar. Se le oía rodar entre los cantos. Estaba oscuro. Un rodar más chirriante: era el caballito que corría salpicando chispas contra los guijarros. Desde un pino bajo y retorcido, mi hermano miraba la sombra clara de la niña rubia atravesar la playa. Una ola sin apenas cresta se elevó desde el mar negro, se levantó volcándose, y avanzaba toda blanca, se rompía y la sombra del caballo con la muchachita la había rozado a la carrera, y sobre el pino una salpicadura blanca de agua salada le mojó el rostro a Cósimo.

VI

Aquellos primeros días de Cósimo sobre los árboles no tenían una finalidad o un programa, sino que estaban dominados solamente por el deseo de conocer y poseer aquel reino suyo. Habría querido explorarlo enseguida hasta los límites más extremos, estudiar todas las posibilidades que le ofrecía, descubrirlo planta por planta y rama por rama. Digo: habría querido, pero de hecho lo veíamos reaparecer de continuo sobre nuestras cabezas, con ese aire ajetreado y ágil de los animales salvajes, que tal vez se los ve agazapados y quietos, pero siempre como si estuvieran a punto de saltar.

¿Por qué volvía a nuestro parque? Al verlo andar de un plátano a un acebo dentro del radio del anteojo de nuestra madre se habría dicho que la fuerza que lo impulsaba, su pasión dominante, era todavía la polémica con nosotros, el hacernos apenar o enojar. (Digo nosotros porque todavía no había conseguido entender qué pensaba de mí: cuando tenía necesidad de algo parecía que la alianza conmigo nunca pudiese ponerse en duda; otras veces pasaba sobre mi cabeza como si ni siquiera me viese).

En cambio aquí sólo estaba de paso. Era la tapia de la magnolia aquello que lo atraía, era por allí que lo veíamos desaparecer a todas horas, incluso cuando la muchachita rubia a buen seguro no estaba aún levantada o cuando el tropel de institutrices o tías ya debía de haberla hecho retirarse. En el jardín de los de Ondariva las ramas se alargaban como probóscides de animales extraordinarios, y en el suelo se abrían estrellas de hojas dentadas de verde piel de reptil, y ondeaban amarillos y leves bambúes con rumor de papel. Desde el árbol más alto, Cósimo, con la manía de gozar hasta el fondo de aquel verde distinto y de la luz distinta que se transparentaba y del silencio distinto, se soltaba cabeza abajo y el jardín vuelto al revés se convertía en selva, una selva no de la tierra, un mundo nuevo.

Entonces aparecía Viola. Cósimo la veía de pronto en el columpio dándose impulso, o bien en la silla del caballo enano, u oía elevarse del fondo del jardín la ronca nota del cuerno de caza.

Los marqueses de Ondariva nunca se habían preocupado por aquellas correrías de la niña. Mientras iba a pie, tenía a todas las tías detrás; apenas montaba en la silla era libre como el aire, porque las tías no iban a caballo y no podían ver adónde iba. Y luego su confianza con los vagabundos era una idea demasiado inconcebible para pasárseles por la cabeza. Pero de aquel baroncito que se colaba por entre las ramas, se habían dado cuenta enseguida, y estaban alerta, aunque con cierto aire superior.

Nuestro padre, en cambio, convertía en una misma cosa la amargura por la desobediencia de Cósimo y su aversión por los de Ondariva, como si quisiera echarles la culpa a ellos, como si fuesen ellos los que atrajeran a su hijo a su jardín, y le brindaran hospitalidad, y lo incitaran a aquel juego rebelde. De repente, tomó la decisión de dar una batida para capturar a Cósimo, y no en nuestras tierras, sino precisamente mientras se encontraba en el jardín de los de Ondariva. Como para subrayar esta intención agresiva hacia nuestros vecinos, no quiso ser él el conductor de la batida, el que se presentara en persona a los de Ondariva pidiendo que le devolviesen a su hijo —lo que, aunque injustificado, habría sido una relación en un plano correcto, entre gentileshombres—, sino que envió una tropa de criados a las órdenes del caballero abogado Enea Silvio Carrega.

Llegaron estos criados armados de escaleras y cuerdas a las verjas de los de Ondariva. El caballero abogado, con zamarra y fez, farfulló que si lo dejaban entrar y que perdonasen. Los criados de los Ondariva de momento creyeron que habían ido para unas podas de árboles nuestros que asomaban en lo suyo; luego, ante las medias palabras que decía el caballero: «Atrapar..., atrapar...», mirando entre las ramas con la nariz levantada y dando carrerillas muy extravagantes, preguntaron:

—Pero ¿qué es lo que se os ha escapado? ¿Un papagayo?

—El hijo, el primogénito, el retoño —dijo el caballero abogado deprisa y corriendo, y habiendo hecho apoyar una escalera en un castaño de Indias, empezó a subir él mismo.

Entre las ramas se veía sentado a Cósimo que balanceaba las piernas como si nada ocurriese. Viola, también ella como si nada ocurriese, iba por las alamedas jugando con el aro. Los criados ofrecían al caballero abogado unas cuerdas que maniobradas quién sabe cómo tenían que servir para capturar a mi hermano. Pero Cósimo, antes de que el caballero abogado hubiese llegado a la mitad de la escalera, estaba ya en la copa de otro árbol. El caballero mandó apartar la escalera, y así cuatro o cinco veces, y cada vez estropeaba un parterre, y Cósimo con un par de saltos pasaba al árbol más cercano. Viola de pronto se vio rodeada de tías y demás parientes, conducida a casa y encerrada dentro para que no asistiera a aquel alboroto. Cósimo partió una rama y blandiéndola con las dos manos dio un bastonazo que silbó en el vacío.

—¿Y no podéis continuar esta caza en vuestro espacioso parque, queridos señores? —dijo el marqués de Ondariva apareciendo solemnemente en la escalinata de la villa, con bata y papalina, lo que lo hacía extrañamente parecido al caballero abogado—. ¡Os lo digo a vosotros, familia Piovasco de Rondò! —e hizo un amplio gesto circular que abarcaba al baroncito en el árbol, al tío natural, a los criados y, al otro lado de la tapia, todo aquello que era nuestro bajo el sol.

En ese momento, Enea Silvio Carrega cambió de tono. Caminó a pasos cortos hasta el marqués y como si nada sucediese, farfullando, empezó a hablarle de los juegos de agua del estanque de allí delante y de cómo se le había ocurrido la idea de un surtidor mucho más alto y de efecto, que también podía servir, cambiando una arandela, para regar los prados. Ésta era otra prueba de cuán imprevisible y poco fiable era la naturaleza de nuestro tío natural: había sido enviado allí por el barón con una misión muy concreta, y con una

intención de firme polémica respecto a los vecinos; ¿a qué venía ponerse a charlar amistosamente con el marqués como si quisiera ganárselo? Tanto más cuanto que estas cualidades de conversador el caballero abogado las demostraba sólo cuando le venía en gana, precisamente en las ocasiones en que se confiaba en su carácter retraído. Y lo bueno fue que el marqués le escuchó y le hizo preguntas y lo llevó consigo a examinar todos los estanques y surtidores, ambos con aquellos balandranes tan largos, altos casi lo mismo que era posible confundirlos, y detrás el tropel de sirvientes nuestros y suyos, algunos con escaleras al hombro, los cuales ya no sabían qué hacer.

Mientras tanto, Cósimo saltaba tranquilamente por los árboles próximos a las ventanas de la villa, tratando de descubrir tras los visillos la habitación en donde habían encerrado a Viola. La descubrió, por fin, y lanzó una baya contra los cristales.

Se abrió la ventana, apareció el rostro de la muchachita rubia y dijo:

—Por tu culpa estoy aquí encerrada —volvió a cerrar, corrió la cortina.

Cósimo de repente se desesperó.

Cuando mi hermano era presa de su furia, había realmente motivos para inquietarse. Lo veíamos correr (si la palabra correr tiene sentido sacada de la superficie terrestre, referida a un mundo de apoyos irregulares a distintas alturas, con el vacío por en medio) y parecía como si de un momento a otro tuviesen que fallarle los pies y caerse, cosa que nunca ocurrió. Saltaba, daba pasos rapidísimos sobre una rama oblicua, se colgaba y levantaba de golpe a una rama superior, y con cuatro o cinco de estos precarios zigzags había desaparecido.

¿Adónde iba? Aquella vez corrió y corrió, de los alerces a los olivos y las hayas, y estuvo en el bosque. Se detuvo jadeante. Debajo de él se extendía un prado. El viento bajo movía en él una ola, por las matas espesas, con cambiantes gradaciones de verde. Volaban impalpables plumas de las esferas de esas flores llamadas molinillos. En medio había un pino aislado, inalcanzable, con piñas alargadas. Los agateadores, unos pájaros de color marrón moteado muy rápidos, se posaban en las espesas frondas de agujas, en punta, en posiciones extravagantes, algunos invertidos con la cola arriba y el pico abajo, y picoteaban orugas y piñones.

Aquella necesidad de entrar en un elemento que difícilmente podría ser poseído, la cual había empujado a mi hermano a hacer suyos los caminos de los árboles, ahora, insatisfecha, trabajaba todavía en su interior, y le comunicaba el deseo de una penetración más minuciosa, de una relación que lo atase a cada hoja y escama y pluma y aleteo. Era ese amor que tiene el cazador por lo que está vivo y no sabe expresarlo más que apuntando con el fusil; Cósimo todavía no lo sabía reconocer y trataba de desahogarlo ensañándose en su exploración.

El bosque era espeso, impracticable. Cósimo tenía que abrirse camino a golpes de espadín, y poco a poco olvidaba todas sus manías, presa de los problemas que sucesivamente se iba encontrando y de un miedo (que no quería reconocer pero que

existía) de estar alejándose demasiado de los lugares familiares. Así, abriéndose paso en la espesura, llegó al punto donde vio dos ojos que le clavaban la mirada, amarillos, entre las hojas, frente a él. Cósimo adelantó el espadín, apartó una rama, la dejó volver despacio a su sitio. Echó un suspiro de alivio, se rió del miedo pasado; había visto de quién eran aquellos ojos amarillos, eran de un gato.

La imagen del gato, apenas vista al apartar la rama, permanecía nítida en su mente, y después de un momento, Cósimo estaba de nuevo temblando de miedo. Porque aquel gato, igual en todo a otro gato, era un gato terrible, espantoso, para ponerse a gritar con sólo verlo. No puede decirse qué era lo que tenía de tan espantoso: era uno de esos gatos grises con estrías negras, más grande que todos los gatos grises, pero esto no quería decir nada, era terrible con sus bigotes rectos como púas de puerco espín, con el bufido que se sentía salir, casi más con la vista que con el oído, de entre una doble fila de dientes afilados como garfios; con las orejas que eran algo más que agudas, eran dos llamas en tensión, adornadas de una falsamente tenue pelusilla; con el pelo, todo tieso, que se hinchaba en torno al cuello contraído en un collar rubio, y desde allí partían las estrías que se agitaban en los costados como acariciándose entre sí; con la cola inmóvil en una postura tan innatural que parecía insostenible; a todo esto que Cósimo había visto en un segundo detrás de la rama dejada volver enseguida a su sitio, agregábase aquello que no había tenido tiempo de ver pero se imaginaba: el mechón exagerado de pelos que en torno a las patas enmascaraba la fuerza lancinante de las uñas, dispuestas a arrojarle contra él; y aquello que aún veía: los iris amarillos que lo miraban entre las hojas girando en torno a la pupila negra; y aquello que sentía: el refunfuño cada vez más ronco e intenso; todo esto le dio a entender que se encontraba ante el más feroz gato salvaje del bosque.

Callaban todos los trinos y aleteos. Saltó, el gato salvaje, pero no contra el muchacho, un salto casi vertical que sorprendió a Cósimo más que asustarlo. El susto llegó después, cuando vio al felino sobre una rama justo encima de su cabeza. Allí estaba, encogido, le veía la barriga de largo pelo casi blanco, las patas tensas con las uñas en la madera, mientras arqueaba el lomo y hacía: «fff...», y se preparaba sin duda a caer sobre él. Cósimo, con un movimiento perfecto ni siquiera razonado, pasó a una rama más baja. «Fff... fff...», hizo el gato salvaje, y a cada uno de los «fff...» daba un salto, uno aquí y otro allá, y se halló de nuevo en la rama encima de Cósimo. Mi hermano repitió su movimiento, pero se encontró a horcajadas de la rama más baja de aquella haya. Debajo, el salto hasta el suelo era de una cierta altura, pero no tanto que no fuera preferible saltar antes que esperar qué haría el animal, en cuanto terminase de emitir aquel desgarrador sonido entre el bufido y el maúllo continuado.

Cósimo levantó una pierna, como si fuera a saltar, pero como en él chocaron dos instintos —el más natural de ponerse a salvo y el de la obstinación de no bajar ni a costa de la vida—, se sujetó a la rama con los muslos y las rodillas a un tiempo; al gato le pareció que era ése el momento de lanzarse, mientras el muchacho estaba allí oscilante; se le echó encima en una confusión de pelos, uñas erizadas y bufidos; Cósimo no supo hacer nada mejor que cerrar los ojos y adelantar el espadín, un movimiento torpe, que el gato

fácilmente evitó y ya estuvo sobre su cabeza, seguro de arrestarlo consigo bajo las uñas. Recibió un zarpazo en la mejilla, pero en vez de caerse, adherido como estaba a la rama con las rodillas, se alargó de espaldas a lo largo de la rama. Todo lo contrario de lo que se esperaba el gato, el cual se encontró lanzado de costado, a punto de caer. Quiso detenerse, hincar las uñas en la rama, y en ese instante giró sobre sí mismo en el aire: un segundo, suficiente para que Cósimo, en un imprevisto impulso de victoria, arremetiera directamente contra la barriga, y lo enfilase maullante en el espadín.

Estaba a salvo, sucio de sangre, con el animal salvaje tieso en el espadín como en un asador, y una mejilla rasgada desde debajo del ojo a la barbilla por un triple arañazo. Gritaba de dolor y de victoria y no entendía nada y seguía agarrado a la rama, a la espada, al cadáver de gato, en el momento desesperado de quien ha vencido por primera vez y ahora sabe el padecimiento que es vencer, y sabe que ya está comprometido a continuar por el camino elegido y no se le permitirá la salida del que fracasa.

Así lo vi llegar entre los árboles, todo ensangrentado hasta en el chaleco, la coleta deshecha bajo el tricornio deformado, y sostenía por la cola aquel gato salvaje muerto que ahora parecía únicamente un gato.

Corrí hacia la generala, a la terraza.

—Señora madre —grité—, ¡está herido!

—*Was?* ¿Herido cómo? —y ya apuntaba el anteojo.

—¡Herido que parece un herido! —dije yo, y la generala pareció encontrar pertinente mi definición, porque siguiéndolo con el anteojo mientras saltaba más rápido que nunca, dijo:

—*Das stimmt.*

Enseguida se apresuró a preparar gasas y ungüentos y bálsamos como si tuviera que abastecer la ambulancia de un batallón, y me lo dio todo a mí, para que se lo llevara, sin que ni siquiera le asomara la esperanza de que él, al tenerse que curar, se decidiera a volver a casa. Yo, con el paquete de las vendas, corrí al parque y me puse a esperarlo sobre la última morera próxima a la tapia de los de Ondariva, porque ya había desaparecido por entre la magnolia.

En el jardín de los de Ondariva apareció triunfante con el animal muerto en la mano. ¿Y qué vio en el claro ante la villa? Una carroza a punto de marcharse, con los criados que cargaban el equipaje en la imperial, y, en medio de un tropel de institutrices y tías de negro y severísimas, a Viola vestida de viaje que abrazaba al marqués y la marquesa.

—¡Viola! —gritó, y alzó el gato por la cola—. ¿Adónde vas?

Toda la gente de alrededor de la carroza alzó la mirada a las ramas y al verlo, desgarrado, ensangrentado, con aquel aire de loco, con aquella bestia muerta en la mano, hicieron un gesto de espanto. «*Ici de nouveau! Et arrangé de quelle façon!*», y como presas de una furia todas las tías empujaban a la niña hacia la carroza.

Viola se volvió con la nariz hacia arriba, y con aire de despecho, un despecho aburrido y afectado contra sus parientes pero que también podría ser contra Cósimo, soltó (sin duda

respondiendo a su pregunta): «¡Me mandan al colegio!», y se volvió para subir a la carroza. No había condescendido a una mirada, ni para él ni para su caza.

Ya estaba cerrada la portezuela, el cochero estaba en el pescante, y Cósimo que todavía no podía admitir aquella partida, trató de llamar la atención de ella, de darle a entender que le dedicaba aquella cruenta victoria, pero no supo explicarse más que gritándole:

—¡He vencido a un gato!

El látigo chasqueó, la carroza entre el ondear de los pañuelos de las tías arrancó y desde la portezuela se oyó un: «¡Estupendo!» de Viola, no se supo si de entusiasmo o de burla.

Éste fue su adiós. Y en Cósimo, la tensión, el dolor de los arañazos, la desilusión de no obtener gloria por su gesta, la desesperación por aquella imprevista separación, todo se le agolpó y prorrumpió en un llanto feroz, lleno de gritos y chillidos y ramitas arrancadas.

—*Hors d'ici! Hors d'ici! Polisson sauvage! Hors de notre jardin!* —injuriaban las tías, y todos los sirvientes de los de Ondariva acudían con largos palos o tirando piedras para echarlo.

Cósimo lanzó el gato muerto a la cara de quien estaba debajo, sollozando y gritando. Los criados levantaron el animal por la cola y lo arrojaron a un estercolero.

Cuando supe que nuestra vecina se había marchado, casi esperé que Cósimo bajaría. No sé por qué, ligaba a ella, o también a ella, la decisión de mi hermano de quedarse sobre los árboles.

En cambio ni siquiera se habló de ello. Subí yo a llevarle vendas y ungüentos, y se curó él solo los arañazos del rostro y los brazos. Luego quiso un sedal con un gancho. Lo utilizó para recobrar, desde lo alto de un olivo que sobresalía sobre el estercolero de los de Ondariva, el gato muerto. Lo desolló, aderezó como mejor supo la piel y se hizo con ella un gorro. Fue el primero de los gorros de piel que le vimos llevar durante toda su vida.

VII

El último intento de capturar a Cósimo lo llevó a cabo nuestra hermana Battista. Iniciativa suya, naturalmente, realizada sin consultar con nadie, en secreto, como hacía ella las cosas. Salió de noche, con una caldera de visco y una escalera de mano, y enviscó un algarrobo desde la cima al pie. Era un árbol en el que Cósimo acostumbraba posarse todas las mañanas.

Por la mañana, en el algarrobo se encontraron pegados jilgueros que batían las alas, chochines todos envueltos en aquella porquería, mariposas nocturnas, hojas traídas por el viento, una cola de ardilla, y también un faldón arrancado del frac de Cósimo. Quién sabe si se había sentado en una rama y había conseguido luego liberarse, o si en cambio —más probablemente, dado que de algún tiempo a esta parte no lo veía llevar el frac— aquel pedazo lo había puesto aposta para tomarnos el pelo. Sea como fuere, el árbol quedó asquerosamente embadurnado de visco y después se secó.

Empezamos a convencernos de que Cósimo no volvería jamás, incluso nuestro padre. Desde que mi hermano saltaba por los árboles de todo el territorio de Ombrosa, el barón ya no se atrevía a dejarse ver, porque temía que la dignidad ducal se viera comprometida. Se ponía cada vez más pálido y enjuto de carnes y no sé hasta qué punto era de angustia paterna o de preocupación por consecuencias dinásticas: pero ambas cosas se habían convertido en una sola, porque Cósimo era su primogénito, heredero del título, y si difícilmente puede encontrarse a un barón que salte por las ramas como un francolín, todavía puede admitirse menos que se trate de un duque, aunque sea joven, y desde luego el controvertido título no hallaría en aquella conducta del heredero un argumento en su apoyo.

Preocupaciones inútiles, claro, porque de las veleidades de nuestro padre todos se reían en Ombrosa; y los nobles que poseían villas por los alrededores lo tenían por loco. Entre los nobles ya se había extendido la costumbre de habitar villas en lugares agradables, más que en los castillos de los feudos, y esto daba lugar a que se tendiera a vivir como ciudadanos particulares, a evitar preocupaciones. ¿Quién iba a pensar todavía en el antiguo ducado de Ombrosa? Lo bueno de Ombrosa es que era casa de todos y de nadie: ligada a ciertos derechos con los marqueses de Ondariva, señores de casi todas las tierras, pero desde hacía tiempo municipio libre, tributario de la República de Génova; allí nosotros podíamos estar tranquilos, entre las tierras que habíamos heredado y otras que habíamos comprado por

nada al municipio en un momento en que estaba lleno de deudas. ¿Qué más se podía desear? Los nobles formaban una pequeña sociedad, con villas y parques y huertos hasta el mar; todos vivían alegremente haciéndose visitas y yendo de caza, la vida era barata, se disfrutaba de ciertas ventajas de quien está en la Corte sin las molestias, los compromisos y los gastos de quien tiene que ocuparse de una familia real, una capital, unos asuntos políticos. Nuestro padre, en cambio, no apreciaba estas cosas, se sentía un soberano desposeído, y con los nobles de la vecindad había terminado por romper toda relación (nuestra madre, extranjera, puede decirse que nunca la tuvo); lo que tenía también sus ventajas, ya que al no tratarnos con nadie nos ahorrábamos muchos gastos, y enmascarábamos la penuria de nuestras finanzas.

Con el pueblo de Ombrosa no puede decirse que tuviésemos mejores relaciones; ya sabéis como es esa gente, mezquina, que va a lo suyo; en esa época se empezaban a vender bien los limones, con la costumbre de las limonadas azucaradas que se difundía entre las clases ricas; y habían plantado huertas con limoneros por todas partes, y reparado el puerto arruinado por las incursiones de los piratas mucho tiempo antes. En medio de la República de Génova, las posesiones del rey de Cerdeña, Reino de Francia y territorios del obispado, traficaban con todos y se reían de todos, si no hubiesen existido aquellos tributos que debían a Génova y que los hacían sudar en cada fecha de cobro, motivo cada año de tumultos contra los recaudadores de la República.

El barón de Rondò, cuando estallaban estos tumultos por los impuestos, creía siempre que estaban a punto de venirle a ofrecer la corona ducal. Entonces se presentaba en la plaza, se ofrecía a los ombrosenses como protector, pero siempre tenía que darse prisa para escapar bajo una granizada de limones podridos. Entonces, decía que había sido tramada una conjura contra él: por los jesuitas, como de costumbre. Porque se le había metido en la cabeza que entre los jesuitas y él había una guerra mortal, y que la Compañía no pensaba más que en conspirar en su contra. En efecto, había habido desavenencias, a causa de un huerto cuya propiedad se disputaban nuestra familia y la Compañía de Jesús; surgió un litigio y el barón, por cuanto estaba entonces en buenas relaciones con el obispo, consiguió alejar al Padre provincial del territorio de la Diócesis. Desde entonces nuestro padre estaba seguro de que la Compañía mandaba a sus agentes para atentar contra su vida y sus derechos; y por su parte trataba de juntar una milicia de fieles que liberasen al obispo, en su opinión hecho prisionero por los jesuitas; y daba asilo y protección a todos aquellos que se declaraban perseguidos por los jesuitas, de suerte que había escogido como padre espiritual nuestro a aquel medio jansenista con la cabeza por las nubes.

Nuestro padre sólo confiaba en una persona, y era el caballero abogado. El barón tenía debilidad por aquel hermano natural, como por un hijo único y desgraciado; y ahora no sabría decir si nos dábamos cuenta de ello, pero seguro que debía de haber, en nuestro modo de considerar a Carrega, algo de celos porque nuestro padre quería más a aquel hermano cincuentón que a nosotros dos. Por lo demás, no éramos los únicos en mirarlo de

través: la generala y Battista fingían tenerle respeto, y en cambio no lo podían sufrir; él, bajo aquella apariencia sumisa, se reía de todo y de todos, y quizá nos odiaba a todos, incluso al barón a quien tanto debía. El caballero abogado hablaba poco, a veces se habría dicho que era sordomudo, o que no entendía la lengua: quién sabe cómo conseguía ejercer de abogado, antes, o si ya entonces era tan extraño, antes de los turcos. Quizá incluso había sido persona inteligente, si había aprendido de los turcos todos aquellos cálculos de hidráulica, lo único a que ahora era capaz de aplicarse, y por lo que mi padre hacía alabanzas exageradas. Nunca pude conocer bien su pasado, ni quién había sido su madre, ni cuáles habían sido en su juventud las relaciones con nuestro abuelo (sin duda también él debía tenerle afecto, para haberle hecho estudiar derecho y haberle hecho asignar el título de caballero), ni cómo había ido a parar a Turquía. Tampoco se sabía muy bien si era exactamente en Turquía donde había estado tanto tiempo, o en cualquier otro estado berberisco, Túnez, Argel, aunque desde luego en un país mahometano, e incluso decían que se había convertido a la religión de Mahoma. Se decían tantas cosas: que había desempeñado cargos importantes, gran dignatario del Sultán, Hidráulico del Diván o algo parecido, y que luego una conjura de palacio o unos celos de mujer o una deuda de juego lo habían hecho caer en desgracia y vender como esclavo. Se sabe que fue encontrado encadenado remando entre los esclavos en una galera otomana apresada por los venecianos, que lo liberaron. En Venecia vivía casi como un pordiosero, hasta que no sé qué otra organizó, una pelea (con quién podía pelear, un hombre tan esquivo, lo sabe el cielo) y acabó de nuevo en prisión. Lo rescató nuestro padre, mediante los buenos oficios de la República de Génova, y volvió con nosotros, un hombrecillo calvo con barba negra, muy asustado, medio mudo (yo era un niño, pero la escena de aquella noche se me ha quedado grabada), envuelto en holgados ropajes que no eran suyos. Nuestro padre nos lo impuso a todos como a una persona de crédito, lo nombró administrador, le destinó un estudio que se fue llenando de papeles siempre desordenados. El caballero abogado vestía una larga cimarra y una papalina en forma de fez, como usaban entonces en sus gabinetes de estudio muchos nobles y burgueses; sólo que él en el estudio a decir verdad no estaba casi nunca, y se le empezó a ver vestido así también fuera, en el campo. Acabó por presentarse también a la mesa al modo turco, y lo más raro fue que nuestro padre, tan escrupuloso con las reglas, aparentó tolerárselo.

A pesar de sus funciones de administrador, el caballero abogado casi que nunca conversaba con mayordomos o aparceros o arrendatarios, dada su naturaleza tímida y las dificultades con el habla; y todas las ocupaciones prácticas, el dar órdenes, el estar encima de la gente, recaían siempre en realidad sobre nuestro padre. Enea Silvio Carrega llevaba los libros de cuentas, y no sé si nuestros asuntos iban tan mal por la manera en que él llevaba las cuentas, o si sus cuentas salían tan mal por la manera en que iban nuestros asuntos. Y luego hacía cálculos y dibujos de instalaciones de irrigación, y llenaba de líneas y cifras una gran pizarra, con palabras en escritura turca. De vez en cuando nuestro padre se encerraba con él en el estudio durante horas (eran las más largas permanencias que el caballero abogado realizaba allí), y al poco rato desde la puerta cerrada llegaba la voz

airada del barón, los acentos ondeantes de una disputa, pero la voz del caballero casi que no se hacía notar. Después se abría la puerta, el caballero abogado salía con sus pasitos rápidos entre las faldas de la cimarra; el fez tieso en la coronilla, tomaba por una puerta-ventana y se alejaba por el parque y la campiña. «¡Enea Silvio! ¡Enea Silvio!», gritaba nuestro padre corriéndole detrás, pero el hermanastro estaba ya entre las hileras de la viña, o en medio de los limoneros, y se veía sólo el fez rojo avanzar obstinado entre las hojas. Nuestro padre lo perseguía llamándolo; al cabo de poco los veíamos regresar, el barón siempre discutiendo, extendiendo los brazos, y el caballero pequeño cerca de él, encorvado, con los puños apretados en los bolsillos de la cimarra.

VIII

Por aquellos días, Cósimo desafiaba a menudo a la gente que estaba en tierra, desafíos de puntería, de destreza, quizá para probar sus posibilidades, todo lo que conseguía hacer allá arriba. Desafió a los granujas al tejo. Estaban en aquellos parajes cerca de Porta Capperi, entre las barracas de los pobres y los vagabundos. Desde un acebo medio seco y desnudo, Cósimo estaba jugando al tejo, cuando vio acercarse un hombre a caballo, alto, un poco encorvado, envuelto en una capa negra. Reconoció a su padre. La granujería se dispersó; desde las entradas de las chozas las mujeres miraban.

El barón Arminio cabalgó hasta debajo del árbol. Era un atardecer rojo. Cósimo estaba entre las ramas desnudas. Se miraron a la cara. Era la primera vez, desde la comida de los caracoles, que se encontraban así, cara a cara. Habían pasado muchos días, las cosas habían cambiado, uno y otro sabían que ya no se trataba de caracoles, ni de la obediencia de los hijos o la autoridad de los padres; que todas las cosas lógicas y sensatas que podían decirse estarían fuera de lugar; con todo algo tenían que decir.

—¡Dais un hermoso espectáculo, vos! —comenzó el padre, amargamente—. ¡Y muy digno de un gentilhomme! —(Lo había tratado de vos, como acostumbraba en las reprensiones más graves, pero ahora ese hábito tuvo un sentido de alejamiento, de desapego).

—Un gentilhomme, señor padre, lo es tanto estando en el suelo como estando en las copas de los árboles —respondió Cósimo, y enseguida añadió—: Si se comporta rectamente.

—Una buena sentencia —admitió gravemente el barón—, aunque, hace poco, estabais robando ciruelas a un arrendatario.

Era verdad. Le había pillado. ¿Qué debía responder? Sonrió, pero sin altanería ni cinismo: con una sonrisa de timidez, y enrojeció.

También el padre sonrió, con una sonrisa triste, y quién sabe por qué también él enrojeció.

—Ahora os juntáis con los peores bastardos y pordioseros —dijo luego.

—No, señor padre, yo estoy por mi cuenta, y cada uno por la suya —dijo Cósimo, firme.

—Os invito a bajar al suelo —dijo el barón, con voz calmada, casi apagada— y a recobrar los deberes de vuestro estado.

—No pienso obedeceros, señor padre —dijo Cósimo—, y me duele.

Estaban incómodos los dos, hastiados. Cada uno sabía lo que el otro iba a decir.

—Pero ¿y vuestros estudios? ¿Y vuestras devociones de cristiano? —dijo el padre—. ¿Pensáis crecer como un salvaje de las Américas?

Cósimo calló. Eran pensamientos que todavía no se había planteado y no tenía ganas de plantearse. Luego dijo:

—¿Por estar unos metros más arriba creéis que no me llegarán buenas enseñanzas?

También ésta era una respuesta hábil, pero era ya como una disminución del alcance de su gesto: signo de debilidad, pues.

Lo advirtió el padre y se volvió más apremiante:

—La rebelión no se mide por metros —dijo—. Incluso cuando parece de pocos palmos, un viaje puede quedar sin retorno.

Ahora mi hermano habría podido dar otra respuesta noble, tal vez una máxima latina, que ahora no me viene ninguna a la cabeza, pero entonces sabíamos muchas de memoria. En cambio se había aburrido de estar allí con aquel aire solemne; sacó la lengua y gritó:

—¡Pero yo desde los árboles meo más lejos! —frase sin mucho sentido, pero que cortaba de golpe la discusión.

Como si hubiesen oído aquella frase, se alzó un griterío de granujas en torno a Porta Capperi. El caballo del barón de Rondò dio un salto, el barón apretó las riendas y se envolvió en la capa, como para irse. Pero se volvió, sacó un brazo de la capa y señalando al cielo que se había cargado rápidamente de nubes negras, exclamó:

—¡Cuidado, hijo, hay Quien puede mear sobre todos nosotros! —y se alejó.

La lluvia, esperada desde hacía tiempo en el campo, empezó a caer con gruesas gotas. Entre las chozas se desparramó una estampida de granujas encapuchados con sacos, que cantaban: «*Ciêuve! Ciêuve! L'aiga va pe êuve!*». Cósimo desapareció agarrándose a las hojas ya chorreantes que al tocarlas le derramaban gotas de agua en la cabeza.

En cuanto me di cuenta de que llovía sentí pena por él. Me lo imaginaba empapado, mientras se apretaba contra un tronco sin conseguir evitar el aguacero oblicuo. Y ya sabía que no bastaría un temporal para hacerlo regresar. Corrí hacia nuestra madre:

—¡Llueve! ¿Qué hará Cósimo, señora madre?

La generala apartó el visillo y miró llover. Estaba tranquila.

—El peor inconveniente de las lluvias es el terreno fangoso. Estando allá arriba permanece inmune a eso.

—¿Pero bastarán los árboles para guarecerlo?

—Se retirará a sus acampamientos.

—¿A cuáles, señora madre?

—Habrà pensado en prepararlos con tiempo.

—¿Y no creéis que haría bien en buscarlo para darle un paraguas?

Como si la palabra «paraguas» de repente la hubiese arrancado de su puesto de observación de campo y devuelto a las plenas preocupaciones maternas, la generala empezó a decir:

—*Ja, ganz gewiss!* ¡Y un frasco de compota de manzana, bien caliente, envuelto en una media de lana! Y una tela encerada, para extenderla sobre la madera, que no rezume humedad... Pero dónde estará, ahora, pobrecito... Esperemos que consigas encontrarlo...

Salí cargado de paquetes a la lluvia, bajo un enorme paraguas verde, y llevaba otro paraguas cerrado bajo el brazo, para dárselo a Cósimo.

Lanzaba nuestro silbido, pero sólo me respondía el susurro sin fin de la lluvia sobre las plantas. Estaba oscuro; fuera del jardín no sabía adónde ir, daba pasos al azar por piedras resbaladizas, prados blandos, charcos y silbaba, y para mandar hacia arriba el silbido inclinaba para atrás el paraguas y el agua me azotaba el rostro y me lavaba el silbido de los labios. Quería ir hacia unos terrenos comunales llenos de árboles altos, donde poco más o menos pensaba que podía haberse construido su refugio, pero en aquella oscuridad me perdí, y estaba allí apretando entre los brazos paraguas y paquetes, y sólo el frasco de compota envuelto en la media de lana me daba un poco de calor.

Cuando de pronto, allá arriba en la oscuridad vi una claridad entre los árboles, que no podía ser ni de luna ni de estrellas. Tras mi silbido me pareció oír el suyo, en respuesta.

—¡Cósimooo!

—¡Biagioo! —una voz entre la lluvia, allá en la cima.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí...! ¡Voy a buscarte, pero date prisa, que me mojo!

Nos encontramos. Él, arropado en una manta, bajó hasta la horqueta más baja de un sauce para enseñarme cómo se subía, a través de una complicada maraña de ramificaciones, hasta el haya de alto tronco, de la que venía aquella luz. Le di enseguida el paraguas y unos paquetes, y tratamos de trepar con los paraguas abiertos, pero era imposible, y nos mojábamos igual. Finalmente llegué adonde él me guiaba; no vi nada, salvo una claridad como entre los bordes de una tienda.

Cósimo levantó uno de esos bordes y me hizo pasar. A la luz de una linterna me hallé en una especie de pequeña habitación, cubierta y cerrada por todas partes por cortinas y alfombras, atravesada por el tronco del haya, con un piso de tablas, el conjunto apoyado en las gruesas ramas. De momento me pareció un palacio, pero pronto pude darme cuenta de lo inestable que era, porque con estar dos allí dentro ya se dudaba de su equilibrio, y Cósimo enseguida tuvo que ponerse a arreglar vías de agua y puntos débiles. Sacó también los dos paraguas que había llevado, abiertos, para tapar dos agujeros del techo; pero el agua se colaba por varios otros sitios, y estábamos los dos empapados, y en cuanto al frío era como estar fuera. Pero había allí amontonada tal cantidad de mantas que uno podía enterrarse debajo dejando fuera sólo la cabeza. La linterna despedía una luz incierta, oscilante, y en el techo y las paredes de aquella extraña construcción las ramas y las hojas proyectaban sombras intrincadas. Cósimo bebía compota de manzanas a grandes sorbos, haciendo: ¡Puaj! ¡Puaj!

—Es una casa bonita —dije yo.

—Oh, todavía es provisional —se apresuró a responder Cósimo—. Tengo que estudiarla mejor.

—¿La has construido tú solo?

—¿Y con quién, si no? Es secreta.

—¿Podré venir yo?

—No, le enseñarías el camino a alguien.

—Papá ha dicho que no te hará buscar más.

—Tiene que ser secreta igualmente.

—¿Por esos muchachos que roban? Pero ¿no son amigos tuyos?

—A veces sí y a veces no.

—¿Y la niña del caballito?

—¿Qué te importa?

—Quería decir si es amiga tuya, si juegas con ella.

—A veces sí y a veces no.

—¿Por qué a veces no?

—Porque o no quiero yo o no quiere ella.

—Y aquí arriba, a ella aquí arriba, ¿la dejarías subir?

Cósimo, sombrío el rostro, trataba de extender una estera puesta encima de una rama.

—Si viniera, la dejaría subir —dijo con gravedad.

—¿Ella no quiere?

Cósimo se echó tendido en el suelo.

—Se ha marchado.

—Dime —dije en voz baja—, ¿sois novios?

—No —respondió mi hermano, y se encerró en un largo silencio.

Al día siguiente hacía buen tiempo y se decidió que Cósimo reanudaría las clases con el abate Fauchelaflour. No se dijo cómo. Simplemente y un poco bruscamente, el barón invitó al abate («En lugar de estar ahí mirando las moscas, *l'Abbé...*») a ir a buscar a mi hermano adonde se encontraba y hacerle traducir algo de Virgilio. Después temió haber puesto al abate en un aprieto excesivo y trató de facilitarle su tarea; me dijo: «Ve a decirle a tu hermano que esté en el jardín dentro de media hora para la clase de latín». Lo dijo con el tono más natural que pudo, el tono que quería adoptar de ahora en adelante: con Cósimo en los árboles todo debía continuar como antes.

Así que se dio la clase. Mi hermano sentado a horcadas sobre una rama de olmo, las piernas colgantes, y el abate debajo, en la hierba, sentado en un taburete, repitiendo a coro hexámetros. Yo jugaba por allí y durante un rato los perdí de vista; cuando regresé también el abate estaba en el árbol; con sus largas y flacas piernas dentro de las medias negras trataba de izarse sobre una horqueta, y Cósimo lo ayudaba sosteniéndole por un codo.

Encontraron una posición cómoda para el viejo, y juntos acabaron un fragmento difícil, inclinados sobre el libro. Mi hermano parecía dar prueba de gran prontitud.

Después no sé cómo ocurrió, cómo el alumno escapó, quizá porque el abate allí arriba se había distraído y se había quedado embobado mirando el vacío como era su costumbre, el hecho es que acurrucado entre las ramas estaba sólo el viejo cura negro, con el libro sobre las rodillas, y miraba volar una mariposa blanca y la seguía con la boca abierta.

Cuando la mariposa desapareció, el abate se dio cuenta de que estaba allí en la cima, y le entró miedo. Se abrazó al tronco, empezó a gritar: «*Au secours! Au secours!*», hasta que vino gente con una escalera y poco a poco se tranquilizó y bajó.

IX

En fin, Cósimo, con toda su famosa fuga, vivía junto a nosotros casi como antes. Era un solitario que no evitaba a la gente. Al contrario, se habría dicho que sólo la gente le importaba. Se dirigía a los sitios donde había campesinos que cavaban, que esparcían estiércol, que segaban los prados, y lanzaba palabras corteses de saludo. Ellos alzaban la cabeza asombrados y él trataba de mostrarles enseguida dónde estaba, porque ya se le había pasado la costumbre, que tanto habíamos practicado cuando íbamos juntos por los árboles antes, de hacer cucú y bromear con la gente que pasaba por debajo. Al comienzo los campesinos, al verlo salvar tales distancias por las ramas, no entendían, no sabían si saludarlo quitándose el sombrero como se hace con los señores o gritarle como a un granuja. Luego se acostumbraron e intercambiaban con él palabras sobre las labores, el tiempo, y aparentaban incluso valorar su juego de estar allá arriba, ni mejor ni peor que otros muchos juegos que veían practicar a los señores.

Desde el árbol, se quedaba quieto durante horas mirando sus trabajos y les hacía preguntas sobre los abonos y las sementeras, lo que cuando caminaba por la tierra nunca se le había ocurrido hacer, contenido por una vergüenza que le impedía dirigir la palabra a aldeanos y criados. A veces, indicaba si el surco que estaban cavando era derecho o torcido, o si en el campo del vecino ya estaban maduros los tomates; a veces se ofrecía para hacerles pequeños recados, como ir a decirle a la mujer de un segador que le diese una piedra de afilar, o avisar que desviarán el agua en un huerto. Y cuando tenía que ir con tales encargos de confianza para los campesinos, entonces, si en un campo de trigo veía posarse una bandada de gorriones, hacía ruido y agitaba el gorro para que escaparan.

En sus andanzas solitarias por los bosques, los encuentros humanos eran, aunque no tan frecuentes, tales que quedaban impresos en el ánimo, encuentros con gente que entre nosotros no se ve. En aquellos tiempos toda una pobre gente vagabunda acampaba en los bosques: carboneros, caldereros, vidrieros, familias empujadas por el hambre lejos de sus campos, a buscarse el pan con inestables oficios. Instalaban sus talleres al aire libre y levantaban chocitas de ramas para dormir. Al principio, el jovencito recubierto de pieles que pasaba por los árboles les daba miedo, especialmente a las mujeres que lo tomaban por un duende; pero después entablaba amistad, se pasaba horas viéndolos trabajar, y por la noche, cuando se sentaban en torno al fuego, se ponía sobre una rama próxima, para oír las historias que contaban.

Los carboneros, en la explanada de tierra cenicienta, eran los más numerosos. Gritaban «¡Hura! ¡Hota!», porque eran bergamascos y no se les entendía en su habla. Eran los más fuertes y cerrados y unidos entre sí: una corporación que se propaga por todos los bosques, con parentescos y relaciones y disputas. Cósimo, a veces, hacía de intermediario entre un grupo y otro, daba noticias, le encargaban recados.

—Me han dicho los de abajo del Roble Rojo que os diga que Hanfa la Hapa Hota 'l Hoc.

—Respóndeles que Hegn Hobet Hó de Hot.

Él conservaba en la cabeza los misteriosos sonidos aspirados, y trataba de repetirlos, como trataba de repetir los trinos de los pájaros que lo despertaban por la mañana.

Aunque ya se había difundido la noticia de que un hijo del barón de Rondò desde hacía meses no bajaba de los árboles, nuestro padre todavía trataba de mantener el secreto con la gente que venía de fuera. Vinieron a vernos los condes de Estomac, que se dirigían a Francia, donde tenían, en la bahía de Tolón, unas posesiones, y que durante el viaje quisieron detenerse entre nosotros. No sé qué intereses había por medio: para reivindicar ciertos bienes, o confirmar una curia a un hijo obispo, tenían necesidad del asentimiento del barón de Rondò; y nuestro padre, como os podéis figurar, sobre esa alianza construía un castillo de proyectos para sus pretensiones dinásticas sobre Ombrosa.

Hubo una comida, como para morirse de fastidio con la cantidad de adulaciones que se hicieron, y los huéspedes traían consigo un hijo petimetre, un miserable empelucado. El barón presenta a sus hijos, o sea a mí, y luego: «Pobrecita —dice—, mi hija Battista vive tan retirada, y es tan piadosa, que no sé si la podréis ver». Y he aquí que se presenta aquella idiota, con la toca de monja, pero toda adornada con cintas y galas, con polvos en la cara y mitones. Había que comprenderla, desde lo del marquesito De la Mela no había vuelto a ver a un joven, salvo a sirvientes o villanos. El condesito de Estomac, venga reverencias: ella, risitas histéricas. El barón, que con respecto a su hija ya había hecho cruz y raya, empezó a rumiar nuevos posibles proyectos.

Pero el conde aparentaba indiferencia. Preguntó:

—Pero ¿no tenáis otro hijo, un varón, monsieur Arminio?

—Sí, el mayor —dijo nuestro padre—, pero, casualmente, está de caza.

No había mentido, porque por esa época Cósimo estaba siempre en el bosque con el fusil, acechando liebres y tordos. El fusil se lo había proporcionado yo, aquel, ligero, que usaba Battista contra los ratones, y que hacía un tiempo que ella —descuidando sus cacerías— había abandonado colgado de un clavo.

El conde preguntó por la caza de los alrededores. El barón respondía con generalidades, porque, privado como estaba de paciencia y de atención por el mundo circundante, no sabía cazar. Intervine yo, aunque tenía prohibido entrometerme en las conversaciones de los mayores.

—¿Y tú qué sabes, tan pequeño? —terció el conde.

—Voy a buscar los animales derribados por mi hermano, y se los llevo a los... —estaba diciendo, pero nuestro padre me interrumpió:

—¿Quién te ha invitado a conversar? ¡Vete a jugar!

Estábamos en el jardín, era tarde y aún había claridad, siendo verano. Y de pronto por los plátanos y olmos, tranquilamente se acercaba Cósimo, con el gorro de piel de gato en la cabeza, el fusil en bandolera, un asador en bandolera por el otro lado, y las polainas enfundadas.

—¡Eh, eh! —dijo el conde levantándose y moviendo la cabeza para ver mejor, divertido—. ¿Quién hay allí? ¿Quién hay allí arriba, sobre los árboles?

—¿Qué pasa? No tengo ni idea... Le habrá parecido... —decía nuestro padre, y no miraba en la dirección indicada, sino a los ojos del conde, como para asegurarse de que veía bien.

Cósimo mientras tanto había llegado justamente sobre sus cabezas, inmóvil, de pie sobre una horqueta.

—Ah, es mi hijo, sí, Cósimo, son niños, para darnos una sorpresa, ve, ha trepado hasta allá arriba...

—¿Es el mayor?

—Sí, sí, de los dos varones es el mayor, pero se llevan poco, sabe, son todavía dos niños, juegan...

—Pues se le da bien el andar así por las ramas. ¡Y con ese arsenal encima...!

—Eh, juegan... —y con un terrible esfuerzo de mala fe que lo hizo ponerse colorado—: ¿Qué haces ahí? ¿Eh? ¿Quieres bajar? ¡Ven a saludar al señor conde!

Cósimo se quitó el gorro de piel de gato, hizo una reverencia.

—Mis respetos, señor conde.

—¡Ja, ja, ja! —reía el conde—, ¡estupendo, estupendo! ¡Déjele quedarse arriba, déjele quedarse arriba, monsieur Arminio! ¡Muy bien el jovencito que va por los árboles! —Y se reía.

Y aquel estúpido del condesito:

—*C'est original, ça. C'est très original!* —no sabía repetir más que eso.

Cósimo se sentó allí en la horqueta. Nuestro padre cambió de tema, y hablaba y hablaba, tratando de distraer al conde. Pero el conde, de vez en cuando, alzaba los ojos y mi hermano estaba todavía allá arriba, sobre aquel árbol o sobre otro, limpiando el fusil, o untando con grasa las polainas, o poniéndose una pesada franela porque se acercaba la noche.

—¡Ah, pero mira! ¡Lo sabe hacer todo, allá arriba, el jovencito! ¡Ah, cómo me gusta! ¡Ah, lo contaré en la corte, en cuanto vaya! ¡Se lo contaré a mi hijo el obispo! ¡Se lo contaré a mi tía la princesa!

Mi padre estallaba. Además, tenía otra preocupación: ya no veía a su hija, y había desaparecido también el condesito.

Cósimo, que se había alejado en una de sus exploraciones, regresó jadeando.

—¡Le ha hecho entrar el hipo! ¡Le ha hecho entrar el hipo!

El conde se inquietó.

—Oh, qué desagradable. Mi hijo sufre mucho por el hipo. Ve, buen chico, ve a ver si se le pasa. Diles que vuelvan.

Cósimo se alejó, y después volvió, jadeando más aún que antes:

—Se persiguen. ¡Ella quiere meterle una lagartija viva bajo la camisa para que se le pase el hipo! ¡Él no quiere! —Y volvió a irse para verlos.

Así pasamos aquella velada en la villa, nada distinta a decir verdad de las demás, con Cósimo sobre los árboles, que participaba como a hurtadillas de nuestra vida, pero esta vez había huéspedes, y la fama del extraño comportamiento de mi hermano se difundía por las cortes de Europa, con vergüenza de nuestro padre. Vergüenza inmotivada, tanto es así que al conde de Estomac nuestra familia le produjo una impresión favorable, y de este modo ocurrió que nuestra hermana Battista se prometió con el condesito.

X

Los olivos, por sus contorsiones, son para Cósimo caminos cómodos y llanos, árboles pacientes y amigos, con su áspera corteza, para pasar por ellos y para detenerse en ellos, aun cuando las ramas gruesas sean pocas en cada árbol y no haya gran variedad de movimientos. En una higuera, por el contrario, teniendo cuidado de que soporte el peso, no se acaba nunca de dar vueltas; Cósimo está bajo el pabellón de las hojas, ve transparentarse el sol en medio de las nervaduras, los frutos verdes hincharse poco a poco, huele el látex que gotea por el cuello de los pedúnculos. La higuera se apodera de ti, te impregna con su humor gomoso, con los zumbidos de los abejorros; poco después a Cósimo le parecía estar convirtiéndose en higuera él mismo y, molesto, se marchaba. Sobre el duro serbal, o sobre la morera, se está bien; lástima que sean escasos. Lo mismo los nogales, que incluso a mí, y es mucho decir, a veces viendo a mi hermano perderse en un viejo nogal inmenso, como en un palacio de muchos pisos e innumerables habitaciones, me venían ganas de imitarlo, de estar allí arriba; tanta es la fuerza y la certeza que pone ese árbol en ser árbol, la obstinación en ser pesado y duro, que se expresa hasta por sus hojas.

Cósimo se sentía a gusto entre las onduladas hojas de las encinas, y amaba su agrietada corteza, de la que cuando estaba distraído arrancaba pedacitos con los dedos, no por instinto de causar daño, sino como para ayudar al árbol en su largo esfuerzo por rehacerse. O también desescamaba la blanca corteza de los plátanos, descubriendo capas de viejo oro mohoso. Amaba también los troncos almohadillados como los del olmo, que en los nudos echa brotes tiernos y penachos de hojas dentadas y de sámaras de papel; pero es difícil moverse por él porque las ramas van hacia arriba, débiles y tupidas, y dejan poco paso. En los bosques, prefería hayas y encinas; porque en el pino las horcaduras, muy próximas, nada fuertes y todas llenas de agujas, no dejan sitio ni apoyo; y el castaño, entre las hojas espinosas, los erizos, la corteza, y las ramas altas, parece hecho aposta para mantenerlo a uno lejos.

Estas amistades y distinciones Cósimo las reconoció más tarde con el tiempo, poco a poco, o sea reconoció conocerlas; pero ya en aquellos primeros días empezaban a formar parte de él como instinto natural. El mundo ya era para él distinto, compuesto de estrechos y curvados puentes en el vacío, de nudos o escamas o arrugas que hacen escabrosas las cortezas, de luces cuyo verde varía según el toldo de hojas espesas o más escasas, temblorosas a la primera sacudida del aire en sus pedúnculos, o movidas como velas con el

curvarse del árbol. Mientras que el nuestro, de mundo, se achataba allá al fondo, y nosotros teníamos formas desproporcionadas y desde luego no entendíamos nada de lo que él sabía allá arriba, él que pasaba las noches escuchando cómo la madera llena con sus células los anillos que señalan los años en el interior de los troncos, y cómo los mohos aumentan su mancha con el cierzo, y con un estremecimiento los pájaros dormidos dentro del nido esconden la cabeza allí donde es más blanda la pluma del ala, y se despierta la oruga, y se abre el huevo del alcaudón. Hay un momento en que el silencio de la campiña se junta en la cavidad del oído como un polvillo de ruidos, un graznido, un castañeteo, un murmullo velocísimo entre la hierba, un chasquido en el agua, un pataleo entre tierra y piedras, y el chirrido de la cigarra por encima de todo. Los ruidos se atraen uno al otro, el oído llega a distinguir siempre unos nuevos, como a los dedos que deshacen un copo de lana cada hebra se descubre trenzada con hilos cada vez más sutiles e impalpables. Las ranas, mientras tanto, siguen con su croar, que queda al fondo y no altera el flujo de los sonidos, del mismo modo que la luz no varía con el continuo parpadeo de las estrellas. En cambio, cada vez que se levantaba o corría el viento, todos los ruidos cambiaban y eran nuevos. Sólo quedaba en la cavidad más profunda del oído la sombra de un bramido o un murmullo: era el mar.

Llegó el invierno, Cósimo se confeccionó una casaca de pieles. La cosió él mismo con trozos de pieles de varios animales cazados por él: liebres, zorros, martas y hurones. En la cabeza llevaba todavía el gorro de gato salvaje. Se cosió también unos calzones de piel de cabra con el fondillo y las rodilleras de cuero. En cuanto a los zapatos, comprendió finalmente que para los árboles lo mejor eran las zapatillas, y se hizo un par con no sé qué piel, quizá de tejón.

Así se defendía del frío. Hay que decir que en esa época por aquí los inviernos eran benignos, no con ese frío de ahora que, según dicen, lo ha sacado Napoleón de Rusia y lo ha traído detrás de él. Pero incluso entonces pasar las noches de invierno al raso no era precisamente algo deseable.

Para la noche Cósimo había encontrado el sistema de los odres de piel; nada de tiendas o cabañas: un odre con el pelo hacia dentro, colgado de una rama. Se introducía dentro de él, desaparecía del todo y se dormía acurrucado como un niño. Si un ruido insólito cruzaba la noche, de la boca del saco salía el gorro de piel, el cañón del fusil, y luego él con los ojos muy abiertos. (Decían que los ojos se le habían vuelto luminosos en la oscuridad, como los gatos y los búhos: pero yo no lo advertí nunca).

Por la mañana, en cambio, cuando cantaba el arrendajo, salían fuera del saco dos manos con los puños cerrados, éstos se alzaban y dos brazos se alargaban estirándose lentamente, y ese estirarse sacaba al exterior su cara bostezante, su busto con el fusil en bandolera y el frasco de la pólvora, sus piernas arqueadas (empezaban a torcésele un poco, por la costumbre de estar y moverse siempre a gatas o en cucullas). Las piernas aparecían, se desentumecían, y así, con un encogimiento de hombros, rascándose bajo la casaca de piel, despierto y fresco como una rosa, Cósimo comenzaba su jornada.

Iba a la fuente, porque tenía una fuente colgante, inventada por él, o mejor dicho, construida ayudando a la naturaleza. Había un riachuelo que en un lugar cortado a pico caía en forma de cascada, y allí cerca una encina alzaba sus altas ramas. Cósimo, con un trozo de corteza de álamo de un par de metros de largo, había construido una especie de canalón, que llevaba el agua desde la cascada a las ramas de la encina, y así podía beber y lavarse. Que se lavaba lo puedo asegurar, porque lo vi en distintas ocasiones; no mucho ni tampoco todos los días, pero se lavaba; incluso tenía jabón. Con el jabón, algunas veces, si le daba por ahí, hacía también la colada; para ello se había subido una tina a ese árbol. Luego tendía la ropa a secar en cuerdas de una rama a otra.

Todo lo hacía, pues, sobre los árboles. Hasta había encontrado el modo de asar los animales que cazaba, sin descender nunca. Hacía esto: prendía fuego a una piña con un eslabón y la tiraba al suelo, a un sitio adecuado para hogar (se lo había preparado yo, con unas piedras lisas), luego dejaba caer encima palitos y ramas, regulaba la llama con morillos atados a unos palos largos, de forma que llegasen al asador, colgado entre dos ramas. Todo eso exigía atención, ya que es fácil en los bosques provocar un incendio. Por esta razón este hogar estaba también bajo la encina, cerca de la cascada de la que se podía sacar, en caso de peligro, todo el agua que se quisiera.

Así, en parte comiendo de lo que cazaba, en parte intercambiándolo con los campesinos por fruta u hortalizas, se las arreglaba muy bien, incluso sin necesidad de que le pasaran nada de casa. Un día supimos que bebía leche fresca todas las mañanas; se había hecho amigo de una cabra, que iba a trepar a una horqueta de olivo, un sitio fácil, a dos palmos del suelo, o mejor, no es que trepase, subía con las patas de atrás, de suerte que él, bajando con un cubo hasta la horqueta, la ordeñaba. Lo mismo había acordado con una gallina, paduana, roja, excelente. Le había hecho un nido secreto, en la cavidad de un tronco, y un día sí y otro no encontraba allí un huevo, que sorbía tras haberlo agujereado con un alfiler.

Otro problema: sus necesidades. Al principio, aquí o allá, no se preocupaba, el mundo es grande, las hacía donde se le ocurría. Luego comprendió que no estaba bien. Entonces halló, a orillas del torrente Merdanzo, un aliso que sobresalía sobre el punto más propicio y apartado, con una horqueta en la que era posible sentarse cómodamente. El Merdanzo era un torrente oscuro, escondido entre las cañas, de curso rápido, y los pueblos vecinos vertían en él los desagües. De este modo, el joven Piovasco de Rondò vivía civilmente, respetando el decoro del prójimo y el suyo propio.

Pero un necesario complemento humano le faltaba, en su vida de cazador: un perro. Estaba yo, que me arrojaba por las malezas, entre los matorrales, para buscar el tordo, la agachadiza, la codorniz, caídos al encontrarse en medio del cielo con su disparo, o también los zorros cuando, tras una noche al acecho, detenía uno de larga cola, apenas salía del brezal. Pero sólo de vez en cuando podía escapar para reunirme con él en los bosques: las clases del abate, el estudio, el ayudar a misa, las comidas con mis padres me retenían; los cien deberes de la vida familiar a los que estaba sometido, porque en el fondo la frase que

siempre oía repetir: «En una familia, con un rebelde ya es suficiente», no carecía de razón, y dejó su huella durante toda mi vida.

Cósimo iba pues de caza casi siempre solo, y para recobrar las piezas (cuando no ocurría el caso de la oropéndola que se quedaba con sus alas amarillas y tiesas colgadas de una rama), usaba una especie de utensilios de pesca: sedales con bramantes, ganchos o anzuelos, pero no siempre lo conseguía, y a veces una becada acababa cubierta de hormigas en el fondo de un zarzal.

He hablado hasta ahora de las tareas de los perros cobradores. Porque Cósimo entonces cazaba casi solamente al acecho, y se pasaba mañanas o noches encaramado en su rama, esperando que el tordo se posase en la punta de un árbol, o que la liebre apareciese en un claro del bosque. Si no, vagaba al azar, siguiendo el canto de los pájaros, o adivinando las pistas más probables de los animales de pelo. Y cuando oía el ladrido de los sabuesos tras la liebre o el zorro, sabía que tenía que alejarse de allí, porque aquélla no era bestia suya, sino de un cazador solitario y casual. Respetuoso como era con las normas, aun cuando desde sus infalibles puestos de vigía podía descubrir y apuntar al animal perseguido por los perros ajenos, nunca alzaba el fusil. Esperaba que por el sendero llegase el cazador jadeante, con el oído alerta y la mirada extraviada, y le indicaba hacia dónde había ido la bestia.

Un día vio correr un zorro: una ola roja en medio de la hierba verde, un bufido feroz, con bigotes erizados; atravesó el prado y desapareció en el brezal. Y detrás: «¡Uauauaaa!», los perros.

Llegaron al galope, midiendo la tierra con los hocicos; dos veces se encontraron sin olor de zorro en las narices y doblaron en ángulo recto.

Ya estaban lejos cuando con un gañido: «Ui, ui», hendió la hierba uno que llegaba a saltos, más de pez que de perro, una especie de delfín que nadaba asomando un hocico más agudo y unas orejas más colgantes que un podenco. Por detrás era un pez; parecía nadar agitando aletas, o bien patas de palmípedo, sin piernas y larguísimo. Salió al claro: era un pachón.

Sin duda se había unido al tropel de los sabuesos y se había quedado atrás, joven como era, o mejor, casi un cachorro todavía. El ruido de los sabuesos era ahora un «buaf» de despecho, porque habían perdido la pista y la compacta carrera se ramificaba en una red de búsquedas nasales en torno a un claro pelado, con demasiada impaciencia por encontrar el hilo de olor perdido para buscarlo bien, mientras el ímpetu se perdía y alguno ya aprovechaba para echar una meadita contra una piedra.

De este modo el pachón, jadeante, con su trote con el hocico alto injustificadamente triunfal, los alcanzó. Lanzaba, siempre injustificadamente, gañidos de astucia: «¡Uai! ¡Uai!».

Enseguida los sabuesos, «¡Aurrch!», le gruñeron, dejaron por un momento la búsqueda del olor de zorro y se dirigieron hacia él, abriendo bocas de mordisco: «¡Ggrrr!». Luego, rápidos, volvieron a desinteresarse y echaron a correr.

Cósimo seguía al pachón, que daba pasos al azar por allí alrededor, y el pachón, oscilando con la nariz distraída, vio al muchacho en el árbol y meneó la cola. Cósimo estaba

convencido de que el zorro todavía estaba escondido por allí. Los sabuesos habíanse desbandado, de vez en cuando se los oía pasar por los collados cercanos con un ladrido entrecortado e inmotivado, azuzados por las voces sofocadas e incitantes de los cazadores. Cósimo le dijo al pachón:

—¡Venga! ¡Venga! ¡Busca!

El perro joven se lanzó a olfatear, a veces se volvía para mirar al muchacho.

—¡Venga! ¡Venga!

Ahora ya no lo veía. Oyó algo entre los matorrales, luego, de improviso: «¡Auauauaaaa! ¡Yái, yái, yái!». ¡Había levantado el zorro!

Cósimo vio al animal correr por el prado. Pero ¿se podía disparar contra un zorro levantado por un perro ajeno? Cósimo lo dejó pasar y no disparó. El pachón alzó el hocico hacia él, con la mirada de los perros cuando no entienden y no saben que pueden tener razón al no entender, y se volvió a lanzar con el hocico bajo, detrás del zorro.

—¡Yái, yái, yái! —le hizo dar toda una vuelta.

Ahora volvía. ¿Podía disparar o no podía disparar? No disparó. El pachón miró hacia arriba con ojos afligidos. Ya no ladraba; la lengua le colgaba más que las orejas, estaba agotado, pero seguía corriendo.

Aquel jaleo había desorientado a sabuesos y cazadores. Por el sendero corría un viejo con un pesado arcabuz.

—¡Eh! —le dijo Cósimo—, ¿ese pachón es vuestro?

—¡Iros al diablo tú y tus parientes! —gritó el viejo, que debía de estar de malas—. ¿Te parecemos tipos como para cazar con pachones?

—Entonces, a lo que le eche el ojo, yo le disparo —insistió Cósimo, que quería a toda costa cumplir las reglas.

—¡Como si les quieres disparar a los santos que están en la gloria! —le respondió el otro, y se alejó corriendo.

El pachón volvió a llevarle el zorro. Cósimo disparó y le dio. El pachón fue su perro; le puso de nombre Óptimo Máximo.

Óptimo Máximo era un perro de nadie, que se había unido a la manada de sabuesos por pasión juvenil. Pero ¿de dónde venía? Para descubrirlo, Cósimo se dejó guiar por él.

El pachón, a ras del suelo, atravesaba setos y fosos; luego se volvía para ver si el muchacho de arriba conseguía seguir su camino. Tan desacostumbrado era este itinerario que Cósimo no se dio cuenta de momento adónde habían llegado. Cuando lo supo, el corazón le latió con fuerza: era el jardín de los marqueses de Ondariva.

La villa estaba cerrada, las persianas atrancadas; sólo una, en un tragaluz, batía al viento. El jardín, abandonado, sin cuidar, tenía más que nunca aquel aspecto de selva de otro mundo. Y por las alamedas ya invadidas por la hierba, y por los parterres llenos de maleza, Óptimo Máximo se movía feliz, como por su casa, y perseguía a las mariposas.

Desapareció en una mata. Regresó con una cinta en la boca. A Cósimo el corazón le latió aún más fuerte.

—¿Qué es, Óptimo Máximo? ¿Eh? ¿De quién es? ¡Dime!

Óptimo Máximo meneaba la cola.

—¡Trae aquí, trae, Óptimo Máximo!

Cósimo bajó hasta una rama baja, cogió de la boca del perro aquel jirón desteñado que había sido ciertamente una cinta del pelo de Viola, así como aquel perro había sido sin duda un perro de Viola, olvidado allí en la última mudanza de la familia. Más aún, ahora a Cósimo le parecía recordarlo, el verano antes, todavía cachorro, asomando de un cesto del brazo de la niña rubia, y quizá se lo habían llevado como regalo en ese momento.

—¡Busca, Óptimo Máximo! —y el pachón se tiraba entre los bambúes; y volvía con otros recuerdos de ella, la cuerda de saltar, un trozo roto de cometa, un abanico.

En la cima del tronco del árbol más alto del jardín, mi hermano grabó con la punta del espadín los nombres *Viola y Cósimo*, y luego, más abajo, seguro de que a ella le habría gustado, aunque lo llamara con otro nombre, escribió: *Perro pachón Óptimo Máximo*.

A partir de entonces, cuando se veía al muchacho sobre los árboles, se podía estar seguro de que mirando delante de él, o cerca, se vería el pachón Óptimo Máximo trotando con la barriga en el suelo. Le había enseñado la busca, la muestra, la cobranza: los trabajos de todas las especies de perros de caza, y no había animal del bosque que no cazaran juntos. Para traerle la pieza, Óptimo Máximo trepaba con dos patas a los troncos lo más arriba que podía; Cósimo descendía para coger la liebre o la perdiz de su boca y le hacía una caricia. Ésas eran todas sus familiaridades, sus alegrías. Pero continuamente, entre el suelo y las ramas, corría un diálogo del uno al otro, un entendimiento, de ladridos monosilábicos y chasquidos de lengua y dedos. Esa necesaria presencia que para el perro es el hombre y para el hombre el perro, no los traicionaba nunca, ni a uno ni a otro; y aunque distintos de todos los hombres y perros del mundo, podían considerarse, como hombre y perro, felices.

XI

Durante mucho tiempo, toda una época de su adolescencia, la caza fue para Cósimo el mundo. También la pesca, ya que con un sedal aguardaba anguilas y truchas en los remansos del torrente. Se nos ocurría pensar a veces que quizá él ya tenía sentidos e instintos distintos de los nuestros, y que aquellas pieles con las que se ataviaba correspondían a una mutación total de su naturaleza. Desde luego, el estar continuamente en contacto con las cortezas de los árboles, fija la mirada en el moverse de las plumas, los pelos, las escamas, en esa gama de colores que presenta esta apariencia del mundo, y luego la verde corriente que circula como una sangre de otro mundo en las venas de las hojas: todas estas formas de vida tan alejadas de la humana como un tallo de planta, un pico de tordo, una branquia de pez, estos confines de lo salvaje a los que tan profundamente se había arrojado, podían ahora modelar su ánimo, hacerle perder toda semblanza de hombre. Y en cambio, por muchos dones que él absorbiese de la comunión con las plantas y de la lucha con los animales, siempre vi claramente que su puesto estaba aquí, que estaba de nuestra parte.

Pero aunque fuera sin querer, algunas costumbres se hacían más raras y se perdían. Como el seguirnos las fiestas a la misa mayor de Ombrosa. Durante los primeros meses trató de hacerlo. Cada domingo, al salir toda la familia apretujada, vestida de ceremonia, lo encontrábamos sobre las ramas, también él, en cierto modo, con un intento de traje de fiesta, por ejemplo, con el viejo frac desenterrado, o el tricornio en lugar del gorro de piel. Nosotros nos encaminábamos, él nos seguía por las ramas, e íbamos así hasta el recinto sagrado, observados por todos los ombrosenses (aunque pronto se habituaron y disminuyó también la incomodidad de nuestro padre), nosotros acompasados, él saltando por los aires, lo que debía de ser una extraña visión, sobre todo en invierno, con los árboles desnudos. Entrábamos en la catedral, nos sentábamos en nuestro banco de familia, y él se quedaba fuera, se apostaba en un acebo al lado de una nave, justamente a la altura de una gran ventana. Desde nuestro banco veíamos a través de las vidrieras la sombra de las ramas y, en medio, la de Cósimo, con el sombrero en el pecho y la cabeza inclinada. Por el acuerdo de mi padre con un sacristán, se mantuvo entornada esa vidriera todos los domingos, y así mi hermano podía seguir la misa desde su árbol. Pero con el paso del tiempo ya no lo vimos. La ventana fue cerrada porque había corriente.

Muchas cosas que antes habrían sido importantes, para él ya no lo eran. En primavera se prometió nuestra hermana. ¿Quién lo habría dicho, sólo un año antes? Vinieron estos condes de Estomac con el condesito, se dio una gran fiesta. Todas las habitaciones de nuestro palacio estaban iluminadas, había toda la nobleza de los alrededores, se bailaba. ¿Quién pensaba ya en Cósimo? Pues bien, no es cierto, todos pensábamos en él. De vez en cuando miraba por las ventanas para ver si llegaba; y nuestro padre estaba triste, y en aquella alegría familiar no había duda de que su pensamiento se dirigía hacia él, que se había autoexcluido; y la generala que mandaba sobre toda la fiesta como si de una plaza de armas se tratara, quería sólo desahogar su congoja por el ausente. Quizá también Battista, que hacía piruetas, irreconocible fuera de sus ropas monacales, con una peluca que parecía de mazapán, y un *grand panier* adornado con corales que no sé qué modista le había confeccionado, también ella aseguraría yo que pensaba en Cósimo.

Y él estaba escondido —lo supe después—, estaba en la sombra de la cima de un plátano, al fresco, y veía las ventanas llenas de luz, las conocidas estancias aparejadas para la fiesta, la gente empelucada que bailaba. ¿Qué pensamientos pasaban por su cabeza? ¿Añoraba al menos un poco nuestra vida? ¿Pensaba en lo corto que era ese paso que lo separaba del regreso a nuestro mundo, en lo corto y lo fácil? No sé qué pensaba, qué quería. Sólo sé que permaneció allí todo el tiempo que duró la fiesta, e incluso más, hasta que uno a uno se apagaron los candelabros y no quedó ni una ventana iluminada.

Las relaciones de Cósimo con la familia, pues, mal que bien continuaban. Mejor dicho, con un miembro de ella se hicieron más estrechas, puede decirse que sólo ahora aprendió a conocerlo: el caballero abogado Enea Silvio Carrega. Este hombre medio desvanecido, huidizo, del que nunca se conseguía saber dónde estaba o qué hacía, Cósimo descubrió que era el único de toda la familia que tenía un gran número de ocupaciones, y no sólo eso sino que nada de lo que hacía era inútil.

Salía, tal vez en la hora más cálida de la tarde, con el fez plantado en la coronilla, en chancletas y la cimarra larga hasta el suelo, y desaparecía como si lo hubiesen tragado las grietas del terreno, o los setos, o las piedras de los muros. Incluso Cósimo, que se divertía estando siempre de vigía (o mejor, no es que se divirtiera, ya era éste su estado natural, como si su ojo abarcara un horizonte tan ancho que lo incluía todo), en un momento dado dejaba de verlo. Alguna vez se ponía a correr de rama en rama hacia el sitio donde había desaparecido, y no conseguía saber nunca qué camino había tomado. Pero había un indicio que se repetía siempre en aquellos parajes: abejas que volaban. Cósimo acabó por convencerse de que la presencia del caballero estaba relacionada con las abejas y que para localizarlo había que seguir su vuelo. Pero ¿cómo hacerlo? En torno a cada planta en flor había un disperso zumbido de abejas; no había que dejarse distraer por recorridos aislados y secundarios, sino seguir el invisible camino aéreo por el que el vaivén de las abejas se hacía cada vez más espeso, hasta que se llegaba a ver una densa nube que se alzaba detrás

de un seto, como humo. Allí estaban las colmenas, una o varias, en fila sobre una tabla, y absorto con ellas, en medio del hervidero de abejas, estaba el caballero.

Era en efecto, esta de la apicultura, una de las actividades secretas de nuestro tío natural; secreta hasta cierto punto, porque él mismo traía a la mesa, de vez en cuando, un panal chorreante de miel recién cogida de la colmena; pero se desarrollaba totalmente fuera del ámbito de nuestras propiedades, en lugares que él evidentemente no quería que se supieran. Debía de ser una precaución suya, para sustraer las ganancias de esta personal industria al mal estado de la bolsa de la administración familiar; o quizá —ya que desde luego el hombre no era avaro, y además, ¿qué podía rendirle aquel poco de miel y de cera?— para tener algo en lo que el barón su hermano no metiera la nariz, no pretendiese llevarlo de la mano; o quizá, incluso, para no mezclar las pocas cosas que amaba, como la apicultura, con las muchas que no amaba, como la administración.

De todas maneras, era un hecho que nuestro padre nunca le habría permitido tener abejas cerca de casa, porque el barón tenía un miedo irrazonable de que le picasen, y cuando por casualidad se encontraba con una abeja o una avispa en el jardín, escapaba con una absurda carrera por las alamedas, metiéndose las manos en la peluca como para protegerse de los picotazos de un águila. Una vez, en una situación así, le voló la peluca; la abeja, espantada por su arrebato, se le echó encima y le clavó el aguijón en el cráneo calvo. Estuvo tres días con pañuelos empapados de vinagre en la cabeza, porque era así, muy violento y fuerte en los casos más graves, pero, en cambio, un pequeño arañazo o un forúnculo insignificante lo hacían ponerse como loco.

Así pues, Enea Silvio Carrega había diseminado su cría de abejas por aquí y por allí en todo el valle de Ombrosa; los propietarios le daban permiso para tener una colmena o dos en uno de sus bancales, a cambio de un poco de miel, y él andaba siempre de un sitio para otro, atareado en torno a las colmenas moviéndose de una forma que parecía tener patitas de abeja en lugar de manos, también a causa de que las llevaba, para que no le picasen, enfundadas en unos mitones negros. En la cara, enrollado alrededor del fez como un turbante, llevaba un velo negro, que a cada respiración se le pegaba y levantaba sobre la boca. Y movía un artefacto que esparcía humo, para alejar a los insectos mientras él hurgaba en las colmenas. Y todo, hervidero de abejas, velos, nubes de humo, le parecía a Cósimo un encantamiento que aquel hombre trataba de suscitar para desaparecer de allí, borrarse, volar lejos, y después renacer otro, o en otro tiempo, o en otro lugar. Pero era un mago de poca monta, porque reaparecía siempre igual, tal vez chupándose una yema del dedo pinchada.

Era ya primavera. Cósimo una mañana vio el aire como enloquecido, vibrante con un sonido nunca oído, un zumbido que llegaba a ser un estruendo, y atravesado por un pedrisco que en vez de caer se desplazaba en dirección horizontal, como un lento torbellino diseminado, que seguía una especie de columna más densa. Era una multitud de abejas: y en torno estaba el verde y las flores y el sol; y Cósimo, que no comprendía qué era, se sintió presa de una excitación ansiosa y feroz.

—¡Las abejas se escapan! ¡Caballero abogado! ¡Las abejas se escapan! —empezó a gritar, corriendo por los árboles en busca de Carrega.

—No se escapan: enjambran —dijo la voz del caballero, y Cósimo lo vio debajo, despuntado como un hongo, mientras le hacía señas de que estuviera callado. Después enseguida se alejó, desapareció. ¿Adónde había ido?

Era la época de los enjambres. Una multitud de abejas estaba siguiendo a una reina que salía de la vieja colmena. Cósimo miró a su alrededor. Volvía a aparecer por la puerta de la cocina el caballero abogado y llevaba en la mano un caldero y una sartén. Ahora golpeaba la sartén contra el caldero y extraía un ¡ding!, ¡ding! muy fuerte, que atronaba los tímpanos y se apagaba en una larga vibración, tan molesta que daban ganas de taparse las orejas. Percutiendo esos utensilios de cobre cada tres pasos, el caballero abogado caminaba detrás de las abejas. A cada uno de los sonidos, el enjambre parecía asaltado por una sacudida, un rápido bajar y volver arriba, y el zumbido parecía atenuarse, el vuelo más incierto. Cósimo no veía bien, pero creía que ahora todo el enjambre convergía hacia un punto en el verde, y que no iba más allá. Y Carrega continuaba dando golpes en el caldero.

—¿Qué sucede, caballero abogado? ¿Qué hace? —le preguntó mi hermano, llegando hasta él.

—Rápido —farfulló—, ve al árbol donde se ha parado el enjambre, ¡pero cuidado con moverlo hasta que llegue yo!

Las abejas descendían hacia un granado. Cósimo llegó allí y al principio no vio nada, luego enseguida descubrió una especie de fruto grueso, como una piña, que colgaba de una rama, y estaba compuesto en su totalidad por abejas agarradas unas sobre otras, y continuamente llegaban otras a engrosarlo.

Cósimo estaba en lo alto del granado conteniendo la respiración. Debajo colgaba el racimo de abejas, y cuanto más grueso se volvía más ligero parecía, como si pendiera de un hilo, o todavía menos, de las patitas de una vieja abeja reina, y compuesto por un sutil cartílago, con todas aquellas alas crujientes que extendían su diáfano color gris sobre las estrías negras y amarillas de los abdómenes.

El caballero abogado llegó dando saltitos, y sostenía entre las manos una colmena. La aproximó invertida al racimo. «Venga», dijo bajito a Cósimo, «una pequeña sacudida seca».

Cósimo zarandeó apenas el granado. El enjambre de millares de abejas se soltó como una hoja, cayó a la colmena, y el caballero la tapó con una tabla. «Listo».

Así fue como nació entre Cósimo y el caballero abogado un entendimiento, una colaboración que podría llamarse incluso amistad, si amistad no pareciese un término excesivo, referido a dos personas tan poco sociables.

En el terreno de la hidráulica, mi hermano y Enea también terminaron por encontrarse. Puede parecer extraño, porque quien se pasa la vida sobre los árboles difícilmente tiene algo que ver con pozos y canales; pero ya os he hablado de aquel sistema de fuente colgante que Cósimo había inventado, con una corteza de álamo que llevaba el agua de una cascada a

las ramas de una encina. Al caballero abogado, por otra parte, y pese a su distracción, nada se le escapaba de cuanto se relacionara con las venas de agua de todos aquellos campos. Desde encima de la cascada, escondido tras un aligustre, espió a Cósimo cuando sacaba la conducción de entre las frondas de la encina (donde la volvía a poner cuando no la utilizaba, por esa costumbre de los salvajes, que hizo también suya enseguida, de esconderlo todo), la apoyaba en una horqueta de la encina y en unas piedras del precipicio por el otro lado, y bebía.

A la vista de aquello, quién sabe qué cosas pasaron por la cabeza del caballero: fue presa de uno de sus raros momentos de euforia. Asomó tras el aligustre, dio palmadas, pegó dos o tres brincos que parecía que saltase a la cuerda, salpicó agua; por poco no se mete en la cascada y se arroja al abismo. Y empezó a explicarle al muchacho la idea que había tenido. La idea era confusa y la explicación todavía más: el caballero abogado ordinariamente hablaba en dialecto, por modestia más que por ignorancia de la lengua, pero en estos imprevisibles momentos de excitación pasaba directamente del dialecto al turco, sin que se diera cuenta, y no se entendía nada.

En pocas palabras: se le había ocurrido la idea de un acueducto colgante, con una conducción sostenida precisamente por las ramas de los árboles, que permitiría alcanzar la vertiente opuesta del valle, árida, y regarla. Y el perfeccionamiento que Cósimo, secundando de inmediato su proyecto, le sugirió: usar en ciertos puntos troncos de conducción agujereados, para que lloviera sobre los sembrados, lo dejó pasmado.

Corrió a esconderse en su estudio, a llenar hojas y más hojas de proyectos. También Cósimo puso interés en ello, porque todo lo que se podía hacer referente a los árboles le gustaba, y le parecía que ayudaba a dar una nueva importancia y autoridad a su posición allá arriba; y creyó haber encontrado en Enea Silvio Carrega un insospechado compañero. Se citaban en ciertos árboles bajos; el caballero abogado subía con la escalera de mano, los brazos atestados de rollos de dibujos; y discutían durante horas los desarrollos, cada vez más complicados, de aquel acueducto.

Pero nunca se pasó a la fase práctica. Enea Silvio se cansó, disminuyó sus coloquios con Cósimo, jamás terminó los dibujos; tras una semana debía haberse ya olvidado de ellos. Cósimo no lo lamentó: se había dado cuenta de que sólo se estaba convirtiendo en una enojosa complicación para su vida.

Estaba claro que en el campo de la hidráulica nuestro tío natural habría podido hacer mucho más. La pasión la tenía, el particular ingenio necesario para esa clase de estudios no le faltaba; pero no sabía realizar: se perdía, se perdía, hasta que todo propósito terminaba en nada, como agua mal encauzada que después de haber avanzado un poco, fuese chupada por un terreno poroso. La razón quizá era ésta: que mientras que a la apicultura podía dedicarse por su cuenta, casi en secreto, sin tener que vérselas con nadie, descolgándose de vez en cuando con un regalo de miel y cera que nadie le había pedido, estas obras de canalización las debía hacer, en cambio, teniendo en cuenta intereses de éste y de aquél,

soportando las opiniones y órdenes del barón o de cualquier otro que le encargase el trabajo. Tímido e irresoluto como era, no se oponía nunca a la voluntad ajena, pero pronto se desenamoraba del trabajo y lo abandonaba.

Se le podía ver a todas horas, en medio de un campo, con hombres armados de palas y azadas, con un metro de caña y la hoja enrollada de un mapa, dando órdenes para excavar un canal y midiendo el terreno con sus pasos, que por ser cortísimos tenía que alargar de manera exagerada. Ordenaba empezar a cavar en un sitio, luego en otro, luego interrumpía, y volvía a tomar medidas. Llegaba la noche y por tanto se suspendía. Era difícil que a la mañana siguiente decidiese reanudar el trabajo en aquel lugar. No se dejaba ver durante una semana.

De aspiraciones, impulsos, deseos era de lo que estaba formada su pasión por la hidráulica. Era un recuerdo que llevaba en el corazón, las bellísimas y bien regadas tierras del sultán, huertos y jardines en los que debía de haber sido feliz, la única época en verdad feliz de su vida; e iba continuamente comparando los campos de Ombrosa con aquellos jardines de Berbería o Turquía, y tendía a corregirlos, a tratar de identificarlos con su recuerdo, y al ser su arte la hidráulica, en él concentraba este deseo de cambio, y continuamente topaba con una realidad distinta, por lo que quedaba desilusionado.

Practicaba también la radiestesia, a escondidas, porque aún estábamos en tiempos en que aquellas extrañas artes podían atraer la fama de brujería. Una vez Cósimo lo descubrió en un prado cuando hacía piruetas sosteniendo una vara bifurcada. Debía de ser también aquello un intento de repetir algo visto hacer a otros y de lo que él no tenía ninguna experiencia, porque nada salió.

A Cósimo, el comprender el carácter de Enea Silvio Carrega le sirvió para esto: entendió muchas cosas sobre el estar solos que después en la vida le fueron útiles. Diría que llevó siempre consigo la imagen insólita del caballero abogado, como advertencia de aquello en que puede convertirse el hombre que separa su suerte de la de los demás, y consiguió no parecérselo nunca.

XII

A veces, por la noche, a Cósimo le despertaban gritos como: «¡Socorro! ¡Los bandidos! ¡Perseguidlos!».

Por los árboles, se dirigía rápido al lugar de donde aquellos gritos procedían. Era quizá un caserío de pequeños propietarios, y una familia medio desnuda estaba allí fuera con las manos a la cabeza.

—¡Ay de nosotros! ¡Ay de nosotros! ¡Ha venido Gian dei Brughi y se nos ha llevado todo el producto de la cosecha!

Se agolpaba la gente.

—¿Gian dei Brughi? ¿Era él? ¿Lo habéis visto?

—¡Era él! ¡Era él! Llevaba una máscara en la cara, una pistola así de larga, y le seguían otros dos enmascarados, y él los mandaba. ¡Era Gian dei Brughi!

—¿Y dónde está? ¿Adónde ha ido?

—Ah, sí, ¡a ver si lo agarras a Gian dei Brughi! ¡Quién sabe dónde está a estas horas!

O bien quien gritaba era un viandante dejado en medio del camino, despojado de todo, caballo, bolsa, capa y equipaje.

—¡Socorro! ¡Al ladrón! ¡Gian dei Brughi!

—¿Cómo ha sido? ¡Decidnos!

—Saltó desde allí, negro, barbudo, apuntando con el trabuco, ¡por poco me mata!

—¡Rápido! ¡Persigámosle! ¿Por dónde ha escapado?

—¡Por aquí! ¡No, quizá por allí! ¡Corría como el viento!

A Cósimo se le había metido en la cabeza ver a Gian dei Brughi. Recorría el bosque a todo lo largo y lo ancho detrás de las liebres o los pájaros, azuzando al pachón: «¡Busca, busca, Óptimo Máximo!». Pero lo que le habría gustado sacar de su cubil era al bandido en persona, y no para hacerle o decirle nada, sólo para ver cara a cara a una persona tan afamada. En cambio, nunca había conseguido hallarlo, ni siquiera dando vueltas toda una noche. «Será que esta noche no ha salido», se decía Cósimo; pero por la mañana, aquí o allá en el valle, había un corrillo de gente en el umbral de una casa o en un recodo del camino, comentando el nuevo robo. Cósimo acudía, y aguzando mucho los oídos escuchaba aquellas historias.

—Pero tú que estás siempre sobre los árboles del bosque —le dijo una vez alguien—, ¿nunca lo has visto, a Gian dei Brughi?

Cósimo se avergonzó mucho.

—Pues... me parece que no...

—¿Y cómo quieres que lo haya visto? —intervino otro—, Gian dei Brughi tiene escondites que nadie puede encontrar, y va por caminos que nadie conoce.

—¡Con la recompensa que ofrecen por su cabeza, quien lo atrape podrá vivir bien toda su vida!

—¡Ya! Pero los que saben dónde está, tienen cuentas pendientes con la justicia casi tanto como él, y si se deciden terminan en la horca también ellos.

—¡Gian dei Brughi! ¡Gian dei Brughi! Pero ¿será siempre él quien comete estos delitos?

—Da igual, tiene tantas acusaciones que aunque consiguiera disculparse de diez robos, mientras tanto ya le habrían colgado por el undécimo.

—¡Ha sido bandido en todos los bosques de la costa!

—¡Mató incluso a un jefe de banda en su juventud!

—¡Ha hecho de bandido también entre los bandidos!

—¡Por eso ha venido a refugiarse a nuestras tierras!

—¡Es que somos demasiado buenos!

Cósimo cada nueva noticia la iba a comentar con los caldereros. Entre la gente acampada en el bosque, había en aquellos tiempos toda una ralea de fulleros ambulantes: caldereros, silleros, traperos, gente que evita las casas, y que por la mañana estudia el hurto que hará por la noche. En el bosque, más que el taller tenían su refugio secreto, el escondrijo de lo que hurtaban.

—¿Sabéis? ¡Esta noche Gian dei Brughi ha asaltado una carroza!

—¿Ah, sí? Puede ser...

—¡Ha conseguido detener los caballos al galope cogiéndolos por la brida!

—Pues, o no era él o en lugar de caballos eran grillos...

—¿Qué decís? ¿No creéis que fuera Gian dei Brughi?

—Sí, sí, ¿qué ideas le vas a meter en la cabeza a ése? ¡Claro que era Gian dei Brughi!

—¿Y de qué no es capaz Gian dei Brughi?

—¡Ja, ja, ja!

Al oír hablar de Gian dei Brughi de este modo, Cósimo no salía de su asombro, se desplazaba por el bosque e iba a escuchar en otro campamento de vagabundos.

—Decidme, según vosotros, el de la carroza de anoche, ¿fue un golpe de Gian dei Brughi, no?

—Todos los golpes son de Gian dei Brughi cuando salen bien. ¿No lo sabes?

—¿Por qué cuando salen bien?

—Porque cuando no salen bien, ¡quiere decir que son realmente de Gian dei Brughi!

—¡Ja, ja! ¡Ese chapucero!

Cósimo ya no entendía nada.

—¿Gian dei Brughi un chapucero?

Los otros, entonces, se apresuraban a cambiar de tono:

—Claro que no, claro que no, ¡es un bandido que da miedo a todos!

—¿Lo habéis visto vosotros?

—¿Nosotros? ¿Y quién lo ha visto alguna vez?

—Pero ¿estáis seguros de que existe?

—¡Ésa sí que es buena! ¡Claro que existe! Pero si no existiera...

—¿Si no existiera?

—... Sería lo mismo. ¡Ja, ja, ja!

—Pero todos dicen...

—Claro, es lo que hay que decir: ¡es Gian dei Brughi que roba y mata por todas partes, ese terrible bandido! ¡Quisiéramos ver que alguien lo dudase!

En fin, Cósimo había comprendido que el miedo a Gian dei Brughi que había por el valle, cuanto más se subía hacia el bosque más se convertía en una actitud dudosa y a menudo abiertamente burlona.

La curiosidad de dar con él se le pasó, porque comprendió que Gian dei Brughi a la gente más experta no le importaba nada. Y fue precisamente entonces cuando ocurrió el encuentro.

Cósimo estaba en un nogal, una tarde, y leía. Le había entrado hacía poco la nostalgia de algún libro: estar todo el día con el fusil apuntando, esperando que llegue un pinzón, a la larga aburre.

Así pues, leía el *Gil Blas*, de Lesage, sosteniendo con una mano el libro y con la otra el fusil. Óptimo Máximo, al que no le gustaba que su amo leyese, daba vueltas alrededor buscando pretextos para distraerlo: ladrando por ejemplo a una mariposa, para ver si conseguía hacerle apuntar el fusil.

Y de pronto, bajando de la montaña, por el sendero, venía corriendo y jadeando un hombre barbudo y mal vestido, desarmado, y detrás llevaba a dos esbirros con los sables desenvainados que gritaban:

—¡Detenedlo! ¡Es Gian dei Brughi! ¡Lo hemos cogido, al fin!

Ahora el bandido se había distanciado un poco de los esbirros, pero si continuaba moviéndose torpemente como quien tiene miedo de equivocarse de camino o caer en alguna trampa, los tendría pronto pisándole los talones. El nogal de Cósimo no presentaba agarraderos para quien quisiera trepar, pero él tenía allí en la rama una cuerda de esas que llevaba siempre consigo para superar los pasos difíciles. Tiró un extremo a tierra y ató el otro a la rama. El bandido vio caer aquella cuerda casi en las narices, se retorció las manos un momento en la incertidumbre, luego se agarró a la cuerda y trepó con rapidez, revelándose como uno de esos inseguros impulsivos o impulsivos inseguros que parece que nunca saben aprovechar el momento justo y por el contrario atinan siempre.

Llegaron los esbirros. La cuerda ya había sido retirada y Gian dei Brughi estaba junto a Cósimo entre las frondas del nogal. El camino se bifurcaba. Los esbirros tomaron cada uno por un lado distinto, luego se volvieron a encontrar, y no sabían adónde ir. Y repentinamente toparon con Óptimo Máximo que meneaba la cola por aquellos parajes.

—¡Eh! —dijo uno de los esbirros al otro—, ¿no es éste el perro del hijo del barón, el que vive en los árboles? Si el muchacho está por aquí cerca podrá decirnos algo.

—¡Estoy aquí arriba! —gritó Cósimo.

Pero no gritó desde el nogal donde estaba antes y en donde estaba escondido el bandido; se había desplazado rápidamente a un castaño de enfrente, de modo que los esbirros levantaron enseguida la cabeza en aquella dirección sin ponerse a mirar a los árboles de en torno.

—Buenos días, señoría —dijeron—, ¿por casualidad no habréis visto correr al bandido Gian dei Brughi?

—Quién era no lo sé —respondió Cósimo—, pero si buscáis a un hombrecito que corría, ha tomado por ahí, hacia el torrente...

—¿Un hombrecito? Es un hombre terrible, que inspira miedo...

—Bueno, desde aquí parecéis todos pequeños...

—¡Gracias, señoría! —y tiraron hacia el torrente.

Cósimo volvió al nogal y siguió con la lectura del *Gil Blas*. Gian dei Brughi todavía estaba abrazado a la rama, pálido entre los cabellos y la barba hirsutos y rojos como los mismos brezos, con hojas secas, erizos de castaña y agujas de pino enredados en ellos. Escrutaba a Cósimo con dos ojos verdes, redondos y turbados; feo, era feo.

—¿Se han ido? —se decidió a preguntar.

—Sí, sí —dijo Cósimo, afable—. ¿Es usted el bandido Gian dei Brughi?

—¿Cómo me conoce?

—Ah, pues, por la fama.

—¿Y usted es el que nunca baja de los árboles?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, también yo, la fama corre.

Se miraron con amabilidad, como dos personas importantes que se encuentran por casualidad y están contentas de no ser desconocidas la una para la otra.

Cósimo no sabía que más podía decir, y se puso de nuevo a leer.

—¿Qué lee?

—El *Gil Blas*, de Lesage.

—¿Es bonito?

—Pues sí.

—¿Le falta mucho para terminarlo?

—¿Por qué? Bueno, unas veinte páginas.

—Porque cuando lo termine quisiera pedirle que me lo prestara —sonrió, algo confundido—. ¿Sabe?, me paso los días escondido, nunca se sabe qué hacer. Si tuviera un libro de vez en cuando, digo. Una vez detuve una carroza, poca cosa, pero había un libro y lo cogí. Me lo llevé, escondido bajo la casaca; habría dado todo el resto del botín, con tal de quedarme aquel libro. Por la noche, enciendo la linterna, me dispongo a leer..., ¡estaba en latín! No entendía ni una palabra... —Sacudió la cabeza—. Ya ve, yo el latín no lo sé...

—Bueno, el latín, caray, es difícil —dijo Cósimo, y sintió que a pesar suyo estaba tomando un aire protector—. Éste está en francés...

—Francés, toscano, provenzal, castellano, los entiendo todos —dijo Gian dei Brughi—. Un poco también el catalán: *Bon dia! Bona nit! Està la mar molt alborotada.*

En media hora Cósimo terminó el libro y se lo prestó a Gian dei Brughi.

Así empezaron a relacionarse mi hermano y el bandido. En cuanto Gian dei Brughi había terminado un libro, corría a devolvérselo a Cósimo, tomaba en préstamo otro, escapaba a esconderse a su refugio secreto, y se hundía en la lectura.

A Cósimo los libros se los proporcionaba yo de la biblioteca de casa, y cuando los había leído me los volvía a dar. Ahora empezó a quedárselos más tiempo, porque una vez leídos se los pasaba a Gian dei Brughi, y a menudo volvían con las encuadernaciones despellejadas, con manchas de moho, babas de caracoles, porque quién sabe dónde los tenía el bandido.

En días preestablecidos, Cósimo y Gian dei Brughi se daban cita sobre un determinado árbol, se intercambiaban el libro y se separaban, ya que el bosque estaba siempre batido por los esbirros. Esto tan simple era muy peligroso para ambos; incluso para mi hermano, que desde luego no habría podido justificar su amistad con aquel criminal. Pero a Gian dei Brughi le había pillado tal furia de lecturas, que devoraba novela tras novela y, al estar todo el día escondido leyendo, en un día liquidaba unos tomos que mi hermano había empleado una semana en leer, y entonces no había manera, quería otro, y si no era el día establecido se lanzaba por los campos en busca de Cósimo, asustando a las familias en los caseríos y arrastrando detrás de él a toda la fuerza pública de Ombrosa.

Ahora a Cósimo, aún más apremiado por las peticiones del bandido, los libros que yo conseguía procurarle ya no le bastaban, y tuvo que ir a buscar otros proveedores. Conoció a un comerciante de libros judío, un tal Orbecche, que le suministraba incluso obras en varios tomos. Cósimo iba a llamar a su ventana desde las ramas de un algarrobo llevándole liebres, tordos y perdices acabados de cazar a cambio de volúmenes.

Pero Gian dei Brughi tenía sus gustos, no se le podía dar un libro cualquiera, pues al día siguiente buscaba a Cósimo para que se lo cambiase. Mi hermano estaba en la edad en que se empieza a gozar con lecturas más sustanciosas, pero se veía obligado a ir despacio, desde que Gian dei Brughi le devolvió *Las aventuras de Telémaco*, advirtiéndole que si le daba otra vez un libro tan aburrido, le serraría el árbol por debajo.

Cósimo, a partir de este momento, habría querido separar los libros que quería leer por su cuenta con toda calma de los que se procuraba sólo para dejárselos al bandido. Pero no: también a éstos tenía que echarles al menos una ojeada, porque Gian dei Brughi se volvía cada vez más exigente y desconfiado, y antes de quedarse con un libro quería que le contase un poco el argumento, y pobre de él como lo cogiera en falta. Mi hermano probó a pasarle novelitas de amor, y el bandido llegaba furioso preguntando si lo había tomado por una mujercita. No se conseguía adivinar nunca lo que le gustaba.

En resumidas cuentas, con Gian dei Brughi pegado a él, la lectura para Cósimo, de aquella distracción de media horita, se convirtió en su ocupación principal, en el objeto de todo el día. Y a fuerza de manejar volúmenes, de juzgarlos y compararlos, de tener que conocer siempre otros nuevos, entre lecturas para Gian dei Brughi y la creciente necesidad de lecturas para sí, a Cósimo le entró tal pasión por las letras y por todo el saber humano que no le eran suficientes las horas desde el alba al ocaso para lo que habría querido leer, y seguía incluso en la oscuridad, a la luz de una linterna.

Descubrió al fin las novelas de Richardson. A Gian dei Brughi le gustaron. Acabada una, enseguida quería otra. Orbecche le consiguió un montón de volúmenes. El bandido tenía lectura para un mes. Cósimo, recobrada la tranquilidad, se lanzó a leer las *Vidas* de Plutarco.

Gian dei Brughi, mientras tanto, tumbado en su lecho, con los hirsutos cabellos rojos llenos de hojas secas sobre la frente fruncida, los ojos verdes que se le enrojecían por el esfuerzo de la vista, leía y leía moviendo la mandíbula en un deletreo furioso, teniendo en alto un dedo húmedo de saliva dispuesto a volver la página. Con la lectura de Richardson, una inclinación latente desde hacía tiempo en su ánimo lo iba consumiendo: un deseo de una vida rutinaria y casera, de parentescos, de sentimientos familiares, de virtudes, de aversión a los malvados y los viciosos. Todo lo que lo rodeaba ya no le interesaba, o lo llenaba de disgusto. Ya no salía de su guarida salvo para correr hacia Cósimo para que le cambiase el volumen, en especial si era una novela en varios tomos y se había quedado a la mitad de la historia. Vivía así, aislado, sin darse cuenta de la tempestad de resentimientos que estaba incubando contra él incluso entre los habitantes del bosque, en un tiempo sus fieles cómplices, pero que ahora se habían cansado de tener entre ellos un bandido inactivo, que atraía a todos los esbirros.

En otra época, se le habían acercado cuantos en los alrededores tenían cuentas que ajustar con la justicia, aunque fuese poco, habituales pequeños robos, como los de aquellos vagabundos estañadores de ollas, o delitos propiamente dichos, como los de sus compañeros bandidos. Para cada hurto o atraco esta gente se aprovechaba de su autoridad y experiencia, e incluso se escudaba con su nombre, que corría de boca en boca y dejaba los suyos en la sombra. Y quien no tomaba parte en los golpes también disfrutaba de algún modo de su suerte, porque el bosque se llenaba de lo robado y de contrabando de todas clases, que había que despachar o revender, y todos los que frecuentaban aquellos lugares encontraban con qué traficar. Quien además llevaba a cabo atracos por su cuenta, sin que lo supiera Gian dei Brughi, se apoyaba en aquel nombre terrible para atemorizar a los agredidos y sacarles el máximo; la gente vivía en el terror, en cada maleante veía a Gian dei Brughi o a uno de su banda y se apresuraba a desatar los cordones de la bolsa.

Estos buenos tiempos duraron mucho; Gian dei Brughi había visto que podía vivir de renta, y poco a poco se fue abandonando. Creía que todo seguía como antes, en cambio los ánimos eran otros y su nombre ya no inspiraba ningún respeto.

¿A quién le era útil, a estas alturas, Gian dei Brughi? Se estaba escondiendo con lagrimones en los ojos leyendo novelas, ya no realizaba atracos, no proporcionaba botines,

en el bosque nadie podía ocuparse de sus asuntos, venían los esbirros todos los días a buscarlo y por poco que un desgraciado tuviese un aspecto sospechoso se lo llevaban a la prevención. Si se añade la tentación de la recompensa que ofrecían por su cabeza, se ve claro que los días de Gian dei Brughi estaban contados.

Otros dos bandidos, dos jóvenes que habían sido adiestrados por él y que no sabían resignarse a perder aquel buen jefe de la banda, quisieron darle ocasión de rehabilitarse. Se llamaban Ugasso y Bel-Loré, y de niños habían sido de la banda de ladronzuelos de fruta. Ahora, mayores, se habían convertido en salteadores de caminos.

Así pues, van a buscar a Gian dei Brughi a su guarida. Estaba allí, tendido sobre la paja.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo, sin levantar los ojos de la página.

—Teníamos que proponerte una cosa, Gian dei Brughi.

—Hum... ¿Qué? —y leía.

—¿Sabes dónde está la casa de Costanzo, el recaudador de impuestos?

—Sí, sí... ¿Eh? ¿Qué recaudador?

Bel-Loré y Ugasso intercambiaron una mirada contrariada. Si no le quitaban aquel maldito libro de delante de los ojos, el bandido no entendería ni una palabra.

—Cierra el libro por un momento, Gian dei Brughi. Escúchanos.

Gian dei Brughi aferró el libro con ambas manos, se puso de rodillas, se lo apretó contra el pecho manteniéndolo abierto por la señal, luego el deseo de seguir leyendo era demasiado y, siempre sujetándolo estrechamente, lo levantó hasta poder hundir la nariz en él.

Bel-Loré tuvo una idea. Había allí una tela de araña con una gruesa araña. Bel-Loré alzó con manos ligeras la tela de araña con la araña y se la tiró encima a Gian dei Brughi, entre el libro y la nariz. El infeliz de Gian dei Brughi se había ablandado tanto que hasta una araña le daba miedo. Sintió en la nariz aquella confusión de patas de araña y filamentos pegajosos, y antes incluso de comprender qué era, lanzó un gritito horrorizado, dejó caer el libro y empezó a abanicarse con las manos la cara, con los ojos en blanco y la boca que escupía.

Ugasso se tiró al suelo y consiguió agarrar el libro antes de que Gian dei Brughi le pusiera un pie encima.

—¡Devuélveme ese libro! —dijo Gian dei Brughi, tratando con una mano de librarse de la araña y la telaraña, y con la otra de arrancar el libro de las manos de Ugasso.

—No, ¡primero escúchanos! —dijo Ugasso escondiendo el libro a la espalda.

—Estaba leyendo *Clarisa*. ¡Devolvédmelo! Precisamente en el momento culminante...

—Oye esto. Nosotros llevamos esta noche una carga de leña a casa del recaudador de impuestos. En el saco, en vez de leña, vas tú. Cuando sea de noche, sales del saco...

—¡Pues yo quiero terminar *Clarisa*! —Había conseguido librarse las manos de los últimos restos de telaraña y trataba de luchar con los dos jóvenes.

—Oye esto... Cuando sea de noche sales del saco, armado con tus pistolas, haces que el recaudador te dé todo lo que ha recaudado durante la semana, que guarda en el cofre en la cabecera de la cama...

—Dejadme al menos acabar el capítulo... Sed buenos chicos...

Los dos jóvenes pensaban en los tiempos en que, al primero que se atrevía a contradecirle, Gian dei Brughi le clavaba dos pistolas en el estómago. Les vino una amarga nostalgia.

—Tú coges los sacos de dinero, ¿de acuerdo? —insistieron, tristemente—, nos los traes, nosotros te devolvemos tu libro y podrás leer cuanto quieras. ¿Está bien así? ¿Irás?

—No. No está bien. ¡No iré!

—Ah, conque no irás... Ah, conque no irás, dices... ¡Pues mira, entonces! —y Ugasso cogió una página de hacia el final del libro (—¡No! —gritó Gian dei Brughi), la arrancó (—¡No! ¡Quietos!), hizo una bola con ella, la echó al fuego.

—¡Ah! ¡Perro! ¡No puedes hacer eso! ¡Ya no sabré cómo termina! —y corría detrás de Ugasso para pillarle el libro.

—Entonces qué, ¿vas a ir a casa del recaudador?

—No, ¡no pienso ir!

Ugasso arrancó otras dos páginas.

—¡Estate quieto! ¡Todavía no he llegado ahí! ¡No puedes quemarlas!

Ugasso ya las había tirado al fuego.

—¡Perro! ¡Clarisa! ¡No!

—Entonces qué, ¿vas a ir?

—Yo...

Ugasso arrancó otras tres páginas y las lanzó a las llamas.

Gian dei Brughi se sentó con la cara entre las manos.

—Iré —dijo—. Pero prometedme que me esperaréis con el libro fuera de la casa del recaudador.

Escondieron al bandido en un saco, con un haz de leña sobre la cabeza. Bel-Loré llevaba el saco a la espalda. Detrás iba Ugasso con el libro. De vez en cuando, cuando Gian dei Brughi con una patada o un gruñido desde dentro del saco daba muestras de estar a punto de arrepentirse, Ugasso le hacía oír el ruido de una página arrancada y Gian dei Brughi volvía a quedarse calmado enseguida.

Con este sistema lo llevaron, disfrazados de leñadores, hasta dentro de la casa del recaudador de impuestos y lo dejaron allí. Fueron a situarse un poco lejos, detrás de un olivo, esperando la hora en que, terminado el golpe, debía reunirse con ellos.

Pero Gian dei Brughi tenía demasiada prisa, salió antes de oscurecer, por la casa aún había demasiada gente.

—¡Manos arriba! —Pero ya no era el de antes, era como si se viese desde fuera, se sentía un poco ridículo—. Manos arriba, he dicho... Todos los de la habitación, contra la pared... —Nada: no se lo creía ni él, lo hacía por hacer—. ¿Estáis todos? —No se había dado cuenta de que se había escapado una niña.

En cualquier caso, era un trabajo en el que no se podía perder ni un minuto. En cambio lo alargó, el recaudador se hacía el tonto, no encontraba la llave, Gian dei Brughi

comprendía que ya no lo tomaban en serio, y en el fondo estaba contento de que así ocurriese.

Salió, por fin, con los brazos cargados de bolsas repletas de escudos. Corrió casi a ciegas al olivo fijado para reunirse.

—¡Aquí está todo lo que había! ¡Devolvedme *Clarisa*!

Cuatro, siete, diez brazos se arrojaron sobre él, lo inmovilizaron de la espalda a los tobillos. Una cuadrilla de esbirros lo levantaba a pulso y lo ataba como a un jamón.

—¡A Clarisa la verás estando en chirona! —y lo condujeron a la cárcel.

La cárcel era una torre a orillas del mar. Un bosque de pinastros crecía allí cerca. Desde lo alto de uno de estos pinastros, Cósimo llegaba casi a la altura de la celda de Gian dei Brughi y veía su rostro tras las rejas.

Al bandido no le importaban nada ni los interrogatorios ni los procesos; cualquiera que fuese el resultado, lo iban a ahorcar igualmente; pero su preocupación eran esos días vacíos allí en la prisión, sin poder leer, y aquella novela dejada a medias. Cósimo consiguió obtener otro ejemplar de *Clarisa* y se lo llevó al pino.

—¿Dónde habías llegado?

—¡Cuando Clarisa escapaba de la casa de mala fama!

Cósimo hojeó un poco y luego:

—Ah, sí, aquí lo tengo. Pues... —y empezó a leer en voz alta, vuelto hacia la reja, a la que se veían agarradas las manos de Gian dei Brughi.

La instrucción de la causa se fue alargando; el bandido resistía las torturas; para hacerle confesar cada uno de sus innumerables delitos se requerían días y días. Pero siempre, antes y después de los interrogatorios, se quedaba escuchando a Cósimo que le leía. Cuando terminó *Clarisa*, viéndolo algo entristecido, Cósimo pensó que Richardson, a la postre, era un poco deprimente; y prefirió empezar a leerle una novela de Fielding, que con vicisitudes más movidas lo consolara un poco de la libertad perdida. Eran los días del proceso, y Gian dei Brughi sólo tenía en la cabeza los azares de Jonathan Wild.

Antes de que se acabara la novela, llegó el día de la ejecución. En la carreta, en compañía de un fraile, Gian dei Brughi llevó a término el último viaje como viviente. Las ahorcaduras en Ombrosa se ejecutaban en una alta encina en medio de la plaza. Alrededor todo el pueblo formaba un círculo.

Cuando tuvo la soga al cuello, Gian dei Brughi oyó un silbido entre las ramas. Alzó el rostro. Era Cósimo, con el libro cerrado.

—Dime cómo termina —dijo el condenado.

—Siento decírtelo, Gian —respondió Cósimo—, Jonathan termina colgado por el cuello.

—Gracias. ¡Que sea lo mismo para mí! ¡Adiós! —y dio un puntapié a la escalera, quedando estrangulado.

El gentío, cuando el cuerpo cesó de agitarse, se marchó. Cósimo se quedó hasta la noche, a horcajadas de la rama de la que colgaba el ahorcado. Cada vez que un cuervo se acercaba para morder los ojos o la nariz al cadáver, Cósimo lo ahuyentaba agitando el gorro.

XIII

Con el trato con el bandido, pues, Cósimo había adquirido una desmesurada pasión por la lectura y el estudio, que mantuvo luego durante toda su vida. La actitud habitual en que se lo encontraba ahora, era con un libro abierto en la mano, sentado a horcajadas de una rama cómoda, o bien apoyado en una horqueta como en un pupitre de escuela, con una hoja encima de una tablilla, el tintero en un hueco del árbol, escribiendo con una larga pluma de oca.

Ahora era él quien iba a buscar al abate Fauchelafleur para que le diese clase, para que le explicase Tácito y Ovidio y los cuerpos celestes y las leyes de la química, pero el viejo cura salvo un poco de gramática y algo de teología se ahogaba en un mar de dudas y de lagunas, y ante las preguntas del alumno abría los brazos y alzaba los ojos al cielo.

—*Monsieur l'Abbé*, ¿cuántas mujeres se pueden tener en Persia? *Monsieur l'Abbé*, ¿quién es el vicario de Saboya? *Monsieur l'Abbé*, ¿me puede explicar el sistema de Linneo?

—*Alors... Maintenant... Voyons...* —empezaba el abate, luego se perdía, y ya no continuaba.

Pero Cósimo, que devoraba libros de todas clases, y la mitad de su tiempo se lo pasaba leyendo y la otra mitad cazando para pagar la cuenta del librero Orbecche, siempre tenía algo nuevo que contar. De Rousseau que paseaba herborizando por los bosques de Suiza, de Benjamín Franklin que atrapaba los rayos con las cometas, del barón de Lahontan que vivía feliz entre los indios de América.

El viejo Fauchelafleur prestaba oídos a estas disertaciones con atención maravillada, no sé si por verdadero interés o si solamente por el alivio de no tener que ser él quien enseñara; y asentía, e intervenía con: «*Non! Dites-le moi*», cuando Cósimo se dirigía a él preguntando: «¿Y sabéis cómo es que...?», o bien con: «*Tiens! Mais c'est épatant!*», cuando Cósimo le daba la respuesta, y a veces con unos: «*Mon Dieu!*», que tanto podían ser de alegría por las nuevas grandezas de Dios que en ese momento se le revelaban, como de pesar por la omnipresencia del Mal que bajo cualquier apariencia dominaba sin salvación posible el mundo.

Yo era demasiado niño y Cósimo no tenía amigos más que entre las clases iletradas, por lo que su necesidad de comentar los descubrimientos que iba haciendo en los libros la desahogaba sepultando con preguntas y explicaciones al viejo preceptor. El abate, como sabéis, tenía una disposición sumisa y acomodaticia que procedía de una superior

conciencia de la vanidad del todo; y Cósimo se aprovechaba de ello. De modo que la relación se invirtió: Cósimo hacía de maestro y Fauchelafleur de alumno. Y era tanta la autoridad que mi hermano había adquirido que conseguía arrastrar detrás de él al viejo tembloroso en sus peregrinaciones por los árboles. Le hizo pasar toda una tarde con las flacas piernas colgando de una rama de un castaño de Indias, en el jardín de los de Ondariva, contemplando las plantas raras, y la puesta de sol que se reflejaba en el estanque de los nenúfares, y discurriendo sobre las monarquías y las repúblicas, lo justo y lo verdadero de las distintas religiones, y los ritos chinos, el terremoto de Lisboa, la botella de Leiden, el sensismo.

Yo tenía que dar mi clase de griego y no se encontraba al preceptor. Se puso sobre aviso a toda la familia, se dio una batida por el campo para buscarlo, hasta fue sondeado el vivero temiendo que, distraído, hubiese caído allí y se hubiese ahogado. Volvió por la noche, quejándose de un lumbago que había cogido al estar sentado durante horas tan incómodo.

Pero no hay que olvidar que en el viejo jansenista este estado de pasiva aceptación de todo se alternaba con momentos de vuelta a su originaria pasión por el rigor espiritual. Y si, mientras estaba distraído y era más flexible, acogía sin resistencia cualquier idea nueva o licenciosa, como por ejemplo la igualdad de los hombres ante la ley, o la honestidad de los pueblos salvajes, o la influencia nefasta de las supersticiones, un cuarto de hora después, asaltado por un acceso de austeridad y de absolutividad, se identificaba con aquellas ideas aceptadas poco antes tan a la ligera y les aportaba toda su necesidad de coherencia y de severidad moral. Entonces en sus labios los deberes de los ciudadanos libres e iguales o las virtudes del hombre que sigue la religión natural se convertían en reglas de una disciplina despiadada, artículos de una fe fanática, y al margen de todo esto sólo veía un negro cuadro de corrupción, y los nuevos filósofos eran todos demasiado blandos y superficiales en la denuncia del mal, y el camino de la perfección, si es que era arduo, no admitía arreglos o términos medios.

Frente a estos repentinos sobresaltos del abate, Cósimo no se atrevía a pronunciar palabra, por temor a ser censurado por incoherente y poco riguroso, y el mundo pujante que trataba de suscitar en sus pensamientos se le ensombrecía como un mármreo cementerio. Por suerte el abate se cansaba pronto de estas tensiones de la voluntad, y se quedaba allí aplanado, como si el descarnar cada concepto para reducirlo a pura esencia lo dejase en poder de sombras disueltas e impalpables: parpadeaba, daba un suspiro, del suspiro pasaba al bostezo, y volvía a entrar en el nirvana.

Pero entre una y otra disposición de su ánimo, dedicaba ahora sus jornadas a seguir los estudios emprendidos por Cósimo, e iba y venía de los árboles en donde éste se hallaba a la tienda de Orbecche, para pedirle libros que tenían que encargarse a libreros de Ámsterdam o París, y a recoger los recién llegados. Y así preparaba su desgracia. Porque el rumor de que en Ombrosa había un clérigo que estaba al corriente de todas las publicaciones más excomulgadas de Europa, llegó hasta el tribunal eclesiástico. Una tarde, los esbirros se presentaron a nuestra villa para inspeccionar la pequeña celda del abate. Entre sus

breviarios encontraron las obras de Bayle, todavía con las hojas por cortar, pero eso bastó para que lo prendiesen allí mismo y se lo llevasen con ellos.

Fue una escena muy triste, en aquella tarde nublada, la recuerdo tal como la vi, asustado, desde la ventana de mi habitación, y dejé de estudiar la conjugación del aoristo, porque ya no habría más clase. El viejo padre Fauchelafleur se alejaba por la alameda entre aquellos valentones armados, y alzaba los ojos a los árboles, y en cierto momento pegó un brinco, como si quisiera correr hacia un olmo y trepar a él, pero le fallaron las piernas. Cósimo ese día estaba de caza en el bosque y no sabía nada; por lo que no se despidieron.

No pudimos hacer nada para ayudarlo. Nuestro padre se encerró en su habitación y no quería probar bocado porque tenía miedo de que lo envenenaran los jesuitas. El abate pasó el resto de sus días entre cárceles y conventos en continuos actos de abjuración, hasta que murió, sin haber comprendido, tras una vida entera dedicada a la fe, en qué creía, pero tratando de creer firmemente en ella hasta el final.

De cualquier forma, el arresto del abate no implicó ningún perjuicio a los progresos de la educación de Cósimo. De esa época data su correspondencia epistolar con los mayores filósofos y científicos de Europa, a quienes se dirigía para que le resolvieran problemas y objeciones, o incluso sólo por el placer de discutir con los espíritus mejores y al mismo tiempo ejercitarse en las lenguas extranjeras. Lástima que todos sus papeles, que él guardaba en cavidades de árboles que nadie más conocía, no se hayan encontrado nunca, y sin duda habrán acabado roídos por las ardillas o enmohecidos; se encontrarían cartas escritas de puño y letra por los sabios más famosos del siglo.

Para guardar los libros, Cósimo construyó en distintas ocasiones una especie de bibliotecas colgantes, resguardadas lo mejor posible de la lluvia y los roedores, pero las cambiaba continuamente de sitio, según los estudios y los gustos del momento, porque él consideraba los libros un poco como pájaros, y no quería verlos quietos o enjaulados, de lo contrario decía que entristecían. En la más sólida de estas estanterías aéreas alineaba los tomos de la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert a medida que le llegaban de un librero de Livorno. Y si en los últimos tiempos a fuerza de estar entre tanto libro se había quedado un poco con la cabeza en las nubes, cada vez menos interesado por el mundo que lo rodeaba, ahora en cambio, con la lectura de la Enciclopedia, ciertas bellísimas voces como *Abeille*, *Arbre*, *Bois*, *Jardin* le hacían volver a descubrir todas las cosas de alrededor como nuevas. Entre los libros que se hacía enviar, empezaron a figurar también manuales de artes y oficios, por ejemplo de arboricultura, y no veía la hora de experimentar los nuevos conocimientos.

A Cósimo siempre le había gustado observar a la gente que trabaja, pero hasta entonces su vida en los árboles, sus desplazamientos y su caza siempre habían respondido a estímulos aislados e injustificados, como si fuera un pajarillo. Ahora, en cambio, le asaltó la necesidad

de hacer algo útil para su prójimo. Y también esto, si bien se mira, lo había aprendido con la compañía del bandido; el placer de ser útil, de desplegar un servicio indispensable para los demás.

Aprendió el arte de podar los árboles, y ofrecía su trabajo a los cultivadores de huertos, en invierno, cuando los árboles extienden irregulares laberintos de ramitas y parece que no desean sino ser reducidos a formas más ordenadas para cubrirse de flores y hojas y frutos.

Cósimo podaba bien y pedía poco; de modo que no había pequeño propietario o arrendatario que no le pidiese que se pasara por sus tierras, y se le veía, en el aire cristalino de esas mañanas, erguido con las piernas abiertas en los bajos árboles desnudos, el cuello envuelto en una bufanda hasta las orejas, alzar las grandes tijeras y, ¡chac!, ¡chac!, cortar con seguridad ramitas secundarias y puntas. La misma habilidad aplicaba en los jardines, con los árboles de sombra y de adorno, armado con una sierra corta, y en los bosques, donde intentó sustituir el hacha de los leñadores, adecuada solamente para asestar golpes al pie de un tronco secular para derribarlo entero, por su ligera hacheta, que trabajaba sólo en las horcaduras y las copas. En suma, el amor por éste su elemento arbóreo también lo supo convertir en despiadado y doloroso, como es propio de todos los amores verdaderos, que hieren y cortan para hacer crecer y dar forma. Desde luego él cuidaba, al podar y talar, de servir no sólo el interés del propietario del árbol, sino también el suyo propio, de viandante que tiene necesidad de hacer más practicables sus caminos; por lo que se las arreglaba para que las ramas que le servían de puente entre un árbol y otro se salvaran siempre, y recibieran fuerza por la supresión de las demás. Así, esta naturaleza de Ombrosa que él ya había encontrado tan benigna, con su arte contribuía a convertirla en mucho más favorable para sí, amigo al mismo tiempo del prójimo, de la naturaleza y de sí mismo. Y las ventajas de este obrar prudente las disfrutó sobre todo en la edad más tardía, cuando la forma de los árboles suplía cada vez más su pérdida de fuerzas. Después, fue suficiente la llegada de generaciones con menos criterio, de una avidez imprudente, gente no amiga de nada, ni siquiera de sí misma, y ya todo ha cambiado, ningún Cósimo podrá jamás andar por los árboles.

XIV

Si el número de los amigos de Cósimo crecía, también se había hecho enemigos. Los vagabundos del bosque, en efecto, tras la conversión de Gian dei Brughi a las buenas lecturas y su posterior caída, se habían quedado en la estacada. Una noche, mi hermano dormía en su odre colgado de un fresno, en el bosque, cuando lo despertó un ladrido del pachón. Abrió los ojos y había luz: llegaba de abajo, había fuego al mismo pie del árbol y las llamas ya lamían el tronco.

¡Un incendio en el bosque! ¿Quién lo había prendido? Cósimo estaba muy seguro de no haber golpeado siquiera el pedernal esa noche. ¡Por tanto era una fechoría de aquellos maleantes! Querían que ardiera el bosque para apoderarse de leña y al mismo tiempo inculpar de ello a Cósimo; y no sólo eso, sino quemarlo vivo.

En un principio, Cósimo no pensó en el peligro que lo amenazaba tan de cerca; pensó que aquel inmenso reino lleno de caminos y refugios sólo suyos podía ser destruido, y ése era todo su terror. Óptimo Máximo escapaba para no quemarse, volviéndose de vez en cuando para lanzar un ladrido desesperado: el fuego se estaba propagando al monte bajo.

Cósimo no se desalentó. Al fresno donde tenía entonces su refugio había transportado, como siempre hacía, muchas cosas; entre ellas, un barrilete lleno de horchata, para aplacar la sed estival. Trepó hasta el barrilete. Por las ramas del fresno huían las ardillas y los murciélagos alarmados, de los nidos se escapaban los pájaros. Agarró el barrilete y estaba a punto de sacar la estaquilla y mojar el tronco del fresno para salvarlo de las llamas, cuando pensó que el incendio se estaba ya propagando a la hierba, a las hojas secas, a los arbustos y pronto llegaría a todos los árboles de alrededor. Decidió correr el riesgo: «¡Que se queme el fresno! Si con esta horchata consigo mojar la tierra alrededor de donde las llamas todavía no han llegado, ¡detengo el incendio!». Y destapado el barrilete, con movimientos ondulantes y circulares dirigió el chorro al suelo, sobre las lenguas de fuego más externas, apagándolas. De modo que el fuego de los matorrales se encontró en medio de un círculo de hierbas y hojas mojadas y ya no pudo extenderse.

Desde lo alto del fresno, Cósimo saltó a un haya próxima. Lo había hecho con el tiempo justísimo: el tronco, quemado por la base, se desplomaba todo él una hoguera, repentinamente, entre los varios chillidos de las ardillas.

¿Se limitaría el incendio a aquel punto? Un vuelo de chispas y llamas ya se propagaba en torno; desde luego la efímera barrera de hojas mojadas no le impediría propagarse.

—¡Fuego! ¡Fuego! —comenzó a gritar Cósimo con todas sus fuerzas—. ¡Fuegooo!

—¿Qué pasa? ¿Quién grita? —respondían unas voces.

No lejos de aquel lugar había una carbonera, y una cuadrilla de bergamascos amigos suyos dormían en una caseta.

—¡Fuego! ¡Alarma!

Pronto toda la montaña resonó con los gritos. Los carboneros dispersos por el bosque se pasaban la voz, en su dialecto incomprensible. Y ya acudían de todas partes. El incendio fue dominado.

Este primer intento de incendio provocado y de atentado contra su vida habría debido prevenir a Cósimo para que se mantuviera lejos del bosque. En cambio empezó a preocuparse por cómo se podía proteger de los incendios. Era el verano de un año de sequía y calor. En los bosques de la costa, por el lado de Provenza, ardía desde hacía una semana un incendio desaforado. Por la noche se divisaban los altos resplandores en la montaña como restos de la puesta de sol. El aire estaba seco, plantas y zarzas, en aquel bochorno, eran una sola gran yesca. Parecía que los vientos propagasen las llamas hacia nuestras tierras, si es que antes no estallaba aquí otro incendio casual o provocado, uniéndose con aquél en una única hoguera a lo largo de toda la costa. Ombrosa vivía atónita ante el peligro, como una fortaleza con el tejado de paja asaltada por enemigos incendiarios. El cielo no parecía inmune a esta carga de fuego: cada noche estrellas fugaces recorrían en gran número el firmamento y esperábamos verlas caer sobre nosotros.

En aquellos días de terror generalizado, Cósimo hizo acopio de tonelillos y los izó llenos de agua a la copa de los árboles más altos y situados en lugares elevados. «No mucho, pero de algo se ha visto que pueden servir». Descontento, estudiaba el régimen de los torrentes que atravesaban el bosque, medio secos como estaban, y de las fuentes que manaban sólo un hilo de agua. Fue a consultar al caballero abogado.

—¡Ah, sí! —exclamó Enea Silvio Carrega dándose una palmada en la frente—. ¡Estanques! ¡Diques! ¡Hay que hacer proyectos! —y estallaba en pequeños gritos y saltitos de entusiasmo a la vez que una miríada de ideas se agolpaba en su mente.

Cósimo lo puso a hacer cálculos y dibujos, y mientras tanto despertó el interés de los propietarios de los bosques privados, los arrendatarios de los bosques comunales, los leñadores, los carboneros. Todos juntos, bajo la dirección del caballero abogado (o sea, el caballero abogado bajo todos ellos, obligado a dirigirlos y a no distraerse) y con Cósimo que inspeccionaba los trabajos desde lo alto, construyeron reservas de agua de manera que en cualquier lugar donde hubiera estallado un incendio se supiese adónde dirigirse con las bombas.

Pero no bastaba, era menester organizar una guardia de apagadores, unas cuadrillas que en caso de alarma enseguida supiesen disponerse en cadena para pasarse de mano en mano cubos de agua y frenar el incendio antes de que se propagase. Se organizó, pues, una especie de milicia que hacía turnos de guardia e inspecciones nocturnas. Los hombres eran

reclutados por Cósimo entre los campesinos y los artesanos de Ombrosa. Enseguida, como sucede en toda asociación, nació un espíritu de cuerpo, una competencia entre las cuadrillas, y se sentían dispuestos a hacer grandes cosas. También Cósimo sintió una nueva fuerza y contentamiento: había descubierto una aptitud suya para asociar a la gente y ponerse a su cabeza; aptitud de la que, por suerte para él, nunca tuvo tentación de abusar, y que puso en práctica muy pocas veces en su vida, siempre con vistas a conseguir importantes resultados, y siempre reportando éxitos.

Comprendió que las asociaciones hacen al hombre más fuerte y ponen de relieve las mejores dotes de cada persona, y dan una satisfacción que raramente se consigue permaneciendo por cuenta propia: ver cuánta gente honesta y esforzada y capaz hay, por la que vale la pena querer cosas buenas (mientras que viviendo por cuenta propia sucede más bien lo contrario: se ve la otra cara de la gente, aquella por la que es necesario tener siempre la mano en la espada).

O sea que éste de los incendios fue un buen verano: había un problema común que a todos les interesaba resolver, y cada cual lo anteponía a sus otros intereses personales, y los compensaba de todo la satisfacción de hallarse en avenencia y estimación con muchas otras óptimas personas.

Más adelante, Cósimo entendería que cuando ese problema común ya no existe, las asociaciones ya no son tan buenas como antes, y que es mejor ser un hombre solo que no un jefe. Pero entretanto, como era un jefe, se pasaba las noches solo en el bosque, de centinela, sobre un árbol como siempre había vivido.

Si alguna vez veía llamear un foco de incendio, había preparado en la copa del árbol una campanilla, que podía oírse desde lejos y dar la alarma. Con este sistema, tres o cuatro veces que estallaron incendios, consiguieron dominarlos a tiempo y salvar los bosques. Y como la provocación tenía que ver con ello, descubrieron a los culpables en los dos bandidos Ugasso y Bel-Loré, y los expulsaron del término municipal. A finales de agosto comenzaron los aguaceros; el peligro de los incendios había pasado.

En esa época sólo se oía hablar bien de mi hermano, en Ombrosa. Incluso a nuestra casa llegaban esas voces favorables, esos: «Pero, es tan bueno», «Pero, ciertas cosas las hace bien», con el tono de quien quiere hacer apreciaciones objetivas sobre personas de distinta religión, o de partido contrario, y quiere aparecer de mente tan abierta como para comprender incluso las ideas más alejadas de las suyas.

Las reacciones de la generala ante estas noticias eran bruscas y breves. «¿Tienen armas?», preguntaba, cuando le hablaban de la guardia contra los incendios creada por Cósimo, «¿hacen ejercicios?» porque ella ya pensaba en la constitución de una milicia armada que pudiese, en caso de guerra, tomar parte en operaciones militares.

Nuestro padre, en cambio, se quedaba escuchando en silencio, sacudiendo la cabeza, y no se sabía si era que cada noticia sobre aquel hijo le resultaba dolorosa o si, por el contrario, asentía, halagado en el fondo, no esperando otra cosa que poder confiar de nuevo

en él. Debía de ser así, de este último modo, porque tras unos días montó a caballo y fue a buscarlo.

Donde se encontraron era un lugar abierto, con una fila de arbolitos alrededor. El barón dio vueltas con el caballo de arriba abajo dos o tres veces, sin mirar al hijo, aunque lo había visto. El muchacho, desde el último árbol, se acercó salto a salto a árboles cada vez más cercanos. Cuando estuvo delante de su padre se quitó el sombrero de paja (que en verano sustituía al gorro de gato salvaje) y dijo:

—Buenos días, señor padre.

—Buenos días, hijo.

—¿Estáis bien?

—De acuerdo con los años y los sinsabores.

—Me complace veros animoso.

—Lo mismo quiero decir de ti, Cósimo. He oído que te afanas por el provecho común.

—Me despierta interés la salvaguardia de los bosques donde vivo, señor padre.

—¿Sabes que una parte del bosque es de nuestra propiedad, heredada de tu pobre abuela Elisabetta que en paz descansa?

—Sí, señor padre. Por Belrío. Crecen allí treinta castaños, veintidós hayas, ocho pinos y un arce. Tengo copia de todos los mapas catastrales. Es precisamente como miembro de una familia propietaria de bosques que he querido unir en sociedad a todos los interesados en conservarlos.

—Ya —dijo el barón, acogiendo favorablemente la respuesta. Pero añadió—: Me dicen que es una asociación de panaderos, hortelanos y herreros.

—También, señor padre. De todas las profesiones, con tal que sean honestas.

—¿Tú sabes que podrías mandar en la nobleza vasalla con el título de duque?

—Sé que cuando tengo más ideas que los demás, doy a los demás estas ideas, si las aceptan; y esto es mandar.

«Y para mandar, hoy en día, ¿se estila vivir en los árboles?», tenía el barón en la punta de la lengua. Pero ¿de qué valía poner todavía en danza esa historia? Suspiró, absorto en sus pensamientos. Luego se desató el cinturón al que estaba colgada su espada.

—Tienes dieciocho años... Es hora de que se te considere un adulto... Yo ya no viviré mucho... —y sostenía la espada plana con las dos manos—. ¿Recuerdas que eres el barón de Rondò?

—Sí, señor padre, recuerdo mi nombre.

—¿Querrás ser digno del nombre y del título que llevas?

—Trataré de ser lo más digno que pueda del nombre de hombre, y lo seré también de cada atributo suyo.

—Ten esta espada, mi espada —se alzó sobre los estribos, Cósimo se bajó en su rama y el barón alcanzó a ceñírsela.

—Gracias, señor padre... Os prometo que haré buen uso de ella.

—Adiós, hijo mío —el barón volvió su caballo, dio un corto tirón a las riendas, se alejó cabalgando lentamente.

Cósimo se quedó un momento pensando si no debería saludarlo con la espada; después consideró que su padre se la había dado para que le sirviera de defensa, no para hacer movimientos de desfile, y la dejó en la vaina.

XV

Fue por esa época que, tratando al caballero abogado, Cósimo advirtió algo extraño en su actitud, o mejor dicho, distinto de la normal, fuera más o menos extraño. Como si su aire absorto ya no se debiera a distracción, sino a una idea fija que lo dominaba. Los momentos en que se mostraba locuaz eran ahora más frecuentes, y si antes, insociable como era, nunca ponía los pies en la ciudad, ahora en cambio estaba siempre en el puerto, en los corrillos o sentado en los muelles con los viejos patrones y marineros, comentando las llegadas y las salidas de los bajeles o las fechorías de los piratas.

A cierta distancia de nuestras costas todavía veíanse avanzar los veleros de los piratas de Berbería, fastidiando nuestro comercio. Era una piratería de poca importancia, ya no como en los tiempos en que al toparse con los piratas se acababa esclavo en Túnez o Argel o se perdían nariz y orejas. Ahora, cuando los mahometanos conseguían alcanzar una tartana de Ombrosa, se llevaban la carga: barriles de bacalao, quesos holandeses, balas de algodón, y basta. A veces los nuestros eran más rápidos, se les escapaban, disparaban un tiro de espingarda contra las arboladuras del velero; y los berberiscos respondían escupiendo, con feos ademanes y chillando.

En fin, era una piratería así por las buenas, que aún existía a causa de unos créditos que los pachás de aquellos países pretendían exigir de nuestros negociantes y armadores, ya que —según su parecer— no les habían servido bien unos suministros, o que incluso los habían estafado. Y de este modo trataban de saldar cuentas poco a poco a fuerza de robos, pero al mismo tiempo continuaban las transacciones comerciales, con continuas protestas y discusiones. No había pues interés, ni por una parte ni por otra, en hacerse desaires definitivos; y la navegación estaba llena de inseguridades y riesgos, que nunca, sin embargo, degeneraban en tragedias.

La historia que ahora referiré fue narrada por Cósimo en muchas versiones distintas: me atendré a la más rica en detalles y menos ilógica. Aunque es muy cierto que mi hermano, contando sus aventuras, añadía a su antojo, yo, a falta de otras fuentes, trato siempre de atenerme al pie de la letra a lo que él decía.

Así pues, una vez Cósimo, que al hacer guardia por los incendios había cogido la costumbre de despertarse de noche, vio una luz que bajaba por el valle. La siguió, silencioso por las

ramas con sus pasos de gato, y vio a Enea Silvio Carrega que caminaba muy deprisa, con el fez y la cimarra, sosteniendo una linterna.

¿Qué haría dando vueltas a esas horas el caballero abogado, que solía acostarse con las gallinas? Cósimo lo siguió. Tenía cuidado de no hacer ruido, aun sabiendo que su tío, cuando caminaba tan fervorizado, estaba como sordo y veía sólo a un palmo de sus narices.

Por caminos y atajos el caballero abogado llegó hasta la orilla del mar, a un trozo de playa pedregosa, y se puso a agitar la linterna. No había luna, en el mar no se conseguía ver nada, salvo el movimiento de la espuma de las olas más próximas. Cósimo estaba sobre un pino, algo lejos de la orilla porque allí al final la vegetación raleaba y ya no era tan fácil llegar por las ramas a todas partes. El caso es que veía perfectamente al viejito con el alto fez en la costa desierta, que agitaba la linterna hacia la oscuridad del mar, y de aquella oscuridad le respondió de pronto otra luz de linterna, cercana, como si la hubiesen encendido entonces, y apareció muy veloz una pequeña embarcación con una vela cuadrada oscura y los remos, distinta de las barcas de aquí, y llegó a la orilla.

A la ondulante luz de las linternas, Cósimo vio hombres con turbante en la cabeza: unos se quedaron en la barca, manteniéndola pegada a la orilla con pequeños golpes de remo; otros bajaron, y llevaban anchos calzones abultados, y relucientes cimitarras enfiladas en la cintura. Cósimo aguzaba ojos y oídos. Su tío y aquellos berberiscos cuchicheaban entre sí, en una lengua que no se entendía, pero que a menudo parecía poderse entender, y que sin duda era la famosa lengua franca. De vez en cuando Cósimo entendía una palabra en nuestra lengua, sobre la que Enea Silvio insistía entremezclándola con otras palabras incomprensibles, y estas palabras nuestras eran nombres de naves, conocidos nombres de tartanas o bergantines pertenecientes a armadores de Ombrosa, o que iban y venían entre nuestro puerto y otros.

¡No había que esforzarse mucho para comprender qué estaba diciendo el caballero! Estaba informando a aquellos piratas de los días de llegada y de salida de las naves de Ombrosa, y de la carga que llevaban, la ruta, las armas que tenían a bordo. Ahora el viejo ya debía haber referido todo lo que sabía porque se volvió y se alejó velozmente, mientras los piratas volvían a subir a la lancha y desaparecían en el mar oscuro. Por la forma tan rápida en que se había desarrollado la conversación se comprendía que debía ser una cosa habitual. ¡Quién sabe cuánto tiempo hacía que las emboscadas berberiscas acontecían siguiendo las informaciones de nuestro tío!

Cósimo se había quedado en el pino, incapaz de separarse de allí, de la playa desierta. Soplaban viento, la ola roía las piedras, el árbol gemía en todas sus junturas y mi hermano entrechocaba los dientes, no por el frío del aire sino por el frío de la triste revelación.

He aquí que aquel viejito tímido y misterioso que nosotros de niños habíamos siempre juzgado desleal y que Cósimo creía haber aprendido poco a poco a apreciar y compadecer, resultaba ser un traidor imperdonable, un hombre ingrato que quería el mal del pueblo que lo había acogido como un desvalido tras una vida de errores... ¿Por qué? ¿Hasta tal punto lo empujaba la nostalgia de aquellas patrias y aquellas gentes donde debía haber sido, por una vez en su vida, feliz? ¿O bien era que incubaba un rencor despiadado contra este país en el

que cada bocado debía saberle a humillación? Cósimo se dividía entre el impulso de correr a denunciar los manejos del espía y salvar así las cargas de nuestros negociantes, y el pensamiento del dolor que experimentaría nuestro padre, por ese afecto que inexplicablemente lo ligaba al hermanastro natural. Cósimo se imaginaba la escena: el caballero esposado en medio de los esbirros, entre dos filas de gente de Ombrosa que lo insultaban, y conducido a la plaza, le ponían la soga al cuello, lo ahorcaban... Tras la vela fúnebre a Gian dei Brughi, Cósimo se había jurado a sí mismo que no volvería a estar jamás presente en una ejecución; ¡y ahora le tocaba ser árbitro de la condena a muerte de un allegado!

Durante toda la noche se atormentó con ese pensamiento, y continuó durante todo el día siguiente, pasando furiosamente de una rama a otra, pateando, levantándose con los brazos, dejándose deslizar por los troncos, como siempre hacía cuando era presa de una preocupación. Finalmente, tomó la decisión; escogería un camino intermedio: asustar a los piratas y al tío, a fin de conseguir que interrumpieran su malvada relación sin necesidad de que interviniese la justicia. Se apostaría en aquel pino por la noche, con tres o cuatro fusiles cargados (ya se había hecho con todo un arsenal, para las diferentes necesidades de la caza); cuando el caballero se encontrara con los piratas, empezaría a disparar tiro tras tiro haciendo silbar las balas sobre sus cabezas. Al oír aquellas descargas, piratas y tío escaparían cada uno por su cuenta. Y el caballero, que no era ciertamente un hombre audaz, con la sospecha de haber sido reconocido y con la certeza de que ya se vigilaban aquellas citas de la playa, se guardaría mucho de volver a aproximarse a las tripulaciones mahometanas.

En efecto, Cósimo, con los fusiles apuntados, esperó en el pino un par de noches. Y no pasó nada.

A la tercera noche, aparece el viejito del fez que trotaba tropezando en las piedras de la orilla; tras hacer señales con la linterna fondeaba la barca de los marineros con turbante.

Cósimo estaba preparado con el dedo en el gatillo, pero no disparó. Porque esta vez todo era distinto. Después de una breve conversación, dos de los piratas que estaban en la orilla hicieron una señal a la barca, y los otros empezaron a descargar cosas: barriles, cajas, balas, sacos, damajuanas, angarillas llenas de quesos. No había una sola barca, había muchas, todas cargadas, y una hilera de porteadores con turbante apareció por la playa, precedida por nuestro tío natural que los guiaba con su carrerita vacilante, hasta una gruta entre las peñas. Allí los moros depositaron todas aquellas mercancías, sin duda fruto de sus últimas piraterías.

¿Por qué los traían a la orilla? Fue fácil, después, reconstruir lo ocurrido: como el velero berberisco tenía que echar ancla en uno de nuestros puertos (para algún asunto legal, de los que siempre se producían entre ellos y nosotros en medio de los actos de rapiña), y como tenía que sujetarse al registro aduanero, había que esconder las mercancías robadas en un lugar seguro, para después recogerlas al regreso. Así la nave también habría dado pruebas de que era ajena a los últimos robos y consolidaría las normales relaciones comerciales con el país.

Todos estos manejos se supieron claramente después. De momento Cósimo no se entretuvo en plantearse preguntas. Había un tesoro de piratas escondido en una gruta, los piratas volvían a subir a las barcas y lo dejaban allí: había que apoderarse de él lo más pronto posible. Durante un momento mi hermano pensó en ir a despertar a los comerciantes de Ombrosa que debían de ser los legítimos propietarios de las mercancías. Pero enseguida se acordó de sus amigos carboneros que pasaban hambre en el bosque con sus familias. No lo dudó: corrió por las ramas hacia los lugares donde, en torno a las grises plazuelas de tierra apisonada, los bergamascos dormían en toscas cabañas.

—¡Pronto! ¡Venid todos! ¡He descubierto el tesoro de los piratas!

Bajo las cortinas y el follaje de las cabañas se oyeron resoplidos, toses, maldiciones, y finalmente exclamaciones de asombro, preguntas:

—¿Oro? ¿Plata?

—No lo he visto muy bien... —dijo Cósimo—. ¡Por el olor, diría que hay gran cantidad de bacalao curado y de queso de oveja!

Ante estas palabras, se levantaron todos los hombres del bosque. Quien tenía escopetas cogía escopetas, los demás hachetas, asadores, palas, pero sobre todo se llevaron consigo recipientes para meter las cosas, hasta las deformadas cestas del carbón y los negros sacos. Arrancó una gran procesión —«*Hura! Hota!*»—, incluso las mujeres bajaban con cestas vacías a la cabeza, y los niños encapuchados con sacos, sosteniendo las antorchas. Cósimo los precedía de pino de bosque en olivo, de olivo en pino marítimo.

Ya estaban a punto de doblar por el espolón de rocas detrás del cual se abría la gruta, cuando en la cima de una retorcida higuera apareció la blanca sombra de un pirata, alzó la cimitarra y aulló la voz de alarma. Cósimo en pocos saltos estuvo en una rama encima de él y le asestó la espada en los riñones, hasta que aquél se echó abajo por el acantilado.

En la gruta había una reunión de jefes piratas. (Cósimo, antes, con el ir y venir de la descarga, no había advertido que se habían quedado allí). Oyen el grito del centinela, salen y se ven rodeados por aquella horda de hombres y mujeres con el rostro sucio de hollín, encapuchados con sacos y armados de palas. Alzan las cimitarras y se lanzan para abrirse paso. —«*Hura! Hota! Inshallah!*»—. Comenzó la batalla.

Los carboneros eran más, pero los piratas iban mejor armados. Por lo que sabemos para luchar contra las cimitarras no hay nada mejor que las palas. ¡Dang! ¡Dang!, y aquellas hojas de Marruecos se retiraban todas dentadas. Las escopetas, en cambio, tronaban y humeaban y después nada más. También algunos de los piratas (oficiales, se ve) tenían fusiles muy bonitos en apariencia, todos damascados; pero en la gruta los pedernales habían cogido humedad y no salía el tiro. Los carboneros más despabilados trataban de aturdir a los oficiales piratas con golpes de pala en la cabeza para quitarles sus fusiles. Pero con aquellos turbantes, a los berberiscos cada golpe les llegaba amortiguado como a través de un cojín; era mejor dar rodillazos en el estómago, porque llevaban desnudo el ombligo.

En vista de que lo único que no faltaba eran piedras, los carboneros empezaron a tirar pedradas. Los moros, entonces, a pedradas también. Con las piedras, finalmente, la batalla tomó un aspecto más ordenado, pero como los carboneros tendían a entrar en la gruta,

cada vez más atraídos por el olor de bacalao que emanaba de ella, y los berberiscos tendían a escapar hacia la chalupa que había quedado en la orilla, entre las dos partes faltaban grandes razones para enfrentarse.

En cierto momento, por parte bergamasca se produjo un asalto que les abrió la entrada de la gruta. Por parte mahometana aún resistían bajo una granizada de pedradas, cuando vieron que el camino hacia el mar estaba libre. ¿Para qué resistían, pues? Mejor izar la vela e irse.

Alcanzada la navecilla, tres piratas, todos nobles oficiales, soltaron la vela. Con un salto desde un pino próximo a la orilla, Cósimo se lanzó al mástil, se agarró al durmiente de la verga, y allí arriba, sujetándose con las rodillas desenvainó la espada. Los tres piratas alzaron las cimitarras. Mi hermano, con sablazos a diestra y siniestra, los tenía en jaque a los tres. La barca, todavía atracada, se inclinaba ora a un lado ora a otro. Salió la luna en ese momento y relampaguearon la espada dada por el barón a su hijo y las hojas mahometanas. Mi hermano se deslizó por el palo y hundió la espada en el pecho de un pirata que cayó por la borda. Rápido como una lagartija, volvió a subir defendiéndose con dos quites de los sablazos de los otros, luego volvió a dejarse caer y traspasó al segundo, subió de nuevo, tuvo una breve escaramuza con el tercero y con otro de sus deslizamientos lo atravesó.

Los tres oficiales mahometanos estaban tendidos medio en el agua medio fuera con la barba llena de algas. Los otros piratas, en la entrada de la gruta, estaban desfallecidos por las pedradas y golpes de pala. Cósimo, todavía encaramado al árbol de la barca, miraba triunfante alrededor, cuando de la gruta salió disparado, furioso como un gato con fuego en la cola, el caballero abogado, que había estado escondido allí hasta entonces. Corrió por la playa con la cabeza gacha, dio un empujón a la barca separándola de la orilla, saltó a ella y agarrando los remos se puso a moverlos con todas sus fuerzas, bogando mar adentro.

—¡Caballero! ¿Qué hacéis? ¿Estáis loco? —decía Cósimo agarrado a la verga—. ¡Volved a la orilla! ¿Adónde vamos?

Pero nada. Estaba claro que Enea Silvio Carrega quería llegar hasta las naves piratas para ponerse a salvo. Ahora su felonía estaba irremediablemente descubierta y si se quedaba en la orilla acabaría sin duda en el patíbulo. De modo que remaba y remaba, y Cósimo, aunque todavía se hallaba con la espada desenvainada en la mano y el viejo estaba desarmado y era débil, no sabía qué hacer. En el fondo, ser violento con su tío le disgustaba, y además para alcanzarlo habría tenido que bajar del palo, y la pregunta de si bajar a una barca equivalía a bajar al suelo o de si ya no había derogado sus leyes interiores al saltar de un árbol con raíces a un árbol de nave, era demasiado complicada para formulársela en ese momento. O sea que no hacía nada; se había acomodado en la verga, una pierna a un lado y otra al otro del palo, y se alejaba sobre las olas, mientras un leve viento henchía la vela, y el viejo no dejaba de remar.

Oyó un ladrido. Tuvo un estremecimiento de gozo. El perro Óptimo Máximo, al que durante la batalla había perdido de vista, estaba allí acurrucado en el fondo de la barca, y meneaba el rabo como si nada ocurriese. Luego, pues, reflexionó Cósimo, no había por qué

desanimarse tanto: estaba en familia, con su tío, con su perro, iba en barca, lo que después de tantos años de vida arbórea era una distracción placentera.

Había luna en el mar. El viejo estaba ya cansado. Remaba con dificultad, y lloraba, y empezó a decir:

—Ah, Zaira... Ah, Alá, Alá, Zaira... Ah, Zaira, *inshallah*... —o sea que, inexplicablemente, hablaba en turco, y repetía y repetía entre sollozos este nombre de mujer, que Cósimo nunca había oído.

—¿Qué decís, caballero? ¿Qué os pasa? ¿Adónde vamos? —preguntaba.

—Zaira... Ah, Zaira... Alá, Alá —se quejaba el viejo.

—¿Quién es Zaira, caballero? ¿Os creéis que vais junto a Zaira por aquí?

Y Enea Silvio Carrega decía que sí con la cabeza, y hablaba turco entre lágrimas, y le gritaba a la luna ese nombre.

Sobre esta Zaira, la mente de Cósimo empezó enseguida a cavilar. Quizá estaba a punto de desvelársele el secreto más profundo de aquel hombre esquivo y misterioso. Si el caballero, al dirigirse a la nave pirata, pretendía alcanzar a esta Zaira, debía pues tratarse de una mujer que estaba allá, en aquellos países otomanos. Quizá toda su vida había estado dominada por la nostalgia de esta mujer, quizá era ella la imagen de felicidad perdida que él perseguía criando abejas o proyectando canales. Quizá era una amante, una esposa que había tenido allá abajo, en los jardines de aquellos países de ultramar, o, más verosímilmente, una hija, una hija suya que no veía desde niña. A fin de dar con ella debía haber intentado durante años relacionarse con alguna de las naves turcas o moriscas que iban a parar a nuestros puertos, y finalmente debían haberle dado noticias suyas. Quizá había sabido que era esclava, y para rescatarla le habían propuesto informarles sobre los viajes de las tartanas de Ombrosa. O bien era el precio que tenía que pagar para ser admitido entre ellos y embarcarse para el país de Zaira.

Ahora, desenmascarada su intriga, se veía constreñido a huir de Ombrosa, y aquellos berberiscos ya no podían negarse a llevarlo consigo y conducirlo junto a ella. En sus palabras jadeantes y entrecortadas se mezclaban acentos de esperanza, de súplica, e incluso de miedo: miedo de que todavía no fuese ésta la ocasión, de que todavía alguna desgracia tuviera que separarlo del ser querido.

Ya no conseguía dar impulso con los remos, cuando se acercó una sombra, otra lancha berberisca. Quizá desde la nave habían oído el ruido de la batalla en la orilla, y mandaban exploradores.

Cósimo resbaló hasta la mitad del palo, para que lo ocultase la vela. El viejo, en cambio, comenzó a gritar en lengua franca que lo recogieran, que lo llevasen a la nave, y extendía los brazos. Fue oído, en efecto: dos jenízaros con turbante, en cuanto estuvo al alcance de la mano, lo agarraron por los hombros, lo levantaron ligero como era, y lo arrastraron a su barca. Aquella en la que estaba Cósimo, de rebote fue apartada, la vela cogió viento, y así mi hermano, que ya se veía muerto, se salvó de ser descubierto.

Alejándose con el viento, a Cósimo le llegaban de la lancha pirata voces como de un altercado. Una palabra, dicha por los moros, que sonó parecida a «¡Marrano!», y la voz del

viejo que se oía repetir como un idiota: «¡Ah, Zaira!», no dejaban lugar a dudas sobre la acogida que le habían dispensado al caballero. Sin duda lo consideraban responsable de la emboscada de la gruta, de la pérdida del botín, de la muerte de los suyos; lo acusaban de haberlos traicionado... Se oyó un grito, una zambullida, después silencio; a Cósimo le vino el recuerdo, nítido como si lo oyera, de la voz de su padre cuando gritaba: «¡Enea Silvio! ¡Enea Silvio!», persiguiendo a su hermano natural por el campo; y escondió el rostro en la vela.

Volvió a subir a la verga, para ver adónde estaba yendo la barca. Algo flotaba en medio del mar como transportado por una corriente: un objeto, una especie de boya, pero una boya con cola... Le dio de lleno un rayo de luna, y vio que no era un objeto sino una cabeza, una cabeza con un fez con borla, y reconoció el rostro vuelto al revés del caballero abogado que miraba con su habitual aire asustado, la boca abierta, y de la barba para abajo todo el resto estaba en el agua y no se veía, y Cósimo gritó:

—¡Caballero! ¡Caballero! ¿Qué hacéis? ¿Por qué no subís? ¡Agarraos a la barca! ¡Ahora os ayudo a subir! ¡Caballero!

Pero su tío no respondía: flotaba, flotaba, mirando hacia arriba con aquel ojo aterrado que parecía que no viese nada. Y Cósimo dijo:

—¡Venga, Óptimo Máximo! ¡Tírate al agua! ¡Coge al caballero por el cogote! ¡Sálvalo! ¡Sálvalo!

El perro obediente se zambulló, trató de aferrar por el cogote al viejo, no lo consiguió, lo cogió por la barba.

—¡He dicho por el cogote, Óptimo Máximo! —insistió Cósimo, pero el perro levantó la cabeza por la barba y la empujó hasta el borde de la barca, y se vio que de cogote ya no había, no había ni cuerpo ni nada, había sólo una cabeza, la cabeza de Enea Silvio Carrega cortada de un golpe de cimitarra.

XVI

El final del caballero abogado fue contado por Cósimo al principio en una versión harto distinta. Cuando el viento llevó a la orilla a la barca con él encogido en la verga y Óptimo Máximo la siguió arrastrando la cabeza cortada, a la gente que había acudido a su llamada le contó —desde el árbol al que se había rápidamente trasladado con la ayuda de una cuerda— una historia bastante más simple: es decir, que el caballero había sido raptado por los piratas y después le habían dado muerte. Quizá era una versión dictada por el pensamiento de su padre, cuyo dolor sería tan grande con la noticia de la muerte del hermanastro y la visión de aquellos lastimosos restos, que Cósimo no se atrevió a apesadumbrarlo con la revelación de la felonía del caballero. Más aún, a continuación intentó, al oír hablar del abatimiento en que el barón había caído, construir para nuestro tío natural una gloria ficticia, inventando una lucha secreta y astuta para desbaratar a los piratas, a la que hacía tiempo que se dedicaba y que, descubierto, lo había llevado al suplicio. Pero era un relato contradictorio y lleno de lagunas, también porque había algo más que Cósimo quería esconder, o sea el desembarco de lo hurtado por los piratas a la gruta y la intervención de los carboneros. Y en efecto, si la cosa se hubiese llegado a saber, toda la población de Ombrosa habría subido al bosque para quitarles las mercancías a los bergamascos, tratándolos de ladrones.

Después de algunas semanas, cuando estuvo seguro de que los carboneros habían dado salida a todo, contó el asalto a la gruta. Y quien quiso subir para recuperar algo se quedó con las manos vacías.

Los carboneros lo habían dividido todo en partes equitativas, el bacalao curado hoja a hoja, los salchichones, el queso, y con lo que sobró hicieron un gran banquete en el bosque que duró todo el día.

Nuestro padre había envejecido mucho y el dolor por la pérdida de Enea Silvio tenía extrañas consecuencias sobre su carácter. Así le entró la manía de que las obras del hermano natural no se perdiesen. Y por lo mismo quiso cuidarse de la cría de las abejas, y se entregó a ello con gran gravedad, aunque nunca hasta entonces había visto de cerca una colmena. Se dirigía a Cósimo para que le aconsejara, pues éste algo había aprendido; no es que le hiciese preguntas, pero conducía la conversación hacia la apicultura y se quedaba escuchando lo que Cósimo decía, y luego lo repetía como una orden a los campesinos, con

tono irritado y suficiente, como si fueran cosas archisabidas. A las colmenas trataba de no acercarse mucho, por aquel miedo suyo a que le picasen las abejas, pero quería demostrar que lo sabía vencer, y quién sabe el esfuerzo que le costaba. Del mismo modo daba órdenes de excavar unos canales, para acabar un proyecto iniciado por el pobre Enea Silvio; y si lo hubiese conseguido habría sido todo un acontecimiento, porque el finado nunca había llevado a término ninguno.

Esta tardía pasión del barón por asuntos prácticos duró poco, desgraciadamente. Un día que, entre las colmenas y los canales, andaba ajetreado y nervioso, al hacer un movimiento brusco vio que se le echaban encima un par de abejas. Le entró miedo, empezó a agitar las manos, volcó una colmena, se alejó corriendo con una nube de abejas detrás. Al escapar a ciegas terminó en aquel canal que estaban intentando llenar de agua, y lo sacaron hecho una sopa.

Lo metieron en la cama. Entre la fiebre de las picaduras y la del resfriado del baño, tuvo para una semana; luego podía considerarse curado. Pero le entró un abatimiento que no quiso levantarse más.

Estaba siempre en la cama y había perdido todo apego a la vida. No había conseguido nada de lo que quería hacer: del ducado ya nadie hablaba, su primogénito seguía en los árboles incluso ahora que era un hombre, el hermanastro había muerto asesinado, la hija estaba casada lejos con gente aún más antipática que ella, yo todavía era demasiado pequeño como para estar junto a él, y su mujer demasiado decidida y autoritaria. Empezó a desvariar, a decir que los jesuitas ya habían ocupado su casa y no podía salir de la habitación, y así, lleno de amarguras y manías como siempre había vivido, le sobrevino la muerte.

Cósimo también siguió el entierro, pasando de un árbol a otro, pero no consiguió entrar en el cementerio, porque a los cipreses, de fronda tan espesa, no hay modo de trepar. Asistió al sepelio desde el otro lado de la tapia, y cuando todos nosotros echamos un puñado de tierra sobre el ataúd, él echó una ramita con hojas. Yo pensaba que de mi padre todos habíamos estado siempre distanciados, como Cósimo sobre los árboles.

Ahora el barón de Rondò era Cósimo. Su vida no cambió. Cuidaba, es cierto, de los intereses de nuestros bienes, pero siempre de modo intermitente. Cuando los administradores y arrendatarios lo buscaban no sabían nunca dónde encontrarlo; y cuando menos querían que los viese, lo tenían allí, sobre las ramas.

También para cuidar de estos negocios familiares, Cósimo, ahora, se dejaba ver con más frecuencia en la ciudad, se paraba en el gran nogal de la plaza o en los acebos, cerca del puerto. La gente le saludaba, le llamaba «Señor barón», y él tomaba actitudes un poco de viejo, como a veces les gusta a los jóvenes, y se estaba allí contándoles cosas a un corrillo de ombrosenses que se disponía al pie del árbol.

Seguía refiriendo, de manera distinta cada vez, el final de nuestro tío natural, y poco a poco fue desvelando la complicidad del caballero con los piratas, pero, para frenar la

inmediata indignación de los ciudadanos, añadió la historia de Zaira, casi como si Carrega se la hubiese confiado antes de morir, y de este modo hasta los condujo a conmoverse con la triste suerte del viejo.

Creo que de inventar del principio al fin, Cósimo había llegado, por sucesivas aproximaciones, a una relación casi del todo veraz de los hechos. Le salió así dos o tres veces; luego, como los ombrosenses nunca se cansaban de escuchar el relato y siempre se incorporaban nuevos oyentes y todos exigían nuevos detalles, se vio obligado a añadir, ampliar, exagerar, a introducir nuevos personajes y episodios, y así la historia se fue deformando y llegó a ser más inventada que al principio.

Al presente Cósimo tenía un público que escuchaba con la boca abierta todo lo que él decía. Le tomó afición a relatar, y su vida sobre los árboles, y la caza, y el bandido Gian dei Brughi, y el perro Óptimo Máximo se convirtieron en pretextos de relatos que no terminaban jamás. (Bastantes episodios de estas memorias de su vida están referidos tal cual él los narraba a instancias de su auditorio plebeyo, y lo digo para hacerme perdonar si todo esto que escribo no parece veraz y conforme a una armoniosa visión de la humanidad y de los hechos).

Por ejemplo, uno de aquellos holgazanes le preguntaba:

—Pero ¿es cierto que nunca habéis puesto los pies fuera de los árboles, señor barón?

Y Cósimo soltaba:

—Sí, una vez, pero por equivocación, subí a los cuernos de un ciervo. Creía que pasaba a un arce, y era un ciervo, huido del coto de caza real, que se estaba allí quieto. El ciervo siente mi peso en los cuernos y huye por el bosque. ¡Imaginaos qué mal paso! Yo allá arriba me sentía atravesado por todas partes, entre las puntas agudas de los cuernos, las espinas, las ramas del bosque que me golpeaban en el rostro... El ciervo se debatía, tratando de librarse de mí, yo me aferraba con fuerza...

Detenía el relato, y aquéllos entonces:

—¿Y cómo pudisteis salir airoso, señoría?

Y él, cada vez, se descolgaba con un final distinto:

—El ciervo corrió, corrió, alcanzó la tribu de los ciervos, que al verlo con un hombre en la cornamenta, en parte huían de él, en parte se le acercaban curiosos. Yo apunté el fusil que llevaba siempre en bandolera, y cada ciervo que veía lo derribaba. Maté cincuenta...

—¿Y cuándo se han visto cincuenta ciervos por aquí? —le preguntaba alguno de aquellos granujas.

—Ahora se ha perdido la especie. Porque aquellos cincuenta eran todos ciervos hembras, ¿comprendéis? Cada vez que mi ciervo intentaba acercarse a una hembra, yo disparaba y aquélla caía muerta. El ciervo no podía explicárselo, y estaba desesperado. Entonces... entonces decidió matarse, corrió hacia una roca alta y se tiró. Pero yo me agarré a un pino que sobresalía, ¡y aquí me tenéis!

O bien era una batalla que habían emprendido dos ciervos, a cornadas, y a cada golpe él saltaba de los cuernos de uno a los del otro, hasta que a un golpazo más fuerte se encontró lanzado sobre una encina...

En fin, le había entrado esa manía de quien cuenta historias y nunca sabe si son más hermosas las que le ocurrieron de verdad y que al evocarlas traen consigo todo un mar de horas pasadas, de sentimientos menudos, tedios, felicidades, incertidumbres, vanaglorias, náuseas de uno mismo, o bien las que se inventa, en las que se tiende a cortar más por lo sano, y todo aparece fácil, pero que después cuanto más se divaga más advierte uno que vuelve a hablar de las cosas que ha poseído o comprendido en la realidad, viviendo.

Cósimo aún estaba en la edad en que las ganas de contar dan ganas de vivir, y se cree que no se ha vivido lo suficiente para contarlo, y así se marchaba de caza, estaba fuera semanas, luego volvía a los árboles de la plaza sosteniendo por la cola garduñas, tejones y zorros, y contaba a los ombrosenses nuevas historias que de verdaderas, contándolas, se volvían inventadas, y de inventadas, verdaderas.

Pero en toda aquella manía había una insatisfacción más profunda, una carencia; en aquel buscar gente que lo escuchase había una búsqueda distinta. Cósimo no conocía todavía el amor, y toda experiencia, sin ésa, ¿qué es? ¿De qué sirve haber arriesgado la vida, cuando de la vida aún no conoces el sabor?

Las muchachas hortelanas o pescaderas pasaban por la plaza de Ombrosa, y las damiselas en carroza, y Cósimo desde el árbol echaba ojeadas sumarias y aún no había comprendido bien por qué en todas había algo que él buscaba y que no estaba enteramente en ninguna. Por la noche, cuando en las casas se encendían las luces y sobre las ramas Cósimo estaba solo, con los ojos amarillos de los búhos, le daba por soñar con el amor. Las parejas que se citaban detrás de los setos o entre los viñedos lo llenaban de admiración y envidia, y las seguía con la mirada perderse en la oscuridad, pero si se tumbaban al pie de su árbol se alejaba lleno de vergüenza.

Entonces, para vencer el pudor natural de sus ojos, se detenía a observar los amores de los animales. En primavera el mundo sobre los árboles era un mundo nupcial: las ardillas se amaban con movimientos y chillidos casi humanos, los pájaros se acoplaban batiendo las alas, hasta las lagartijas corrían unidas, con las colas apretadas en un nudo; y los puercoespines parecían haberse vuelto blandos para hacer más dulces sus abrazos. El perro Óptimo Máximo, nada intimidado por el hecho de ser el único perro pachón de Ombrosa, cortejaba grandes perras de pastor, o perras lobas, con petulante arrojo, fiándose de la natural simpatía que inspiraba. A veces regresaba maltrecho por los mordiscos; pero bastaba un amor afortunado para compensarlo de todas las derrotas.

También Cósimo, como Óptimo Máximo, era el único ejemplar de una especie. En sus sueños con los ojos abiertos, se veía amado por bellísimas muchachas; pero él ¿cómo encontraría el amor en los árboles? En el fantasear conseguía no imaginarse dónde sucederían aquellas cosas, si en la tierra o allá arriba donde ahora estaba: un lugar sin lugar, como un mundo al que se llega yendo hacia arriba, no hacia abajo. Sí: quizá existía un árbol tan alto que subiendo por él se tocaba otro mundo, la luna.

Mientras tanto, con este hábito de las charlas en la plaza, se sentía cada vez menos satisfecho de sí mismo. Y desde que, un día de mercado, un sujeto, llegado de la vecina ciudad de Olivabassa, dijo: «¡Oh, también vosotros tenéis vuestro español!», y a las preguntas de qué quería decir, respondió: «¡En Olivabassa hay toda una gavilla de españoles que viven en los árboles!», Cósimo ya no estuvo tranquilo hasta que emprendió a través de los árboles de los bosques el viaje hacia Olivabassa.

XVII

Olivabassa era un pueblo del interior. Cósimo llegó hasta él después de dos días de camino, superando peligrosamente los trechos de vegetación más rala. Durante el viaje, cerca de los poblados, la gente que nunca lo había visto daba gritos de admiración, y alguno que otro le tiraba piedras, por lo que trató de seguir lo más inadvertidamente posible. Pero a medida que se aproximaba a Olivabassa, notó que si algún leñador o recogedor de aceitunas lo veía, no demostraba ninguna sorpresa, al contrario, los hombres lo saludaban quitándose el sombrero, como si lo conociesen, y pronunciaban palabras que desde luego no eran del dialecto local, y que en su boca sonaban raras, como: «¡Señor! ¡Buenos días, señor!»^[1].

Era invierno, parte de los árboles estaban desnudos. En Olivabassa atravesaba la población una doble hilera de plátanos y olmos. Y mi hermano, aproximándose, vio que entre las ramas desnudas había gente, uno o dos o incluso tres por árbol, sentados o de pie, en actitud grave. En pocos saltos se reunió con ellos.

Eran hombres con vestimentas nobles, tricornios emplumados, grandes capas, y mujeres de aire también noble, con velos en la cabeza, que estaban sentadas en las ramas en grupos de dos o tres, algunas bordando, y mirando de vez en cuando abajo a la calle con un breve movimiento lateral del busto y un apoyarse con el brazo a lo largo de la rama, como en un antepecho.

Los hombres le dirigían saludos como llenos de amarga comprensión: «¡Buenos días, señor!». Y Cósimo se inclinaba y se quitaba el sombrero.

Uno que parecía el más autorizado de ellos, uno obeso, encajado en la horqueta de un plátano de donde parecía no poder levantarse, con piel de enfermo del hígado, bajo la cual la sombra de los bigotes y de la barba afeitados se transparentaba negra a pesar de la edad avanzada, pareció preguntarle a un vecino suyo, flaco, chupado, vestido de negro y también él con las mejillas negruzcas de barba afeitada, quién era aquel desconocido que avanzaba por la hilera de árboles.

Cósimo pensó que había llegado el momento de presentarse.

Llegó al plátano del señor obeso, hizo la reverencia y dijo:

—El barón Cósimo Piovasco de Rondò, para servirlos.

—¿Rondós? ¿Rondós? —dijo el obeso—. ¿Aragonés? ¿Gallego?

—No, señor.

—¿Catalán?

—No, señor. Soy de estas tierras.

—¿Desterrado también?

El gentilhombre chupado se sintió en el deber de intervenir para hacer de intérprete, muy ampulosamente.

—Dice Su Alteza Federico Alonso Sánchez de Guatamurra y Tobasco si vuestra señoría es también un exiliado, puesto que lo vemos trepar por estos follajes.

—No, señor. O al menos, no exiliado por algún decreto ajeno.

—¿Viaja usted sobre los árboles por gusto?

Y el intérprete:

—Su Alteza Federico Alonso se complace en preguntarle si es por gusto que vuestra señoría efectúa este itinerario.

Cósimo se lo pensó un poco, y respondió:

—Porque pienso que me conviene, aunque nadie me lo imponga.

—¡Feliz usted! —exclamó Federico Alonso Sánchez, suspirando—. ¡Ay de mí, ay de mí!

Y el de negro, explicaba, cada vez más ampuloso:

—Su Alteza dice que vuestra señoría puede considerarse afortunado al gozar de esta libertad, la cual no podemos evitar de comparar con nuestro constreñimiento, que sin embargo soportamos resignados a la voluntad de Dios —y se santiguó.

Así, entre una lacónica exclamación del príncipe Sánchez y una circunstanciada versión del señor de negro, Cósimo consiguió reconstruir la historia de la colonia que moraba sobre los plátanos. Eran nobles españoles, rebelados contra el rey Carlos III por cuestiones de privilegios feudales que les disputaban, y por ello enviados al exilio con sus familias. Llegados a Olivabassa, se les había prohibido continuar el viaje: aquellos territorios, efectivamente, en base a un antiguo tratado con Su Majestad católica, no podían dar asilo y ni siquiera ser atravesados por personas exiliadas de España. La situación de aquellas nobles familias era muy difícil de resolver, pero los magistrados de Olivabassa, que no querían tener problemas con las cancillerías extranjeras, pero que tampoco tenían motivos de animadversión hacia aquellos ricos viajeros, llegaron a un arreglo: el documento del tratado prescribía que los exiliados no debían «tocar el suelo» de aquel territorio, luego bastaba que se estuvieran en los árboles y todo en regla. Así pues, los exiliados habían subido a los plátanos y los olmos, con escaleras de mano concedidas por el municipio, que después fueron retiradas. Estaban encaramados allá arriba desde hacía meses, confiando en el clima benigno, en un próximo decreto de amnistía de Carlos III y en la providencia divina. Tenían una buena provisión de doblas españolas y compraban viandas, activando así el comercio de la ciudad. Para subir los platos, habían instalado algunas pequeñas poleas. En otros árboles había baldaquinos bajo los que dormían. En fin, habían sabido acomodarse bien, mejor dicho, eran los de Olivabassa los que los habían equipado tan bien, porque sacaban provecho con ello. Los exiliados, por su parte, no movían ni un dedo en todo el día.

Era la primera vez que Cósimo se encontraba con otros seres humanos que habitaban sobre los árboles, y empezó a hacer preguntas prácticas.

—Y cuando llueve, ¿qué hacéis?

—*¡Sacramos todo el tiempo, señor!*

Y el intérprete, que era el padre Sulpicio de Guadalete, de la Compañía de Jesús, exiliado desde que su orden había sido expulsada de España:

—Protegidos por nuestros baldaquinos, dirigimos nuestro pensamiento al Señor, agradeciéndole lo poco que nos alcanza...

—¿Vais alguna vez de caza?

—*Señor, algunas veces con el visco.*

—A veces uno de nosotros unta con visco una rama, para entretenerse.

Cósimo no se cansaba nunca de descubrir cómo habían resuelto los problemas que también se le habían presentado a él.

—Y para lavaros, para lavaros, ¿cómo lo hacéis?

—*¿Para lavar? ¡Hay lavanderas!* —dijo don Federico, con un encogimiento de hombros.

—Damos nuestras prendas a las lavanderas del pueblo —tradujo don Sulpicio—. Todos los lunes, para ser exactos, bajamos el cesto de la ropa sucia.

—No, quería decir para lavaros la cara y el cuerpo.

Don Federico gruñó y se encogió de hombros, como si ese problema no se le hubiese presentado nunca.

Don Sulpicio se creyó en el deber de interpretar:

—Según el parecer de Su Alteza, éstas son cuestiones privadas de cada uno.

—Y, con la venia, ¿vuestras necesidades dónde las hacéis?

—*Ollas, señor.*

Y don Sulpicio, siempre con su tono modesto:

—A decir verdad, se usan unas orzas.

Tras haberse despedido de don Federico, Cósimo fue guiado por el padre Sulpicio a visitar a los varios miembros de la colonia, en sus respectivos árboles residenciales. Todos estos hidalgos y estas damas guardaban, pese a las inevitables incomodidades de su estancia, actitudes habituales y comedidas. Algunos hombres, para estar a horcajadas sobre las ramas, utilizaban sillas de montar, y eso le gustó mucho a Cósimo, que en tantos años nunca había pensado en este sistema (muy útil por los estribos —notó enseguida—, que eliminan el inconveniente de tener los pies colgando, lo que al poco rato produce hormigueo). Otros miraban a través de anteojos de larga vista (uno de ellos tenía el grado de almirante), que probablemente servían sólo para observarse entre sí de un árbol a otro, curiosear y chismorrear. Las señoras y señoritas se sentaban todas sobre cojines bordados por ellas mismas, y hacían labores (eran las únicas personas en cierto modo activas), o bien acariciaban gruesos gatos. De gatos, había en aquellos árboles gran número, como también pájaros, éstos enjaulados (quizá eran las víctimas del visco), salvo algunas palomas libres que venían a posarse en las manos de las muchachas, que las acariciaban tristemente.

En esta especie de salones arbóreos, Cósimo era recibido con hospitalaria gravedad. Le ofrecían café, luego enseguida se ponían a hablar de los palacios que ellos habían dejado en Sevilla, Granada, y de sus posesiones y graneros y cuadras, y lo invitaban para el día en que

serían reintegrados a sus honores. Del rey que los había desterrado hablaban con un acento que era a un tiempo de aversión fanática y de devota reverencia, a veces consiguiendo separar exactamente la persona contra la cual sus familias estaban en lucha y el título real de cuya autoridad emanaba la propia. A veces, en cambio, intencionadamente mezclaban las dos maneras opuestas de considerarlo en un único ímpetu: y Cósimo, cada vez que la conversación recaía sobre el soberano, no sabía qué cara poner.

Flotaba sobre todos los ademanes y las palabras de los exiliados un aura de tristeza y luto, que en parte correspondía a su naturaleza y en parte a una determinación voluntaria, como a veces ocurre en quien combate por una causa de convicciones no muy definidas y trata de suplirlo con la seriedad de su comportamiento.

En las jovencitas —que a primera vista todas le parecieron a Cósimo algo demasiado peludas y opacas de piel— serpenteaban unos indicios de brío, siempre frenados a tiempo. Dos de ellas jugaban, de un plátano a otro, al volante. Tic, tac, tic, tac, y luego un grito: el volante había caído a la calle. Lo recogía un chiquillo de Olivabassa y por devolverlo pedía dos *pesetas*.

Sobre el último árbol, un olmo, estaba un viejo, llamado el conde, sin peluca, vestido modestamente. El padre Sulpicio, acercándose bajó la voz, y Cósimo fue inducido a imitarlo. El conde con un brazo apartaba de vez en cuando una rama y contemplaba el declive de la colina y una llanura, ora verde ora parda, que se perdía a lo lejos.

Sulpicio susurró a Cósimo una historia de un hijo suyo detenido en las cárceles del rey Carlos y torturado. Cósimo comprendió que mientras todos aquellos hidalgos se hacían los exiliados, por decirlo así, pero tenían que acordarse y repetirse muy a menudo por qué y cómo se encontraban allí, sólo aquel anciano sufría de verdad. Este gesto de apartar la rama como aguardando ver aparecer otra tierra, este avanzar poco a poco la mirada en la extensión ondulada como esperando no encontrar nunca el horizonte, conseguir entrever un país, ¡ay!, cuán lejano, era el primer verdadero signo de exilio que Cósimo veía. Y comprendió cuánto contaba para aquellos hidalgos la presencia del conde, como si fuese ella la que los mantenía juntos, la que les daba un sentido. Era él, quizá el más pobre, seguramente en la patria el menos importante de ellos, quien les decía lo que debían sufrir y esperar.

Volviendo de las visitas, Cósimo vio sobre un aliso a una muchacha que no había visto antes. Con dos saltos estuvo allí.

Era una chica con ojos de un bellissimo color azul y tez perfumada. Sostenía un cubo.

—¿Cómo es que cuando he visto a todos no os he visto?

—Estaba en el pozo a por agua —y sonrió.

Del cubo, algo inclinado, cayó agua. Él la ayudó a sostenerlo.

—¿Así que vos bajáis de los árboles?

—No; hay un cerezo retorcido que da sombra al pozo. Desde allí bajamos los cubos. Venid.

Caminaron por una rama, salvando el muro de un patio. Ello lo guió al pasar por el cerezo. Debajo estaba el pozo.

—¿Veis, barón?

—¿Cómo sabéis que soy barón?

—Yo lo sé todo —sonrió—. Mis hermanas me han informado enseguida de la visita.

—¿Son las del volante?

—Irene y Raimunda, exactamente.

—¿Las hijas de don Federico?

—Sí...

—¿Y vuestro nombre?

—Úrsula.

—Vos andáis sobre los árboles mejor que ningún otro, aquí.

—Ya andaba de niña: en Granada teníamos grandes árboles en el *patio*.

—¿Sabríais coger aquella rosa? —En lo alto de un árbol había florecido una rosa trepadora.

—Lástima: no.

—Bueno, os la cogeré yo. —Se dirigió allí, volvió con la rosa.

Úrsula sonrió y adelantó las manos.

—Quiero ponérosla yo mismo. Decidme dónde.

—En la cabeza, gracias —y acompañó la mano de él.

—Ahora decidme: ¿sabríais —Cósimo preguntó— llegar hasta aquel almendro?

—¿Cómo se puede? —rió—. No sé volar.

—Esperad —y Cósimo sacó un lazo—. Si os dejáis atar a esta cuerda, yo os traslado hasta allí.

—No... Tengo miedo —pero reía.

—Es mi sistema. Viajo con él desde hace años, haciéndolo todo solo.

—¡Madre mía!

La transportó allá. Luego fue él. Era un almendro tierno y no muy grande. Estaban muy juntos. Úrsula estaba todavía jadeante y roja por aquel vuelo.

—¿Asustada?

—No. —Pero el corazón le latía con fuerza.

—La rosa no se ha perdido —dijo él y la tocó para ajustársela.

Así, apretados en el árbol, a cada gesto se iban abrazando.

—¡Huy! —dijo ella, y, primero él, se besaron.

Así empezó el amor, el muchacho feliz y turbado, ella feliz y nada sorprendida (a las muchachas nada les ocurre por casualidad). Era el amor tan esperado por Cósimo y ahora inesperadamente llegado, y tan hermoso que no comprendía cómo era posible imaginárselo hermoso antes. Y de su hermosura lo más nuevo era el ser tan simple, y al muchacho en ese momento le parece que tiene que ser siempre así.

XVIII

Florecieron los melocotoneros, los almendros, los cerezos. Cósimo y Úrsula pasaban juntos los días sobre los árboles floridos. La primavera coloreaba de alegría incluso la fúnebre proximidad de la parentela.

En la colonia de los exiliados mi hermano enseguida supo hacerse útil, enseñando las distintas formas de pasar de un árbol a otro y animando a aquellas nobles familias a salir de su habitual compostura para practicar un poco de ejercicio. Lanzó también puentes de cuerda, que permitían a los exiliados más viejos intercambiarse visitas. Y así, en casi un año de permanencia entre los españoles, dotó a la colonia de muchos enseres inventados por él: depósitos de agua, hornillos, sacos de piel para dormir dentro. El deseo de realizar nuevos inventos lo llevaba a secundar las usanzas de estos hidalgos incluso cuando no estaban de acuerdo con las ideas de sus autores preferidos: así, viendo el deseo de aquellas pías personas de confesarse regularmente, cavó dentro de un tronco un confesionario, dentro del cual podía meterse el enjuto don Sulpicio y desde una ventanilla con cortina y reja escuchar sus pecados.

La pura pasión de las innovaciones técnicas, en suma, no era suficiente para salvarlo del respeto a las normas vigentes; se precisaban las ideas. Cósimo escribió al librero Orbecche para que desde Ombrosa le remitiese por el correo a Olivabassa los volúmenes llegados entretanto. De este modo pudo hacerle leer a Úrsula *Pablo y Virginia* y *La Nueva Eloísa*.

Los exiliados celebraban a menudo reuniones en una gran encina, parlamentos en los que se redactaban cartas al soberano. Estas cartas, en principio, tenían que ser siempre de indignada protesta y de amenaza, casi de ultimátum; pero en cierto momento, uno u otro de ellos proponía fórmulas más blandas, más respetuosas, y así se acababa en una súplica en la que se prosternaban humildemente a los pies de las graciosas majestades implorando el perdón.

Entonces se levantaba el conde. Todos enmudecían. El conde, mirando hacia lo alto, empezaba a hablar, con voz baja y vibrante, y decía todo lo que tenía dentro. Cuando se volvía a sentar, los demás se quedaban serios y mudos. Nadie aludía más a la súplica.

Cósimo formaba ya parte de la comunidad e intervenía en los parlamentos. Y allí, con ingenuo fervor juvenil, explicaba las ideas de los filósofos, y los desafueros de los soberanos, y cómo los estados podían ser guiados según la razón y la justicia. Pero entre todos, los únicos que podían prestarle oídos eran el conde, que porque era viejo se

devanaba siempre los sesos en busca de un modo de entender y resistir, Úrsula, que había leído algún libro, y un par de muchachas algo más despiertas que las demás. El resto de la colonia eran de cabeza dura como una suela, se diría que podían clavarse clavos en ella.

En fin, este conde, en vez de estar siempre, dale que dale, contemplando el paisaje, comenzó a querer leer libros. Rousseau le resultó un poco ingrato; Montesquieu, en cambio, le gustaba: ya era un paso. Los otros hidalgos, nada, aunque alguno a escondidas del padre Sulpicio le pedía prestada a Cósimo *La Doncella* para dedicarse a leer las páginas atrevidas. Así, con el conde que cavilaba sobre aquellas nuevas ideas, las reuniones en la encina tomaron otro cariz: ya se hablaba de ir a España a hacer la revolución.

El padre Sulpicio al principio no olfateó el peligro. Él ya no era de por sí muy agudo, y, alejado de toda la jerarquía de sus superiores, no estaba al día con respecto a los venenos de las conciencias. Pero en cuanto pudo volver a ordenar las ideas (o en cuanto, dicen otros, recibió unas cartas con los sellos episcopales), empezó a decir que el demonio se había introducido en aquella comunidad y que era de esperar una lluvia de rayos, que redujera a cenizas los árboles con todos ellos encima.

Una noche, Cósimo fue despertado por un lamento. Acudió con una linterna y en el olmo del conde vio al viejo atado al tronco y al jesuita que apretaba los nudos.

—¡Alto ahí, padre! ¿Qué es esto?

—¡El brazo de la Santa Inquisición, hijo! Ahora le toca a este desdichado viejo, para que confiese la herejía y escupa al demonio. ¡Después te tocará a ti!

Cósimo sacó la espada y cortó las cuerdas.

—¡Cuidado, padre! ¡Hay también otros brazos, que observan la razón y la justicia!

El jesuita de la capa sacó una espada desenvainada.

—¡Barón de Rondò, vuestra familia tiene desde hace tiempo una cuenta pendiente con mi Orden!

—¡Tenía razón mi difunto padre! —exclamó Cósimo cruzando su acero—. ¡La compañía no perdona!

Se batieron en equilibrio sobre las ramas. Don Sulpicio era un esgrimista excelente, y varias veces mi hermano se encontró en un apuro. Estaban en el tercer asalto cuando el conde, reanimado, se puso a gritar. Se despertaron los demás exiliados, acudieron, se interpusieron entre los duelistas. Sulpicio hizo desaparecer enseguida su espada, y como si nada ocurriera se puso a recomendarles calma.

Silenciar un hecho tan grave habría sido impensable en cualquier otra comunidad, pero no en aquélla, con el deseo que tenían de reducir al mínimo todos los pensamientos que asomaban por sus cabezas. Así don Federico intervino con sus buenos oficios y se llegó a una especie de conciliación entre don Sulpicio y el conde, que lo dejaba todo como antes.

Cósimo, ciertamente, tenía que ir con cautela, y cuando andaba por los árboles con Úrsula temía siempre verse espiado por el jesuita. Sabía que éste andaba sembrando cizaña para que don Federico no dejase salir con él a la muchacha. Aquellas nobles familias, en verdad, estaban educadas con costumbres muy cerradas; pero allí se vivía sobre los árboles, en exilio, no se fijaban tanto en muchas cosas. Cósimo les parecía un buen

muchacho, con título, y sabía hacerse útil, se quedaba allí con ellos sin que nadie se lo hubiese impuesto; y si también comprendían que entre él y Úrsula debía existir algo amoroso de por medio y los veían alejarse a menudo por los huertos buscando flores y fruta, cerraban los ojos para no tener que objetar nada.

Pero ahora, con don Sulpicio que le calentaba la cabeza, don Federico no pudo seguir fingiendo que no sabía nada. Llamó a Cósimo a conversar en su plátano. A su lado estaba Sulpicio, largo y negro.

—*Barón*, se te ve a menudo con mi *niña*, me dicen.

—Me enseña a *hablar vuestro idioma*, Alteza.

—¿Cuántos años tienes?

—Voy para los *diez y nueve*.

—*Joven!* ¡Demasiado joven! Mi hija es una muchacha casadera. ¿*Por qué* te entiendes con ella?

—Úrsula tiene diecisiete años...

—¿Piensas ya en *casarte*?

—¿En qué?

—Te enseña mal el *castellano* mi hija, *hombre*. Digo que si piensas en elegirte una *novia*, en construirte un hogar.

Sulpicio y Cósimo, al mismo tiempo, hicieron un ademán como de desacuerdo. La conversación tomaba un cariz que no era el deseado por el jesuita y mucho menos por mi hermano.

—Mi hogar... —dijo Cósimo, y señaló a su alrededor, a las ramas más altas, las nubes—, mi hogar está en todas partes, en cualquier parte en donde pueda subir, yendo hacia arriba...

—*No es esto* —y el príncipe Federico Alonso sacudió la cabeza—. *Barón*, si quieres venir a Granada cuando regresemos, verás el más rico feudo de la sierra. *Mejor que aquí*.

Don Sulpicio ya no se podía estar callado:

—Pero Alteza, este joven es un volteriano... No debe tratar más con su hija...

—*Oh, es joven, es joven*, las ideas van y vienen, *que se case*, que se case y luego se le pasará, venga a Granada, venga.

—*Muchas gracias a usted...* Lo pensaré... —y Cósimo, dándole vueltas al gorro de piel de gato, se retiró con muchas reverencias.

Cuando volvió a ver a Úrsula estaba absorto.

—Sabes, Úrsula, me ha hablado tu padre... Me ha dicho ciertas cosas...

Úrsula se asustó.

—¿No quiere que nos veamos más?

—No es esto... Quisiera que yo, cuando ya no estéis exiliados, vaya con vosotros a Granada.

—¡Ah, sí! ¡Qué bien!

—Pero, mira, yo te quiero mucho, pero he estado siempre en los árboles, y quiero seguir en ellos...

—Oh, Cosme, también allí tenemos hermosos árboles, en nuestra casa...

—Sí, pero para hacer el viaje con vosotros tendría que bajar, y una vez abajo...

—No te preocupes, Cosme. Total, ahora estamos exiliados y quizá seguiremos así toda la vida.

Y mi hermano no se apenó más.

Pero Úrsula no lo había previsto bien. Poco después le llegó a don Federico una carta con los sellos reales españoles. El bando, por gracioso indulto de Su Majestad católica, era revocado. Los nobles exiliados podían volver a sus propias casas y a sus propios haberes. Enseguida se produjo un gran bullicio arriba por los plátanos.

—¡Regresamos! ¡Regresamos! ¡Madrid! ¡Cádiz! ¡Sevilla!

Corrió la voz por la ciudad. Los de Olivabassa llegaron con escaleras de mano. Algunos exiliados bajaban, festejados por el pueblo, otros reunían los equipajes.

—¡Pero esto no acaba así! —exclamaba el conde—. ¡Nos oirán las cortes! ¡Y la corona! —y puesto que de sus compañeros de exilio en ese momento ninguno parecía querer hacerle caso, y las damas ya se preocupaban por sus vestidos pasados de moda, por el guardarropa que había que renovar, se puso a hacer grandes disertaciones a la población de Olivabassa—: ¡Ahora vamos a España y ya veréis! ¡Allí ajustaremos cuentas! ¡Yo y este joven haremos justicia! —e indicaba a Cósimo. Y Cósimo, confundido, hacía gestos de que no.

Don Federico, transportado en brazos, había bajado al suelo.

—¡Baja, joven bizarro! —le gritó a Cósimo—. ¡Joven valeroso, baja! ¡Ven con nosotros a Granada!

Cósimo, acurrucado en una rama, se excusaba. Y el príncipe:

—¿*Cómo no?* ¡Serás como mi hijo!

—¡El exilio ha terminado! —decía el conde—. ¡Por fin podemos poner en práctica lo que hemos meditado durante tanto tiempo! ¿Qué te quedas a hacer sobre los árboles, barón? ¡Ya no hay motivo!

Cósimo abrió los brazos.

—¡Yo subí aquí antes que vosotros, señores, y me quedaré también después!

—¡Quieres retirarte! —gritó el conde.

—No: resistir —respondió el barón.

Úrsula, que había bajado entre los primeros y que con las hermanas se ajetreaba cargando una carroza con sus equipajes, se precipitó hacia el árbol.

—¡Entonces me quedo contigo! ¡Me quedo contigo! —y corrió hacia la escalera.

La detuvieron entre cuatro o cinco, la arrancaron de allí, quitaron las escaleras de los árboles.

—¡*Adiós*, Úrsula, que seas feliz! —dijo Cósimo, mientras la llevaban a la fuerza a la carroza, que partía.

Estalló un ladrido festivo. El pachón Óptimo Máximo, que durante todo el tiempo que su amo había permanecido en Olivabassa había demostrado un descontento gruñón, quizá exasperado por las continuas peleas con los gatos de los españoles, ahora parecía volver a

ser feliz. Se puso a dar caza, pero como jugando, a los pocos gatos supervivientes olvidados en los árboles, que erizaban el pelo y le resoplaban.

A caballo, en carroza, en berlina, los exiliados partieron. La calle se despejó. Solo, sobre los árboles de Olivabassa se quedó mi hermano. Prendidos en las ramas había aún alguna pluma, alguna cinta o encaje que se agitaba al viento, y un guante, un parasol con puntillas, un abanico, una bota con espuela.

XIX

Era un verano rebosante de lunas llenas, croar de ranas, silbidos de pinzones, aquel en que el barón volvió a ser visto en Ombrosa. Parecía presa de una intranquilidad de pájaro: saltaba de rama en rama, fisgón, desconfiado, indefinible.

Pronto comenzó a correr la voz de que una tal Checchina, del otro lado del valle, era su amante. Ciertamente, esta muchacha vivía en una casa solitaria, con una tía sorda, y un brazo de olivo pasaba cerca de su ventana. Los holgazanes, en la plaza, discutían si lo era o no lo era.

—Los he visto, ella en el antepecho, él en la rama. ¡Él gesticulaba como un murciélago y ella reía!

—¡A cierta hora él da el salto!

—Qué va: si ha jurado no bajar de los árboles en su vida...

—Bueno, él ha establecido la regla, puede establecer también las excepciones...

—Pues, si se comienza con las excepciones...

—Pero no, si ya os digo: ¡es ella que salta de la ventana al olivo!

—¿Y cómo lo hacen? Estarán muy incómodos...

—Yo digo que no se han tocado nunca. Sí, él la corteja, aunque es ella la que lo embauca. Pero él de allá arriba no baja...

Sí, no, él, ella, el antepecho, el salto, la rama... las discusiones no terminaban nunca. Los novios y los maridos, ahora, ¡ay si sus enamoradas o mujeres alzaban los ojos hacia un árbol! Las mujeres, por su parte, en cuanto se encontraban: «Chi, chi, chi...», ¿de quién hablaban?, de él.

Checchina o no Checchina, los líos mi hermano los tenía sin bajar nunca de los árboles. Lo encontré una vez corriendo por las ramas con un colchón en bandolera, con la misma naturalidad con que lo veíamos llevar en bandolera fusiles, cuerdas, hachas, alforjas, cantimploras, frasquitos de pólvora.

Una tal Dorotea, mujer galante, se dignó confesarme que se había encontrado con él, por propia iniciativa, y no por lucro, sino para hacerse una idea.

—¿Y qué idea te has hecho?

—¡Vaya! Estoy contenta...

Otra, una tal Zobeida, me contó que había soñado con «el hombre trepador» (lo llamaba así), y este sueño era tan inspirado y minucioso que creo que lo había vivido realmente.

Claro que yo no sé mucho de qué van estas cosas, pero Cósimo sobre las mujeres debía ejercer cierta fascinación. Desde que estuvo con aquellos españoles había empezado a cuidar más de su persona, y había dejado de andar arrebuñado en pieles como un oso. Llevaba calzones y frac ajustado y sombrero de copa, a la inglesa, y se afeitaba la barba y arreglaba la peluca. Es más, ahora se podía jurar, por cómo iba vestido, si estaba yendo de caza o a una cita galante.

El caso es que una madura ricadueña que no digo, de aquí de Ombrosa (todavía viven las hijas y los nietos, y podrían ofenderse, pero en esa época era una historia resabida), viajaba siempre en carroza, sola, con el viejo cochero en el pescante, y se hacía llevar por aquel trecho del camino real que pasa por el bosque. En cierto momento decía: «Giovita — al cochero—, el bosque está repleto de hongos. Vamos, llenadme esta canasta y luego regresad», y le daba un cesto. El pobre hombre, con sus reumas, bajaba del pescante, cargaba con el cesto, salía del camino y empezaba a abrirse paso entre los helechos, con la humedad, y se adentraba en medio de las hayas, inclinándose para hurgar bajo cada hoja y hallar un robellón o un bejín. Mientras tanto, la ricadueña desaparecía de la carroza, como si fuese raptada por el cielo, por entre las espesas frondas que sobresalían del camino. No se sabe más, salvo que varias veces, quien pasaba por allí tuvo ocasión de ver la carroza parada y vacía en el bosque. Después, tan misteriosamente como había desaparecido, he aquí de nuevo a la ricadueña sentada en la carroza, con mirada lánguida. Regresaba Giovita, salpicado de barro, con unos pocos hongos recogidos en la cesta, y se marchaban.

Historias como ésta se contaban muchas, especialmente en casa de ciertas madamas genovesas que daban reuniones para hombres acomodados (las frecuentaba también yo, de soltero), y así a estas cinco señoras les debieron entrar ganas de visitar al barón. Y de hecho se habla de una encina, que aún se llama la encina de las Cinco Gorrionas; nosotros los viejos sabemos qué quiere decir eso. Fue un tal Gè, comerciante de pasas, quien lo contó, hombre al que se puede dar crédito. Era un hermoso día de sol, y ese Gè iba de caza al bosque; llega a aquella encina y ¿qué es lo que ve? Cósimo se las había llevado a las cinco a las ramas, una aquí y otra allí, y disfrutaban de la tibieza, desnudas del todo, con las sombrillas abiertas para que no las quemara el sol, y el barón estaba allí en medio, leyendo versos latinos, y no consiguió entender si eran de Ovidio o de Lucrecio.

Se contaban muchas cosas, y qué habría de cierto no lo sé: en aquella época él sobre estas cosas era reservado y púdico; de viejo, en cambio, contaba y contaba, incluso demasiado, pero las más de las veces historias que no cabían ni en el cielo ni en la tierra y que no entendía ni él. El caso es que en esa época comenzó la costumbre de que cuando una muchacha quedaba encinta y no se sabía quién había sido, resultaba cómodo echarle a él la culpa. Una chica una vez contó que estaba recogiendo aceitunas y se sintió levantar por dos brazos largos como los de un mono... Al cabo de poco descargó dos mellizos. Ombrosa se llenó de bastardos del barón, fueran verdaderos o falsos. Ahora han crecido y alguno es cierto que se le parece: pero podría ser también sugestión, porque las mujeres embarazadas al ver a Cósimo saltar de repente de una rama a otra a veces se quedaban turbadas.

Pero, vaya, en general en estas historias contadas para explicar los partos, yo no creo. No sé si tuvo tantas mujeres como dicen, pero es verdad que las que lo habían conocido preferían estar calladas.

Y además, si tenía a tantas mujeres detrás, no se explicarían las noches de luna en que él daba vueltas como un gato, por las higueras, los ciruelos, los granados, en torno al pueblo, en esa zona de huertos que domina el círculo exterior de las casas de Ombrosa, y se lamentaba, lanzaba una especie de suspiros, o bostezos, o gemidos, que por mucho que él quisiera contenerlos, convertirlos en manifestaciones tolerables, corrientes, le salían en cambio de la garganta como aullidos o maullidos. Y los ombrosenses, que ya lo sabían, sorprendidos en el sueño ni siquiera se asustaban, daban vueltas en las sábanas y decían:

—Es el barón que busca hembra. Esperemos que la encuentre y nos deje dormir.

A veces, algún viejo de los que sufren de insomnio y van de buena gana a la ventana si oyen un ruido, se asomaba a mirar a la huerta y veía su sombra entre la de las ramas de la higuera, proyectada en el suelo por la luna.

—¿No conseguís coger el sueño esta noche, señoría?

—No, hace mucho que doy vueltas y sigo despierto —decía Cósimo, como si hablara desde la cama, con el rostro hundido en la almohada, no esperando más que sentirse bajar los párpados, cuando en cambio estaba allí colgado como un acróbata—. No sé qué pasa esta noche, un calor, unos nervios: quizá va a cambiar el tiempo, ¿no os parece?

—Sí, me lo parece... Pero yo soy viejo, señoría, a vos en cambio os bulle la sangre...

—Pues sí, bullir sí que bulle...

—Bueno, a ver si os bulle un poco más lejos de aquí, señor barón, que total aquí no hay nada que pueda aliviaros: sólo pobres familias que se despiertan al amanecer y que ahora quieren dormir...

Cósimo no contestaba, se alejaba hacia otros huertos. Siempre supo mantenerse en los justos límites y por otra parte los ombrosenses siempre supieron tolerar estas rarezas suyas; en parte porque seguía siendo el barón, y en parte porque era un barón distinto de los otros.

Algunas veces, estas notas propias de fiera que le salían del pecho encontraban otras ventanas, más curiosas, que las escuchaban; bastaba la señal del encenderse de una vela, de un murmullo de risas aterciopeladas, de palabras femeninas entre la luz y la sombra que no se llegaban a entender, pero que sin duda eran de burla, o de parodia, o que fingían llamarlo, y ya era algo de verdad, ya era amor, para aquel desvalido que saltaba por las ramas como un verderón.

Ahora una más atrevida se asomaba a la ventana como para ver qué ocurría, todavía caliente de la cama, el pecho descubierto, los cabellos sueltos, la risa blanca entre los fuertes labios abiertos, y se desarrollaban estos diálogos.

—¿Quién es? ¿Un gato?

—Es hombre, es hombre.

—¿Un hombre que maúlla?

—Ah, suspiro.

—¿Por qué? ¿Qué te falta?

—Me falta lo que tienes tú.

—¿El qué?

—Ven aquí y te lo digo...

Nunca tuvo desplantes de los hombres, o venganzas, señal —me parece— de que no constituía un gran peligro. Sólo una vez, misteriosamente, fue herido. Se difundió la noticia una mañana. El cirujano de Ombrosa tuvo que trepar al nogal donde él estaba quejándose. Tenía una pierna llena de perdigones de fusil, de los pequeños, para gorrones: hubo que sacárselos uno por uno con las pinzas. Le hizo daño, pero pronto se curó. Nunca se supo exactamente cómo había ocurrido; él dijo que se le había escapado un tiro inadvertidamente, saltando de una rama.

Convaleciente, inmóvil en el nogal, profundizaba en sus estudios más serios. Comenzó en esa época a escribir un *Proyecto de Constitución de un Estado ideal fundado sobre los árboles*, en el que describía la imaginaria República de Arbórea, habitada por hombres justos.

Lo comenzó como un tratado sobre las leyes y los gobiernos, pero al escribir su inclinación de inventor de historias complicadas fue despertándose y salió un borrador de aventuras, duelos e historias eróticas, insertas, estas últimas, en un capítulo sobre el derecho matrimonial. El epílogo del libro habría debido ser éste: el autor, habiendo fundado el Estado perfecto en lo alto de los árboles y convencido a toda la humanidad de que se estableciera en ellos y viviera feliz, bajaba a habitar en la tierra, que se había quedado desierta. Habría debido ser, pero la obra quedó inacabada. Le mandó un resumen a Diderot, firmando simplemente: *Cósimo Rondò, lector de la Enciclopedia*. Diderot se lo agradeció con una breve carta.

XX

De esa época no puedo decir gran cosa, porque se remonta a entonces mi primer viaje por Europa. Había cumplido los veintiún años y podía gozar del patrimonio familiar como mejor me agradara, porque a mi hermano le bastaba poco, y no mucho más necesitaba nuestra madre, que, pobrecita, había ido envejeciendo mucho en los últimos años. Mi hermano quería firmarme un documento de usufructuario de todos los bienes, con tal de que le pasase una renta mensual, le pagase los impuestos y tuviese un poco en orden los negocios. No tenía más que tomar la dirección de las posesiones, escoger una esposa, y ya veía ante mí aquella vida ordenada y pacífica que a pesar de las grandes convulsiones del cambio de siglo conseguí vivir realmente.

Pero, antes de empezar, me concedí un período de viajes. Fui incluso a París, a tiempo para ver la triunfal acogida tributada a Voltaire, que regresaba después de muchos años para la representación de una tragedia suya. Pero éstas no son las memorias de mi vida, que no merecerían desde luego ser escritas; quería decir únicamente cómo me sorprendió en todo este viaje la fama que se había difundido del hombre rampante de Ombrosa, hasta en las naciones extranjeras. Incluso vi en un almanaque una figura con el escrito debajo: «*L'homme sauvage d'Ombreuse (Rép. Génoise). Vit seulement sur les arbres*». Lo habían representado como un ser todo recubierto de vello, con una larga barba y una larga cola, y comía una langosta. Esta figura estaba en el capítulo de los monstruos, entre el Hermafrodita y la Sirena.

Frente a fantasías de este género, yo, normalmente me guardaba mucho de revelar que el hombre salvaje era mi hermano. Pero lo proclamé muy alto cuando en París fui invitado a una recepción en honor a Voltaire. El viejo filósofo estaba en su butaca, mimado por un tropel de madamas, alegre como unas pascuas y malicioso como un puercoespín. Cuando supo que venía de Ombrosa, me dirigió la palabra:

—*C'est chez vous, mon cher chevalier, qu'il y a ce fameux philosophe qui vit sur les arbres comme un singe?*

Y yo, halagado, no pude contenerme de contestarle:

—*C'est mon frère, monsieur, le baron de Rondeau.*

Voltaire se sorprendió mucho, quizá también porque el hermano de aquel fenómeno parecía persona muy normal, y se puso a hacerme preguntas, como:

—*Mais c'est pour approcher du ciel, que votre frère reste là-haut?*

—Mi hermano sostiene —respondí—, que quien quiere mirar bien la tierra debe mantenerse a la distancia necesaria —y Voltaire apreció mucho la respuesta.

—*Jadis, c'était seulement la Nature qui créait des phénomènes vivants* —concluyó—; *maintenant c'est la Raison*. —Y el viejo sabio se volvió a zambullir en el parloteo de sus mojigatas teístas.

Pronto tuve que interrumpir el viaje y regresar a Ombrosa, reclamado por un despacho urgente. El asma de nuestra madre se había agravado repentinamente y la pobrecilla ya no se levantaba de la cama.

Cuando crucé la verja y alcé los ojos hacia nuestra villa estaba seguro de que lo vería allí. Cósimo estaba encaramado a una rama alta de morera, muy cerca del antepecho de nuestra madre. «¡Cósimo!», lo llamé, pero con voz apagada. Me hizo un gesto que quería decir al mismo tiempo que mamá estaba un poco aliviada, aunque continuaba grave, y que subiese pero sin hacer ruido.

La habitación estaba en penumbra. Mamá, en la cama con una pila de almohadones que le mantenían la espalda alzada parecía más grande de lo que nunca la habíamos visto. A su alrededor había algunas mujeres de casa. Battista todavía no había llegado, porque el conde su marido, que debía acompañarla, había sido retenido por la vendimia. En la sombra del cuarto se destacaba la ventana abierta que enmarcaba a Cósimo quieto sobre la rama del árbol.

Me incliné a besar la mano de nuestra madre. Me reconoció enseguida y me puso la mano en la cabeza.

—Oh, has llegado, Biagio...

Hablaba con un hilo de voz, cuando el asma no le oprimía demasiado el pecho, pero con normalidad y buen sentido. Pero lo que me impresionó fue el oírle dirigirse indiferentemente a mí y a Cósimo, como si estuviese también él en la cabecera. Y Cósimo desde el árbol le respondía.

—¿Hace mucho que he tomado la medicina, Cósimo?

—No, sólo hace unos minutos, mamá, esperad para volverla a tomar, que ahora no os puede hacer bien.

En cierto momento ella dijo:

—Cósimo, dame un gajo de naranja —y me quedé muy extrañado.

Pero aún me sorprendí más cuando vi que Cósimo alargaba hasta la habitación, a través de la ventana, una especie de arpón de barca y con él cogía un gajo de naranja de una consola y lo colocaba en la mano de nuestra madre.

Noté que para todas estas pequeñas cosas ella prefería dirigirse a él.

—Cósimo, dame el chal.

Y él con el arpón buscaba entre la ropa arrojada en la butaca, levantaba el chal, se lo entregaba.

—Aquí lo tienes, mamá.

—Gracias, hijo mío.

Siempre le hablaba como si estuviera a un paso de distancia, pero noté que nunca le pedía cosas que él no consiguiese hacer desde el árbol. En esos casos nos lo pedía a mí o a las mujeres.

Por la noche no se adormilaba. Cósimo se quedaba velándola en el árbol, con una linterna colgada de la rama, para que lo viese también en la oscuridad.

La mañana era el peor momento para el asma. El único remedio era tratar de distraerla, y Cósimo con un silbato tocaba cancioncillas, o imitaba el canto de los pájaros, o atrapaba mariposas y luego las hacía volar en la habitación, o desplegaba guirnaldas de flores de glicina.

Hubo un día de sol. Cósimo con una escudilla se puso a hacer pompas de jabón sobre el árbol, y las soplabo por la ventana, hacia la cama de la enferma. Mamá veía aquellos colores del iris volar y llenar el cuarto y decía: «¡Oh, qué juegos os traéis!», y parecía cuando éramos niños y desaprobaba siempre nuestras diversiones por demasiado fútiles e infantiles. Pero ahora, quizá por primera vez, disfrutaba con un juego nuestro. Las pompas de jabón le llegaban hasta la cara y ella, con el aliento, las hacía estallar y sonreía. Una pompa se posó en sus labios y quedó intacta. Nos inclinamos sobre ella. Cósimo dejó caer la escudilla. Estaba muerta.

A los lutos suceden tarde o temprano acontecimientos agradables, es ley de vida. Un año después de la muerte de nuestra madre me prometí con una muchacha de la nobleza de los alrededores. Me costó mucho trabajo que mi novia se hiciese a la idea de venir a vivir a Ombrosa: tenía miedo de mi hermano. Que hubiese un hombre que se movía entre las hojas, que espiaba todos los movimientos de las ventanas, que aparecía cuando menos se le esperaba, la llenaba de terror, debido también a que nunca había visto a Cósimo y se lo imaginaba como una especie de indio. Para quitarle de la cabeza este miedo organicé una comida al aire libre, bajo los árboles, a la que también Cósimo estaba invitado. Cósimo comía sobre nosotros, en un haya, con los platos sobre una mesita, y debo decir que aunque de comer en sociedad ya estaba desacostumbrado se comportó muy bien. Mi novia se tranquilizó un poco, y se dio cuenta de que aparte de que vivía sobre los árboles era un hombre completamente igual a los demás; pero le quedó una invencible desconfianza.

E incluso cuando, ya casados, nos establecimos juntos en la villa de Ombrosa, evitaba cuanto podía no sólo la conversación, sino también la visita del cuñado, aunque el pobre le llevase de vez en cuando ramos de flores o pieles valiosas. Cuando empezaron a nacer nos hijos y después a crecer, se le metió en la cabeza que la proximidad del tío podía tener una mala influencia sobre su educación. No estuvo contenta hasta que no hicimos acomodar el castillo de nuestro viejo feudo de Rondò, deshabitado desde hacía tiempo, y empezamos a vivir allí más que en Ombrosa, para que los niños no siguieran malos ejemplos.

También Cósimo empezaba a darse cuenta del tiempo que transcurría, y la señal era el pachón Óptimo Máximo que se estaba haciendo viejo y ya no tenía ganas de unirse a las jaurías de lebreles que iban detrás de los zorros ni intentaba ya absurdos amores con perras alanas o mastines. Estaba siempre tumbado como si para la poquísima distancia que separaba su barriga del suelo cuando estaba de pie, no valiese la pena de mantenerse erguido. Y tendido allí cuan largo era, de la cola al hocico, a los pies del árbol donde estaba Cósimo, alzaba una mirada cansada hacia el amo y apenas meneaba la cola. Cósimo estaba descontento: la sensación del paso del tiempo le comunicaba una especie de insatisfacción por su vida, por su ir y venir siempre entre aquellos cuatro palos. Y ya nada lo contentaba plenamente, ni la caza, ni los amores fugaces, ni los libros. Ni siquiera sabía lo que quería: presa de sus furias, trepaba rapidísimo a las copas más tiernas y frágiles, como si buscara otros árboles que crecieran en la cima de los árboles para subir también a ellos.

Un día Óptimo Máximo estaba inquieto. Parecía que olfatease un viento de primavera. Levantaba el hocico, olisqueaba, volvía a tirarse al suelo. Dos o tres veces se alzó, se movió por allí, se volvió a tumbar. De repente empezó a correr. Trotaba despacio, ahora, y de vez en cuando se detenía para recobrar el aliento. Cósimo por las ramas lo siguió.

Óptimo Máximo cogió el camino del bosque. Parecía tener en la mente una dirección muy concreta, porque aunque de vez en cuando se paraba, echaba meaditas, descansaba con la lengua fuera mirando a su dueño, pronto se sacudía y reanudaba el camino sin vacilaciones. Estaba dirigiéndose así hacia parajes poco frecuentados por Cósimo, o mejor, casi desconocidos, pues se trataba del coto de caza del duque Tolemaico. El duque Tolemaico era un viejo decrepito y sin duda no iba de caza desde quién sabe cuánto tiempo, pero en su coto ningún cazador podía poner el pie porque los monteros eran muchos y siempre vigilantes, y Cósimo, que ya había tenido unas palabras con ellos, prefería mantenerse alejado. Ahora Óptimo Máximo y Cósimo se adentraban por el coto del príncipe Tolemaico, pero ni uno ni otro pensaban en levantar la valiosa caza: el pachón trotaba siguiendo una secreta llamada y el barón era presa de una impaciente curiosidad por descubrir adónde iba el perro.

Así el pachón llegó a un lugar en que el bosque terminaba y había un prado. Dos leones de piedra sentados en pilastras sostenían un escudo. A partir de aquí quizá empezaba un parque, un jardín, una parte más privada de la finca de Tolemaico; pero no había más que aquellos dos leones de piedra, y más allá del prado, otro prado inmenso, de corta hierba verde, cuyo final sólo se veía en lontananza, un fondo de encinas negras. El cielo, detrás, tenía una leve pátina de nubes. No cantaba ni un pájaro.

Para Cósimo, aquel prado era una visión que lo atemorizaba. Habiendo vivido siempre en la espesa vegetación de Ombrosa, seguro de poder alcanzar cualquier lugar a través de sus caminos, al barón le bastaba tener delante una extensión despejada, imposible de recorrer, desnuda bajo el sol, para experimentar una sensación de vértigo.

Óptimo Máximo se lanzó por el prado y, como si se hubiese vuelto joven, corría a todo correr.

Desde el fresno donde estaba encaramado, Cósimo empezó a silbar, a llamarlo: «¡Aquí, vuelve aquí, Óptimo Máximo! ¿Adónde vas?», pero el perro no le obedecía, ni siquiera se volvía: corría por el prado, hasta que no se vio más que una coma lejana, su cola, y también ésta desapareció.

Cósimo en el fresno se retorció las manos. A las fugas y ausencias del pachón ya estaba acostumbrado, pero ahora Óptimo Máximo desaparecía por ese prado impracticable, y su huida se fundía con la angustia experimentada poco antes, y la cargaba de una indeterminada espera, de un aguardar algo de más allá de aquel prado.

Estaba así cavilando y en esto que oye pasos bajo el fresno. Pasaba un montero, con las manos en los bolsillos, silbando. A decir verdad tenía un aire bastante desaliñado y distraído para ser uno de los terribles monteros de la finca, y sin embargo, las insignias del uniforme eran las del cuerpo ducal, y Cósimo se aplastó contra el tronco. Después, la preocupación por el perro tuvo preferencia; se dirigió al montero:

—¡Eh, vos, sargento! ¿Habéis visto por casualidad un perro pachón?

El montero alzó el rostro:

—¡Ah, sois vos! ¡El cazador que vuela con el perro que se arrastra! ¡No, no lo he visto al pachón! ¿Qué habéis cogido de bueno esta mañana?

Cósimo había reconocido a uno de sus más celosos adversarios y dijo:

—¡Qué va! Se me ha escapado el perro y he tenido que perseguirlo hasta aquí... Tengo el fusil descargado...

El montero rió:

—¡Oh, cargadlo si queréis, y disparad mientras tengáis ganas! ¡Total, ahora!

—Ahora, ¿qué?

—Ahora que el duque ha muerto, ¿quién queréis que todavía se interese por el coto?

—Ah, de modo que ha muerto, no lo sabía.

—Está muerto y enterrado desde hace tres meses. Y hay un pleito entre los herederos del primero y del segundo matrimonio y la viudita nueva.

—¿Tenía una tercera esposa?

—Con la que se casó cuando tenía ochenta años, un año antes de morir, ella una muchacha de veintiuno más o menos, os digo yo qué locuras, una esposa que no ha estado junto a él ni siquiera un día, y sólo ahora empieza a visitar sus posesiones, y no le gustan.

—¿Cómo? ¿No le gustan?

—¡Qué va! Se instala en un palacio, o en un feudo, llega allí con toda su corte, porque siempre lleva detrás un tropel de galanteadores, y después de tres días todo lo encuentra feo, triste, y se vuelve a marchar. Entonces aparecen los otros herederos, se arrojan sobre esa finca, alardean de derechos. Y ella: «Ah, pues sí, quedáosla». Ahora ha llegado aquí, al pabellón de caza, pero ¿cuánto se quedará? Yo digo que poco.

—¿Y dónde está el pabellón de caza?

—Ahí detrás del prado, entre las encinas.

—Mi perro entonces ha ido allá...

—Habría ido en busca de huesos... Perdonadme, pero me parece que vuestra señoría lo tiene un poco en ayunas —y estalló en carcajadas.

Cósimo no respondió, miraba el prado infranqueable, esperaba que el pachón regresase.

No regresó en todo el día. A la mañana siguiente Cósimo estaba de nuevo sobre el fresno, contemplando el prado, como si de la turbación que le provocaba no pudiese prescindir.

Reapareció el pachón, hacia la noche, un puntito en el prado que sólo el ojo tan agudo de Cósimo conseguía percibir, y fue avanzando, cada vez más visible.

—¡Óptimo Máximo! ¡Ven aquí! ¿Dónde has estado?

El perro se había detenido, meneaba la cola, miraba a su dueño, ladró, parecía incitarlo a ir, a seguirlo, pero se daba cuenta de la distancia que él no podía atravesar, se volvía hacia atrás, daba pasos inseguros, y, al final, se daba la vuelta.

—¡Óptimo Máximo! ¡Ven aquí! ¡Óptimo Máximo!

Pero el pachón se alejaba, desaparecía en la lejanía, por el prado.

Más tarde pasaron dos monteros.

—¡Seguís ahí esperando el perro, señoría! Pero lo he visto en el pabellón, en buenas manos...

—¿Cómo?

—Pues, sí, la marquesa, o sea la duquesa viuda (la llamamos marquesa porque era marquesita de pequeña) le hacía muchas fiestas, como si siempre lo hubiese tenido consigo. Es un perro muy melindroso, ése, con perdón, señoría. Ahora ha encontrado un sitio blando y se queda en él...

Y los dos guardas se alejaban riéndose.

Óptimo Máximo no regresaba. Cósimo estaba todos los días en el fresno mirando el prado como si en él pudiese leer algo que desde hacía tiempo lo consumía: la misma idea de lejanía, de lo insaciable, de la espera que puede prolongarse más allá de la vida.

XXI

Un día, Cósimo miraba desde el fresno. Brilló el sol, un rayo corrió por el prado que de verde guisante se volvió verde esmeralda. Allá abajo en lo negro del bosque de encinas algunas frondas se movieron y apareció un caballo. El caballo llevaba en la silla un jinete, vestido de negro, con una capa, no: una falda; no era un jinete, era una amazona, corría a rienda suelta y era rubia.

A Cósimo empezó a latirle el corazón y tuvo la esperanza de que aquella amazona se acercaría hasta poderle ver bien el rostro, y que aquel rostro resultaría muy hermoso. Pero además de esta espera de que se acercase y de su belleza había una tercera espera, una tercera rama de esperanza que se trenzaba con las otras dos, y era el deseo de que esta cada vez más luminosa belleza respondiese a una necesidad de reconocer una impresión conocida y casi olvidada, un recuerdo del que ha quedado sólo una línea, un color, y se querría que volviera a emerger todo el resto, o mejor, encontrarlo en algo presente.

Y con este ánimo no veía la hora de que ella se acercase al borde del prado próximo a él, allí donde estaban las dos pilastras de los leones; pero esta espera empezó a hacerse dolorosa, porque había advertido que la amazona no cortaba el prado en línea recta hacia los leones, sino diagonalmente, por lo que pronto desaparecería de nuevo en el bosque.

Ya estaba a punto de perderla de vista, cuando ella volvió bruscamente el caballo y ahora cortaba el prado en otra diagonal, que la traería sin duda algo más cerca, pero que la haría desaparecer igualmente por la parte opuesta del prado.

En eso Cósimo advirtió con fastidio que del bosque habían salido al prado dos caballos marrones, montados por jinetes, pero trató de alejar de inmediato este pensamiento; decidió que aquellos jinetes no tenían ninguna importancia, bastaba con ver cómo se meneaban de aquí para allá detrás de ella; no, no había que tomarlos en cuenta, y sin embargo, tenía que admitir que lo fastidiaban.

Ve que la amazona, antes de desaparecer del prado, también esta vez daba vuelta al caballo, pero lo volvía hacia atrás, alejándose de Cósimo... Ahora el caballo giraba sobre sí mismo y galopaba hacia aquí, y el movimiento parecía hecho expresamente para desorientar a los dos jinetes de los meneos, que en efecto ya se alejaban galopando y todavía no habían comprendido que ella corría en dirección opuesta.

Ya todo estaba en su sitio: la amazona galopaba al sol, cada vez más bella y cada vez respondiendo mejor a aquella sed de recuerdo de Cósimo, y lo único alarmante era el

continuo zigzag de su recorrido, que no permitía prever sus intenciones. Ni siquiera los dos jinetes entendían adónde estaba yendo, y trataban de seguir sus evoluciones acabando por recorrer mucho camino inútil, pero siempre con mucha buena voluntad y distinción.

Y cuando menos se lo esperaba Cósimo, la mujer a caballo había llegado al borde del prado próximo a él, ahora pasaba entre las dos pilastras de los leones, como si hubiesen sido puestos allí para rendirle honores, y se volvía hacia el prado y todo lo que había más allá del prado con un amplio gesto como de adiós, y galopaba hacia adelante, pasaba bajo el fresno, y Cósimo ahora le había visto bien el rostro y el cuerpo, erguida en la silla, el rostro de mujer altiva y al mismo tiempo de muchacha, la frente feliz de estar sobre aquellos ojos, los ojos felices de estar en aquel rostro, la nariz, la boca, la barbilla, el cuello, cada parte suya feliz con cualquier otra parte, y todo, todo, todo, recordaba a la muchachita vista a los doce años sobre el columpio, el primer día que pasó en el árbol: Sofonisba Viola Violante de Ondariva.

Este descubrimiento, esto es, el haber llevado este desde el primer momento inconfesado descubrimiento hasta el punto de poder proclamárselo a sí mismo, llenó a Cósimo como de una fiebre. Quiso soltar un reclamo, para que ella levantase la mirada al fresno y lo viese, pero de la garganta le salió sólo el grito de la chocha y ella no se volvió.

Ahora el caballo blanco galopaba entre los castaños, y los cascos golpeaban los erizos diseminados por el suelo abriéndolos y dejando ver la corteza leñosa y brillante del fruto. La amazona dirigía el caballo un trecho en una dirección y otro en otra, y Cósimo ora la imaginaba lejana e inalcanzable, ora saltando de árbol en árbol, la veía con sorpresa reaparecer entre la perspectiva de los troncos, y este modo de moverse inflamaba cada vez más el recuerdo que llameaba en la mente del barón. Quería hacerle llegar una llamada, una señal de su presencia, pero sólo le venía a los labios el silbido de la perdiz gris y ella no le prestaba oídos.

Los dos jinetes que la seguían parecían entender aún menos las intenciones y el recorrido, y seguían avanzando en direcciones equivocadas, enredándose en zarzales o enfangándose en pantanos, mientras ella corría segura e inasible. Daba incluso, de vez en cuando, una especie de órdenes o incitaciones a los jinetes, alzando el brazo con la fusta o arrancando la vaina de un algarrobo y lanzándola, como para decir que había que ir por allí. Los jinetes enseguida se lanzaban en aquella dirección, al galope por prados o lugares escarpados, pero ella se había vuelto hacia otro lado y ya no los miraba.

«¡Es ella! ¡Es ella!», pensaba Cósimo cada vez más inflamado de esperanza, y quería gritar su nombre pero de los labios sólo le salía un canto largo y triste como el del chorlito.

Ahora bien, ocurría que todos estos vaivenes y engaños a los jinetes y juegos se disponían en torno a una línea, que aunque irregular y ondulada no excluía una posible intención. Y adivinando esta intención, y no soportando ya la empresa imposible de seguirla, Cósimo se dijo: «Iré a un sitio al que si es ella vendrá. Es más, no puede estar aquí más que para ir a él». Y saltando por sus caminos, fue hacia el viejo parque abandonado de los Ondariva.

En aquella sombra, en aquel aire lleno de aromas, en aquel lugar donde las hojas y la madera tenían otro color y otra sustancia, se sintió tan presa de los recuerdos de la infancia que casi olvidó a la amazona, o si no la olvidó se dijo que muy bien podía no ser ella, y total, esta espera y esperanza de ella era tan verdadera que casi parecía que estuviese allí.

Pero oyó un ruido. Eran los cascos del caballo blanco sobre la grava. Venía por el jardín, ya no a la carrera, como si la amazona quisiera mirar y reconocer minuciosamente cada cosa. De los atontados caballeros ya no se oía ningún indicio: les debía haber hecho perder del todo su rastro.

La vio: daba la vuelta al estanque, al pabellón, a las ánforas. Miraba las plantas que se habían vuelto enormes, con colgantes raíces aéreas, las magnolias convertidas en un bosque. Pero no lo veía a él, a él que trataba de llamarla con el arrullo de la upupa, con el trino de la alondra, con sonidos que se perdían en el denso gorjeo de los pájaros del jardín.

Había desmontado de la silla, iba a pie llevando el caballo de las riendas. Llegó a la villa, dejó el caballo, entró en el pórtico. Estalló en gritos:

—¡Hortensia! ¡Cayetano! ¡Tarquino! ¡Hay que encalar esto, barnizar las persianas, colgar los tapices! ¡Y quiero aquí la mesa, allí las consolas, en medio la espineta, y hay que cambiar todos los cuadros de sitio!

Cósimo se dio cuenta entonces de que aquella casa que a su mirada distraída le había parecido cerrada y deshabitada como siempre, estaba ahora, en cambio, abierta, llena de gente, de sirvientes que limpiaban, ordenaban, aireaban, ponían muebles en su sitio, sacudían alfombras. ¡Era Viola que regresaba, pues, Viola que volvía a establecerse en Ombrosa, que volvía a tomar posesión de la villa de la que se había marchado de niña! Y el agitado latido de gozo en el pecho de Cósimo no era, sin embargo, muy distinto de un estremecimiento de miedo, porque el haber regresado ella, el tenerla ante los ojos tan imprevisible y altiva, podía significar no tenerla nunca más, ni siquiera en el recuerdo, ni siquiera en ese secreto perfume de hojas y color de la luz a través del verde, podía significar que él se vería obligado a rehuirla y de este modo huir también del primer recuerdo de ella niña.

Con este alterno palpar Cósimo la veía moverse entre la servidumbre, haciendo trasladar divanes, clavicordios, rinconeras, y después pasar aprisa al jardín y volver a montar al caballo, seguida por la cuadrilla de los que esperaban todavía órdenes, y ahora se dirigía a los jardineros, explicándoles cómo debían reformar los parterres incultos, y volver a colocar en las alamedas la grava que se había llevado la lluvia, y volver a poner las sillas de mimbre, el columpio...

Señaló, con amplios ademanes, la rama de la que el columpio había colgado antaño y donde tenía que ser colgado de nuevo ahora, y lo largas que tenían que ser las cuerdas, y la amplitud del recorrido, y mientras así hablaba con ademanes y la mirada llegó a la magnolia en la que Cósimo se le había aparecido una vez. Y sobre la magnolia, de nuevo, lo vio.

Quedó sorprendida. Mucho. Que no se diga. Desde luego se recobró enseguida y se hizo la suficiente, como era costumbre en ella, pero de momento quedó muy sorprendida y le rieron los ojos y la boca y un diente que tenía como cuando era niña.

—¡Tú! —y luego, buscando el tono de quien habla de algo natural, pero sin conseguir ocultar su complacido interés—: ¡Ah! ¿De modo que te has quedado ahí desde entonces sin bajar nunca?

Cósimo consiguió transformar aquella voz que le quería salir como un grito de gorrión en un:

—Sí, soy yo, Viola, ¿te acuerdas?

—Nunca, ¿nunca has puesto el pie en el suelo?

—Nunca.

Y ella, como si ya se hubiese confiado demasiado:

—Ah, ¿ves cómo lo has conseguido? No era pues tan difícil.

—Esperaba tu regreso...

—Muy bien. Eh, vosotros, ¿adónde lleváis esa cortina? ¡Dejadlo todo aquí que lo vea yo! —Volvió a mirarlo. Cósimo ese día iba vestido de caza: hirsuto, con el gorro de gato, con la escopeta—. ¡Pareces Robinson!

—¿Lo has leído? —dijo él enseguida, para mostrarse al corriente.

Viola ya se había vuelto:

—¡Cayetano! ¡Ampelio! ¡Las hojas secas! ¡Está lleno de hojas secas!

Y a él:

—Dentro de una hora, al fondo del parque. Espérame. —Y corrió a dar órdenes, a caballo.

Cósimo se arrojó a la espesura; habría querido que fuese mil veces más espesa, un alud de hojas y ramas y espinos y madreselvas y culantrillos para ahondar y hundirse en ellos, y sólo después de haberse sumergido del todo empezar a entender si era feliz o estaba loco de miedo.

Sobre el gran árbol del fondo del parque, con las rodillas apretadas a la rama, miraba la hora en una patata que había sido de su abuelo materno el general von Kurtewitz, y se decía: no vendrá. En cambio doña Viola llegó casi puntual, a caballo; lo detuvo bajo el árbol, sin mirar hacia arriba; no llevaba el sombrero, ni la falda de amazona; la blusa blanca con encajes sobre la falda negra era casi monacal. Alzándose sobre los estribos tendió una mano hasta él, en la rama; él la ayudó; ella, subiendo a la silla, alcanzó la rama, luego, siempre sin mirarlo, trepó rápida, buscó una horqueta cómoda, se sentó. Cósimo se acurrucó a sus pies, y no podía comenzar sino así:

—¿Has regresado?

Viola lo miró irónica. Era tan rubia como de niña.

—¿Cómo lo sabes? —dijo.

Y él, sin entender la broma:

—Te he visto en aquel prado del coto del duque...

—El coto es mío. ¡Que se llene de ortigas! ¿Lo sabes todo? ¿De mí, digo?

—No... He sabido sólo que ahora eres viuda...

—Es verdad, soy viuda —y se dio un golpe a la falda negra, desplegándola, y empezó a hablar atropelladamente—: Tú no sabes nunca nada. Te estás ahí sobre los árboles todo el día metiendo la nariz en los asuntos de los demás, y luego no sabes nada. Me casé con el viejo Tolemaico porque me obligaron los míos, sí, me obligaron. Decían que iba coqueteando y que no podía estar sin un marido. Durante un año he sido duquesa de Tolemaico, y ha sido el año más aburrido de mi vida, aunque con el viejo no he vivido ni una semana. No volveré a poner nunca el pie en ninguno de sus castillos y ruinas y ratoneras, ¡que se llenen de serpientes! De ahora en adelante viviré aquí, donde vivía de niña. Me quedaré hasta que me dé la gana, se entiende, luego me iré: soy viuda y puedo hacer lo que quiera, finalmente. Siempre he hecho lo que he querido, en realidad: incluso me casé con Tolemaico porque me vino en gana, no es verdad que me hayan obligado a casarme con él, querían que me casara a toda costa y entonces escogí al pretendiente más decrepito que existía. «Así me quedaré viuda antes», dije, y de hecho ahora lo estoy.

Cósimo estaba allí medio aturdido bajo aquel alud de noticias y afirmaciones perentorias, y Viola estaba más lejos que nunca; coqueta, viuda y duquesa, formaba parte de un mundo inalcanzable, y todo lo que supo decir fue:

—¿Y con quién era que coqueteabas tanto?

Y ella:

—¡Vaya! Estás celoso. Mira que no voy a permitirte nunca que estés celoso.

Cósimo tuvo un arrebato de celoso incitado a pelear, pero luego enseguida pensó: «¿Cómo? ¿Celoso? Pero ¿por qué admite que yo pueda estar celoso de ella? ¿Por qué dice: “no voy a permitirte nunca”? Es como decir que piensa que nosotros...».

Entonces, ruborizado, conmovido, tenía ganas de decirle, de pedirle, de sentir, en cambio fue ella que le preguntó, seca:

—Dime ahora tú: ¿qué has hecho?

—Oh, he hecho tantas cosas —empezó a decir él—, he ido de caza, incluso jabalíes, pero sobre todo zorros, liebres, garduñas, y también, se entiende, tordos y mirlos; luego los piratas, vinieron los piratas turcos, hubo una gran batalla, mi tío murió; y he leído muchos libros, para mí y para un amigo mío, un bandido que ahorcaron; y tengo toda la Enciclopedia de Diderot e incluso le escribí y me contestó, desde París; y he hecho muchos trabajos, he podado, he salvado un bosque de los incendios...

—... ¿Y me amarás siempre, absolutamente, por encima de todo, y harías cualquier cosa por mí?

Ante esta salida de ella, Cósimo, pasmado, dijo:

—Sí...

—Eres un hombre que ha vivido en los árboles sólo por mí, para aprender a amarme...

—Sí... Sí...

—Bésame.

La apretó contra el tronco, la besó. Alzando el rostro se dio cuenta de la belleza de ella, como si no la hubiese visto antes.

—Oye: qué hermosa eres...

—Para ti —y se desabrochó la blusa blanca.

El pecho era joven y con los botones rosados, Cósimo apenas llegó a rozarlo, Viola se escabulló por las ramas que parecía que volase, él trepaba detrás y tenía en el rostro aquella falda.

—Pero ¿adónde me estás llevando? —decía Viola como si fuese él quien la conducía, no ella que lo arrastraba.

—Por aquí —dijo Cósimo, y empezó él a guiarla, y a cada salto la cogía de la mano o de la cintura y le enseñaba los pasos.

—Por aquí —e iban por unos olivos que sobresalían de un empinado repecho, y desde la cima de uno de ellos el mar, que hasta entonces divisaban sólo fragmento a fragmento entre hojas y ramas, como desmenuzado, ahora, de repente, lo descubrieron límpido y en calma y vasto como el cielo. El horizonte se abría ancho y alto y el azul era tenso y despejado sin una vela y se contaban en él las crestas insinuadas apenas de las olas. Sólo un levísimo torbellino, como un suspiro, corría entre las piedras de la orilla.

Con los ojos medio deslumbrados, Cósimo y Viola bajaron de nuevo a la sombra verde oscura del follaje.

—Por aquí.

En un nogal, en el tronco, había una cavidad en forma de concha, la herida de un viejo trabajo de hacha, y allí estaba uno de los refugios de Cósimo. Había extendida una piel de jabalí, y puestos alrededor una botella, algunos utensilios, una escudilla. Viola se lanzó sobre la piel de jabalí.

—¿Has traído aquí a otras mujeres?

Él vaciló. Y Viola:

—Si no las has traído es que no eres hombre.

—Sí... Alguna...

Recibió una bofetada a la cara de lleno.

—¿Así me esperabas?

Cósimo se pasaba la mano por la mejilla roja y no sabía qué decir; pero ella ya parecía de nuevo bien dispuesta:

—¿Y cómo eran? Dime, ¿cómo eran?

—No como tú, Viola, no como tú...

—¿Qué sabes tú de cómo soy yo, eh, qué sabes?

Se había vuelto dulce, y Cósimo ante estos cambios repentinos no dejaba de asombrarse. Se le acercó. Viola era de oro y miel.

—Dime...

—Dime...

Se conocieron. Él la conoció a ella y a sí mismo, porque en realidad no se había conocido nunca. Y ella lo conoció a él y a sí misma, porque aun habiéndose conocido siempre, nunca se había podido reconocer así.

XXII

El primer peregrinaje fue a aquel árbol que en una incisión profunda de la corteza, tan vieja y deformada que ya no parecía obra de una mano humana, podía verse escrito, con grandes letras: *Cósimo*, *Viola*, y —más abajo— *Óptimo Máximo*.

—¿Aquí arriba? ¿Quién ha sido? ¿Cuándo?

—Yo: entonces.

Viola estaba conmovida.

—¿Y esto qué quiere decir? —e indicaba las palabras: *Óptimo Máximo*.

—Mi perro. O sea, el tuyo. El pachón.

—¿Turcaret?

—Óptimo Máximo, le puse este nombre.

—¡Turcaret! Cuánto lloré cuando al marcharme me di cuenta de que no lo habían cargado en la carroza... Oh, no me importaba no verte a ti, ¡pero estaba desesperada por no tener ya al pachón!

—¡De no ser por él no te habría encontrado! Fue él quien olió en el viento que estabas cerca, y no estuvo tranquilo hasta que te encontró...

—Lo reconocí enseguida, en cuanto lo vi llegar al pabellón, todo jadeante... Los otros decían: «¿Y éste de dónde ha salido?». Yo me incliné a observarlo, el color, las manchas. «¡Pero si es Turcaret! ¡El pachón que tenía de niña en Ombrosa!».

Cósimo reía. Ella de improviso torció la nariz.

—Óptimo Máximo... ¡Qué nombre más feo! ¿De dónde sacas nombres tan feos? —Y Cósimo se ensombreció.

Para Óptimo Máximo, en cambio, la felicidad no tenía sombras. Su viejo corazón dividido entre dos dueños estaba finalmente en paz, después de haberse cansado días y días a fin de atraer a la marquesa hacia los límites del coto, al fresno donde estaba apostado Cósimo. Le había tirado de la falda, o se le había escapado llevándose un objeto, corriendo hacia el prado para que lo siguiera, y ella: «Pero ¿qué quieres? ¿Adónde me llevas? ¡Turcaret! ¡Estate quieto! ¡Pero qué perro más molesto he vuelto a encontrar!». Pero la vista del pachón ya había removido en su memoria los recuerdos de la infancia, la nostalgia de Ombrosa. Y enseguida había preparado el traslado del pabellón ducal para regresar a la vieja Villa de las plantas raras.

Viola había vuelto. Para Cósimo había empezado la época más hermosa, y también para ella, que recorría los campos en su caballo blanco y apenas divisaba al barón entre frondas y cielo se levantaba de la silla, trepaba por los troncos oblicuos y las ramas, pronto casi tan diestra como él, y lo alcanzaba en todas partes.

—Oh, Viola, ya no sé, treparía no sé dónde...

—A mí —decía Viola, bajito, y él se ponía como loco.

El amor era para ella un ejercicio heroico: el placer se mezclaba con pruebas de osadía y generosidad y entrega y tensión de todas las facultades de ánimo. El mundo de ellos eran los árboles, los más intrincados y retorcidos e inaccesibles.

—¡Allí! —exclamaba indicando una alta ahorcadura de ramas, y juntos se lanzaban a alcanzarla y empezaba entre ellos una competición de acrobacias que culminaba en nuevos abrazos. Se amaban suspendidos en el vacío, apoyándose o enganchándose en las ramas, ella tirándose sobre él casi volando.

La obstinación amorosa de Viola se encontraba con la de Cósimo, y a veces chocaba con ella. Cósimo huía de dilaciones, blanduras, perversidades refinadas; nada que no fuese el amor natural le gustaba. Las virtudes republicanas estaban en el aire; se preparaban épocas severas y licenciosas al mismo tiempo. Cósimo, amante insaciable, era un estoico, un asceta, un puritano. En busca siempre de la felicidad amorosa, seguía siendo, sin embargo, enemigo de la voluptuosidad. Llegaba a desconfiar del beso, de la caricia, del halago verbal, de todo lo que ofuscara o pretendiese sustituir la salud de la naturaleza. Era Viola quien le había descubierto la plenitud; y con ella jamás conoció la tristeza después del amor, predicada por los teólogos; más aún, sobre este tema escribió una carta filosófica a Rousseau que, quizá turbado, no contestó.

Pero Viola era también mujer refinada, caprichosa, viciada, de sangre y alma católicas. El amor de Cósimo le colmaba los sentidos, pero dejaba insatisfechas las fantasías. De ahí, roces y celos resentimientos. Pero duraban poco, por lo variado de su vida y del mundo que les rodeaba.

Cansados, buscaban sus refugios escondidos en los árboles de copa más tupida: hamacas que envolvían sus cuerpos como una hoja abarquillada, o pabellones colgantes, con cortinajes que volaban al viento, o yacijas de plumas. En estas disposiciones se desplegaba el genio de doña Viola: dondequiera que se encontrara la marquesa tenía el don de crear en torno suyo bienestar, lujo y una compleja comodidad; compleja a la vista, pero que ella obtenía con milagrosa facilidad, porque cualquier cosa que ella quisiera tenía que verla inmediatamente realizada a toda costa.

Sobre estas alcobas aéreas se ponían a cantar los petirrojos y entre las cortinas entraban mariposas reales en pareja, persiguiéndose. En las tardes de verano, cuando el sueño asaltaba a los dos amantes juntos, entraba una ardilla, buscando algo para roer, y acariciaba sus rostros con la cola plumosa, o les mordía un pulgar. Cerraron con más cuidado las cortinas, entonces: pero una familia de lirones se puso a roer el techo del pabellón y les cayó encima.

Era la época en que iban descubriéndose, contándose sus vidas, interrogándose.

—¿Y te sentías solo?

—Me faltabas tú.

—Pero ¿solo respecto al resto del mundo?

—No. ¿Por qué? Tenía siempre algo que hacer con otra gente: he cogido fruta, he podado, he estudiado filosofía con el abate, me he peleado con los piratas. ¿No les ocurre lo mismo a todos?

—Sólo tú eres así, por eso te amo.

Pero el barón todavía no había entendido bien qué era lo que Viola aceptaba de él y qué no. A veces bastaba una nadería, una palabra o un acento de él para hacer saltar la ira de la marquesa.

Por ejemplo él:

—Con Gian dei Brughi leía novelas, con el caballero hacía proyectos hidráulicos...

—¿Y conmigo?

—Contigo hago el amor. Como la poda, la fruta...

Ella callaba, inmóvil. Enseguida advertía Cósimo que se había desencadenado su ira: los ojos se le habían convertido de repente en hielo.

—¿Por qué, qué hay, Viola, qué he dicho?

Ella estaba distante, como si no lo viese ni lo oyese, a cien millas de él, con el rostro marmóreo.

—Pero no, Viola, qué hay, por qué, oye...

Viola se levantaba y, ágil, sin necesidad de ayuda, se disponía a bajar del árbol.

Cósimo todavía no había comprendido cuál había sido su error, aún no había conseguido pensar en él, quizá prefería no pensar en él en absoluto, no entenderlo, para proclamar mejor su inocencia:

—Pero no, no me habrás entendido, Viola, oye...

La seguía hasta la horcadura más baja:

—Viola, no te vayas, no así, Viola...

Ella ahora hablaba, pero al caballo, que había alcanzado y desataba; montaba en la silla y se alejaba.

Cósimo empezaba a desesperarse, a saltar de un árbol a otro.

—¡No, Viola, dime, Viola!

Ella ya había galopado lejos. Él por las ramas la perseguía:

—¡Te lo suplico, Viola, yo te amo!

Pero ya no la veía. Se lanzaba sobre ramas inseguras, con saltos arriesgados.

—¡Viola! ¡Viola!

Cuando ya estaba seguro de haberla perdido, y no podía frenar los sollozos, hela aquí que volvía a pasar al trote, sin levantar la mirada.

—¡Mira, mira, Viola, qué hago!

Y empezaba a dar cabezadas contra un tronco, con la cabeza desnuda (que tenía, a decir verdad, durísima).

Ella ni siquiera lo miraba. Ya estaba lejos.

Cósimo esperaba que volviese, con zigzags entre los árboles.

—¡Viola! ¡Estoy desesperado!

Y se tiraba al vacío, cabeza abajo, sujetándose con las piernas a una rama y descargándose puñetazos en la cabeza y el rostro. O bien se ponía a romper ramas con una furia destructora, y un olmo frondoso en pocos instantes quedaba desnudo y desguarnecido como si hubiese pasado el pedrisco.

Nunca, sin embargo, amenazó con matarse, es más, no amenazó nunca nada, los chantajes del sentimiento no le iban. Aquello que le apetecía hacer lo hacía, y cuando ya lo estaba haciendo lo anunciaba, no antes.

En cierto momento, a doña Viola, la ira, tan imprevisiblemente como le había entrado, se le iba. De entre todas las locuras de Cósimo que parecía que no la hubiesen ni rozado, repentinamente una la inflamaba de piedad y amor.

—¡No, Cósimo, querido, espérame!

Y saltaba de la silla, y se precipitaba a trepar por un tronco, y los brazos de él, desde arriba, estaban dispuestos para levantarla.

El amor se reanudaba con una furia similar a la de la pelea. Era, en realidad, la misma cosa, pero Cósimo no entendía nada.

—¿Por qué me haces sufrir?

—Porque te amo.

Ahora era él quien se enfadaba.

—¡No, no me amas! Quien ama quiere la felicidad, no el dolor.

—Quien ama quiere sólo el amor, aun a costa del dolor.

—Me haces sufrir adrede, entonces.

—Sí, para ver si me amas.

La filosofía del barón se negaba a ir más allá.

—El dolor es un estado negativo del alma.

—El amor lo es todo.

—Contra el dolor ha de lucharse siempre.

—El amor no se niega a nada.

—Hay cosas que no admitiré nunca.

—Sí que las admities, porque me amas y sufres.

Del mismo modo que las desesperaciones, eran clamorosas en Cósimo las explosiones de alegría incontenible. A veces su felicidad llegaba a tal extremo que tenía que apartarse de la amante e ir saltando y gritando y proclamando las maravillas de su dama.

—*Yo quiero the most wonderful puellam de todo el mundo!*

Aquellos que estaban sentados en los bancos de Ombrosa, desocupados y viejos marineros, ya se habían acostumbrado a estas rápidas apariciones suyas. De pronto se le descubría llegar a saltos por los acebos, y declamar:

Zu dir, zu dir, gunàika,

*Vo cercando il mio ben,
En la isla de Jamaica,
Du soir jusqu'au matin!*

O bien:

*Il y a un pré where the grass grows toda de oro.
Take me away, take me away, che io ci moro!*

Y desaparecía.

Su estudio de las lenguas clásicas y modernas, aunque no muy profundo, le permitía abandonarse a esta clamorosa predicación de sus sentimientos, y cuanto más agitado estaba su ánimo por una intensa emoción, más oscuro se hacía su lenguaje. Se recuerda una vez que, por el Santo Patrón, la gente de Ombrosa estaba congregada en la plaza y había la cucaña y las guirnaldas y el estandarte. El barón apareció en lo alto de un plátano y con uno de aquellos saltos de los que sólo su agilidad acrobática era capaz, saltó al palo de la cucaña, trepó hasta arriba, gritó: «*Que viva die schöne Venus Posterìor!*», se dejó resbalar por el palo enjabonado hasta casi el suelo, se detuvo, volvió a subir raudo a lo alto, arrancó del trofeo un rosado y redondo queso, y con otro salto de los suyos voló de nuevo al plátano y escapó, dejando estupefactos a los ombrosenses.

Nada como estas exuberancias hacía tan feliz a la marquesa; y la impulsaban a restituírselas con manifestaciones de amor igualmente. Los de Ombrosa, cuando la veían galopar a rienda suelta, el rostro casi hundido en la crin blanca del caballo, sabían que corría a una cita con el barón. También al ir a caballo expresaba ella una fuerza amorosa, pero aquí Cósimo no podía seguirla; y la pasión ecuestre de ella, aunque él la admirara mucho, también era, sin embargo, para él un secreto motivo de celos y rencor, porque veía a Viola dominar un mundo más vasto que el suyo, y comprendía que nunca podría tenerla sólo para sí, encerrarla en los límites de su reino. La marquesa, por su parte, quizá sufría por no poder ser al mismo tiempo amante y amazona; la asaltaba a veces una confusa necesidad de que el amor de ella y Cósimo fuera amor a caballo, y correr por los árboles ya no le bastaba, habría querido correr por ellos al galope en la silla de su corcel.

Y en realidad el caballo, a fuerza de correr por aquel terreno de cuevas y pendientes, se había vuelto trepador como una corza, y Viola ahora lo lanzaba a la carrera contra ciertos árboles, por ejemplo viejos olivos de tronco torcido. El caballo llegaba a veces hasta la primera horqueta de ramas, y ella cogió la costumbre de atarlo ya no al suelo, sino allá sobre el olivo. Desmontaba y lo dejaba roer hojas y ramitas.

Así pues, cuando un chismoso, al pasar por el olivar y alzar los ojos curiosos, vio allá arriba al barón y la marquesa abrazados y luego fue a contarlos y añadió: «¡Y el caballo blanco estaba también él en lo alto de una rama!», lo tomaron por un fantasioso y nadie lo creyó. Por esa vez, incluso el secreto de los amantes quedó salvado.

XXIII

El hecho que ahora he narrado prueba que los ombrosenses, así como habían sido pródigos en chismes sobre la anterior vida galante de mi hermano, ahora, ante esta pasión que se desencadenaba, puede decirse, sobre sus cabezas, mantenían una respetuosa reserva, como ante algo más grande que ellos. No es que no desaprobaran la conducta de la marquesa; pero más por sus aspectos externos, como aquel galopar desenfrenado («¿Quién sabe adónde irá presa de esa furia?», se decían, aun sabiendo perfectamente que iba a sus encuentros con Cósimo), o aquel mobiliario que ponía en lo alto de los árboles. Ya estaba en el ambiente el considerarlo todo como una moda de los nobles, una de tantas extravagancias («Todos sobre los árboles, ahora. Mujeres, hombres. ¿No tienen nada más que inventar?»); en fin, estaban llegando tiempos acaso más tolerantes, pero más hipócritas.

En los acebos de la plaza el barón se dejaba ver ahora con grandes intervalos, y era señal de que ella había partido. Porque Viola estaba a veces lejos durante meses, cuidando sus bienes diseminados por toda Europa, pero estas partidas correspondían siempre a momentos en que sus relaciones habían sufrido sacudidas y la marquesa se había ofendido con Cósimo por no entender éste lo que ella quería hacerle entender del amor. No es que Viola se marchase ofendida con él: siempre conseguían hacer las paces antes, pero en él quedaba la sospecha de que a aquel viaje se hubiese decidido por cansancio de él, porque no conseguía retenerla, quizá se estaba ya apartando de él, quizá una coyuntura durante el viaje o una pausa de reflexión la decidirían a no volver. De modo que mi hermano vivía angustiado. Por una parte trataba de reanudar su vida habitual de antes de encontrarla, ir de nuevo a cazar o a pescar, y continuar los trabajos agrícolas, sus estudios, las valentonadas en la plaza, como si nunca hubiese hecho otra cosa (persistía en él el testarudo orgullo juvenil de quien no quiere admitir que sufre influencias ajenas), y al mismo tiempo se complacía de todo cuanto aquel amor le daba, de alacridad, de fiereza; pero por otra parte se daba cuenta de que muchas cosas ya no le importaban, que sin Viola la vida bien poco sabor tenía, que sus pensamientos corrían siempre hacia ella. Cuanto más trataba, fuera del torbellino de la presencia de Viola, de volver a dominar las pasiones y los placeres en una sabia economía del alma, más sentía el vacío dejado por ella o la fiebre de esperarla. En suma, su enamoramiento era justamente como Viola lo quería, no como él

pretendía que fuese; era siempre la mujer quien triunfaba, incluso si estaba lejos, y Cósimo, a pesar suyo, terminaba por disfrutar con ello.

Repentinamente, la marquesa regresaba. En los árboles volvía a empezar la estación de los amores, pero también la de los celos. ¿Dónde había estado Viola? ¿Qué había hecho? Cósimo ansiaba saberlo, pero al mismo tiempo tenía miedo del modo en que ella respondía a sus averiguaciones, siempre con alusiones, y cada alusión encontraba la manera de insinuar un motivo de sospecha para Cósimo, y él comprendía que lo hacía para atormentarlo, y sin embargo todo podía ser verdad, y con este incierto estado de ánimo tanto enmascaraba sus celos como los dejaba prorrumpir violentamente y Viola respondía de forma siempre distinta e imprevisible a sus reacciones, o bien le parecía más ligada a él que nunca, o bien no conseguía volver a inflamarla.

Cuál era en realidad la vida de la marquesa en sus viajes, nosotros en Ombrosa no podíamos saberlo, alejados como estábamos de las capitales y sus habladurías. Pero por entonces yo realicé mi segundo viaje a París, con motivo de unos contratos (un suministro de limones, porque ahora también muchos nobles se ponían a comerciar, y yo entre los primeros).

Una noche, en uno de los más ilustres salones parisinos, me encontré a doña Viola. Llevaba un peinado tan suntuoso y un vestido tan resplandeciente que si no vacilé en reconocerla, al contrario, me estremecí en cuanto la vi, fue porque era precisamente una mujer que no podía ser confundida con ninguna. Me saludó con indiferencia, pero pronto encontró el modo de apartarse conmigo y de preguntarme, sin esperar respuesta entre una y otra pregunta: «¿Tenéis noticias de vuestro hermano? ¿Estaréis pronto de regreso? Tened, dadle esto de mi parte». Y sacándose del seno un pañuelo de seda me lo metió en la mano. Luego enseguida se dejó rodear por la corte de admiradores que llevaba detrás.

—¿Conocéis a la marquesa? —me preguntó en voz baja un amigo parisino.

—Sólo de pasada —respondí, y era cierto: durante sus estancias en Ombrosa, doña Viola, contagiada por la esquividad de Cósimo, no se ocupaba de frecuentar a la nobleza de la vecindad.

—Raras veces tanta belleza va acompañada por tanta intranquilidad —dijo mi amigo—. Los chismosos pretenden que en París pasa de un amante a otro, en un carrusel tan continuo que no permite a ninguno llamarla suya y llamarse privilegiado. Pero de vez en cuando desaparece durante meses y meses y dicen que se retira a un convento, a macerarse en penitencias.

Yo retuve a duras penas la risa, al ver cómo las estancias de la marquesa en los árboles de Ombrosa eran tenidas por los parisinos por períodos de penitencia; pero al mismo tiempo aquellos chismes me turbaron, haciéndome prever tiempos de tristeza para mi hermano.

Para prevenirlo de desagradables sorpresas, quise ponerlo sobre aviso, y en cuanto regresé a Ombrosa fui a buscarlo. Me interrogó ampliamente sobre el viaje, sobre las

novedades de Francia, pero no conseguí darle ninguna noticia política o literaria de la que ya no estuviese informado.

Por último, saqué del bolsillo el pañuelo de doña Viola.

—En París, en un salón, me encontré a una dama que te conoce, y me dio esto para ti, con sus recuerdos.

Bajó a toda prisa el cestito que colgaba de la cuerda, subió el pañuelo de seda y se lo llevó a la cara como para aspirar su perfume.

—Ah, ¿la has visto? ¿Y cómo estaba? Dime, ¿cómo estaba?

—Muy bella y brillante —respondí lentamente—, pero se dice que este perfume es aspirado por muchas narices...

Se metió el pañuelo en el pecho como si temiese que se lo pudiesen arrebatarse. Se volvió hacia mí, ruborizado:

—¿Y no tenías una espada para hacer tragar tales mentiras a quien te las dijo?

Tuve que confesar que ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

Se quedó un rato callado. Después se encogió de hombros.

—Todo mentiras. Yo sólo sé que sólo es mía —y escapó por las ramas sin despedirse. Reconocí su forma habitual de rechazar cualquier cosa que le obligase a salir de su mundo.

Desde entonces no se le vio más que triste e impaciente, saltando aquí y allá, sin hacer nada. Si de vez en cuando lo oía silbar compitiendo con los mirlos, su trino era cada vez más nervioso y oscuro.

La marquesa llegó. Como siempre, los celos de él la pusieron contenta; en parte los incitó, en parte los tomó a broma. Y así volvieron los hermosos días de amor y mi hermano era feliz.

Pero la marquesa ahora no perdía la menor ocasión para acusar a Cósimo de tener del amor una idea muy estrecha.

—¿Qué quieres decir? ¿Que soy celoso?

—Haces bien en estar celoso. Pero tú pretendes someter los celos a la razón.

—Claro: así los hago más eficaces.

—Tú razones demasiado. ¿Por qué se razona con el amor?

—Para amarte más. Cualquier cosa, si se hace razonando, aumenta su poder.

—Vives en los árboles y tienes la mentalidad de un notario con gota.

—Las empresas más osadas se viven con el alma más sencilla.

Continuaba hablando sentenciosamente, hasta que ella huía; entonces él la seguía, se desesperaba, se arrancaba los cabellos.

Por esos días, una nave almirante inglesa echó el ancla en nuestra rada. El almirante dio una fiesta a los notables de Ombrosa y a los oficiales de otras naves de tránsito; la marquesa fue a la fiesta; desde esa noche Cósimo volvió a probar las penas de los celos. Dos

oficiales de dos naves distintas se prendaron de doña Viola y se les veía continuamente en la orilla, cortejando a la dama y tratando de superarse en sus atenciones. Uno era teniente de navío de la flota inglesa; el otro era también teniente de navío, pero de la flota napolitana. Tras alquilar dos caballos, los tenientes iban y venían bajo las terrazas de la marquesa y cuando se encontraban, el napolitano le echaba al inglés una ojeada como para reducirlo a cenizas, mientras que entre los párpados entornados el inglés lo asaeteaba con una mirada como la punta de una espada.

¿Y doña Viola? Pues ¿no empieza, aquella coqueta, a estarse horas y horas en casa, a asomarse al antepecho en *matinée*, como si fuese una viudita reciente, apenas salida del luto? Cósimo, al no tenerla ya consigo en los árboles, al no oír acercarse el galope del caballo blanco, enloquecía, y su puesto acabó por estar (también para él) ante aquella terraza, vigilando a ella y a los dos tenientes de navío.

Estaba estudiando el modo de jugarles alguna mala pasada a los rivales, que los hiciese regresar lo más rápidamente posible a sus respectivas naves, pero al ver que Viola mostraba el mismo agrado por la corte de uno y de otro, volvió a tener la esperanza de que ella sólo quería jugar con ambos, y al tiempo con él. No por ello disminuyó la vigilancia: al primer signo que hubiera dado ella de preferir a uno de los dos, estaba dispuesto a intervenir.

Una mañana pasa el inglés. Viola está en la ventana. Se sonríen. La marquesa deja caer un billete. El oficial lo agarra al vuelo, lo lee, se inclina, ruborizado, y pica espuelas. ¡Una cita! ¡El inglés era el afortunado! Cósimo se juró a sí mismo no dejarlo llegar tranquilo a la noche.

En eso pasa el napolitano. Viola le lanza un billete también a él. El oficial lo lee, se lo lleva a los labios y lo besa. ¿Así pues se consideraba el elegido? ¿Y el otro, entonces? ¿Contra cuál de los dos tenía que actuar Cósimo? Sin duda, a uno de los dos, doña Viola le había fijado una cita; al otro le habría gastado sólo una broma de las suyas. ¿O quería mofarse de los dos?

Por lo que respecta al lugar de la cita, Cósimo centraba sus sospechas en un quiosco al fondo del parque. Poco antes la marquesa lo había hecho reparar y amueblar, y a Cósimo le roían los celos porque ya no eran los tiempos en que ella cargaba las copas de los árboles con cortinas y divanes: ahora se preocupaba de sitios donde él nunca entraría. «Vigilaré el pabellón —se dijo Cósimo—. Si ha fijado una cita con uno de los dos tenientes, sólo puede ser allí». Y se instaló en la espesura de un castaño de Indias.

Poco antes de la puesta de sol se oye un galope. Llega el napolitano. «¡Ahora lo provocho!», piensa Cósimo, y con una cerbatana le tira al cuello una bolita de estiércol de ardilla. El oficial se sobresalta, mira a su alrededor. Cósimo se asoma entre las ramas y al asomarse ve al otro lado del seto al teniente inglés que está desmontando de la silla y ata el caballo a un palo. «Entonces es él; quizá el otro pasaba por aquí por casualidad». Y allá va una cerbatana de ardilla en la nariz.

—*Who's there?* —dice el inglés, y hace un ademán de atravesar el seto, pero se encuentra cara a cara con el colega napolitano, que, tras bajar también del caballo, también dice:

—¿Quién está ahí?

—*I beg your pardon, sir* —dice el inglés—, ¡pero debo invitaros a desalojar inmediatamente este lugar!

—Si estoy aquí es con pleno derecho —tercia el napolitano—, ¡invito a que se vaya vuestra señoría!

—Ningún derecho puede equivaler al mío —replica el inglés—. *I'm sorry*, no os consiento que os quedéis.

—Es una cuestión de honor —dice el otro—, y que dé fe de ello mi linaje: Salvatore de San Cataldo de Santa María Capua Vetere, de la Marina de las Dos Sicilias.

—Sir Osbert Castlefight, ¡tercero de este nombre! —se presenta el inglés—. Es mi honor el que impone que despejéis el campo.

—¡No antes de haberos echado a vos con esta espada! —y la desenvaina.

—Señor, debéis batiros —dice sir Osbert, poniéndose en guardia.

Se baten.

—¡Aquí os quería ver, colega, y no desde hoy! —y le atesta una estocada.

Y sir Osbert, parando:

—¡Hace tiempo que seguía vuestros movimientos, teniente, y os esperaba para esto!

De fuerza parecida, los dos tenientes de navío se agotaban en asaltos y fintas. Estaban en la cumbre de su fogosidad, cuando:

—¡Deteneos, en nombre del cielo! —En el umbral del pabellón había aparecido doña Viola.

—Marquesa, este hombre... —dijeron los dos tenientes, a una sola voz, bajando las espadas y señalándose recíprocamente.

Y doña Viola:

—¡Mis queridos amigos! ¡Guardad estas espadas, os lo ruego! ¿Es éste el modo de espantar a una dama? Prefería este pabellón como el lugar más silencioso y secreto del parque, ¡y apenas adormecida me despierta vuestro chocar de armas!

—Pero, milady —dijo el inglés—, ¿no había sido invitado aquí por vos?

—Vos estabais aquí para esperarme, señora... —dice el napolitano.

De la garganta de doña Viola se alzó una risita ligera como un volar de alas.

—Ah, sí, sí, os había invitado a vos... o a vos... Oh, qué cabeza la mía... Pues bien, ¿qué esperáis? Entrad, acomodaos, os lo ruego...

—Milady, creía que se trataba de una invitación para mí solo. Me he engañado. Os saludo y os pido licencia.

—Lo mismo quería decir yo, señora, y despedirme.

La marquesa reía:

—Mis buenos amigos... Mis buenos amigos... Soy tan atolondrada... Creía haber invitado a sir Osbert a una hora... y a don Salvatore a otra... No, no, excusadme: a la misma hora,

pero en sitios distintos... Oh, no, ¿cómo puede ser?... Pues bien, ya que estáis aquí los dos, ¿por qué no podemos sentarnos y conversar cortésmente?

Los dos tenientes se miraron, luego la miraron a ella.

—¿Hemos de entender, marquesa, que demostrabais complaceros con nuestras atenciones sólo para jugar con ambos?

—¿Por qué, mis buenos amigos? Al contrario, al contrario... Vuestra asiduidad no podía dejarme indiferente... Sois ambos tan agradables... Es ésta mi pena... Si escogiese la elegancia de sir Osbert tendría que perderos a vos, mi apasionado don Salvatore... Y escogiendo el fuego del teniente de San Cataldo, tendría que renunciar a vos, sir. Oh, ¿por qué?... ¿por qué?

—¿Por qué qué? —preguntaron con una sola voz los dos oficiales.

Y doña Viola, bajando la cabeza:

—¿Por qué no podré ser de ambos al mismo tiempo...?

De lo alto del castaño de Indias se oyó un crujir de ramas. Era Cósimo que ya no conseguía mantenerse en calma.

Pero los dos tenientes de navío estaban demasiado confundidos como para oírlo. Retrocedieron juntos un paso.

—Eso jamás, señora.

La marquesa alzó el hermoso rostro con su sonrisa más radiante:

—Pues bien, seré del primero de vosotros que, como prueba de amor, para complacerme en todo, se declare dispuesto incluso a compartirme con el rival.

—Señora...

—Milady...

Los dos tenientes, después de inclinarse hacia Viola con una seca reverencia de despedida, se volvieron uno frente al otro, se tendieron la mano, se la estrecharon.

—*I was sure you were a gentleman, signor Cataldo* —dijo el inglés.

—Ni yo dudaba de vuestro honor, mister Osberto —dijo el napolitano.

Volvieron la espalda a la marquesa y se dirigieron a los caballos.

—Amigos míos... Por qué tan ofendidos... Tontos... —decía Viola, pero los dos oficiales ya tenían el pie en el estribo.

Era el momento que Cósimo esperaba desde hacía rato, saboreando la venganza que había preparado: ahora los dos iban a recibir una muy dolorosa sorpresa. Aunque, al ver su viril actitud al despedirse de la inmodesta marquesa, Cósimo se sintió repentinamente reconciliado con ellos. ¡Demasiado tarde! ¡A estas alturas el terrible dispositivo de venganza ya no podía eliminarse! En el espacio de un segundo, Cósimo generosamente decidió advertirles:

—¡Alto ahí! —gritó desde el árbol—, ¡no os sentéis en la silla!

Los dos oficiales alzaron vivamente la cabeza.

—*What are you doing up there?* ¿Qué hacéis ahí arriba? ¿Cómo os permitís? *Come down!*

Detrás de ellos se oyó la risa de doña Viola, una de sus carcajadas susurradas.

Los dos estaban perplejos. Había un tercero, que al parecer había asistido a toda la escena. La situación se complicaba.

—*In any way!* —se dijeron—, ¡nosotros seguimos siendo solidarios!

—¡Por nuestro honor!

—¡Ninguno de los dos consentirá en compartir a milady con quien sea!

—¡Jamás en la vida!

—Pero si uno de vosotros decidiera consentir en ello...

—En ese caso, ¡siempre solidarios! ¡Consentiremos juntos!

—¡De acuerdo! Y ahora, ¡vamos!

Ante este nuevo diálogo, Cósimo se mordió un dedo por la rabia de haber tratado de evitar el cumplimiento de la venganza. «¡Qué se cumpla, pues!», y se retiró entre las frondas. Los dos oficiales saltaban al arzón. «Ahora gritan», pensó Cósimo, y se tapó los oídos. Resonó un doble aullido. Los dos tenientes se habían sentado sobre dos puercoespines escondidos bajo la gualdrapa de las sillas.

—¡Traición! —y saltaron al suelo, con una explosión de saltos y gritos y vueltas sobre sí mismos, y parecía que querían tomarla con la marquesa.

Pero doña Viola, más indignada que ellos, gritó hacia lo alto:

—¡Bicho maligno y monstruoso! —y se lanzó por el tronco del castaño de Indias, desapareciendo tan rápidamente de la vista de los dos oficiales que la creyeron tragada por la tierra.

Entre las ramas, Viola se encontró frente a Cósimo. Se miraban con ojos llameantes, y esta ira les daba una especie de pureza, como arcángeles. Parecían estar a punto de despedazarse, cuando ella:

—¡Oh, querido! —exclamó—. Así, así te quiero: ¡celoso, implacable! —Ya le había echado los brazos al cuello, y se abrazaban, y Cósimo ya no se acordaba de nada.

Ella flotó entre sus brazos, apartó el rostro del suyo, como reflexionando y luego:

—Pero, también ellos dos, cuánto me aman, ¿has visto? Están dispuestos a compartirme entre ellos...

Cósimo pareció lanzarse contra ella, luego trepó por las ramas, mordió las frondas, se golpeó la cabeza contra el tronco:

—¡Son dos gusanoooos...!

Viola se había alejado de él con su rostro de estatua.

—Tienes mucho que aprender de ellos. —Se volvió, descendió veloz del árbol.

Los dos cortejantes, olvidando las pasadas contiendas, no habían encontrado otro recurso que el de comenzar con paciencia a buscarse recíprocamente las púas. Doña Viola los interrumpió.

—¡Pronto! ¡Subid a mi carroza!

Desaparecieron detrás del pabellón. La carroza partió. Cósimo, en el castaño de Indias, escondía el rostro entre las manos.

Comenzó una época de tormentos para Cósimo, pero también para los dos ex rivales. Y para Viola, ¿podía llamársele una época de gozo? Yo creo que la marquesa atormentaba a

los demás sólo porque quería atormentarse. Los dos nobles oficiales estaban siempre a sus pies, inseparables, bajo las ventanas de Viola, o invitados en su salón, o en largas estadias solos en la posada. Ella los halagaba a ambos y les pedía en competencia siempre nuevas pruebas de amor, a las que cada vez se declaraban dispuestos, y ya no sólo estaban dispuestos a tenerla a medias cada uno, sino a compartirla también con otros, y así, rodando por la pendiente de las concesiones ya no podían detenerse, impulsados los dos por el deseo de conseguir por fin conmoviéndola de este modo y obtener el mantenimiento de sus promesas, y al mismo tiempo comprometidos por el pacto de solidaridad con el rival, y devorados por los celos y la esperanza de suplantar al otro, y ahora también por la atracción de la oscura degradación en la que se sentían hundir.

A cada nueva promesa arrancada a los oficiales de marina, Viola montaba a caballo e iba a decírselo a Cósimo.

—Oye, ¿sabes que el inglés está dispuesto a esto y a lo otro... Y el napolitano también...? —le gritaba, en cuanto lo veía téticamente encaramado a un árbol.

Cósimo no contestaba.

—Esto es amor absoluto —insistía ella.

—¡Unos cerdos absolutos, eso es lo que sois! —aullaba Cósimo, y desaparecía.

Éste era el cruel modo que ahora tenían de amarse, y ya no encontraban cómo salir de él. La nave almirante inglesa zarpaba.

—Vos os quedáis, ¿verdad? —dijo Viola a sir Osbert.

Sir Osbert no se presentó a bordo; fue declarado desertor. Por solidaridad y emulación, don Salvatore desertó también.

—¡Ellos han desertado! —anunció triunfalmente Viola a Cósimo—. ¡Por mí! Y tú...

—¿Y yo? —aulló Cósimo, con una mirada tan feroz que Viola no dijo una palabra más.

Sir Osbert y Salvatore de San Cataldo, desertores de la marina de sus respectivas majestades, pasaban los días en la posada jugando a los dados, pálidos, inquietos, tratando de arruinarse mutuamente, mientras Viola estaba en la cumbre del descontento de sí misma y de todo lo que la rodeaba.

Cogió el caballo, se fue hacia el bosque. Cósimo estaba sobre una encina. Ella se detuvo debajo, en un prado.

—Estoy cansada.

—¿De éstos?

—De todos vosotros.

—Ah.

—Ellos me han dado las más grandes pruebas de amor...

Cósimo escupió.

—... Pero no me bastan.

Cósimo alzó los ojos hasta ella. Y ella:

—Tú no crees que el amor sea entrega absoluta, renuncia de uno mismo...

Estaba allí en el prado, hermosa como nunca, y la frialdad que endurecía apenas sus rasgos y el altivo porte del cuerpo habría bastado muy poco para disolverlos, y volverla a

tener entre los brazos... Podía decir algo, Cósimo, cualquier cosa para ir hacia ella, podía decirle: «Dime lo que quieras que haga, estoy dispuesto...», y habría vuelto la felicidad para él, la felicidad juntos, sin sombras. En cambio dijo:

—No puede haber amor si no se es uno mismo con todas sus fuerzas.

Viola hizo un movimiento de contrariedad que era también de cansancio. Y sin embargo, aún habría podido entenderlo, como de hecho lo entendía, es más, tenía en la punta de la lengua las palabras para decir: «Tú eres como yo te quiero...», y enseguida subir con él... Se mordió un labio. Dijo:

—Sé tú mismo solo, entonces.

«Pero entonces ser yo mismo no tiene sentido...», esto era lo que quería decir Cósimo. En cambio dijo:

—Si prefieres a esos dos gusanos...

—¡No te permito que desprecies a mis amigos! —ella gritó, y todavía pensaba: «A mí me importas sólo tú, sólo por ti hago todo lo que hago».

—Sólo yo puedo ser despreciado...

—¡Tu manera de pensar!

—Soy una sola cosa con ella.

—Adiós entonces. Me marcho esta misma noche. No me volverás a ver.

Corrió a la villa, hizo el equipaje, se marchó sin decir nada a los tenientes. Mantuvo su palabra. No volvió jamás a Ombrosa. Fue a Francia y los acontecimientos históricos se sobrepusieron a su voluntad, cuando ya no deseaba sino regresar. Estalló la Revolución, después la guerra; la marquesa en un principio interesada por el nuevo curso de los sucesos (estaba en el *entourage* de Lafayette), emigró luego a Bélgica y de allí a Inglaterra. En la niebla de Londres, durante los largos años de las guerras contra Napoleón, soñaba con los árboles de Ombrosa. Más tarde se volvió a casar con un lord interesado en la Compañía de Indias y se estableció en Calcuta. Desde su terraza miraba la selva, los árboles más extraños que los del jardín de su infancia, y le parecía a cada momento ver a Cósimo abrirse paso entre las hojas. Pero era la sombra de un mono, o un jaguar.

Sir Osbert Castlefight y Salvatore de San Cataldo permanecieron ligados en la vida y en la muerte, y se dieron a una carrera de aventureros. Fueron vistos en las casas de juego de Venecia, en Gottingen en la facultad de teología, en San Petersburgo en la corte de Catalina II, después se perdieron sus rastros.

Cósimo durante mucho tiempo vagabundó por los bosques, llorando, destrozado, rechazando la comida. Lloraba con grandes sollozos, como los recién nacidos, y los pájaros que en otros tiempos huían en bandadas al aproximarse aquel infalible cazador, ahora se le acercaban, en las cimas de los árboles cercanos, o le volaban sobre la cabeza, y los gorriones gritaban, trinaban los jilgueros, zureaba la tórtola, silbaba el tordo, gorjeaban el pinzón y el reyezuelo; y de sus altas madrigueras salían las ardillas, los lirones, los ratones

de campo, y unían sus chillidos al coro, y así se movía mi hermano en medio de esta nube de llantos.

Después vino la época de la violencia destructora: cada árbol, comenzaba por la cima y, fuera una hoja fuera otra, rápidamente lo dejaba pelado como en invierno, incluso si no era de hoja caduca. Luego volvía a subir y rompía todas las ramitas hasta que no dejaba más que los brazos más gruesos, volvía a subir otra vez, y con un cortaplumas empezaba a apartar la corteza, y se veían los árboles descortezados que descubrían lo blanco con estremecedor aire herido.

En toda esta ira no había ya resentimiento contra Viola, sino sólo remordimientos por haberla perdido, por no haber sabido mantenerla ligada a sí, por haberla herido con un injusto y estúpido orgullo. Porque, ahora lo comprendía, ella le había sido siempre fiel, y si arrastraba tras de sí a los otros dos hombres era para indicar que sólo consideraba a Cósimo digno de ser su único amante, y todas sus insatisfacciones y antojos no eran más que la manía insaciable de hacer crecer su enamoramiento no admitiendo que alcanzase una cumbre, y él, él, él, no había entendido nada de esto y la había exasperado hasta perderla.

Durante unas semanas permaneció en el bosque, solo como nunca había estado; no tenía ni siquiera a Óptimo Máximo, porque se lo había llevado Viola. Cuando mi hermano volvió a dejarse ver en Ombrosa, estaba cambiado. Ni siquiera yo podía hacerme ya ilusiones: esta vez Cósimo se había vuelto loco.

XXIV

Que Cósimo estaba loco, en Ombrosa se había dicho siempre, desde que a los doce años subió a los árboles negándose a descender. Pero después, como suele ocurrir, esta locura suya había sido aceptada por todos, y no hablo sólo de la idea fija de vivir allá arriba, sino de las distintas rarezas de su carácter, y nadie lo consideraba más que un original. Luego, en plena época de su amor por Viola, hubo aquellas manifestaciones en idiomas incomprensibles, especialmente aquella de la fiesta del patrón, que los más consideraron sacrílega, interpretando sus palabras como un grito herético, quizá en cartaginés, la lengua de los pelagianos, o una profesión de socinianismo, en polaco. A partir de entonces, empezó a correr la voz: «¡El barón ha enloquecido!», y los cuerdos añadían: «¿Cómo puede enloquecer alguien que ha estado loco siempre?».

En medio de estos juicios opuestos, Cósimo se había vuelto loco de verdad. Si antes iba completamente vestido con pieles, ahora empezó a adornarse la cabeza con plumas, como los aborígenes de América, plumas de upupa o verderol, de colores vivos, y además de en la cabeza las llevaba diseminadas por la ropa. Terminó por hacerse fraques cubiertos del todo de plumas, y por imitar los hábitos de varios pájaros, como el picamaderos, sacando de los troncos lombrices y larvas y alabándolos como gran riqueza.

Recitaba también apologías de los pájaros a la gente que se congregaba a oírlo y a mofarse bajo los árboles: y de cazador se convirtió en abogado de los plumíferos, y se proclamaba ora chamarón, ora lechuza, ora petirrojo, con oportunos camuflajes, y pronunciaba discursos de acusación contra los hombres, que no sabían reconocer en los pájaros a sus verdaderos amigos, discursos que eran, claro, de acusación a toda la sociedad humana, bajo forma de parábolas. También los pájaros se habían dado cuenta de este cambio de ideas, y se le acercaban, aunque debajo hubiese gente escuchándolo. Así podía ilustrar su disertación con ejemplos vivientes que señalaba en las ramas de alrededor.

Debido a esta virtud suya se habló mucho entre los cazadores de Ombrosa de utilizarlo como reclamo, pero nadie se atrevió nunca a disparar sobre los pájaros que se le posaban cerca. Porque el barón, incluso ahora que no estaba muy en su juicio, seguía imponiendo cierto respeto; se burlaban de él, sí, y a menudo tenía bajo sus árboles un cortejo de granujas y haraganes que le daban matraca, pero también era respetado, y se le escuchaba siempre con atención.

Sus árboles ahora estaban adornados con hojas escritas, e incluso con carteles con máximas de Séneca y Shaftesbury, y con objetos: mechones de plumas, cirios de iglesia, hoces, coronas, bustos de mujer, pistolas, balanzas, atados unos a otros con cierto orden. La gente de Ombrosa pasaba las horas tratando de adivinar qué querían decir aquellos jeroglíficos: los nobles, el Papa, la virtud, la guerra, y yo creo que a veces no tenían ningún significado, sino que servían sólo para aguzar el ingenio y para dar a entender que incluso las ideas más fuera de lo común podían ser las justas.

Cósimo se puso también a componer ciertos escritos, como *El canto del Mirlo*, *El Picamadero que llama*, *Los Diálogos de los Búhos*, y a distribuirlos públicamente. Es más, fue precisamente en este período de demencia cuando aprendió el arte de imprimir y empezó a publicar una especie de libelos o gacetas (entre ellos *La Gaceta de las Urracas*), luego todos unificados bajo el título: *El Monitor de los Bípedos*. Se había llevado a un nogal un tablón, un bastidor, una prensa de mano, una caja de caracteres, una damajuana de tinta, y se pasaba los días componiendo sus páginas y sacando copias. A veces, entre el bastidor y el papel iban a parar arañas, mariposas, y su huella quedaba impresa en la página; a veces un lirón saltaba sobre una hoja fresca de tinta y lo emborronaba todo a golpes de cola; a veces las ardillas cogían una letra del alfabeto y se la llevaban a su madriguera creyendo que era comestible, como sucedió con la letra Q, que por su forma redonda y pedunculada tomaron por un fruto, y Cósimo tuvo que comenzar ciertos artículos *Cuien* y *Cuienquiera*.

Todo estaba muy bien, pero yo tenía la impresión de que en esa época mi hermano no sólo había enloquecido del todo, sino que se estaba volviendo algo imbécil, cosa más grave y dolorosa, porque la locura es una fuerza de la naturaleza, para bien o para mal, mientras que la bobería es una debilidad de la naturaleza, sin contrapartida.

En invierno, de hecho, pareció reducirse a una especie de letargo. Estaba colgado de un tronco en su saco forrado, con sólo la cabeza fuera, como en un nido, y ya era mucho si, en las horas más calurosas, daba cuatro saltos hasta llegar al aliso sobre el torrente Merdanzo para hacer sus necesidades. Se estaba en su saco leyendo (encendía, al oscurecer, una lamparilla de aceite), o farfullando para sí, o canturreando. Pero la mayor parte del tiempo lo pasaba durmiendo.

Para comer disponía de ciertas misteriosas provisiones propias, pero se dejaba ofrecer platos de potaje o de raviolis, cuando algún alma de Dios iba a llevárselos hasta arriba, con una escalera. En realidad, había nacido como una superstición entre la gente del pueblo, la de que llevarle una ofrenda al barón daba buena suerte; señal de que él o suscitaba temor o se hacía querer, y a mí me parece que lo segundo. El hecho de que el heredero del título baronal de Rondò se pusiera a vivir de pública limosna me pareció desconveniente; y sobre todo pensé en nuestro difunto padre, si lo hubiese sabido. Por lo que a mí respecta, hasta entonces no tenía que reprocharme nada, porque mi hermano había siempre despreciado las comodidades de la familia, y me había firmado un documento por el que, tras haberle abonado una pequeña renta (que se le iba casi toda en libros) no tenía ninguna otra obligación con él. Pero ahora, viéndolo incapaz de proporcionarse la comida, probé a hacer subir hasta él, por una escalera de mano, a uno de nuestros lacayos con librea y peluca

blanca, con un cuarto de pavo y un vaso de borgoña en una bandeja. Creía que iba a rechazarlo, por una de sus misteriosas razones de principios, y en cambio aceptó enseguida de muy buen grado, y desde entonces, cada vez que nos acordábamos, le mandábamos al árbol una porción de nuestras comidas.

En fin, que era una mala decadencia. Por suerte hubo la invasión de los lobos, y Cósimo volvió a dar pruebas de sus mejores virtudes. Era un invierno gélido, la nieve había caído hasta en nuestros bosques. Manadas de lobos, expulsados por el hambre de los Alpes, bajaron a nuestras orillas. Algún leñador los encontró y trajo la noticia aterrado. Los ombrosenses, que en la época de las guardias contra los incendios habían aprendido a unirse en los momentos de peligro, empezaron a hacer turnos de centinela en torno a la ciudad, para impedir que se acercaran las fieras hambrientas. Pero ya nadie se atrevía a salir de la población, máxime de noche.

—¡Por desgracia el barón ya no es el que era! —se decía en Ombrosa.

Aquel invierno tan malo había tenido sus consecuencias sobre la salud de Cósimo. Se estaba allí colgado, acurrucado en su odre como un gusano en su capullo, con una gota en la nariz, un aspecto sordo e hinchado. Se dio la alarma de los lobos y la gente al pasar por allí decían:

—¡Ay, barón! Antes habrías sido tú el que nos hubiese montado la guardia desde tus árboles, y ahora somos nosotros los que te la montamos a ti.

Él permanecía con los ojos entornados, como si no entendiese o no le importase nada. En cambio, de pronto alzó la cabeza, sacó la nariz y dijo, ronco:

—Las ovejas. Para dar caza a los lobos. Hay que colocar ovejas en los árboles. Atadas.

La gente ya se agrupaba allí abajo para oír qué locuras inventaba y burlarse de él. Y en cambio él, resoplando y tosiendo, salió del saco y dijo:

—Os voy a enseñar dónde —y echó a andar por las ramas.

En algunos nogales o encinas, entre el bosque y los cultivos, en lugares escogidos con sumo cuidado, Cósimo quiso que llevasen ovejas o corderos y los ató él mismo a las ramas, vivos, balantes, pero de forma que no pudiesen caerse. Sobre cada uno de estos árboles escondió luego un fusil cargado. Él también se vistió de oveja: capucha, casaca, calzones, todo de rizado vello ovejuno. Y se puso a esperar la noche al raso en aquellos árboles. Todos creían que era la más gorda de sus locuras.

En cambio esa noche bajaron los lobos. Al sentir el olor de la oveja, al oír el balido y luego al verla allá arriba, toda la manada se detenía al pie del árbol, y aullaban, con hambrientas fauces abiertas al aire, y clavaban las patas en el tronco. Y entonces, brincando por las ramas, se acercaba Cósimo, y los lobos al ver aquella forma entre la oveja y el hombre que saltaba allá arriba como un pájaro quedaban embobados con la boca abierta. Hasta que «¡Pum! ¡Pum!», se ganaban dos balas en el cuello. Dos: porque un fusil Cósimo lo llevaba siempre consigo (y lo recargaba cada vez) y otro estaba allí a punto con la bala en el cañón, en cada árbol; así pues, cada vez eran dos los lobos que quedaban tendidos sobre la tierra helada. Eliminó así un gran número, y a cada disparo las manadas se ponían en fuga

desorientadas, y los cazadores acudían adonde oían los aullidos y los disparos hacían el resto.

De esta caza a los lobos, después, Cósimo contaba episodios en muchas versiones distintas, y no sé decir cuál era la exacta. Por ejemplo:

—La batalla procedía de la mejor manera cuando, al dirigirme hacia el árbol de la última oveja, encontré tres lobos que habían conseguido trepar a las ramas y estaban acabando con ella. Medio ciego y aturdido por el resfriado como estaba, llegué casi hasta los morros de los lobos sin darme cuenta. Los lobos, al ver a esta otra oveja que caminaba por las ramas, se volvieron contra ella, abriendo de par en par las fauces aún rojas de sangre. Yo tenía el fusil descargado, porque después de tanto disparo me había quedado sin pólvora; y el fusil preparado en aquel árbol no podía alcanzarlo porque estaban los lobos. Estaba sobre una rama secundaria y un poco tierna, pero encima tenía, a mi alcance, una rama más robusta. Empecé a retroceder por mi rama, lentamente, alejándome del tronco. Un lobo, lentamente, me siguió. Pero yo con las manos me mantenía suspendido de la rama de arriba, y fingía mover los pies sobre aquella rama tierna; en realidad estaba colgado de la de arriba. El lobo, engañado, se confió y avanzó, y la rama se dobló bajo su peso, mientras yo de un salto me subí a la rama de encima. El lobo cayó con un apenas insinuado ladrido de perro, y al dar consigo en el suelo se rompió los huesos quedándose tieso.

—¿Y los otros dos lobos?

—... Los otros dos me estaban estudiando, inmóviles. Entonces, así de golpe, me quité la casaca y la capucha de piel de oveja y se los tiré. Uno de los dos lobos, al verse volar encima esta sombra blanca de cordero, trató de aferrarla con los dientes, pero como se esperaba un gran peso y se encontró en cambio con un despojo vacío, perdió el equilibrio, terminando también él por romperse patas y cuello en el suelo.

—Aún queda uno...

—... Aún queda uno, pero al haberme repentinamente aligerado de ropa tras sacarme la casaca, me vino uno de esos estornudos que hacen temblar el cielo. El lobo, ante aquel estruendo imprevisto y nuevo, tuvo tal sobresalto que cayó del árbol rompiéndose el pescuezo como los otros.

Así contaba mi hermano su noche de batalla. Lo cierto es que el frío que cogió, ya enfermizo como estaba, casi le fue fatal. Estuvo unos días entre la vida y la muerte, y fue curado a expensas del municipio de Ombrosa, en señal de agradecimiento. Tendido en una hamaca, estaba rodeado por un tropel de doctores que subían y bajaban por las escaleras de mano. Se llamó a consulta a los mejores médicos de la circunscripción, y unos le inyectaban lavativas, otros le hacían sangrar, otros le ponían cataplasmas, o compresas. Nadie hablaba ya del barón de Rondò como de un loco, sino como de uno de los mayores talentos y fenómenos del siglo.

Esto mientras estuvo enfermo. Cuando se curó, volvió a llamársele, por unos, sabio como antes, por otros, loco como siempre. El caso es que ya no hizo tantas cosas extrañas.

Siguió imprimiendo un hebdomadario, que ya no se tituló *El Monitor de los Bípedos* sino *El Vertebrado Racional*.

XXV

No sé si por esa época ya se había fundado en Ombrosa una Logia de Francmasones; fui iniciado a la masonería mucho más tarde, después de la primera campaña napoleónica, junto con gran parte de la burguesía pudiente y de la pequeña nobleza de nuestras tierras, y no podría decir, por lo tanto, cuáles fueron las primeras relaciones de mi hermano con la Logia. A este propósito citaré un episodio ocurrido más o menos en los tiempos de los que estoy hablando, y que varios testimonios confirmarían como verdadero.

Llegaron un día a Ombrosa dos españoles, viajeros de paso. Se fueron a casa de un tal Bartolomeo Cavagna, pastelero, conocido como francmasón. Parece que se presentaron como hermanos de la Logia de Madrid, de modo que él los llevó por la noche a asistir a una junta de la masonería de Ombrosa, que entonces se reunía a la luz de antorchas y cirios en un claro en medio del bosque. De todo esto se tienen noticias sólo por rumores y suposiciones: lo que es cierto es que al día siguiente los dos españoles, en cuanto salieron de donde se hospedaban, fueron seguidos por Cósimo de Rondò, que sin ser visto los vigilaba desde lo alto de los árboles.

Los dos viajeros entraron en el patio de una posada extramuros. Cósimo se apostó sobre una glicina. En una mesa había un cliente que los esperaba; no se le veía el rostro, encubierto por un sombrero negro de anchas alas. Aquellas tres cabezas, o mejor, aquellos tres sombreros, convergieron sobre el cuadrado blanco del mantel; y tras haber confabulado un poco, las manos del desconocido se pusieron a escribir en un papel alargado algo que los otros dos le dictaban y que, por el orden en que colocaba las palabras una bajo otra, se habría dicho una lista de nombres.

—¡Buenos días, señores! —dijo Cósimo.

Los tres sombreros se movieron dejando aparecer tres rostros con los ojos más que abiertos hacia el hombre de la glicina. Pero uno de los tres, el de las anchas alas, volvió a bajar la cabeza enseguida, hasta el punto de tocar la mesa con la punta de la nariz. Mi hermano había tenido tiempo de entrever una fisonomía que no le parecía desconocida.

—¡*Buenos días a usted!* —dijeron los dos—. Pero ¿es costumbre del lugar presentarse a los forasteros bajando del cielo como un pichón? ¡Espero que queráis descender de inmediato a explicárnoslo!

—Quien está en lo alto está bien a la vista por todas partes —dijo el barón—, mientras que hay quien se arrastra para esconder el rostro.

—Sabed que ninguno de nosotros está obligado a mostraros el rostro, *señor*, más de lo que está obligado a mostraros el trasero.

—Sé que para cierta clase de personas es un punto de honor tener la cara en la sombra.

—¿Qué personas son ésas?

—¡Los espías, por ejemplo!

Los dos compadres quedaron azorados. El inclinado permaneció inmóvil, pero por primera vez se oyó su voz:

—O, por decir otras, los miembros de sociedades secretas... —soltó, lentamente.

Esta intervención podía interpretarse de varios modos. Cósimo lo pensó y luego lo dijo en voz alta:

—Lo que usted ha dicho, señor, puede interpretarse de varios modos. ¿Decís «miembros de sociedades secretas» insinuando que lo sea yo, insinuando que lo seáis vos, que lo seamos ambos, que no lo seamos ni vos ni yo sino otros, o porque, sea como fuere, puede servir para ver lo que digo yo después?

—¿*Cómo, cómo, cómo?* —dijo desorientado el hombre del sombrero de anchas alas, y en aquella desorientación, olvidándose de que debía mantener la cabeza gacha, la alzó hasta mirar a Cósimo a los ojos.

Cósimo lo reconoció: ¡era don Sulpicio, el jesuita enemigo suyo de los tiempos de Olivabassa!

—¡Ah! ¡No me había engañado! ¡Abajo la máscara, reverendo padre! —exclamó el barón.

—¡Vos! ¡Estaba seguro! —dijo el español, y se quitó el sombrero, descubriendo la coronilla—. Don Sulpicio de Guadalete, *superior de la Compañía de Jesús*.

—¡Cósimo de Rondò, Masón Franco y Aceptado!

También los otros dos españoles se presentaron con una leve inclinación.

—¡Don Calixto!

—¡Don Fulgencio!

—¿Jesuitas también los señores?

—¡*Nosotros también!*

—Pero ¿vuestra orden no ha sido disuelta recientemente por el Papa?

—¡No para dar tregua a los libertinos y herejes de vuestra calaña! —dijo don Sulpicio, desenvainando la espada.

Eran jesuitas españoles que tras la disolución de la Orden se habían echado al campo, tratando de formar una milicia armada en todas las provincias, para combatir las ideas nuevas y el teísmo.

También Cósimo había desenvainado la espada. Alrededor, se había agolpado bastante gente.

—Tened la bondad de bajar, si queréis batiros *caballerosamente* —dijo el español.

Más allá había un bosque de nogales. Era la época del vareo y los campesinos habían colgado sábanas de un árbol a otro, para recoger las nueces que vareaban. Cósimo corrió a

un nogal, saltó a la sábana, y allí se quedó erguido, frenando los pies que le resbalaban por la tela en aquella especie de gran hamaca.

—¡Subid vos un par de palmos, don Sulpicio, que yo ya he bajado más de lo que acostumbro! —y desenvainó también él la espada.

El español saltó él también a la sábana tensa. Era difícil mantenerse erguidos, porque la sábana tendía a cerrarse como un saco en torno a sus cuerpos, pero los dos contendientes estaban tan ensañados que consiguieron cruzar los aceros.

—¡Por la mayor gloria de Dios!

—¡Por la Gloria del Gran Arquitecto del Universo!

Y se lanzaban estocadas.

—Antes de que os hunda esta hoja en el píloro —dijo Cósimo—, dadme noticias de la *señorita Úrsula*.

—¡Ha muerto en un convento!

Cósimo se turbó con la noticia (aunque yo pienso que era inventada) y el ex jesuita lo aprovechó para un golpe bajo. De una estocada alcanzó uno de los picos que atados a las ramas de los nogales sostenían la sábana por el lado de Cósimo, y lo cortó. Cósimo habría caído, sin duda, si no se hubiese apresurado a lanzarse a la sábana por el lado de don Sulpicio y a agarrarse a un borde. Con el salto, su espada arrolló la guardia del español y se le clavó en el vientre. Don Sulpicio se abandonó, resbaló por la sábana inclinada hacia la parte donde había cortado el pico, y cayó al suelo. Cósimo trepó al nogal. Los otros dos ex jesuitas levantaron el cuerpo de su compañero herido o muerto (nunca se supo bien), escaparon y no volvieron a dejarse ver jamás.

La gente acudió a la sábana ensangrentada. Desde ese día mi hermano tuvo fama general de francmasón.

El secreto de la sociedad no me permitió saber más. Cuando yo entré a formar parte de ella, como he dicho, oí hablar de Cósimo como de un viejo hermano cuyas relaciones con la Logia no estaban muy claras, y unos lo tenían por «durmiente», otros por un hereje pasado a otro rito, otros incluso por un apóstata; pero siempre con gran respeto por su actividad pasada. No excluyo siquiera que aquel legendario maestro de grado Treintaitrés, a quien se atribuía la fundación de la Logia de Ombrosa, haya podido ser él, y por otra parte la descripción de los primeros ritos que en ella se celebraron refleja la influencia del barón: baste con decir que los neófitos habían de ser vendados, se les hacía subir a lo alto de un árbol y se los bajaba colgados de cuerdas.

Es verdad que entre nosotros las primeras reuniones de los francmasones se desarrollaban de noche y en medio de los bosques. La presencia de Cósimo, pues, estaría más que justificada, tanto en el caso de que hubiese sido él quien recibió de sus corresponsales extranjeros los opúsculos con las Constituciones masónicas y quien fundó aquí la Logia, como en el caso de que hubiese sido algún otro, probablemente después de haber sido iniciado en Francia o Inglaterra, el que introdujo los ritos también en Ombrosa.

Quizá es posible que la masonería existiera aquí desde hacía tiempo, sin saberlo Cósimo, y que él casualmente una noche, al moverse por entre los árboles del bosque, descubriera en un claro una reunión de hombres con extraños paramentos y utensilios, a la luz de candelabros, se detuviera allá arriba a escuchar, y luego interviniera provocando un barullo con alguna salida desconcertante, como por ejemplo: «¡Si construyes un muro, piensa en lo que queda fuera!» (frase que le oí repetir a menudo), u otra de las suyas, y los masones, reconociendo su elevada sabiduría, lo hicieron entrar en la Logia, con cargos especiales, y aportándoles un gran número de nuevos ritos y símbolos.

El caso es que durante todo el tiempo que mi hermano tuvo que ver con ella, la masonería al aire libre (como la llamaré para distinguirla de la que se reunirá después en un edificio cerrado) tuvo un ritual mucho más rico, en el que entraban lechuzas, telescopios, piñas, bombas hidráulicas, hongos, diablillos de Descartes, telas de araña, tablas pitagóricas. También había cierto alarde de calaveras, pero no sólo humanas, sino también cráneos de vacas, lobos y águilas. Semejantes objetos y otros aún, entre ellos las paletas, las escuadras y los compases de la normal liturgia masónica, se hallaban por esa época colgados de las ramas en extravagantes disposiciones, y se atribuían a la locura del barón. Sólo unas pocas personas daban a entender que ahora estos jeroglíficos tenían un significado más serio; pero, por lo demás, nunca se ha podido trazar una separación clara entre los signos de antes y los de después, ni excluir que desde el principio fuesen signos esotéricos de alguna sociedad secreta.

Porque Cósimo ya mucho tiempo antes que a la masonería estaba afiliado a varias asociaciones gremiales o hermandades de oficios, como la de San Crispín, o de los Zapateros, o la de los Virtuosos Toneleros, los Justos Armeros o los Sombrereros Concienzudos. Al hacerse él mismo casi todas las cosas que necesitaba, conocía las artes más diversas, y podía jactarse como miembro de muchas corporaciones, que por su parte estaban muy contentas con tener un miembro de noble familia, singular ingenio y probado desinterés.

Como esta pasión que Cósimo siempre demostró por la vida asociada se conciliaba con su perpetua huida del consorcio civil, es algo que nunca he entendido bien, y sigue siendo una de las no menores singularidades de su carácter. Se diría que él, cuanto más decidido estaba a ocultarse entre las ramas, más sentía la necesidad de crear nuevas relaciones con el género humano. Pero aunque de vez en cuando se lanzase, en cuerpo y alma, a organizar una nueva sociedad, estableciendo meticulosamente los estatutos, las finalidades, la elección de los hombres más adecuados para cada cargo, nunca sus compañeros sabían hasta qué punto podían contar con él, cuándo y dónde podían encontrarlo, y cuándo se vería ganado repentinamente por su naturaleza de pájaro y no se dejaría atrapar más. Quizá, si es que se quiere reducir a un único impulso estas actitudes contradictorias, haya que pensar que él era igualmente enemigo de todo tipo de convivencia humana vigente en sus tiempos, y que por eso huía de todos, y se afanaba con obstinación por experimentar otros nuevos: pero ninguno de ellos le parecía justo y suficientemente distinto de los otros; de ahí sus continuos paréntesis de esquividad absoluta.

Era una idea de sociedad universal, lo que tenía en mente. Y todas las veces que se dedicó a asociar personas, ya fuera para fines concretos como la guardia contra los incendios o la defensa de los lobos, o en hermandades de oficios como los Perfectos Afiladores o los Ilustrados Curtidores de Piel, como conseguía siempre hacerlas reunir en el bosque, de noche, en torno a un árbol, desde el que él predicaba, se derivaba siempre de ello un aire de conjura, de secta, de herejía, y en esa atmósfera también los discursos pasaban fácilmente de lo particular a lo general, y de las simples reglas de un oficio manual se pasaba como si nada al proyecto de instaurar una república mundial de iguales, libres y justos.

En la masonería, pues, Cósimo no hacía más que repetir aquello que ya había hecho en las otras sociedades secretas o semisecretas en las que había participado. Y cuando un tal lord Liverpuck, enviado por la Gran Logia de Londres a visitar a los hermanos del continente, llegó a Ombrosa mientras era maestro mi hermano, quedó tan escandalizado de su escasa ortodoxia que escribió a Londres que esta de Ombrosa debía ser una nueva masonería de rito escocés, pagada por los Estuardo para hacer propaganda contra el trono de los Hannover, por la restauración jacobita.

Después de eso se produjo el hecho que he contado, de los dos viajeros españoles que se presentaron como masones a Bartolomeo Cavagna. Invitados a una reunión de la Logia, ellos lo encontraron todo muy normal, incluso, dijeron que era justamente igual que en el Oriente de Madrid. Esto fue lo que infundió sospechas a Cósimo, que sabía la parte de aquel ritual que era invención suya; y por esto siguió las huellas de los espías y los desenmascaró y triunfó sobre su viejo enemigo don Sulpicio.

De todas formas, a mí me parece que estos cambios de liturgia eran una necesidad suya personal, porque considerándolo bien habría podido tomar los símbolos de todos los oficios salvo los del albañil, él que casas de albañilería nunca las había querido construir ni habitar.

XXVI

Ombrosa era también tierra de viñas. No lo he puesto nunca de relieve porque siguiendo a Cósimo he debido mantenerme siempre en las plantas altas. Pero había vastas pendientes de viñedos, y en agosto, bajo el follaje de las hileras, las uvas rojas se hinchaban en racimos de un zumo denso ya de color de vino. Algunas viñas formaban emparrados; lo digo también porque Cósimo al envejecer se había vuelto tan pequeño y ligero y había aprendido tan bien el arte de caminar sin peso que las pequeñas vigas de los emparrados lo sostenían. Podía pues pasar sobre las viñas, y andando así, y ayudándose con los frutales de alrededor, y sosteniéndose en los palos llamados *scarasse*, podía realizar muchos trabajos como la poda, en invierno, cuando las vides son desnudos sarmientos en torno al alambre, o aclarar el exceso de hojas en verano, o buscar insectos, y luego, en septiembre, la vendimia.

Para la vendimia venían como jornaleros a las viñas toda la gente de Ombrosa, y entre el verde de las hileras no se veían más que faldas de colores vivos y gorros con borla. Los arrieros cargaban canastos llenos en las albardas y los vaciaban en los lagares; otros se los llevaban los distintos recaudadores que venían con cuadrillas de esbirros a controlar los tributos para los nobles del lugar, para el Gobierno de la República de Génova, para el clero y otros diezmos. Cada año se originaba alguna pelea. Las cuestiones de las partes de la cosecha que había que distribuir a diestro y siniestro fueron las que provocaron mayores protestas en los «cuadernos de quejas», cuando hubo la revolución en Francia. En estos cuadernos se pusieron a escribir también en Ombrosa, sólo por probar, aunque aquí no servía de nada. Había sido una de las ideas de Cósimo, el cual por esa época ya no tenía ganas de ir a las reuniones de la Logia para discutir con aquellos cuatro borrachines masones. Estaba en los árboles de la plaza y se le acercaba la gente del litoral y del campo para que le explicase las noticias, porque él recibía las gacetas por el correo, y además tenía ciertos amigos suyos que le escribían, entre los cuales el astrónomo Bailly, a quien más tarde hicieron *maire* de París, y otros de los clubs. A cada momento había una nueva: Necker y el juego de pelota, y la Bastilla, y Lafayette con su caballo blanco, y el rey Luis disfrazado de lacayo. Cósimo lo explicaba y recitaba todo saltando de una rama a otra, y en una rama hacía de Mirabeau en la tribuna, sobre otra de Marat en los Jacobinos, en otra más de rey Luis en Versalles poniéndose el gorro frigio para contentar a las comadres llegadas a pie desde París.

Para explicar qué eran los «cuadernos de quejas», Cósimo dijo: «Probemos a hacer uno». Cogió un cuaderno de escuela y lo colgó del árbol con un cordel; cada uno iba allí y apuntaba las cosas que no marchaban. Surgían quejas de toda clase; sobre el precio del pescado los pescadores, y los viñadores sobre los diezmos, y los pastores sobre los límites de los pastos, y los leñadores sobre los bosques comunales, y luego todos los que tenían parientes en la cárcel, y los que habían conocido la tortura por algún delito, y los que la tenían tomada con los nobles por asuntos de mujeres: nunca se acababa. Cósimo pensó que aunque era un «cuaderno de quejas» no estaba bien que fuera tan triste, y se le ocurrió la idea de pedir a cada uno que escribiese la cosa que más le habría agradado. Y de nuevo cada uno iba para decir la suya, esta vez todo para bien: unos hablaban de la hogaza, otros del potaje; unos querían una rubia, otros dos morenas; a uno le habría gustado dormir todo el día, a otro ir a buscar setas todo el año; uno quería una carroza con cuatro caballos, otro se contentaba con una cabra; uno habría deseado volver a ver a su madre muerta, otro encontrarse con los dioses del Olimpo: en suma, todo cuanto hay de bueno en el mundo era escrito en el cuaderno, o, a veces, dibujado, porque muchos no sabían escribir, o incluso pintado a colores. También Cósimo escribió algo; un nombre: Viola. El nombre que desde hacía años escribía por todas partes.

Salió un buen cuaderno, y Cósimo lo tituló: «Cuaderno de quejas y contentos». Pero cuando estuvo lleno no había ninguna asamblea a la que mandarlo, por lo que se quedó allí, colgado del árbol con un cordel, y cuando llovió empezó a borrarse y empaparse, y aquella visión oprimía el corazón de la gente de Ombrosa por su miseria presente y los llenaba de deseos de revuelta.

En fin, existían también entre nosotros todas las causas de la Revolución francesa. Sólo que no estábamos en Francia, y no hubo Revolución. Vivíamos en un país donde se verifican siempre las causas y no los efectos.

En Ombrosa, no obstante, corrieron igualmente tiempos difíciles. El ejército republicano guerreaba contra los austrosardos allí a dos pasos. Massena en Collardente, Laharpe sobre el Nervia, Mouret a lo largo de la cornisa, con Napoleón que entonces era sólo general de artillería, de modo que aquellos estruendos que se oían llegar a Ombrosa con el viento ora sí, ora no, era precisamente él quien los provocaba.

En septiembre nos preparábamos para la vendimia. Y parecía que se preparaba algo secreto y terrible.

Los conciliábulos de puerta en puerta:

—¡La uva está madura!

—¡Está madura! ¡Ya!

—¡Más que madura! ¡Vamos a cogerla!

—¡Vamos a pisarla!

—¡Todos de acuerdo! ¿Tú dónde estarás?

—En la viña del otro lado del puente. ¿Y tú? ¿Y tú?

—En la del conde Piña.

—Yo en la viña del molino.

—¿Has visto cuántos esbirros? Parecen mirlos que hayan bajado a picotear los racimos.

—¡Pero este año no picotearán!

—¡Sí, hay muchos mirlos, pero aquí todos somos cazadores!

—En cambio hay quien no se deja ver. Hay quien se escapa.

—¿Cómo es que este año la vendimia ya no le gusta a tanta gente?

—Por aquí querían retrasarla. ¡Pero la uva ya está madura!

—¡Está madura!

Al día siguiente, sin embargo, la vendimia comenzó en silencio. Las viñas estaban atestadas de gente en cadena a lo largo de las hileras, pero no nacía ninguna canción. Alguna llamada suelta, gritos: «¿Estáis también vosotros? ¡Está madura!», un movimiento de cuadrillas, algo oscuro, quizá también en el cielo, que no estaba del todo cubierto pero un poco cargado, y si una voz iniciaba una canción se quedaba pronto a la mitad, sin que el coro la siguiera. Los arrieros llevaban los canastos llenos de uva a los lagares. Antes, normalmente, se hacían las partes para los nobles, el obispo y el gobierno; este año no, parecía que se olvidaran de ello.

Los recaudadores, llegados para recoger los diezmos, estaban nerviosos, se les veía indecisos. A medida que pasaba el tiempo, sin que sucediera nada, más se sentía que debía suceder algo, y más sabían los esbirros que había que moverse pero menos lo que había que hacer.

Cósimo, con sus pasos de gato, había echado a andar por los emparrados. Con una tijera en la mano, cortaba un racimo aquí y otro allá, sin orden, tendiéndoselo luego a los vendimiadores y a las vendimiadoras de abajo, y a cada uno les decía algo en voz baja.

El jefe de los esbirros ya no podía más. Dijo:

—Bueno, entonces qué, veamos estos diezmos.

Apenas había terminado de decirlo y ya se había arrepentido. Por las viñas resonó un oscuro ruido entre el trueno y el silbido: era un vendimiador que soplabla en una concha de esas en forma de cuerno y que propagaba un toque de alarma por los valles. De cada collado respondieron toques iguales, los viñadores levantaron las conchas como trompas, y también Cósimo, desde lo alto del emparrado.

Por las hileras se propagó un canto; primero entrecortado, discorde, sin entenderse qué era. Luego las voces se entendieron, se entonaron, se volvieron airoas, y cantaron como si corriesen, y los hombres y las mujeres inmóviles y semiescondidos a lo largo de las hileras, y los palos, las vides, los racimos, todo parecía correr, y la uva vendimiarse por sí sola, arrojarse dentro de los lagares y pisarse, y el aire, las nubes, el sol, todo se convertía en mosto, y ya se empezaba a entender aquel canto, primero las notas de la música y luego algunas de las palabras, que decían: «*Ça ira! Ça ira! Ça ira!*», y los jóvenes pisaban la uva con los pies descalzos y rojos, «*Ça ira!*», y las muchachas metían las tijeras aguzadas como puñales en el verde espeso, hiriendo las retorcidas uniones de los racimos, «*Ça ira!*», y los mosquitos en nubes invadían el aire sobre los montones de raspa preparadas para la

prensa, «*Ça ira!*», y fue entonces cuando los esbirros perdieron el control y: «¡Basta ya! ¡Silencio! ¡No más alboroto! ¡A quien cante le dispararemos!», y empezaron a descargar los fusiles al aire.

Les respondió un trueno de fusilería que parecían regimientos alineados en orden de batalla en las colinas. Todas las escopetas de caza de Ombrosa explotaban, y Cósimo, en lo alto de una alta higuera, tocaba a la carga con la concha a modo de trompa. Por todas las viñas hubo un movimiento de gente. Ya no se comprendía lo que era vendimia y lo que era refriega; hombres, uvas, mujeres, sarmientos, cuchillos, pámpanos, *scarasse*, fusiles, canastos, caballos, alambres, puños, coces de mulo, espinillas, tetas, y todo cantando: «*Ça ira!*».

—¡Ahí tenéis los diezmos!

Al final los esbirros y los recaudadores fueron arrojados de cabeza en los lagares llenos de uva, con las piernas que quedaban fuera y pateando. Se marcharon sin haber recaudado nada, embadurnados de pies a cabeza de zumo de uvas, de granos pisados, de hollejos, de orujo, de raspas que se quedaban pegados a los fusiles, a las cartucheras, a los bigotes.

La vendimia prosiguió como una fiesta, convencidos todos de haber abolido los privilegios feudales. Mientras tanto nosotros los nobles e hidalgos nos habíamos atrincherado en los palacios, armados, dispuestos a vender cara la piel. (Yo, en realidad, me limité a no asomar la nariz más allá de la puerta, sobre todo para evitar que los demás nobles dijeran que estaba de acuerdo con aquel anticristo de mi hermano, reputado como el peor instigador, jacobino y clubista de toda la zona). Pero ese día, aunque se expulsó a los recaudadores y la tropa, a nadie se le tocó ni un pelo.

Estaban todos muy atareados preparando fiestas. Levantaron incluso el Árbol de la Libertad, para seguir la moda francesa; sólo que no sabían muy bien cómo eran, y además aquí árboles había tantos que no valía la pena ponerlos falsos. De modo que adornaron un árbol de verdad, un olmo, con flores, racimos de uva, guirnaldas, inscripciones: «*Vive la Grande Nation!*». Arriba de todo estaba mi hermano, con la escarapela tricolor sobre el gorro de piel de gato, y estaba disertando sobre Rousseau y Voltaire, de lo que no se oía ni una palabra, porque todo el pueblo allá abajo bailaba en corro cantando: «*Ça ira!*».

La alegría duró poco. Vinieron tropas en abundancia: genovesas, para exigir los diezmos y garantizar la neutralidad del territorio, y austrosardas, porque se había extendido la voz de que los jacobinos de Ombrosa querían proclamar la anexión a la «Gran Nación Universal», o sea a la República francesa. Los revoltosos trataron de resistir, construyeron alguna barricada, cerraron las puertas de la ciudad... Pero qué, se necesitaba algo más. Las tropas entraron en la ciudad por todas partes, pusieron puestos de bloqueo en todos los caminos del campo, y los que tenían reputación de agitadores fueron encarcelados, salvo Cósimo —quién lo iba a pillar a ése—, y otros pocos.

El proceso a los revolucionarios se montó a toda prisa, pero los imputados consiguieron demostrar que ellos no tenían nada que ver y que los verdaderos cabecillas eran precisamente los que se habían escapado. Así que todos fueron puestos en libertad, ya que con las tropas que quedaban destacadas en Ombrosa no había que temer tumultos. Se

quedó también una guarnición de austrosardos, para impedir posibles infiltraciones del enemigo, y al mando de ella estaba nuestro cuñado D'Estomac, el marido de Battista, emigrado de Francia con el séquito del conde de Provenza.

Me topé, pues, con mi hermana Battista, con qué placer, os lo dejo imaginar. Se me instaló en casa, con el marido oficial, los caballos, las tropas de ordenanza. Se pasaba las veladas contándonos las últimas ejecuciones capitales de París; es más, tenía una maqueta de una guillotina, con una cuchilla de verdad, y para explicar el final de todos sus amigos y parientes políticos decapitaba lagartijas, luciones, lombrices e incluso ratones. Así pasábamos las veladas. Yo envidiaba a Cósimo, que vivía sus días y sus noches en la maleza, escondido en quién sabe qué bosque.

XXVII

Sobre las hazañas llevadas a cabo por él en los bosques durante la guerra, Cósimo contó tantas cosas, y tan increíbles, que yo no me atrevo a avalar una u otra versión. Le dejo la palabra a él, recogiendo fielmente algunos de sus relatos:

En el bosque se aventuraban patrullas de exploradores de ambos ejércitos. Desde lo alto de las ramas, a cada paso que oía entre las matas, yo aguzaba el oído para saber si era de austrosardos o de franceses.

Un tenientillo austríaco, muy rubio, mandaba una patrulla de soldados perfectamente uniformados, con coleta y borlas, tricornio y polainas, bandas blancas cruzadas, fusil y bayoneta, y los hacía marchar de dos en dos, intentando mantener la alineación en aquellos abruptos senderos. Ignorante de cómo era el bosque, pero seguro de seguir punto por punto las órdenes recibidas, el oficialillo avanzaba según las líneas trazadas en el mapa, dándose continuamente topetazos con los troncos, haciendo resbalar a la tropa con los zapatos claveteados por piedras lisas o sacarse los ojos en los zarzales, pero consciente siempre de la supremacía de las armas imperiales.

Eran unos magníficos soldados. Yo estaba al acecho escondido en un pino. Tenía en la mano una piña de medio kilo y la dejé caer sobre la cabeza del último. El infante abrió los brazos, dobló las rodillas y cayó entre los helechos del monte bajo. Nadie se dio cuenta de ello; el pelotón continuó su marcha.

Los volví a alcanzar. Esta vez tiré un puercoespín hecho una bola al cuello de un cabo. El cabo agachó la cabeza y se desmayó. El teniente esta vez observó el hecho, envió a dos hombres a coger una camilla, y prosiguió.

La patrulla, como si lo hiciese expresamente, se metía en lo más enmarañado de todo el bosque. Y la esperaba siempre una nueva celada. Había recogido en un cartucho unas orugas peludas, azules, que cuando se las tocaba hinchaban la piel peor que una ortiga, y les dejé caer encima un centenar. El pelotón pasó, desapareció en la espesura, volvió a aparecer rascándose, con las manos y los rostros llenos de ampollitas rojas, y siguió adelante.

Maravillosa tropa y magnífico oficial. Todo, en el bosque, le era tan ajeno, que no distinguía lo que en él había de insólito, y proseguía con sus efectivos diezmados, pero siempre fieros e indomables. Recurrí entonces a una familia de gatos salvajes: los lanzaba por la cola, tras haberles dado unas vueltas en el aire, lo que les irritaba lo indecible. Hubo

mucho ruido, felino en especial, luego silencio y tregua. Los austríacos curaban a los heridos. La patrulla, blanca con las vendas, reanudó su marcha.

«Aquí lo único es intentar hacerlos prisioneros», me dije, apresurándome a precederlos, esperando encontrar una patrulla francesa a la que advertir de la proximidad de los enemigos. Pero hacía tiempo que los franceses en aquel frente ya no daban señales de vida.

Mientras superaba unos parajes musgosos, vi moverse algo. Me detuve, agucé el oído. Se oía una especie de susurro de arroyo, que después fue definiéndose como un borboteo continuado, y ahora se podían distinguir palabras: «*Mais alors... cré-nom-de... foutez-moi-donc... tu m'emmer... quoi...*». Aguzando los ojos en la penumbra vi que aquella suave vegetación estaba compuesta sobre todo por colbacs peludos y espesos bigotes y barbas. Era un pelotón de húsares franceses. Impregnados de humedad durante la campaña invernal, todo su pelo florecía en primavera de moho y musgo.

Mandaba la avanzada el teniente Agrippa Papillon, de Ruan, poeta, voluntario del Ejército republicano. Persuadido de la general bondad de la naturaleza, el teniente Papillon no quería que sus soldados se arrancasen las agujas de pino, los erizos de castaña, las ramitas, las hojas, los caracoles que se les pegaban encima al atravesar el bosque. Y la patrulla estaba ya fundiéndose tanto con la naturaleza circundante que se necesitaba un ojo tan experto como el mío para descubrirla.

Entre sus soldados acampados, el oficial-poeta, con sus largos cabellos ensortijados que le enmarcaban el flaco rostro bajo el sombrero de dos picos, declamaba a los bosques:

—¡Oh, floresta! ¡Oh, noche! ¡Heme aquí a vuestra merced! Una tierna rama de madreselva, enroscada al tobillo de estos valientes soldados, ¿podrá acaso detener el destino de Francia? ¡Oh, Valmy! ¡Cuán lejos estás!

Me adelanté:

—*Pardon, citoyen.*

—¿Qué? ¿Quién está ahí?

—Un patriota de estos bosques, ciudadano oficial.

—¡Ah! ¿Quién? ¿Dónde está?

—Sobre vuestra nariz, ciudadano oficial.

—¡Lo veo! ¿Qué es? ¿Un hombre-pájaro, un hijo de las arpías? ¿Sois quizá una criatura mitológica?

—Soy el ciudadano Rondò, hijo de seres humanos, os lo aseguro, tanto por parte de padre como de madre, ciudadano oficial. Mejor dicho, tuve por madre un valeroso soldado, en los tiempos de las Guerras de Sucesión.

—Entiendo. Oh tiempos, oh gloria. Os creo, ciudadano, y estoy ansioso por escuchar las noticias que parecéis venir a anunciarme.

—¡Una patrulla austríaca está penetrando en vuestras líneas!

—¿Qué decís? ¡Es la batalla! ¡Es la hora! ¡Oh, arroyo, apacible arroyo, dentro de poco estarás teñido de sangre! ¡Vamos! ¡A las armas!

Ante las órdenes del teniente-poeta, los húsares iban recogiendo armas y enseres, pero se movían de un modo tan torpe y flojo, desperezándose, tosiendo, maldiciendo, que empecé a estar preocupado por su eficiencia militar.

—Ciudadano oficial, ¿tenéis un plan?

—¿Un plan? ¡Marchar sobre el enemigo!

—Sí, pero ¿cómo?

—¿Cómo? ¡Cerrando filas!

—Pues bien, si me permitís un consejo, yo mantendría a los soldados quietos, en orden abierto, dejando que la patrulla enemiga se meta en la trampa sola.

El teniente Papillon era hombre conciliador y no puso objeciones a mi plan. Los húsares, diseminados por el bosque, no se distinguían de las matas de verde, y el teniente austríaco desde luego era el menos apropiado para captar la diferencia. La patrulla imperial marchaba siguiendo el itinerario trazado sobre el mapa, y de vez en cuando se oía un brusco: «¡izquierda, marchen!», o «¡derecha, marchen!». De modo que pasaron ante las narices de los húsares sin advertirlo. Los húsares, silenciosos, propagando a su alrededor sólo ruidos naturales como murmullos de frondas o de aleteos, se dispusieron en una maniobra envolvente. Desde lo alto de los árboles yo les señalaba con el silbido de la perdiz o el grito de la lechuza los desplazamientos de las tropas enemigas y los atajos que tenían que tomar. Los austríacos, ignorantes de todo, estaban en la trampa.

—¡Alto ahí! ¡En nombre de la libertad, fraternidad e igualdad, os declaro a todos prisioneros! —oyeron gritar de pronto, desde un árbol, y apareció entre las ramas una sombra humana que blandía un gran fusil de largo cañón.

—*Urràh! Vive la Nation!* —y todas las matas de alrededor resultaron ser húsares franceses, con el teniente Papillon a la cabeza.

Resonaron oscuras imprecaciones austrosardas, pero antes que hubiesen podido reaccionar ya habían sido desarmados. El teniente austríaco, pálido pero con la frente alta, entregó su espada al colega enemigo.

Me convertí en unpreciado colaborador del Ejército republicano, pero prefería realizar mis cacerías solo, valiéndome de la ayuda de los animales del bosque, como aquella vez en que puse en fuga a una columna austríaca arrojándoles un nido de avispas.

Mi fama se había difundido por el campo austrosardo, amplificada hasta el punto de que se decía que el bosque pululaba de jacobinos armados escondidos en lo alto de los árboles. Al andar, las tropas reales e imperiales aguzaban el oído: al más leve rumor de castaña desprendida de su erizo, o al más sutil chillido de ardilla, ya se veían rodeados por los jacobinos, y cambiaban el camino. De este modo, provocando ruidos y susurros apenas perceptibles, hacía desviar las columnas piemontesas y austríacas y conseguía conducir las adonde quería.

Un día llevé una hasta un espeso matorral espinoso, y la hice perderse por él. En el matorral estaba escondida una familia de jabalíes; expulsados de los montes donde tronaba el cañón, los jabalíes bajaban en manadas a refugiarse en los bosques más bajos. Los austríacos extraviados marchaban sin ver a un palmo de sus narices, y de repente una

manada de jabalíes hirsutos se levantó bajo sus pies, emitiendo gruñidos lancinantes. Proyectados con el hocico por delante aquellas bestias se lanzaban entre las rodillas de cada soldado arrojándolo al aire, y pisoteaban a los caídos con un alud de puntiagudas pezuñas, y clavaban los colmillos en las barrigas. Todo el batallón fue arrollado. Apostado en los árboles con mis compañeros, los perseguíamos con disparos. Los que regresaron al campamento contaron, unos, un terremoto que de pronto había sacudido bajo sus pies el terreno espinoso, otros, una batalla contra una banda de jacobinos brotados de tierra, porque estos jacobinos no eran más que diablos, medio hombres y medio bestias, que vivían o sobre los árboles o en lo hondo de los arbustos.

Os he dicho que prefería llevar a cabo mis golpes en solitario, o con los pocos compañeros de Ombrosa que se habían refugiado conmigo en los bosques después de la vendimia. Con el Ejército francés trataba de tener que ver lo menos posible, porque los ejércitos ya se sabe cómo son, cada vez que se mueven organizan desastres. Pero me había encariñado con la avanzadilla del teniente Papillon, y estaba no poco preocupado por su suerte. De hecho, al pelotón mandado por el poeta, la inmovilidad del frente amenazaba con resultarle fatal.

Musgos y líquenes crecían en los uniformes de los soldados, y a veces también tamujos y helechos; en lo alto de los colbacs hacían su nido los chochines, o brotaban y florecían plantas de muguete; las botas se soldaban con el mantillo en un zueco compacto: todo el pelotón estaba a punto de echar raíces. La amabilidad hacia la naturaleza del teniente Agrippa Papillon hacía hundirse a aquel puñado de valientes en una amalgama animal y vegetal.

Había que despertarlos. Pero ¿cómo? Tuve una idea y me presenté al teniente Papillon para proponérsela. El poeta estaba declamando a la luna.

—¡Oh, luna! ¡Redonda como una boca de fuego, como una bala de cañón que, exhausto ya el impulso de la pólvora, continúa su lenta trayectoria rodando silenciosa por los cielos! ¡Cuándo deflagrarás, luna, alzando una alta nube de polvo y favilas, sumergiendo los ejércitos enemigos, y los tronos, y abriendo para mí una brecha de gloria en el muro compacto de la escasa consideración en que me tienen mis conciudadanos! ¡Oh, Ruan! ¡Oh, luna! ¡Oh, suerte! ¡Oh, Convención! ¡Oh, ranas! ¡Oh, doncellas! ¡Oh, vida mía!

Y yo:

—*Citoyen...*

Papillon, molesto de que siempre le interrumpiesen, dijo seco:

—¿Y bien?

—Quería decir, ciudadano oficial, que habría un sistema para despertar a vuestros hombres de un letargo ya peligroso.

—Lo quiera el cielo, ciudadano. Yo, como veis, me desvivo por la acción. ¿Y cuál sería este sistema?

—Las pulgas, ciudadano oficial.

—Siento desilusionaros, ciudadanos. El ejército republicano no tiene pulgas. Se han muerto todas de inanición a consecuencia del bloqueo y la carestía.

—Yo puedo conseguíros las, ciudadano oficial.

—No sé si habláis en broma o en serio. En cualquier caso, lo expondré a los mandos superiores, y ya se verá. ¡Ciudadano, os agradezco lo que hacéis por la causa republicana! ¡Oh, gloria! ¡Oh, Ruan! ¡Oh, pulgas! ¡Oh, luna! —y se alejó desvariando.

Comprendí que tenía que actuar por mi cuenta. Me proveí de una gran cantidad de pulgas y, desde los árboles, en cuanto veía a un húsar francés, con la cerbatana le tiraba una encima, tratando con mi precisa puntería de entrársela por el cuello de la camisa. Después empecé a rociar a toda la sección, a puñados. Eran misiones peligrosas, porque si me hubiesen pillado, de poco habría servido la fama de patriota: me habrían hecho prisionero, llevado a Francia y guillotinado como un emisario de Pitt. En cambio, mi intervención fue providencial: el prurito de las pulgas volvió a encender agudamente en los húsares la humana y civil necesidad de rascarse, de hurgarse, de despiojarse; tiraban al aire las prendas musgosas, las mochilas y los fardos recubiertos de hongos y telas de araña, se lavaban, se afeitaban, se peinaban, en fin, volvían a tomar conciencia de su humanidad individual, y volvía a ganarles el sentido de la civilización, de la liberación de la naturaleza bruta. Además los incitaba un estímulo de actividad, un celo, una combatividad olvidados desde hacía tiempo. El momento del ataque los encontró invadidos de este ímpetu: los Ejércitos de la República vencieron a la resistencia enemiga, arrollaron el frente, y avanzaron hasta las victorias de Dego y de Millesimo...

XXVIII

Nuestra hermana y el desterrado D'Estomac escaparon de Ombrosa justo a tiempo para no ser capturados por el ejército republicano. El pueblo de Ombrosa parecía haber vuelto a los días de la vendimia. Alzaron el Árbol de la Libertad, esta vez más conforme a los ejemplos franceses, o sea algo parecido a un palo de cucaña. Cósimo, no hay que decirlo, trepó a él, con el gorro frigio en la cabeza; pero se cansó enseguida y se fue.

En torno a los palacios de los nobles hubo un poco de alboroto, gritos como: «*Aristò, aristò, alla lanterna sairà!*». A mí entre que era hermano de mi hermano y que siempre hemos sido nobles de poca importancia, me dejaron en paz; es más, después me consideraron incluso un patriota (por lo que, cuando cambió de nuevo, tuve problemas).

Montaron la *municipalité*, el *maire*, todo a la francesa; mi hermano fue nombrado de la junta provisional, aunque muchos no estaban de acuerdo, considerándolo un demente. Los del antiguo régimen reían y decían que eran una pandilla de locos.

La junta se reunía en el viejo palacio del gobernador genovés. Cósimo se encaramaba a un algarrobo, a la altura de las ventanas, y seguía las discusiones. A veces intervenía, voceando, y daba su voto. Ya se sabe que los revolucionarios son más formalistas que los conservadores: ponían dificultades, que era un sistema que no marchaba, que disminuía el decoro de la asamblea, y así sucesivamente, y cuando en lugar de la República oligárquica de Génova proclamaron la República Ligur, en la nueva administración ya no eligieron a mi hermano.

Y pensar que Cósimo en esa época había escrito un *Proyecto de Constitución para Ciudad Republicana con Declaración de los Derechos de los Hombres, de las Mujeres, de los Niños, de los Animales Domésticos y Salvajes, incluidos Pájaros, Peces e Insectos, y de las Plantas sean de Alto Tallo u Hortalizas y Hierbas...* Era un bellissimo trabajo, que podía servir de orientación a todos los gobernantes; en cambio nadie lo tomó en consideración y quedó en letra muerta.

Pero la mayor parte de su tiempo Cósimo lo pasaba todavía en el bosque, donde los zapadores del Cuerpo de Ingenieros del Ejército francés abrían una carretera para el transporte de la artillería. Con las largas barbas que salían de debajo de los colbacs y se perdían en los grandes delantales de cuero, los zapadores eran distintos de todos los demás militares. Quizá esto dependía del hecho de que detrás de sí ellos no llevaban ese rastro de

desastres y despilfarros de las otras tropas, sino la satisfacción de cosas que quedaban y la ambición de hacerlas lo mejor posible. Además tenían muchas cosas que contar: habían atravesado naciones, vivido asedios y batallas; algunos de ellos incluso habían visto las grandes cosas ocurridas allá en París, la Bastilla y las guillotinas; y Cósimo se pasaba las noches oyéndoles. Tras dejar las palas y las azadas, se sentaban en torno a un fuego, fumando cortas pipas y desenterrando recuerdos.

Durante el día Cósimo ayudaba a los trazadores a delinear el recorrido de la carretera. Nadie mejor que él estaba en condiciones de hacerlo: sabía todos los pasos por los que el camino podía pasar con menor desnivel y menor pérdida de plantas. Y siempre tenía en la cabeza, más que la artillería francesa, las necesidades de las poblaciones de aquellos rincones sin carreteras. Al menos, de todo aquel paso de soldados robagallinas, salía algo ventajoso: una carretera hecha a sus expensas.

Menos mal: porque ahora las tropas ocupantes, especialmente desde que republicanos habían pasado a ser imperiales, a todos les caían mal. Y todos iban a desahogarse con los patriotas: «¡Mirad lo que hacen vuestros amigos!». Y los patriotas abrían los brazos, alzaban los ojos al cielo, contestaban: «¡Bah! ¡Soldados! ¡Esperemos que pase!».

De las cuadras, los napoleónicos se llevaban cerdos, vacas, hasta cabras. En cuanto a impuestos y diezmos era peor que antes. Y además se impuso el servicio de la leva. Esto de irse de soldado, entre nosotros, nadie lo ha entendido nunca: y los jóvenes a quienes se llamaba se refugiaban en el bosque.

Cósimo hacía lo que podía para aliviar estos males: vigilaba el ganado en el bosque cuando los pequeños propietarios, por miedo a un saqueo, lo mandaban al monte; o hacía guardia para los transportes clandestinos de trigo al molino o de aceitunas a la almazara, de manera que los napoleónicos no pudiesen quedarse con una parte; o indicaba a los jóvenes de la leva las cavernas del bosque donde podían esconderse. En fin, trataba de defender al pueblo de los abusos, pero ataques contra las tropas ocupantes no los realizó, aunque por esa época por los bosques empezase a haber bandas armadas de «barbetti», que hacían la vida imposible a los franceses. Cósimo, testarudo como era, nunca quería retractarse, y habiendo sido amigo de los franceses antes, seguía pensando que tenía que ser leal, incluso si tantas cosas habían cambiado y si era todo distinto de como se esperaba. Y además hay que tener en cuenta también que empezaba a hacerse viejo, y ya no se ajetreaba mucho, ni de un lado ni de otro.

Napoleón fue a Milán a hacerse coronar y luego realizó algún viaje por Italia. En cada ciudad lo acogían con grandes fiestas y lo llevaban a ver las rarezas y los monumentos. En Ombrosa pusieron en el programa una visita al «patriota de lo alto de los árboles», porque, como acostumbraba a pasar, a Cósimo aquí nadie le hacía caso, pero fuera era muy famoso, especialmente en el extranjero.

No fue un encuentro improvisado. Todo estaba dispuesto de antemano por el comité municipal de los festejos para hacer un buen papel. Se escogió un buen árbol; querían una

encina, pero el que mejor se veía era un nogal, y entonces disfrazaron el nogal con un poco de follaje de encina, pusieron cintas con los tres colores franceses y los tres colores lombardos, unas escarapelas, unos galones. A mi hermano lo hicieron encaramarse allá arriba, vestido de fiesta pero con el característico gorro de piel de gato, y una ardilla en el hombro.

Todo estaba fijado para las diez, había un gran corro de gente alrededor, pero naturalmente hasta las once y media no se vio a Napoleón, con gran fastidio de mi hermano que al envejecer empezaba a padecer de la vejiga y de vez en cuando tenía que esconderse detrás del tronco para orinar.

Llegó el emperador, con el séquito en el que cabeceaban los bicornios. Era ya mediodía, Napoleón miraba entre las ramas hacia Cósimo y le daba el sol en los ojos. Empezó a dirigirle a Cósimo cuatro frases de circunstancias:

—*Je sais très bien que vous, citoyen* —y se hacía pantalla con la mano—... *parmi les forêts...* —y daba un saltito para que el sol no le fuera a los ojos—, *parmi les frondaisons de notre luxuriante...* —y daba un saltito hacia otro lado porque Cósimo, con una inclinación de asentimiento, le había descubierto de nuevo el sol.

Viendo la inquietud de Bonaparte, Cósimo preguntó, cortés:

—¿Puedo hacer algo por vos, *mon Empereur*?

—Sí, sí —dijo Napoleón—, poneos un poco más acá, os lo ruego, para protegerme del sol, sí, así, quieto... —Luego se calló, como asaltado por una idea, y vuelto al virrey Eugenio—: *Tout cela me rappelle quelque chose... Quelque chose que j'ai déjà vu...*

Cósimo acudió en su ayuda:

—No erais vos, Majestad: era Alejandro Magno.

—¡Ah, pues claro! —dijo Napoleón—. ¡El encuentro de Alejandro y Diógenes!

—*Vous n'oubliez jamais votre Plutarque, mon Empereur* —dijo Beauharnais.

—Sólo que entonces —añadió Cósimo—, era Alejandro quien preguntaba a Diógenes qué podía hacer por él, y Diógenes quien le rogaba que se apartara...

Napoleón chasqueó los dedos como si por fin hubiese encontrado la frase que andaba buscando. Se aseguró con una ojeada que los dignatarios del séquito lo estuviesen escuchando, y dijo, en óptimo italiano:

—¡Si yo no fuera el emperador Napoleón, habría querido ser el ciudadano Cósimo Rondò!

Y se dio la vuelta y se fue. El séquito le siguió con gran ruido de espuelas.

Todo acabó en eso. Se esperaba que al cabo de una semana le llegase a Cósimo la cruz de la Legión de Honor. Pero nada. Mi hermano quizá se burlaba de ello, pero a la familia nos habría gustado.

XXIX

La juventud se va pronto sobre la tierra, imaginaos sobre los árboles, donde todo está destinado a caer: hojas, frutos. Cósimo envejecía. Tantos años, con todas sus noches pasadas al frío, al viento, al agua, bajo frágiles abrigos y sin nada alrededor, rodeado del aire, sin nunca una casa, un fuego, un plato caliente... Cósimo era ya un viejecito encogido, con las piernas arqueadas y los brazos largos como un mono, giboso, embutido en un capote de pieles que terminaba en una capucha, como un fraile peludo. La cara estaba requemada por el sol, era rugosa como una castaña, con claros ojos redondos entre los pliegues.

Con el ejército de Napoleón derrotado en el Berésina, la escuadra inglesa desembarcada en Génova, pasábamos los días esperando noticias de los acontecimientos. Cósimo no se dejaba ver en Ombrosa: estaba encaramado sobre un pino del bosque, al borde del camino de la Artillería, donde habían pasado los cañones para Marengo, y miraba hacia oriente, por la ruta desierta en donde ahora sólo se encontraban pastores con sus cabras o mulos cargados de leña. ¿Qué esperaba? A Napoleón lo había visto, la Revolución sabía cómo había acabado, no podía esperarse más que lo peor. Y sin embargo, estaba allí, con los ojos fijos, como si de un momento a otro por un recodo tuviese que aparecer el ejército imperial todavía recubierto de carámbanos rusos, y Bonaparte a caballo, con el mentón mal afeitado inclinado sobre el pecho, febril, pálido... Se pararía bajo el pino (detrás de él, un confuso amortiguarse de pasos, un entrechocar de mochilas y fusiles contra el suelo, un descalzarse de soldados exhaustos al borde del camino, un desvendar pies llagados) y diría: «Tenías razón, ciudadano Rondò; dame de nuevo las constituciones por ti escritas, dame de nuevo tu consejo que ni el Directorio, ni el Consulado, ni el Imperio quisieron escuchar: ¡empecemos otra vez por el principio, volvamos a alzar los Árboles de la Libertad, salvemos la patria universal!». Éstos eran sin duda los sueños, las esperanzas de Cósimo.

En cambio, un día, renqueando por el Camino de la Artillería, desde oriente avanzaron tres tunantes. Uno, cojo, se sostenía con una muleta, el otro tenía en la cabeza un turbante de vendas, el tercero era el más sano porque llevaba sólo un parche negro en un ojo. Los harapos descoloridos que llevaban encima, los jirones de alamares que les colgaban del pecho, el colbac sin copa pero con penacho que uno de ellos tenía, las botas rotas todo a lo largo de la pierna, parecían haber pertenecido a uniformes de la guardia napoleónica. Pero

armas no tenían: o sea, uno blandía una vaina de espada vacía, otro llevaba al hombro un cañón de fusil como un bastón, para sostener un hatillo. Y avanzaban cantando:

—*De mon pays... De mon pays... De mon pays...* —como tres borrachos.

—Eh, forasteros —les gritó mi hermano—, ¿quiénes sois?

—¡Mira qué pájaro! ¿Qué haces ahí? ¿Comes piñones?

Y otro:

—¿Quién quiere darnos piñones? Con el hambre atrasada que tenemos, ¿quiere darnos piñones?

—¡Y la sed! ¡La sed que nos ha entrado de comer nieve!

—¡Somos el Tercer Regimiento de los húsares!

—¡Al completo!

—¡Todos los que quedan!

—Tres de trescientos: ¡no está mal!

—¡Para mí, yo me he salvado y ya está!

—Ah, todavía no lo puedes decir, ¡los pies en tu casa todavía no los has puesto!

—¡Así te dé un cáncer!

—¡Somos los vencedores de Austerlitz!

—¡Y los jodidos de Vilna! ¡Alegría!

—Dinos, pájaro parlante, explícanos dónde hay una cantina por aquí cerca.

—¡Hemos vaciado los toneles de media Europa, pero la sed no se nos pasa!

—Es porque estamos acribillados por las balas, y el vino se escapa.

—¡Tú sí que estás acribillado y donde yo sé!

—¡Una cantina que nos haga crédito!

—¡Pasaremos a pagar otra vez!

—Paga Napoleón.

—Brrr...

—¡Paga el Zar! ¡Nos está siguiendo, presentadle las cuentas a él!

Cósimo dijo:

—Vino por aquí nada, pero más adelante hay un riachuelo y podéis quitaros la sed.

—¡Ahógate tú en el riachuelo, búho!

—¡Si no hubiese perdido el fusil en el Vístula ya te habría disparado y asado a la parrilla como un tordo!

—Esperad: voy a meter los pies en remojo en este riachuelo, que me arden...

—Por mí, como si te quieres lavar el culo...

En cambio fueron al riachuelo los tres, a descalzarse, a meter los pies en remojo, lavarse la cara y la ropa. El jabón lo obtuvieron de Cósimo, que era uno de esos que al envejecer se vuelven limpios, porque les coge ese asco de sí mismos que en la juventud no se advierte; de modo que iba a todas partes con el jabón. El frescor del agua disipó un poco la niebla de la borrachera de los tres veteranos. Y al pasar la borrachera pasaba la alegría, y volvían a entristecerse por su estado y suspiraban y gemían; pero con aquella tristeza el agua límpida se convertía en un gozo, y disfrutaban de ella, cantando:

—*De mon pays... De mon pays...*

Cósimo había vuelto a su puesto de vigía en el borde del camino. Oyó un galope. Era un pelotón de caballería ligera que llegaba, levantando polvo. Vestían uniformes nunca vistos; y bajo los pesados colbacs se veían unos rostros rubios, barbudos, algo aplastados, de entornados ojos verdes. Cósimo los saludó con el sombrero.

—¿Qué os trae por aquí, caballeros? Se detuvieron.

—*Sdrastvuy!* Oye, *batiuska*, ¿cuánto nos falta para llegar?

—*Sdrastvuite*, soldados —dijo Cósimo, que había aprendido un poco de todas las lenguas y también de ruso—, *Kudá vam?*, ¿para llegar adónde?

—Para llegar adonde llega esta carretera...

—Ah, esta carretera, llegar llega a muchos sitios... ¿Vosotros adónde vais?

—*V Parizh*.

—Bueno, para París las hay mejores...

—*Niet, nie Parizh. Vo Frantsiu, za Napoleonom. Kudá vediót eta doroga?*

—Eh, a tantos sitios: Olivabassa, Sassocorto, Trappa...

—*Kak? ¿Aliviabassa? Niet, niet.*

—Bueno, si se quiere se va también a Marsella...

—*V Marsel... da, da, Marsel... Frantsia...*

—¿Y qué vais a hacer a Francia?

—Napoleón ha venido a hacer la guerra a nuestro Zar, y ahora nuestro Zar corre detrás de Napoleón.

—¿Y desde dónde venís?

—*Iz Jarkova. Iz Kieva. Iz Rostova.*

—¡Pues así habréis visto sitios bonitos! Y qué os gusta más, ¿esto nuestro o Rusia?

—Sitios bonitos y sitios feos, pero a nosotros nos gusta Rusia.

Un galope, una polvareda, y un caballo se detuvo allí, montado por un oficial que gritó a los cosacos:

—*Von! Marsh! Kto vam pozvolil ostanovitsia?*

—*Do svidania, batiuska!* —dijeron aquéllos a Cósimo—. *Nam porá...* —y picaron espuelas.

El oficial se había quedado al pie del pino. Era alto, delgado, de aire noble y triste; tenía levantada la cabeza desnuda hacia el cielo surcado de nubes.

—*Bonjour, monsieur* —dijo a Cósimo—, *vous connaissez notre langue?*

—*Da, gospodin ofitsér* —respondió mi hermano—, *mais pas mieux que vous le français, quand même.*

—*Êtes-vous un habitant de ce pays? Étiez-vous ici pendant qu'il y avait Napoléon?*

—*Oui, monsieur l'officier.*

—*Comment ça allait-il?*

—*Vous savez, monsieur, les armées font toujours des dégâts, quelles que soient les idées qu'elles apportent.*

—*Oui, nous aussi nous faisons beaucoup de dégâts... mais nous n'apportons pas d'idées...*

Estaba melancólico e inquieto, y sin embargo, era un vencedor. Cósimo le cogió simpatía y quería consolarlo:

—*Vous avez vaincu!*

—*Oui. Nous avons bien combattu. Très bien. Mais peut-être...*

Se oyó un estallido de gritos, una zambullida, un chocar de armas.

—*Kto tam?* —dijo el oficial. Volvieron los cosacos, y arrastraban por el suelo unos cuerpos medio desnudos, y en la mano sostenían algo, en la izquierda (la derecha empuñaba el largo sable curvo, desenvainado y —sí— chorreando sangre), y ese algo eran las cabezas barbudas de aquellos tres húsares borrachines—. *Frantsuzy! Napoleón!* ¡Todos muertos!

El joven oficial con secas órdenes hizo que se los llevaran. Volvió la cabeza. Habló de nuevo a Cósimo:

—*Vous voyez... La guerre... Il y a plusieurs années que je fais le mieux que je puis une chose affreuse: la guerre... et tout cela pour des idéals que je ne saurais presque expliquer moi-même...*

—También yo —respondió Cósimo—, vivo desde hace muchos años por unos ideales que no sabría explicarme siquiera a mí mismo; *mais je fais une chose tout a fait bonne: je vis dans les arbres.*

El oficial de melancólico se había puesto nervioso.

—*Alors* —dijo—, *je dois m'en aller* —saludó militarmente—. *Adieu, monsieur... Quel est votre nom?*

—*Le baron Cosme de Rondeau* —le gritó Cósimo, y él ya había partido—. *Proshaite, gospodin... Et le vôtre?*

—*Je suis le Prince Andrei...* —y el galope del caballo se llevó consigo el apellido.

XXX

Ahora yo no sé qué nos traerá este siglo decimonono, que ha comenzado mal y que continúa cada vez peor. Gravita sobre Europa la sombra de la Restauración; todos los innovadores —fueran jacobinos o bonapartistas—, derrotados; el absolutismo y los jesuitas han recobrado su espacio; los ideales de la juventud, las luces, las esperanzas de nuestro siglo decimooctavo, todo son cenizas.

Yo confío mis pensamientos a este cuaderno, no sabría expresarlos de otro modo: he sido siempre un hombre sosegado, sin grandes impulsos o manías, padre de familia, de linaje noble, ilustrado de ideas, respetuoso de las leyes. Los excesos de la política nunca me han dado sacudidas demasiado fuertes, y espero que continúe así. Pero dentro, ¡qué tristeza!

Antes era distinto, estaba mi hermano; me decía: «está ya él que piensa», y yo me dedicaba a vivir. La señal de que las cosas han cambiado para mí no ha sido ni la llegada de los austrorrusos, ni la anexión al Piamonte, ni los nuevos impuestos o qué sé yo, sino el no verlo ya a él, al abrir la ventana, allá arriba en equilibrio. Ahora que él no está, me parece que tendría que pensar en muchas cosas, filosofía, política, historia, sigo las gacetas, leo los libros, me rompo la cabeza con ellos, pero lo que quería decir él no se presenta, es otra cosa lo que él pretendía, algo que lo abarcase todo, y no podía decirlo con palabras sino viviendo como vivió. Sólo siendo tan despiadadamente él mismo como fue hasta su muerte, podía dar algo a todos los hombres.

Recuerdo cuando enfermó. Nos dimos cuenta porque llevó su yacija al gran nogal allí en medio de la plaza. Antes los lugares donde dormía los había tenido siempre escondidos, con su instinto selvático. Ahora sentía la necesidad de estar siempre a la vista de los demás. A mí se me encogió el corazón: siempre había pensado que no le gustaría morir solo, y aquello quizá era ya un signo. Le mandamos un médico, con una escalera; cuando bajó hizo una mueca y abrió los brazos.

Subí yo por la escalera.

—Cósimo —empecé a decirle—, tienes sesenta y cinco años cumplidos, ¿cómo puedes continuar estando ahí arriba? A estas alturas lo que querías decir lo has dicho, lo hemos entendido, ha sido una gran fuerza de ánimo la tuya, lo has conseguido, ahora puedes bajar. Incluso quien ha pasado toda su vida en el mar llega a una edad en la que desembarca.

Pero qué va. Dijo que no con la mano. Ya casi no hablaba. Se levantaba, de vez en cuando, envuelto en una manta hasta la cabeza, y se sentaba en una rama a disfrutar de un poco de sol. Más allá no se desplazaba. Había una vieja del pueblo, una santa mujer (quizá una antigua amante suya), que iba a asearlo, a llevarle platos calientes. Teníamos la escalera de mano apoyada contra el tronco, porque había siempre necesidad de subir a ayudarlo, y también porque se esperaba que se decidiese de un momento a otro a bajar. (Lo esperaban los demás; yo sabía muy bien cuál era su naturaleza). Alrededor, en la plaza, había siempre un corro de gente que le hacía compañía, hablando entre sí y a veces dirigiéndole también algunas palabras, aunque se sabía que no tenía ya ganas de hablar.

Se agravó. Izamos un lecho al árbol, conseguimos mantenerlo en equilibrio; se acostó de buen grado. Tuvimos remordimientos por no haberlo pensado antes; a decir verdad él las comodidades no las rechazaba nunca: aunque viviese en los árboles, siempre había tratado de vivir lo mejor posible. Entonces nos apresuramos a darle otras comodidades: esteras para resguardarlo del aire, un baldaquino, un brasero. Mejoró un poco, y le llevamos una butaca, la aseguramos entre dos ramas; empezó a pasarse los días allí, envuelto en sus mantas.

Pero una mañana no lo vimos ni en la cama ni en la butaca, alzamos la mirada, atemorizados: había subido a la cima del árbol y estaba a horcajadas de una rama altísima, con sólo una camisa encima.

—¿Qué haces ahí arriba?

No respondió. Estaba medio rígido. Parecía que estuviese allá en lo alto por milagro. Preparamos una gran sábana de esas de recoger aceitunas, y nos pusimos unos veinte a mantenerla extendida, ya que se esperaba que cayese.

Mientras tanto subió el médico; le fue difícil, hubo que atar dos escaleras una sobre otra. Bajó y dijo:

—Que vaya el cura.

Ya habíamos acordado que probase un tal don Pericle, amigo suyo, cura constitucional en tiempos de los franceses, inscrito en la Logia cuando todavía no estaba prohibido al clero, y que recientemente había sido readmitido a sus funciones por el obispado, después de muchas peripecias. Subió con los ornamentos y los óleos, y detrás el monaguillo. Estuvo un rato allá arriba, parecían confabular, luego descendió.

—¿Ha recibido los sacramentos, don Pericle?

—No, no, pero dice que está bien, que para él está bien así. —No conseguimos sacarle nada más.

Los hombres que sostenían la sábana estaban cansados. Cósimo estaba allá arriba y no se movía. Empezó a soplar viento, era lebeche, la cumbre del árbol oscilaba, nosotros estábamos preparados. En eso apareció en el cielo una mongolfiera.

Ciertos aeronautas ingleses hacían experiencias de vuelo en mongolfiera sobre la costa. Era un hermoso globo, adornado con flecos y franjas y borlas, con una barquilla de mimbre colgada: y dentro dos oficiales con charreteras de oro y agudos bicornios miraban con anteojos el paisaje que tenían debajo. Dirigieron los anteojos a la plaza, observando al

hombre del árbol, la sábana extendida, el gentío, aspectos extraños del mundo. También Cósimo había alzado la cabeza, y miraba con atención el globo.

Cuando de pronto la mongolfiera fue cogida por una racha de lebeche; comenzó a correr con el viento girando como una peonza, e iba hacia el mar. Los aeronautas, sin perder el ánimo, se afanaban por reducir —creo— la presión del globo y al mismo tiempo arrojaron el ancla para tratar de aferrarse a algún agarradero. El ancla volaba plateada en el cielo colgada de una larga cuerda, y al seguir oblicuamente la carrera del globo ahora pasaba sobre la plaza, y estaba poco más o menos a la altura de la cima del nogal, hasta el punto de que temimos que golpeará a Cósimo. Pero no podíamos suponer lo que un instante después verían nuestros ojos.

El agonizante Cósimo, en el momento en que la soga del ancla le pasó cerca, pegó un salto de aquellos que le eran habituales en su juventud, se agarró a la cuerda, con los pies en el ancla y el cuerpo encogido, y así lo vimos volar lejos, arrastrado por el viento, frenando apenas la carrera del globo, y desaparecer hacia el mar...

La mongolfiera, tras atravesar el golfo, consiguió aterrizar luego en la otra orilla. Colgada de la cuerda estaba sólo el ancla. Los aeronautas, demasiado ocupados en mantener el rumbo, no se habían dado cuenta de nada. Se supuso que el viejo moribundo había desaparecido mientras volaba en medio del golfo.

Así desapareció Cósimo, y no nos dio siquiera la satisfacción de verlo volver a la tierra muerto. En la tumba de la familia hay una estela que lo recuerda con el escrito: «Cósimo Piovasco de Rondò - Vivió en los árboles - Amó siempre la tierra - Subió al cielo».

De vez en cuando interrumpo lo que escribo y voy a la ventana. El cielo está vacío, y a nosotros los viejos de Ombrosa, acostumbrados a vivir bajo aquellas verdes cúpulas, nos daña los ojos mirarlo. Se diría que los árboles no han resistido, después de que mi hermano se marchó, o que los hombres han sido presa de la furia del hacha. Además, la vegetación ha cambiado; no más acebos, olmos, robles: ahora África, Australia, América, la India alargan hasta aquí ramas y raíces. Las plantas antiguas han retrocedido hacia lo alto: en las colinas los olivos, y en los bosques de los montes, pinos y castaños; más abajo la costa en una Australia roja de eucaliptus, elefantescas de *ficus*, plantas de jardín enormes y solitarias, y todo el resto son palmeras, con sus mechones despeinados, árboles inhóspitos del desierto.

Ombrosa ya no existe. Mirando el cielo despejado me pregunto si en verdad ha existido. Aquella profusión de ramas y hojas, bifurcaciones, lóbulos, penachos, diminuta y sin fin, y el cielo sólo en relumbrones irregulares y recortados, quizá existía solamente para que pasase mi hermano con su ligero paso de chamarón, era un bordado hecho sobre la nada que se asemeja a este hilo de tinta tal como lo he dejado correr por páginas y páginas, atestado de tachaduras, de remisiones, de borrones nerviosos, de manchas, de lagunas, que a ratos se desgrana en gruesas uvas claras, a ratos se espesa en signos minúsculos como semillas puntiformes, ora se retuerce sobre sí mismo, ora se bifurca, ora enlaza grumos de frases con contornos de hojas o de nubes, y luego se atasca, y luego vuelve a enroscarse, y corre y

corre y se devana y envuelve un último racimo insensato de palabras, ideas, sueños, y se acaba.

* * *



ITALO GIOVANNI CALVINO MAMELI. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la II Guerra Mundial, durante la que luchó contra los nazis en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Las cosmicómicas* (1965), *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Toscana, Italia, en 1985.

Notas

^[1] Todo lo que está en cursiva, en este capítulo y el siguiente, en castellano en el original. (*N. del T.*) <<